



Te
esperaré
siempre

WHITNEY G.

Phoebe



Te
esperaré
siempre

WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY G.

Te esperaré siempre

Traducción de Lorena Escudero Ruiz



Phoebe

Título original: *Pretend It's Real, For Me*

Primera edición: enero de 2024

Copyright © 2023 by Whitney G.
Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: Lorena Escudero Ruiz, 2021

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-03-5
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: zludeikafei/loucaski/f11photo/freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA (I)

PRÓLOGO

VARIAS SEMANAS ATRÁS

VARIOS AÑOS ATRÁS

ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO Y MEDIO

ACTO TERCERO

AÑOS DESPUÉS

DE VUELTA AL PRESENTE

EL DIARIO MORDAZ (I)

EL DIARIO MORDAZ (II)

1

1 (B)

2

3

ACTO CUARTO

ACTO CUARTO Y MEDIO

4

5

5 (B)

EL DIARIO MORDAZ (III)

6

6 (B)

7

8

ACTO SEXTO

9

9 (B)

EL DIARIO MORDAZ (IV)

10

11

12

13

14

15

15 (B)

16

17

17 (B)

ACTO SÉPTIMO

ACTO SÉPTIMO Y MEDIO

EL DIARIO MORDAZ (V)

18

19

20

21

22

23

24

25

26

26 (B)

27

28

29

30

31
ACTO OCTAVO
32
EL DIARIO MORDAZ (VI)
33
34
ACTO NOVENO
ACTO NOVENO Y MEDIO
35
35 (B)
36
37
EL DIARIO MORDAZ (VII)
ACTO DÉCIMO
ACTO DÉCIMO Y MEDIO
38
ACTO DECIMOSEGUNDO
39
ACTO DECIMOTERCERO
40
41
ACTO DECIMOTERCERO Y MEDIO
ACTO DECIMOCUARTO
ACTO DECIMOCUARTO Y MEDIO
42
ACTO DECIMOQUINTO
ACTO DECIMOQUINTO Y MEDIO
ACTO DECIMOSEXTO
ACTO DECIMOSEXTO Y MEDIO
43
44
EL DIARIO MORDAZ (VIII)
45
46
47
UNOS MESES MÁS TARDE
EPÍLOGO I
EPÍLOGO II
NOTA DE LA AUTORA (II)
CONTENIDO ESPECIAL

*Para los lectores a los que les encantó Te esperaré todas las noches.
Teníais razón. Travis y Tatiana se merecían su propia historia. ♥♥*

NOTA DE LA AUTORA (I)

Queridísimo lector:

¡Muchas gracias por escoger *Te esperaré siempre*! ¡Espero que disfrutéis del excitante y ardiente romance entre Travis y Tatiana tanto como lo hice yo al escribirlo!

Si queréis ser los primeros en enteraros de las próximas novedades, apuntaos a mi lista exclusiva F. L. Y. (del inglés «*Effin*” *Love You*», o, lo que es lo mismo, que os requeteadoro. Porque tanto si amáis como si odiáis esta historia, ¡os sigo queriendo por darle una oportunidad!).

Con cariño
Whitney G.

PRÓLOGO

CUARENTA DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

TATIANA

¿La frase «Hasta que la muerte nos separe» quiere decir que puedo asesinar a mi marido?

He hecho esta pregunta en Google un montón de veces desde que «me casé» con ese cabrón sexy que acapara casi todas las vallas publicitarias de Las Vegas, y la respuesta siempre es la misma: «No, no significa eso», y «Prepárate para pasarte el resto de la vida en la cárcel».

Hasta he intentado continuar el hilo: «¿Y si estoy casada con Travis Dante Carter?». Sin embargo, los resultados son incluso peores.

Los únicos enlaces que aparecen pertenecen a páginas de clubs de fans —y estas están llenas de historias de mujeres que han intentado hacerle llegar sus bragas por correo— o de foros en donde desean que alguien me asesine *a mí*, para así poder quedarse con mi puesto.

En serio, ya no puedo aguantar más esta farsa, y llevo semanas planeando mi gran fuga.

Es ahora o nunca.

—*Mademoiselle! Mademoiselle!* —me grita una mujer—. ¡Vuelva aquí ahora mismo!

Cojo el asa de mi maleta y corro por el pasillo lo más rápido que puedo.

—¡Señorita, por favor! —vuelve a llamarme—. ¡A su marido no le va a parecer divertido!

Ah, claro que no.

—Venga, venga, venga... —Aporreo el botón de llamada del ascensor—. Deprisa.

Los números que hay encima del marco brillan conforme el ascensor va subiendo, y yo contengo el aliento al ver que se acerca. Cuando al fin se abren las puertas, meto la maleta y suelto un suspiro.

Paso mi tarjeta de seguridad por encima del teclado, y ya casi puedo disfrutar del sutil sabor de la libertad. Es muy dulce, sin rastro de la amargura que nunca más tendré que degustar.

No habrá más sesiones de fotos con los labios de mi falso marido sobre los míos. Ni más tensión agobiante que llene la habitación que tengamos que compartir. Ni más noches eternas e insoportables de negativas. (Las negativas son por su parte, por cierto, que no por la mía).

—Ha llegado al aparcamiento privado —anuncia el altavoz—. Por favor, tenga cuidado con el tráfico.

Las puertas del ascensor se abren y aparece mi marido ante mí, interrumpiendo al instante el hilo de mis pensamientos.

Está más sexy que nunca, con una camisa negra desabotonada para mostrar su perfecta tableta de chocolate, que sigue un rastro duro como la piedra hasta llegar a una V esculpida de manera impecable.

Sus ojos verde esmeralda se cruzan con los míos, y sus labios se curvan en esa sonrisa rompebragas a la que nunca he sido capaz de resistirme.

Di «Adiós, Travis Carter».

Di «Vete al cuerno, adiós...».

—¿Va a alguna parte, señora Carter? —pregunta, mirando mi maleta.

—«Señorita Brave», por favor. —Me saco el anillo del dedo y se lo tiendo.

—¿Quieres que te lo vuelva a ajustar o algo?

—La verdad es que quiero que te lo quedes —respondo—. Ya no lo necesito.
Suelta una carcajada grave y se mete en el ascensor para bloquearme el paso.
—Juraría que teníamos un trato durante noventa días —dice—. ¿Me equivoco?
—Te equivocas con un montón de cosas. —Me encojo de hombros—. Eres libre de demandarme por incumplimiento de contrato, pero ya no pienso seguir siendo tu mujer.
Él sonríe, pero deja de hacerlo de inmediato.
—¿Adónde vas?
—A cualquier sitio donde esté sola.
—Bueno, me gustaría acompañarte para que podamos hablar sobre lo que *crees* que vas a hacer.
—Me voy a divorciar de ti. —Le meto el anillo en el bolsillo—. De manera no extraoficial.
—¿Por qué?
—Porque eres un cabrón arrogante y engreído que cree que el sol sale y se pone sobre esta ciudad cuando a ti te da la gana.
—Y es verdad, así que necesito que me des una razón mejor que esa.
—Vale. Ya no quiero estar contigo.
—Una razón creíble.
—¿Qué tal «Te odio»?
—No es verdad. —Suelta una sonrisita de suficiencia—. Prueba otra vez.
—Nunca se te ha dado bien el rechazo... —Tomo aire con fuerza al verlo acercarse a mí—. Sinceramente, preferiría no seguir casada con Travis «el Castigador» Carter. Es demasiado difícil de tratar.
—Y por eso solo estás *fingiendo* que estás con él... —Acorta la distancia entre nosotros y clava sus ojos en los míos, dejándome sin habla—. Estamos a mitad del contrato, Tatiana. Dime la verdad.
—Acabo de decírtela. Se me está haciendo demasiado difícil representar este papel.
—Entonces permíteme que te haga un *casting* para otro más fácil. —Sus labios rozan los míos, y el corazón me revolotea en el pecho—. Finge que soy el tipo por el que gimes al tocarte en la bañera todas las noches. Ese *no* soy yo, ¿verdad?
—Verdad. —No aparto la mirada de la suya, con la esperanza de que no adivine que estoy mintiendo—. No eres tú.
—Bien, vale. —Me aparta un rizo de la frente y me lo coloca detrás de la oreja—. Tú solo finge que soy ese tipo hasta que todo esto haya acabado, y después podremos volver a actuar como si no nos conociéramos. *Otra vez*.
Se hace un silencio.
Se alarga durante varios segundos, y provoca una oleada de dolor y tristeza. Las palabras que no hemos pronunciado siguen selladas tras nuestros labios, atrapadas en una trágica red de secretos que ambos hemos intentado ignorar.
Parece estar a punto de abrazarme y besarme hasta dejarme sin aliento, pero, de repente, una pareja joven se monta en el ascensor con nosotros. Van vestidos con uniforme de entrenamiento de combate, y se les ponen los ojos como platos al ver a Travis.
—¡Ay, madre mía! —chilla la chica—. ¡Eres Travis Carter!
—El Castigador. —El chico sonríe—. ¿Podemos hacernos unas fotos contigo, por favor? O sea, si no le importa a tu mujer.
—¿Le parece bien, *señora Carter*? —pregunta Travis.
—Claro... —Casi no puedo escuchar mi propia voz cuando, de improvisto, el chaval me lanza el teléfono.

Echo unas cuantas fotos, y después acribillan a Travis a preguntas durante todo el trayecto en el ascensor.

Mientras él pone en práctica su mejor función, las palabras que me acaba de decir hace unos momentos siguen repitiéndose en mi mente.

«Podremos volver a actuar como si no nos conociéramos. Otra vez».

Por mucho que haya intentado convencerme a mí misma de que este hombre no me ha dejado una huella imborrable en el corazón, la verdad es innegable.

Hubo un tiempo en que fuimos amigos, después amantes, después extraños y después... lo que sea que somos ahora.

—¡Ding!

El ascensor se detiene en la planta quince, y la pareja le dedica una última sonrisa y un «*Gracias*» a Travis antes de bajarse.

No aparto la mirada de las puertas al cerrarse, y veo que Travis me está observando a través de la superficie reflectante.

—¿Vamos a subir a mi casa o volvemos al aparcamiento? —pregunta.

Yo no respondo.

—Tatiana —repite, en voz baja—, ¿adónde vamos?

—Voy a dejarte.

—Durante los cincuenta próximos días no. —Me mira con los ojos entrecerrados—. Hasta entonces... ¿arriba o abajo?

—Ya me he llevado todas mis cosas de tu apartamento.

—Mis empleados estarán encantados de ayudarte a llevarlas de nuevo.

—Vale, mira... —intento mantener firme mi tono de voz—, te lo voy a decir de la manera más educada posible: ya no me atraes en lo más mínimo, y me molesta estar a tu lado.

—Entonces, ¿si te metiera la mano por debajo del vestido ahora mismo, no tendrías el coño mojado por mí?

Se me desencaja la mandíbula y aparto la mirada de inmediato.

—Vamos a subir...

—Eso me parecía. —Introduce el código del ático, y hacemos el resto del camino sin mediar palabra. Sin mantener la conversación que deberíamos haber mantenido el primer día en que hicimos este trato.

A lo mejor, si hubiéramos sido sinceros, yo no estaría aquí, y nuestra historia secreta sería ahora tan solo un recuerdo amargo. No habríamos tenido que mentirles a todos nuestros conocidos y contarles que no nos conocíamos hasta hacía poco.

Pero, claro, incluso aunque no estuviéramos atrapados en este retorcido juego, hay dos hechos que hacen que nuestro matrimonio me sea diez veces más difícil a mí que a él.

Veréis: Travis Carter no es solo mi marido falso, no es un lío del pasado que he tratado de olvidar.

Él fue mi primer *todo*.

Y también es el hermano mayor de mi mejor amiga...

VARIAS SEMANAS ATRÁS

No, *espera*.

No me obligues a ir ahí ahora mismo.

No estoy preparada para enfrentarme a esta parte de la historia todavía.

VARIOS *AÑOS* ATRÁS

Sí, mucho mejor.

Permíteme describir todas las terribles decisiones que tomé sobre este hombre a partir de aquí...

ACTO PRIMERO

CHICO CONOCE A CHICA

POR AQUEL ENTONCES

RENO, NEVADA

TRAVIS

—¡Uf! *Odio* a Tatiana Brave —se queja mi hermana menor, Penelope, en un mensaje de voz incoherente—. No entiendo por qué tiene que cambiar de parejas a solos, ni por qué la ha tomado conmigo. Llámame cuando escuches esto. ¡De inmediato!

—¡Bip!

Compruebo la hora y sopeso mis opciones. Ha dejado otros diecisiete mensajes, todos ellos en la última hora, y no creo que ninguno sea en realidad una emergencia.

Juraría que acabamos de hablar de lo mismo...

Contra toda sensatez, reproduzco el siguiente.

—Tuve que verla ganar la semana pasada y escuchar a todos hablar de lo «increíblemente guapa» que es cuando es de lo más normal. Y su manera de patinar es mediocre, como mucho. COMO MUCHO.

—¡Bip!

—Antes de que digas que estoy exagerando o que estoy mal anímicamente porque me *abandonaste* aquí en Seattle con tu horrible amigo friki, te diré que me llamó «zorra sobrevalorada» cuando estábamos haciendo cola en...

Corto el mensaje, porque no soporto escuchar más. Después borro los siguientes. No me hace falta escucharlos para saber de qué van.

A pesar de haber sido calificada como la mejor patinadora artística del mundo, Penelope siempre se obsesiona con su mayor oponente —sea quien sea— durante varias semanas. Sin embargo, por algún motivo, la tal Tatiana Brave es una historia distinta. Ha estado viviendo dentro de la cabeza de Penelope, sin pagar alquiler, durante casi un año, y yo ya he renunciado a enviar una orden de desalojo.

Por muy irritantes que sean sus mensajes, en parte estoy agradecido de que ya no sostengamos el móvil en silencio, de que ninguno de los dos se esfuerce por encontrar las palabras adecuadas para llenar el enorme agujero que ha dejado la muerte de nuestros padres.

Los recuerdos de su terrible accidente de coche siguen causándome pesadillas cada vez que cierro los ojos, y soy incapaz de perdonar al adolescente borracho que destrozó nuestras vidas en tan solo un segundo.

Ha habido muchas ocasiones en que he querido decirle a Penelope el motivo exacto por el que tuve que dejarla en Seattle para poder venir aquí e intentar hacer carrera en la lucha, pero soy incapaz de hacerlo.

Si supiera las deudas que dejaron nuestros padres, o lo cerca que estuvo el banco de hipotecar su —ahora *nuestra*— casa, seguramente colgaría los patines e intentaría ayudarme a pagarlo todo.

Y entonces estaríamos obligados a tener una vida de mierda los dos...

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—¡Abra la puerta, señor Carter! —grita el gerente del motel de repente, al otro lado de la puerta—. ¡Sé que está ahí!

Guardo silencio.

—¡Abra ya, o se va a enterar! —Vuelve a llamar a la puerta, pero sigo callado—. ¡Volveré el domingo para cobrar el alquiler de esta semana! —grita—. ¡Si no lo tiene entonces, más le vale sacar el culo de este sitio! —Sus pesados pasos resuenan en el asfalto, y yo suelto un suspiro.

Saco mi cartera y cuento el dinero que tengo: ciento ochenta dólares con cincuenta y ocho centavos.

No me llega para pagar esta habitación de mierda, y mucho menos la gasolina y la comida. Y por si fuera poco, le prometí a Penelope que le compraría un traje nuevo de mil dólares el mes que viene.

Joder...

Necesito aire fresco con desesperación, así que cojo mi mochila y salgo a la calle. En la distancia, hay una valla publicitaria que reza: «*Multi-SportsPlex. Abierto veinticuatro horas*».

Camino por la calle, saco mi móvil y llamo al mismo número que marco una vez a la semana, como un reloj. Es una llamada secreta que me hace sentir que hago algo más por Penelope, aparte de enviarle dinero y hacer de tutor desde lejos.

Suena una vez.

Suena dos.

—Has llamado a Tatiana Brave —contesta una voz suave—. En estos momentos no puedo contestar, así que, por favor, deja tu mensaje después de la señal.

—¡Bip!

—Soy Travis Carter, el hermano de Penelope, *otra vez* —anuncio—. Deja de llamar «zorra» a mi hermanita, y acostúmbrate a quedar la segunda durante el resto de tu carrera. —Hago una pausa antes de continuar—. Ah, y tu manera de patinar es mediocre, como mucho. COMO MUCHO.

Después de colgar, subo a toda prisa los escalones que llevan a SportsPlex.

Paso por encima del teclado una tarjeta de socio robada y empujo la puerta, pero no se abre. Pruebo con otra puerta, luego con otra, aunque el resultado sigue siendo el mismo.

Tiene que ser un error.

Reacio a rendirme, camino hasta el otro lado del edificio y me detengo en seco cuando veo a una mujer de pelo rizado colgada de la valla de seguridad.

¿Qué coño...?

—¡Ah! —Se baja de un salto, y vuelve a lanzarse contra la valla otra vez—. ¡Venga ya!

La observo mientras repite ese mismo movimiento fallido cinco veces más antes de aclararme la garganta.

—Supongo que estás teniendo problemas para entrar esta noche.

Ella suelta un gemido y se queda quieta de repente.

—No, estoy... estoy... —tartamudea, sin mirarme a la cara—. Solo estoy intentando recuperar mis cosas. Las dejé ahí sin querer, ¿lo ves?

Señala una mochila gris que hay al otro lado de la puerta, y es evidente que no ha llegado ahí sin querer.

—Si no fuera más listo —digo—, pensaría que estás intentando colarte.

—Bueno, supongamos que *no* eres más listo, para que puedas marcharte y meterte en tus asuntos.

—Entonces imagino que tendré que delatarte. —Me acerco más, para intentar verle la cara—. Es

delito venir aquí si no pagas.

—¿En serio? —Se da la vuelta para mirarme, y se me olvida qué coño quería decir.

Me obligo a parpadear varias veces para asegurarme de que no es un puñetero sueño.

Podría quedarme años mirándote...

Totalmente alucinado, observo sus ojos de color avellana y sus labios rosados y abultados. Las mallas de entrenamiento de color beis que lleva puestas hacen juego con ese suave tono canela de su piel, y acentúan sus curvas. Aunque me está fulminando con la mirada, es la mujer más sexy que he visto en mi vida.

Ni siquiera se me ocurre nadie que se acerque a ser la segunda.

Ni la tercera...

—Yo no me he metido contigo —dice, mostrando una hilera de dientes blancos perfectos—. A juzgar por esa camiseta sin mangas que llevas, no parece que seas ni guarda de seguridad del gimnasio ni policía, así que, por favor, ve a meterte con otra persona.

Yo sigo mirándola, y me doy cuenta de que tiene un lunar sobre el labio superior y hoyuelos en las mejillas.

—Espera... ¿Eres guarda de seguridad? —Baja la guardia—. Soy socia de aquí, y se supone que debe estar abierto las veinticuatro horas, así que algún empleado debe de haber cometido un error y bloqueado...

—Si te ayudo a saltar la puerta —la interrumpo—, ¿me abrirás otra a mí por el lado oeste?

—Bueno, yo... —duda un momento—. Tendré que pensármelo.

—¿Perdona?

—Lo he dicho muy claro. —Parece ir muy en serio—. No te conozco, y no puedo permitirme convertirme en la inspiración para un episodio de *Ley y orden* a estas alturas de mi carrera.

—He venido a usar la sala de pesas. —Levanto mi tarjeta de socio robada—. Yo tampoco puedo permitirme salir en *Ley y orden*.

Ella se me queda mirando mientras considera mi oferta, y a cada segundo que pasa me parece más sexy.

—Puedo saltar la puerta con toda facilidad —afirmo—. Si no escucho un «sí» en el próximo minuto, lo haré y te dejaré aquí.

—Ay, vale. —Engancha los dedos en la valla de alambre y me mira por encima del hombro—. ¿Me vas a ayudar o no?

—Primero estoy admirando las vistas.

Se suelta con un gesto de exasperación, y yo le agarro de las muñecas con suavidad.

—Es broma —admito—. Agárrate otra vez, y te levantaré a la de tres.

Ella obedece, y yo la agarro de la cintura de inmediato.

—Uno, dos... —hago una pausa— y tres.

La levanto, y ella se agarra al último barrote y salta por encima como una gimnasta antes de bajar al otro lado.

Coge su mochila y me mira.

—Muchas gracias. Te veré donde hemos acordado.

—Hecho.

Decidido a conseguir su número de teléfono, me dirijo hacia allí mientras me pregunto cómo es que no la he visto antes por aquí.

Debe de ser la primera vez que viene.

Cuando llego al lado oeste, me está sujetando la puerta abierta. De alguna manera, se las ha

arreglado para estar todavía más atractiva debajo de las brillantes luces blancas.

—Bueno, eeh... —Se sonroja—. Gracias de nuevo por tu ayuda.

—Encantado. ¿Cómo te llamas?

—Tatiana —contesta—. Tatiana Brave.

—¿*Qué?*

—Bueno, Tati solo para mi familia y las personas que me conocen. Tatiana Brave para cosas formales y los extraños, sin ánimo de ofender. ¿Y tú eres...?

No me lo puedo creer.

—Travis Carter.

—Encantada de conocerte, Trav... —Entrecierra los ojos y da un paso atrás—. ¿El gilipollas del hermano de Penelope Carter, que me deja mensajes ruines en el móvil algunos fines de semana?

—Te los dejo *todos* los fines de semana. Creo en la perseverancia.

Ella resopla.

—¿Has venido a hacerme un Tonya Harding?

—¿Un *qué?*

—Primero me dejas mensajes de voz y ahora vienes a la ciudad donde nací para tratar de romperme las rótulas antes de que me enfrente a tu hermana otra vez, ¿verdad? —Habla consigo misma, no conmigo—. ¿Cómo puede caer tan bajo? ¿Es que no le basta con ser la número uno del mundo?

—Tatiana...

—Sé que es unos años más joven que yo, algo de lo que a ella le encanta presumir, pero nunca pensé que sería tan inmadura como para idear un plan así. Deberías avergonzarte de ti mismo por haber accedido, y pienso llamar a la policía sin falta.

—En primer lugar, nunca le pondría una mano encima a una mujer. —Vuelvo a mirarla de arriba abajo—. No de la manera que piensas, al menos. Y en segundo, *vivo* en esta ciudad, y no he venido a sabotearte. En contra de lo que puedas pensar, ni siquiera sabía cómo eras antes de conocerte. Hace mucho que no voy a las competiciones de patinaje.

—Ya, y yo voy y me lo creo. —Pone los ojos en blanco—. ¿Pero sí que has podido conseguir mi número de teléfono para acosarme?

—Penelope no tiene ni idea de que tengo tu número —admito—. Le pedí a mi mejor amigo que buscara por internet y me lo consiguiera.

—Bueno, ese argumento suena mucho mejor. —Da otro paso atrás—. O no. Bueno, ¿algo más que quieras confesar esta noche?

—Eres la mujer más sexy que he visto en mi vida.

—Vale. *Adiós.* —Corre escaleras abajo en dirección a la pista de hielo.

La observo, sonriente, hasta que desaparece.

Voy a la sala de pesas, saco el móvil y tecleo «*Tatiana Brave*» en la barra de búsqueda. Nunca he buscado a las competidoras de Penelope, pero es que ella ya me cuenta más cosas de las que necesito saber. Además, no quiero ser un hipócrita, dado que siempre le suelto sermones para que se centre en sí misma y en nadie más.

Tampoco quiero arriesgarme a encontrarme artículos negativos que me den ganas de ir a saludar a algún reportero con los puños.

Mientras me siento en un banco, en mi pantalla aparecen imágenes de Tatiana.

Es preciosa desde todos los ángulos. Está subida a varios podios, en el puesto número uno en algunos, en el dos en otros. Aparece girando en una pista, levantando un ramo de rosas rojas con las

manos, o completando giros y saltos, con titulares tales como «*Absolutamente impresionante: Brave es una maravilla que se ha forjado un lugar en la historia del patinaje artístico*» o «*Brave le arrebató el primer lugar a Penelope Carter en Utah: ¿será la próxima número uno?*».

Cuando voy por la quinta página de resultados, estoy totalmente convencido de que nunca se ha hecho una foto donde salga mal en la vida. Y a pesar de lo que dice mi hermana, es increíblemente guapa.

Y mucho más que eso.

Me pongo la lista de reproducción para entrenar y me propongo investigarla todavía más cuando acabe.

Doscientas repeticiones después, coloco las mancuernas de nuevo en su estante y cojo el ascensor para bajar a la pista de hielo.

A través de los altavoces suena música clásica, y el sonido característico de las cuchillas al raspar el hielo me atrae todavía más.

Sorteo los asientos vacíos de las gradas y observo a Tatiana patinar sola con los ojos cerrados.

Va vestida con un traje rojo brillante, y se mueve como si la vida le fuera en ello. Y además, pese a los cometarios de mi hermana, su manera de patinar no es *para nada* mediocre.

Nunca me he quedado prendado de una coreografía que no perteneciera a Penelope, pero me es imposible apartar la mirada de esta mujer.

Con cada salto y cada aterrizaje, parece adueñarse de cada milímetro de la pista. Es como si hubiese estado patinando desde el día en que nació.

Las cuerdas del violín sueltan una abrupta nota final, y Tatiana levanta la cabeza.

Abre los ojos y saluda a un público invisible, hasta que su mirada me descubre.

Durante un momento, parece como si estuviera a punto de saludarme a mí también, pero entonces me saca el dedo corazón.

—¡Que te den, Travis Carter!

Le guiño un ojo y me río.

Después, vuelvo al motel.

La llamaré el fin de semana que viene.

ACTO SEGUNDO

CHICA ODI A CHICO

POR AQUEL ENTONCES

(EL FIN DE SEMANA SIGUIENTE)

A CIENTO MILLAS DE DISTANCIA DE RENO

TATIANA

En un mundo justo y perfecto, no estaría sentada en esta pista hoy. Viviría en una realidad alternativa, mano a mano con mis personajes favoritos de la serie de *anime Sailor Moon*.

Todos mis problemas formarían parte de un guion y se solucionarían siempre con final feliz, algo muy distinto al desastre total que es mi vida ahora mismo.

La única alegría que me he llevado en todo el año es ver al chico sexy de SportsPlex el fin de semana pasado. Bueno, hasta que me enteré de que es el hermano de la persona a la que más odio en este planeta: la chica arrogante que me llama «zorra sobrevalorada» cada vez que puede, y que se cree que es un regalo de los dioses en este deporte.

Su manera de patinar es tan mediocre...

Encontrarme cara a cara con su sexy hermano es una broma cruel del universo, y no quiero volver a repetirlo nunca más.

Pero, claro, no puedo dejar de pensar en sus ojos, su sonrisa, sus labios. En la manera en que reaccionó mi cuerpo cuando me agarró de la cintura por detrás y respiró contra mí...

—Eh... ¡Hola! —interrumpe mis pensamientos una voz chillona—. La Tierra llamando a la señorita Brave.

—Eeh... ¿qué?

—Eso es. —Mi entrenadora, la señorita Price, chasquea los dedos—. Ahora toca sentarse, y tú estás ahí plantada con cara de empanada. Espabila.

Las luces de la pista empiezan a parpadear, señal de que la West Coast Expo está a punto de empezar.

Tomo asiento desesperada por deshacerme de los recuerdos de Travis, pero sus palabras se han adueñado de mi cerebro durante días.

«Eres la mujer más sexy que he visto en mi vida».

He recordado la forma en que me subió por aquella valla tantas veces que ni siquiera puedo llevar la cuenta, y he deseado que fuese otra persona, *cualquiera*, para contar con alguien con quien hablar fuera de la pista, aparte de mi entrenadora o mi horrible familia.

Supongo que no está predestinado que tenga amigos en esta vida...

—Antes de empezar, deja que te diga una cosa. —La señorita Price me coloca las manos sobre los hombros—. Sé que este evento es el que más odias, pero los días malos han quedado en el pasado y tu futuro es más prometedor que nunca. Estás hecha para ser una patinadora individual, y eres la mejor del mundo.

—Gracias, señorita Price. —Me obligo a sonreír, aunque no estoy de acuerdo con lo que dice en

absoluto.

La West Coast Expo no es solo el evento que más odio: es una herida abierta que todavía tiene que sanar.

Siempre que cruzo estas puertas, me veo obligada a enfrentarme a lo que podría haber sido, a lo que *debería* haber sido.

Mi experiencia se centra en el patinaje en pareja, y el destino me entregó una vez a un compañero perfecto, Tristan Chamberlain. Con él a mi lado, ganamos todas las competiciones en las que participamos, y cautivamos a los jueces con el nivel de perfección que conseguíamos.

Nunca nos caímos, nunca tropezamos.

Pero cuando cumplí diecisiete años, me dio un ultimátum muy cruel y retorcido: o me convertía en su compañera entre las sábanas también o me daba puerta.

No me gustaba lo suficiente como para dejarle ser el primero, así que se fue a bailar con otra persona, y yo me quedé a remontar a solas.

Mi cambio a individual ha sido una pesadilla, y aunque los periodistas me llaman «una fuerza absoluta», no soy «un fenómeno», como lo era cuando patinaba en pareja.

Ni «bechizadora», como Penelope Carter...

—Damas y caballeros... —anuncia una voz por megafonía, interrumpiendo mis pensamientos—. Démosles la bienvenida a Tristan Chamberlain y Monica Taylor, que patinarán *My Sweet and Tender Beast* para su programa breve.

No tengo ganas de ver ni un solo segundo de su número, así que saco mi móvil y abro los mensajes. Por desgracia, el destino no me ha enviado una oferta para una vida mejor.

Solo tengo mensajes de mi hermanastra, Harlow.

Bruja malvada: *Hola. ¿Es que no puedo recogerte cuando se acabe la competición? Porque, bueno, a tu edad, ¿de verdad necesitas que alguien te anime?*

Bruja malvada: *Vale, espera... Sé que estas cosas significan mucho para ti, así que, si voy, ¿podemos irnos pronto?*

Me estoy planteando dejarla en silencio durante el resto del día cuando me llama un número desconocido.

—¿Diga? —respondo.

—¿Así que has bloqueado mi otro número? —La voz grave de Travis suena desde el otro lado de la línea.

—¿Te refieres a los otros *veinte* números con los que has probado esta semana?

—Veintiséis, pero no hace falta llevar la cuenta.

—Sí, te he bloqueado —contesto—. Creo que es bastante obvio.

—Eso hiere mis sentimientos, Tati. —Se nota que sonrío—. He sufrido mucho a causa de ello.

—No me llames así nunca más —gruño—. No somos amigos, y si de verdad estuvieras dolido, es lo que te mereces.

—¿Por qué no te he visto en SportsPlex esta semana?

—Por favor, cuelga para que pueda añadir este número a la lista de bloqueados.

—Esperaba que al fin me dejaras disculparme.

—¿Por qué?

—Por lo que creas que he hecho que te haya cabreado el fin de semana pasado. Lo siento mucho.

—Disculpa no aceptada.

—Me parece justo. —Sigue sonriendo. Puedo adivinarlo—. Entonces empecemos de nuevo y finjamos que mi hermana y tú no sois enemigas.

—¿*Qué?* Nunca.

—Vale, vale. —Suelta una carcajada—. Entonces finjamos que me conoces sin tener ninguna relación con ella.

—¿Y entonces solo serás el gilipollas que me dejaba mensajes sobre que nunca venceré a mi principal competidora?

—Deberías considerarlos mantras motivadores, o incluso regalos. —Se detiene un momento—. Puedes volver a escucharlos en tus noches más solitarias, si quieres. He oído que mi voz suele gustar bastante.

Cuelgo y vuelvo a bloquearlo.

UNA HORA DESPUÉS

Estoy girando en el centro de la pista mientras suenan las notas de Tchaikovsky a mi alrededor.

Mi vestido color rojo carmín flota en el aire, y sé, sin lugar a dudas, que no he cometido ni un solo error en los dos últimos minutos.

Cuando levanto los brazos por encima de la cabeza para completar el penúltimo giro de ángel, abro los ojos y me doy cuenta de que todo el público se ha puesto en pie.

La última nota suena en el aire, y mi cuerpo se detiene por completo.

Todo el estadio estalla en aplausos.

—¡TATIANA! ¡TATIANA! —gritan, mientras tiran rosas y ositos de peluche a la pista.

Sonriendo, me giro hacia donde deberían estar mi hermanastra y mi padre —donde se solía sentar mi madre cuando estaba viva—, pero sus sillas están vacías.

Sorpresa, sorpresa.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y saludo a todos los demás, a quienes en realidad no les importo un pito.

Después de recoger todos los ramos de rosas que puedo, patino hasta el borde de la pista y me coloco las fundas de las cuchillas. Después me voy a la zona de espera.

—¡Has estado perfecta, Tati! —La señorita Price me abraza tan fuerte que se me caen unas cuantas flores—. Puñeteramente perfecta. No he podido encontrar ni un solo defecto en tu actuación.

—Estoy segura de que los jueces encontrarán algo. —Miro la pantalla—. Apuesto a que todos están esperando a que actúe tú ya sabes quién.

—Ella ya no está en el programa. —Me agarra del brazo—. He oído que no pudo pagar la cuota de inscripción a tiempo, y no la he visto aquí hoy.

¿*QUÉ?*

Antes de poder preguntarle dónde ha escuchado ese rumor, mi puntuación empieza a aparecer en la pantalla.

«10.0 10.0 10.0 10.0 10.0».

¿*Una nota perfecta?*

Me quedo mirando los números, totalmente incrédula.

La señorita Price chilla de alegría, y yo me meto una mano debajo de la manga para pellizcarme y así comprobar que todo esto no es un sueño.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas, y mi cara aparece en la pantalla gigante.

Y en ese justo momento, el público me regala una segunda ovación en pie, esta vez más fuerte que la primera.

Un cámara y un reportero aparecen delante de mí, preparados para la entrevista del final de la actuación.

Sin embargo, a mí no me salen las palabras.

Por mucho que me esfuerce, soy incapaz de hablar.

Probablemente, lo mejor es que la gente crea que estoy llorando por este primer logro, y no porque me parezca que no está completo.

Mi madre no está aquí para animarme, ni para decirme que está orgullosa de mí.

Mi archienemiga no está siendo testigo de cómo me acerco a destronarla del podio.

No tengo amigos con quien celebrar este momento cuando las luces se apaguen.

Mejor sería que estuviese soñando, después de todo...

ACTO SEGUNDO Y MEDIO

CHICO CAMELA A CHICA

POR AQUEL ENTONCES

(MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE)

A CIENT MILLAS DE RENO

TATIANA

Estoy en el aparcamiento vacío del estadio, fantaseando con el día en que disponga de mi propio coche para no tener que esperar después de los eventos. Me meto la medalla de hoy debajo de la sudadera y juro que voy a esperar cinco minutos más antes de llamar a un Uber.

A tan solo unos segundos de mi límite, el Honda de Harlow acelera por la explanada y da un volantazo delante de mí.

—¡Date prisa, Tatí! —Baja la ventanilla—. ¡Ya llegamos tarde!

—¿Tarde para *qué*, Harlow? —Me meto en el coche y me abrocho el cinturón.

—Te lo explicaré todo cuando lleguemos. He conseguido un conjunto de más por si no quieres estar fuera de lugar.

La miro, y me quedo observando el escote pronunciado de su vestido de fiesta color rosa brillante. Es uno de Chanel a medida que no le pertenece a ella.

—Ese es uno de los vestidos favoritos de pasarela de mi madre, Harlow.

—Lo sé. —Se encoge de hombros y se incorpora a la carretera—. He cogido uno de sus monos de Givenchy para ti.

—Al menos podrías haberme preguntado primero si podías hacerlo...

—No me daba tiempo —lloriquea—. He tenido un día de lo más estresante, y se me han ido las horas. En fin, he visto al tío más bueno del mundo durante mi cita para la manicura. Ni te imaginas lo que me ha dicho...

Aprieto los puños mientras ella sigue divagando, esperando a que me pregunte algo, *cualquier cosa*, sobre la exhibición de hoy, pero no lo hace.

Cuando vuelve a repetir «*lo difícil*» que le ha sido escoger entre la laca de uñas de color rosa chicle y el amapola coqueto, me doy cuenta de que ya no puedo soportar su conversación.

—¿Puedes dejarme en casa, por favor? —le pido.

—Madre mía, no —resopla—. Me pillas muy lejos.

—Sin ánimo de ofender, que es muy poco...

—Entonces digamos que es «con ánimo de ofender» —me interrumpe—. Estoy harta y cansada de que mi vida social gire en torno a tu carrera de chiste, que no hace nada más que llenar de medallas el armario en vez de llenar la cuenta bancaria. Siento que tu madre muriera, pero la vida sigue. No puedes patinar para siempre, y yo no puedo estar llevándote siempre tampoco. Así que esta noche vamos a hacer lo que *yo* quiera, y nos iremos a casa después. —Se salta un semáforo en ámbar—. Si quieres gastarte cientos de dólares en un Uber esta noche, allá tú, pero yo no me voy a perder esto por ti. ¿Vale?

Me siento sobre las manos para evitar abalanzarme sobre ella y ahogarla.

—Eso pensaba. —Enciende la radio, y yo miro por la ventana, calculando mentalmente mis posibilidades de supervivencia si salto del coche.

Tiene suerte de que las estadísticas no estén a mi favor.

Cuarenta minutos después aparcamos delante de una casa enorme con ventanas tintadas en negro. Hay un cartel rojo que sobresale del tejado y que se ha iluminado para esta noche.

«INFIERNO».

Hay una cola que dobla la esquina y que conduce hasta una puerta con un letrero que reza «*SOLO VIPS*».

—¿Qué sitio es este? —pregunto.

—Yo no me preocuparía por eso si fuera tú. —Harlow baja la visera con espejo y le quita la tapa a un pintalabios—. Deberías preocuparte mucho más por quitarte esa sudadera ridícula.

—Estoy bien, gracias.

—Tú misma. —Se encoge de hombros y sale del coche—. No confío en ti lo suficiente como para dejarte sola en mi coche, así que o coges un Uber o entras.

—Entro... —Reprimo un gemido y la sigo hasta el principio de la cola.

El portero escanea el teléfono de Harlow antes de darnos unas pulseras de color negro y dorado. Tienen dos frases escritas:

*«Bienvenidos a The Underground.
No se habla de esto nunca. Jamás».*

Pongo los ojos en blanco y me planteo de nuevo pillar ese Uber.

—Por aquí, Tati. —Harlow me lleva hacia otra puerta.

La abre un guarda de seguridad, que nos introduce a un mundo lleno de rugidos y aplausos. Se trata de un estadio cerrado, con gradas de metal que rodean algo que todavía no puedo ver.

Harlow me aprieta la mano y me conduce a través de la multitud antes de detenerse ante una valla metálica enorme.

Dentro hay un hombre de pelo canoso que está fregando la sangre del suelo blanco mientras una rubia bastante perjudicada le atiende las heridas.

—Vale, en serio. —Meneo la cabeza—. ¿Dónde coño estamos, Harlow?

—Estamos en un club de lucha. —Sonríe, bobalicona—. Es el mejor lugar para conocer a tíos buenos y a todas las futuras estrellas de la MMA.

—¿La MMA?

—Artes marciales mixtas. —Me mira como si tuviera que saberlo—. Es una combinación de lucha libre con boxeo, karate, jiu-jitsu y, bueno, *todo* junto. Cualquier cosa vale.

—Eehh... —Empiezo a toser cuando un tipo pasa junto a nosotras fumando marihuana—. ¿Es legal este sitio?

—Claro que no.

—¡Damas y caballeros! —Un hombre vestido todo de negro entra en la jaula con el micrófono en la mano—. ¡Prepárense para el primer espectáculo coestelar!

La gente grita más alto de lo que yo haya oído nunca en la pista de patinaje.

—¡Luchando en la esquina roja: Mad Max Jones!

Un tipo rubio y sexy con pantalones cortos de color gris corre de repente hacia la jaula. Se besa los puños vendados antes de saludar a los espectadores y entrar.

—Su verdadero nombre es Connor Masters —dice Harlow a mi lado—. Estuve *a punto* de tirármelo el verano pasado. Tuve que conformarme con hacerle una mamada.

No necesitaba saber eso.

—¡Luchando en la esquina azul...! Bueno, todavía se niega a buscar un nombre... ¡Pero como es de Seattle, lo hemos estado llamando «el Chico Humilde de la Ciudad Esmeralda»!

El nivel de decibelios sube tan alto que me duelen los oídos. Las gradas tiemblan cuando la gente empieza a dar saltos.

Como tengo muy pocas ganas de unirme a este culto, abro de inmediato la aplicación de Uber, pero me paro en seco al ver a Travis entrar en el cuadrilátero vestido con unos pantalones cortos rojos.

Trago saliva al comprobar que la luz inclemente del estadio acentúa cada milímetro de su esculpido cuerpo. Los abdominales le brillan, y él flexiona a propósito los músculos de la espalda.

Una serie de intrincados tatuajes negros le recorre los hombros y continúa por los brazos hasta dejar la marca de un emblema en su pecho izquierdo.

—¡Quiero que me folle! —grita Harlow.

—¡Yo también! —La chica que está delante de nosotras se da la vuelta y le choca los cinco a Harlow.

Travis se va a su esquina, y yo soy incapaz de despegar la mirada de él.

—Bueno, los dos conocéis ya las normas —dice el presentador—. Tres rondas de dos minutos, y todo vale a menos que haya un TKO. El premio es de cinco mil limpios. Acercaos al árbitro y chocad los guantes si estáis de acuerdo.

Travis y el rubio lo obedecen, y eso hace que la multitud entre de nuevo en un arranque de lujuria. El presentador se marcha, y una campana suena con fuerza por encima de la jaula.

Sin pensárselo dos veces, Travis se acerca al rubio y le da un puñetazo en plena cara. Como si estuviera poseído, los ojos se le oscurecen, y lanza otros dos golpes contra la mejilla del rubio.

Su contrincante le devuelve el puñetazo, pero no lo alcanza.

Travis se aprovecha, levanta la pierna y le da una patada al otro en el lado izquierdo de la cabeza que lo tira al suelo.

Por algún extraño motivo, el árbitro no interviene.

Travis se inclina y ataca al chico con saña, dándole un golpe tras otro y extrayendo sangre y aplausos del público al mismo tiempo. Lanza otros cuatro puñetazos sangrientos más antes de que al fin el árbitro los separe.

Travis se pone de pie y levanta los puños al aire, y las gradas tiemblan todavía más.

Aturdida por lo que sea que acabo de presenciar, siento una repentina necesidad de refrescarme.

—¿Dónde está el baño, Harlow? —le pregunto.

—Ahora *no* es el momento de ir al baño —se queja—. No vamos a perder estos asientos cuando nos queda mucho más por ver de él.

—¿Va a volver a pelear?

—No, pero siempre elige a una chica que se lleva a casa al final. Tengo que ser yo. —Se baja el escote del vestido y enseña sus pechos de copa D.

Yo miro a mi alrededor y veo que otras chicas la imitan. Vuelven a pintarse los labios, se ponen de puntillas y se atusan el pelo.

Mis rizos revueltos y mi sudadera de «*SAILOR MOON FAN FOREVER*» de color gris claro destacan más que nunca.

Travis sale de la jaula y estrecha las manos de sus adoradores de la primera fila. Las chicas aplastan las manos contra su pecho sudado cuando pasa junto a ellas.

—Ahora tiene mucho más sentido que lo haya visto en mi SportsPlex.

—¿Lo has visto antes? —Harlow está a punto de salivar—. ¿Me lo puedes presentar?

—Lo he visto *una vez*, Harlow. No sé nada de él, salvo su nombre.

Cuando Travis está estrechando otro par de manos, sus ojos se cruzan con los míos.

Mi estómago me traiciona con un ataque de mariposas frenéticas.

Los labios de Travis se curvan en una leve sonrisa, y le susurra algo a un hombre trajeado antes de acercarse a mí.

Yo intento permanecer indiferente mientras él esquivo a la gente y salta a las gradas, pero soy incapaz de hacerlo. Se planta ante mí y me saluda con voz grave.

—Hola, Tatiana Brave.

—Hola, Persona Con La Que No Tengo Ganas de Hablar Nunca Más En Mi Vida.

—Qué adorable. —Se ríe—. ¿Has decidido venir después de escuchar mi mensaje?

—¿Qué mensaje?

—El que te he dejado esta mañana —explica—. Tuve que llamarte desde una cabina de teléfono antigua, en una gasolinera, para poder contactar contigo, por cierto.

—No tenía ni idea de que me hubieras invitado a esto. —Me recuerdo que tengo que comprobar los mensajes después, y luego hago un gesto hacia Harlow—. Esta es mi hermanastra, Harlow. Que hayamos venido ha sido idea *suya*.

—Hola, Harlow. —Le sonrío, y juro que ella se derrite, pero no antes de aplastarle la mano contra el pecho.

Puaj. Contrólate.

—Creo que vas a ser toda una estrella del mundo de la MMA algún día. —Harlow sonrío como una tonta—. Tus cinco últimas peleas han sido increíbles.

—Gracias por venir a verlas. —Se gira de nuevo hacia mí—. Me gusta tu sudadera. Pero creo que te faltan los otros personajes.

—¿Ves *Sailor Moon*?

—Lo haré si me invitas.

Pongo los ojos en blanco.

—Paso.

—Hay una fiesta privada después de la última pelea —dice, sin inmutarse siquiera—. Deberías venir a bailar sobre mí.

—¿*Sobre* ti?

—Conmigo. —Sonrío con suficiencia—. Es lo mismo.

—¿Es que se te ha olvidado que siempre os odiaré a ti y a tu hermana? O sea, ¿*para siempre*? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo va a costarte asimilar ese hecho?

—Nunca se me ha dado bien aceptar el rechazo.

—¿Has dicho *fiesta*? —Los ojos de Harlow se le salen de las órbitas—. ¿Dónde es, y a qué hora empieza?

—Te pondré la dirección en el móvil —contesta él, quitándoselo de las manos.

Sin apartar su mirada de la mía, teclea un sitio al que no pienso ir, y después le devuelve el móvil a Harlow.

—Dile al tipo de la puerta que me llame, para que no tengáis que pagar la entrada —informa. Después baja la voz y se inclina hacia mí—. Puedo llevarte yo hasta allí, si quieres. No tienes más que decírmelo.

—¡Eh, Chico Humilde! —grita un tipo desde abajo, antes de que pueda responderle—. ¡Te necesitamos aquí! ¡Date prisa!

—Os veré en la fiesta —dice él, antes de mirarme de arriba abajo y desaparecer entre el gentío.

—Ay, Dios mío, ay, Dios mío, ¡ay, Dios mío! —Harlow me agarra las manos como si fuéramos las mejores amigas del mundo—. Tienes que contarme todo lo que sepas de él, para que pueda tirarle los trastos en la fiesta.

—Encantada —respondo—. Con una condición.

—Lo que sea.

—Tienes que dejarme en casa y llevarte a otra de tus amigas contigo.

—¡Ja! Tenía pensado hacerlo de todas formas.

ACTO TERCERO

CHICO OFRECE TREGUA

POR AQUEL ENTONCES

(DOS DE LA MADRUGADA)

RENO, NEVADA

TRAVIS

—Gracias por conseguir colarnos a mi amiga y a mí en la fiesta. —La hermanastra de Tatiana bate sus falsas pestañas con tanta vehemencia que empiezan a desencajarse—. ¿Te vas a quedar hasta que se acabe? —pregunta.

No si puedo evitarlo.

—Aún no estoy seguro —contesto—. ¿Está Tatiana de camino?

—No, a menos que tenga a un chófer personal en marcación rápida. —Menea la cabeza—. A ella no le gustan tanto las fiestas como *a nosotras*. Seguramente estará en la cama leyendo una novela romántica o viendo dibujos animados.

—Interesante...

—¿Cuándo crees que podrás probar a entrar en la UFC? —Su amiga me acaricia el hombro—. ¿Podría ser dentro de unos meses? ¿De un año?

—Eso depende de la liga y del presidente. —Trato de forzar una sonrisa y seguirles el rollo todo cuanto pueda.

Después de llenarles las copas de nuevo, desaparezco entre la multitud y me escapo hacia el aparcamiento.

Me pongo al volante de mi coche y le envío un mensaje al gerente del motel.

Yo: Te acabo de enviar el dinero del alquiler de esta semana y de la pasada por correo electrónico.

Su respuesta me llega en unos segundos.

Dueño del tugurio: Supongo que no esperarás que te dé las gracias. Me lo has enviado TARDE.

Pongo los ojos en blanco y me incorporo a la carretera. Cuando estoy a mitad de camino de casa, el nombre de Penelope aparece en mi pantalla.

—¿Sí, Corona? —respondo—. ¿Ocurre algo?

—Sí y no —contesta—. Creo que he hecho saltar los plomos otra vez. ¿Puedes enseñarme cómo arreglar el cuadro eléctrico?

—Claro. Coge una linterna y sal a la calle.

Espero a que llegue al lateral de la casa antes de empezar a darle instrucciones. Al acabar, me pide que la ayude a desatascar una tubería.

—¿Algo más? —pregunto.

—Tatiana Brave ha conseguido hoy una puntuación perfecta en la West Coast Expo —dice a toda prisa—. *Una puntuación perfecta*. ¿Tienes idea de lo que eso significa?

—Tengo la sensación de que me lo vas a contar tú.

—La gente está empezando a preguntarse *cuándo*, y no *si* ella será la próxima número uno.

—Penelope...

—Ni te atrevas a darme la charla hoy sobre centrarme solo en mí misma —me interrumpe—. Deja que me desahogue con esta tragedia, ¿vale?

—Vale.

—En primer lugar, no es tan guapa, y su manera de patinar es...

Le doy a silenciar y lanzo el teléfono al asiento del pasajero.

Como ya me imagino que va a decir lo mismo que ha dicho infinidad de veces, hago todo el camino hasta el motel antes de volver a cogerlo.

—No pude encontrar ni un solo fallo en su ejercicio. —Parece estar a punto de llorar, como si se tratara de una catástrofe—. Que mi inscripción no llegara a tiempo debe de haber sido un presagio. Espero que le hayas gritado al director del banco por haber jodido la transferencia.

No podía permitirme hacer la transferencia, ni pagar la cuota...

Siento una punzada de culpa en el pecho.

—¿Estás ahí, Travis? —pregunta—. ¿Travis?

—Sí, lo siento. Estoy aquí, Corona.

—Lo estaba empezando a dudar. —Se nota que sonrío—. En fin, puedes dejar de llamarme por ese apodo cuando te venga bien.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque me hace sentir que todavía tengo siete años.

—Mamá y papá te llamaban así todo el tiempo, y nunca te quejaste. —Salgo del coche—. Dudo que te moleste en lo más mínimo.

—Y no me molesta. —Se ríe—. Estoy intentando arrancarte alguna emoción, porque me has dejado divagar y divagar sin haberme interrumpido ni haberme dado ningún consejo.

—Todo va bien —respondo—. Te he hecho una transferencia de mil dólares a tu cuenta hace un par de horas. Haré lo que haga falta para asegurarme de que nunca te vuelvas a perder otra competición. Lo prometo.

—No pasa nada porque me haya perdido esta, solo es una exhibición. —Se detiene un momento—. El error de tu banco me ha ahorrado un viaje en coche de doce horas con Hayden, y, además, las exhibiciones no cuentan para las clasificaciones.

Abro la puerta de mi habitación con una sensación de culpa tan terrible que soy incapaz de decirle la verdad.

—¿Uso parte de ese dinero en un billete de autobús para visitarte? —pregunta.

—No, no, no —contesto—. No te gastes nada en mí. *Nunca*. No le pidas a Hayden que te compre los billetes tampoco. Céntrate en tu carrera de patinaje al cien por cien, eso es lo que me hará más feliz.

—Vale. —Suelta un suspiro—. Ya que mencionas a Hayden, ¿tienes otros amigos que puedan hacer de mi seudohermano mayor mientras tú no estás? ¿Alguien que no sea un putero con un ego del tamaño de la luna?

—Hayden no es tan putero —replico—. Solo es...

Soy incapaz de terminar la frase. Su reputación con las mujeres ha sido siempre terrible, y es mucho peor de lo que yo haya sido nunca.

Es peor que cualquier persona que conozca.

—¡Exacto! —refunfuña Penelope—. Es un alivio que mi entrenador me deje descansar durante estos próximos días para no tener que tratar con él. No solo es una persona horrible, sino que además es un iluso que cree que algún día será *multimillonario*.

—Lo sé. —Me propongo ponerme al día con Hayden a finales de semana—. Hablando de descansar, Corona, de verdad necesito meterme en una bañera con hielo. Te llamaré mañana por la noche, ¿vale?

—Espera. —Se queda en silencio un momento—. Si algo anda mal en tu vida y tuvieras problemas alguna vez, me lo dirías, ¿verdad?

Falso.

—Claro, Corona. Te quiero.

—Yo también te quiero. Hablamos.

Espero a que cuelgue y después lleno mi bañera con hielo.

Me meto hasta el cuello e intento no pensar en cuántas peleas tendré que participar para mantenernos a flote a Penelope y a mí durante otro mes.

Medio congelado, estoy estudiando la rutina de entrenamiento actual del campeonato de peso Welter del blog *El Diario Mordaz* cuando aparece un mensaje nuevo en mi pantalla.

Tatiana: Hola.

Entorno los ojos, porque no estoy seguro de que no sean imaginaciones mías.

Yo: Pensaba que me habías bloqueado...

Tatiana: Lo hice, pero ahora te he desbloqueado temporalmente. (Ojo: temporalmente).

Yo: ¿Y cómo podemos conseguir que este acuerdo sea permanente?

Tatiana: No podemos. En fin, que solo te envío un mensaje porque mi hermanastra parece incapaz de callarse desde que te vio en la fiesta. Quiere tu número de teléfono; ¿te parece bien que se lo dé?

Yo: ¿Lo quiere para que podamos hablar sobre ti?

Tatiana: Seguramente no.

Yo: Entonces no se lo des. Dile que me siento halagado de que hable de mí, y que espero verla en la próxima pelea.

Su nombre aparece en la pantalla de mi móvil solo unos segundos después.

—Hola, Tati —respondo.

—Para ti, Tatiana.

Por ahora...

—No entiendo cuál es el problema. —Su voz parece incluso más sensual ahora que en persona—. Mi hermanastra se siente atraída *de verdad* hacia ti.

—Lo mismo les pasa a muchas mujeres.

—Siento escucharlo.

—La verdad duele.

—Mira. —Hace una pausa—. No es que mi hermanastra y yo nos llevemos de maravilla que se diga, pero es muy buen partido para un tipo como tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Está obsesionada con los deportes de combate, le encanta meterse con los demás, y si alguna vez necesitas a alguien que te acompañe para salir por las noches...

—... te llamaré y te lo pediré *a ti*.

Se hace un silencio.

—Tengo novio, Travis —dice al fin—. No estoy disponible en absoluto.

—Estoy dispuesto a esperar hasta que eso cambie.

—¿Qué coño...? —Toma aire con fuerza—. Como andas escaso de comprensión, que haya mencionado a un novio quiere decir que tienes cero oportunidades conmigo.

—En este momento. —Sonríe—. Si salgo con tu hermanastra, aniquilaría cualquier oportunidad para siempre, ¿verdad?

—Has aniquilado cualquier oportunidad en el momento en que me dejaste el primer mensaje ruin.

—Era una persona distinta por aquel entonces.

—Tu último mensaje es, literalmente, de hace una semana.

—Pero sigue siendo el pasado. —Activo el altavoz y salgo de la bañera—. Si hace que te sientas mejor, si hubiera sabido el aspecto que tenías antes, nunca habría dejado esos mensajes.

—Lo único que podría hacer que me sintiera mejor es poner fin a esta llamada.

—Tú misma.

Espero a que lo haga, pero el pitido final nunca llega.

Todavía puedo escuchar su respiración suave.

—Deberías darme diez minutos, ya que no has aparecido en la fiesta —sugiero—. ¿Qué haces despierta tan tarde?

—Porque estoy... —Duda durante unos segundos, y estoy convencido de que está a punto de colgarme—. No puedo dormir —dice en tono más suave—. Estoy sentada en la cama, viendo mi última actuación y tomando notas. Resulta que, aunque haya conseguido una puntuación perfecta, todavía hay cosas que podría haber hecho mejor.

—Son los inconvenientes de querer ser el mejor.

—Sí, qué me vas a contar...

Ninguno de los dos dice nada más mientras me visto para ir al gimnasio y cojo mi mochila.

—¿Por qué sigues *tú* despierto? —inquire.

—Necesitaba darme un baño con hielo antes de mi entrenamiento.

—¿No deberías estar descansando después de pelear?

—No puedo permitirme descansar en esta etapa de mi carrera. —Cierro la puerta y bajo las escaleras—. No puedo permitirme perder ni un solo combate.

—¿Nunca te han derrotado?

—Y nunca lo harán. —Sonríe—. Cuando entre en la UFC y me convierta en el número uno del mundo, seguramente tampoco descanse.

—Bueno, cuando *yo* sea la número uno del mundo, tengo pensado viajar a un resort exótico y tirarme un mes de vacaciones.

—¿Es que tienes pensado tener un segundo trabajo para entonces? —Arqueo una ceja—. La última vez que lo comprobé, las patinadoras artísticas no ganan tanto dinero.

—Que te den. —Se echa a reír, y me pone todavía más cachondo—. Nunca se sabe qué puede

pasar.

—Tienes razón, lo retiro. —Cruzo la calle y me dirijo hacia SportsPlex—. Cuéntame todo lo que dijo tu hermanastra de la fiesta.

Suelta una diatriba sobre cosas que *no* sucedieron en realidad, pero ni me molesto en corregirla.

Paso mi tarjeta robada por la puerta principal y entro en el edificio.

Mientras Tatiana está describiendo la obsesión de su hermana por tomarse un selfi con «*cualquiera que tenga la oportunidad de hacerse famoso*», escucho música clásica sonar desde la planta inferior.

Confundido, bajo los escalones hasta el rellano y veo a Tatiana. Está sola, cerca de la orilla de la pista, y tiene el móvil al oído.

Va vestida con un chándal gris, y se está retorciendo los rizos con los dedos y dando golpes con las cuchillas de los patines en el hielo.

—Espera un momento —interrumpo su relato—. ¿No has dicho que estabas *en la cama*, tomando notas sobre tu actuación?

—Y lo estoy. ¿Por qué?

—Porque debo de estar viendo a tu doble en SportsPlex ahora mismo. A lo mejor puedo pedirle a ella que me dé una oportunidad en tu lugar.

De repente, levanta la mirada del móvil. Cuando se da la vuelta y me ve, parece tener ganas de que se la trague la tierra.

Me acerco hacia ella, divertido.

—Ya puedes colgar —le digo—. Eres una mentirosa horrible.

Ella lanza el móvil a un asiento vacío.

—¿Acaso una mentirijilla de nada me convierte en mentirosa?

—No, pero negar que me deseas sí.

—¿En serio? —Se ríe—. ¿Siempre has sido tan arrogante y pagado de ti mismo?

—Sí.

Ella sonríe, y parece estar a punto de decir algo más, pero al final no dice nada.

—¿De verdad tienes novio? —pregunto.

—Sí.

—¿Y por qué no está él aquí?

—Vive en Filadelfia. —Se cruza de brazos—. En estos momentos tenemos una relación a distancia.

—He oído que ese tipo de relaciones nunca funciona.

—Dudo que sepas lo que es siquiera una relación.

—Buena observación. —Me quedo mirándola, todavía impresionado por lo puñeteramente guapa que es—. ¿Podemos al menos ser amigos?

—No.

—¿Socios?

—Nunca.

—¿Compañeros ocasionales de gimnasio que hablan por teléfono?

—¿Tengo que expresarme en otro idioma para que me entiendas?

—¿Con qué idioma conseguiría un «sí»? —No le dejo responder—. A lo mejor podrías pensarte lo de que seamos compañeros de gimnasio que *fingen* que no se conocían de antes, pero que hablan por teléfono de vez en cuando.

—Vale. —Me tiende la mano—. Pero *nunca* seremos más que eso.

Me niego a aceptar esa última frase.

—Ah, y puesto que estamos marcando límites —añade—, no me llames hasta el mes que viene, porque parte de mí seguirá creyendo que tienes motivos ocultos para poder ayudar a tu hermana.

—Mis motivos son cien por cien egoístas, te lo prometo —respondo—. Te llamaré mañana por la noche.

—¿Es que estás sordo?

—Solo para lo que no quiero escuchar. —Le estrecho la mano y finjo que no noto que se sonroja—. No etiquetemos más las cosas, anda. Es un poco pronto para eso.

—Siempre seremos exactamente lo que te he ofrecido, Travis. —Se adentra en la pista, patinando hacia atrás—. Asume los hechos.

—¿Te va bien a las nueve y media?

—Siempre y cuando sean del mes que viene.

—A las nueve y media de *mañana*, entonces. —Camino hacia atrás—. Estoy impaciente.

—¡No contestaré! —grita, mientras se aleja todavía más—. ¡Puede que hasta bloquee tu número antes de que acabe la noche!

Lo dudo mucho...

AÑOS DESPUÉS

No bloqueé su número esa noche.

Pero, incluso hoy en día, desearía haberlo hecho.

DE VUELTA AL PRESENTE...

TREINTA DÍAS ANTES DE DAR EL «SÍ, QUIERO».

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

¡El infierno se ha congelado y las nubes caen del cielo!

Después de conseguir el impresionante récord de veintisiete a cero en su carrera en la UFC, Travis «el Castigador» Carter ya no es invencible.

¡Le han dado una paliza de muerte!

Christopher «Ojo Rojo» Juárez le lanzó un gancho de izquierda brutal, seguido de otros cuatro puñetazos que dejaron a Travis hecho un amasijo de sangre delante de millones de fans.

Nuestro querido Rey Charlatán, quien a menudo afirma ser «*tan puñeteramente bueno*» que nunca podrá perder y «*el mejor luchador con vida*», y que advierte: «*Vuestras novias no estarán a salvo a mi lado*», parecía una sombra de lo que era antes de empezar la pelea.

Tras ver la grabación, parece como si alguien entre el público lo hubiese distraído, pero eso solo son especulaciones.

Ahora proliferan los rumores sobre qué es lo que le espera al *antiguo* campeón de peso *welter* (madre mía, nunca pensé que tendría que escribir esa palabra que empieza con «a» para referirme a él), así que nos mantendremos alerta y os seguiremos contando.

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

Este *post* nos duele profundamente, y nos cuesta mucho escribirlo.

Nuestro querido «Castigador» no está llevando demasiado bien su primera derrota...

Después de una serie de incidentes —dos refriegas en bares, la expulsión de un partido de baloncesto y un discurso borracho durante una fiesta en una azotea en donde amenazó a todos los asistentes—, está perdiendo patrocinadores a diestro y siniestro.

Hasta la fecha, la lista actualizada de empresas que lo han abandonado suma veinte, con una pérdida total de cuarenta y ocho millones de dólares en su escandaloso patrimonio neto.

Su publicista, que suele responder en general con un «Sin comentarios» siempre que le preguntamos, nos ha enviado en cambio una notificación que dice: «*Ya no trabajo para ese gilipollas*». Su mánager durante dos años, su asistente personal desde hace muchos más y su equipo jurídico también lo han abandonado, al parecer.

En cuanto al señor Carter, no se le ha visto en público en meses.

Si por casualidad lo veis en Las Vegas, enviadnos, por favor, unas fotos que lo demuestren.

Estamos empezando a preocuparnos...

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

1

EN LA ACTUALIDAD

CONSULTA PRIVADA DEL DOCTOR DIABLO, CLUB DE CABALLEROS EN LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

¿De verdad he perdido ese combate? ¿O es que estoy viviendo una pesadilla interminable?

Sabía la respuesta a todas esas preguntas, y aún podía sentir el sabor a sangre en mis labios al caer al suelo derrotado, pero continuaba negándome a aceptarlo.

Mi aparición fue perfecta.

Los entrenamientos antes del combate habían sido igual de intensos que siempre.

¿Mi oponente? No era ni la mitad de bueno que yo.

Cuando las luces cegadoras brillaron sobre mí, no me acobardé en absoluto. Estaba listo para subir mi cinturón a veintiocho victorias, pero, por algún extraño motivo, terminé despertándome en la cama de un hospital a veintisiete frente a una derrota.

Bueno, *supuestamente*.

Durante los meses anteriores, me había dedicado a acampar a solas en las montañas de Tennessee, a renegar de todo sobre las playas de arena blanca de Florida y a navegar en silencio las aguas de la costa de Seattle. Y, aun así, no había conseguido mantenerme alejado de casa durante demasiado tiempo; esa ciudad de pecadores siempre me había atraído.

Meneando la cabeza, abracé mi whisky y me pregunté qué demonios estaba haciendo la *stripper* que tenía delante.

Totalmente vestida y con el ritmo de un robot roto, estaba bailando *Soy una taza*.

Otra vez.

Si de verdad este es el mejor entretenimiento que puedo conseguir, es que he fracasado por completo en la vida.

Tan solo unos meses antes me apodaban «El Rey Indiscutible de Las Vegas», «Don Paga Para Ver» y «El Dueño de la Ciudad del Pecado».

De verdad, *tal cual*.

Un grupo de fanáticos escribió «EL HOGAR DE TRAVIS CARTER» sobre el icónico cartel de «BIENVENIDO A LAS VEGAS», y la ciudad votó por mantenerlo. Estaba en la cima del mundo, volando alto de la hostia, convencido de que mi reinado de éxitos nunca acabaría.

Hasta que lo hizo...

La última vez que me sentí tan destrozado y confundido fue cuando alguien que yo me sé —a quien me niego a mencionar— me hizo el corazón añicos. Cuando me dejó sin motivo alguno.

Aunque, claro, aquello fue peor que esto.

—Eeh... ¿Señor Carter? —La *stripper* se aclaró la garganta e interrumpió mis pensamientos—. ¿Señor Carter?

—¿Sí?

—Es de mala educación tener el móvil en una sala privada. —Lo señaló—. Tiene que apagarlo mientras actúo.

—No creo que sepas lo que significa la palabra «actuar».

—Ha solicitado la opción «bibliotecaria tímida», ¿no?

—No —respondí, negando con la cabeza—. No he pedido eso nunca.

—Bueno, ¿de verdad espera que me quite la ropa?

—¿En un club de *striptease*? Claro que no...

—Pensé que era distinto al resto de los hombres.

—Tienes razón. —Asentí—. He venido aquí y he pagado la cuota de mil dólares por el privado solo porque esperaba tener una conversación profunda con una psicóloga de incógnito.

—¿De verdad? —Sonríó—. Estoy totalmente abierta a eso. ¿Qué es lo que le preocupa últimamente?

No respondí. En su lugar, cogí mi móvil y vi que tenía mensajes nuevos de mi hermana.

Corona: Hola, estoy segura de que te habrás escondido en otra ciudad otra vez, así que te recuerdo que hoy es mi gran inauguración en Manhattan, porque aplacé la fecha.

Si no puedes venir, por favor, no me envíes flores para decirme que sientes no haber podido estar. Ya me compensarás en persona más adelante. ☺

—¿Señor Carter? —La bibliotecaria chasqueó los dedos—. Estoy preparada para hurgar en sus sentimientos cuando esté listo. ¿Todavía sigue disgustado por haber perdido el combate contra Juárez? Apuesto a que dolió mucho, ¿eh?

—Esto tiene que ser una pesadilla.

—Hagamos un trato. —Se desabotonó el primer botón del jersey—. Me desabotonaré unos cuantos más y le dejaré ver medio pecho siempre y cuando siga hablando.

—Ya he visto suficiente —dije—. No hace falta que te quites nada de ropa. De todas formas, no debería estar aquí.

—¿Va a marcharse?

—Y no volveré nunca más. —Me saqué unos cuantos billetes de cien del bolsillo y los metí en el bote de propinas—. Gracias por hacerme ver las cosas con claridad.

Abrí la puerta y salí.

Si tenía suerte, todavía podía llegar a Manhattan por la tarde y desaparecer en otra ciudad cuando cayera la noche.

Al llegar al callejón trasero, pedí al aparcacoches que me trajera mi vehículo.

—No le he perdido, señor —La bibliotecaria tímida me siguió, ahora con una camiseta que rezaba «EL CASTIGADOR: SIEMPRE INVICTO» y unos pantalones cortos.

Se puso delante de mí con el móvil al oído.

—Estamos en la parte trasera del club —dijo—. Sí, me aseguraré de que no se vaya. Aunque tenga que dejarlo KO.

No tenía ganas de preguntarle qué estaba haciendo, así que llamé a Hayden.

—¿Sí? —respondió al primer tono.

—¿Qué me decías antes de una reunión de emergencia? —pregunté, usando nuestro código secreto para pedirle al otro que empezara a hablar de cualquier cosa con el fin de escapar de una cita o situación desagradable.

—Estoy enamorado de tu hermana.

—Por favor, no me lo recuerdes.

Se rio.

—Estaba viendo las noticias de los famosos esta mañana, y han contado algo sobre que

abofeteaste a uno de tus fans en el baño de un bar. ¿Es eso cierto?

—Él me abofeteó primero a mí.

—Dudo que te hiciera daño. —Suspiró—. *Tú* eres el luchador profesional. ¿Va a presentar cargos?

—Si lo hace y salen a la luz todos los hechos, nadie se pondrá de su parte.

—¿Estás seguro?

—Te lo garantizo... —Negué con la cabeza al recordar cómo me había seguido ese tipo al baño y se había quedado mirándome mientras me bajaba los pantalones y me lavaba las manos después. Estaba acostumbrado a que mis fans hicieran cosas raras cuando estaban conmigo en público, así que lo ignoré hasta que se sacó una Taser del bolsillo y me exigió que le escuchara.

—Odio decir esto, pero ojalá tus padres volvieran a la vida y los mataran otra vez para que puedas luchar como lo hacías antes.

Rechiné los dientes y dejé pasar su comentario cruel, pero entonces me dio una bofetada en la cara con la Taser.

Así que le di de lo suyo.

—Yo también he visto tu nombre en las noticias —cambié de tema—. Al parecer, «El Playboy Indomable de Manhattan» está implicado en otra demanda por culpa de su aplicación de citas.

—Lo está, pero está mucho más centrado en su próxima boda... con tu hermana.

—Que te den, Hayden. —Colgué cuando las luces de mi Audi personalizado aparecieron por la esquina.

Sin embargo, el aparcacoches no se acercó lo suficiente como para que pudiera coger las llaves. En cambio, aparcó cerca del contenedor de la basura y dio las luces. Entonces, un hombre vestido con un traje gris salió del lado del conductor y se puso un sombrero de fieltro.

Entrecerré los ojos y poco a poco caí en quién era.

Ralph Windsor. Mi antiguo mánager.

Se sacó un puro del bolsillo y lo encendió antes de acercarse a mí.

—Cuánto tiempo sin verte, Travis. ¿Qué tal te ha ido?

No respondí.

Habíamos terminado nuestra relación laboral de la peor manera, y estaba convencido de que nunca más volveríamos a vernos.

—¿Sabes? Recuerdo una conversación que tuvimos hace dos años —continuó—. Fue justo antes de que me despidieras.

—Dame las llaves de mi coche, Ralph. *Ahora mismo.*

—Te dije que te estabas volviendo demasiado arrogante, y que te estabas rodeando de demasiadas personas complacientes que no tenían en cuenta lo que más te convenía —dijo—. Estabas volando demasiado cerca del sol, y te ibas a quemar.

—Gracias, Shakespeare. —Estiré la mano para coger las llaves.

—No deberías haber perdido ese combate —siguió—. Juárez no tiene el mismo talento que tú ni de lejos.

—¿Quieres que a partir de ahora me dirija a ti como «Don Evidente» o como «Shakespeare»? —pregunté—. Puedes elegir uno de los dos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Has presentado los papeles para una revancha?

—No.

—¿Por qué no?

—Eso no es asunto tuyo —contesté—. Es algo en lo que tendrá que pensar mi mánager actual.

—Tu *mánager* acaba de publicar un ensayo de cinco páginas diciendo que eres el peor luchador con el que ha trabajado en *The New York Times*. Te ha llamado «cabrón tirano». ¿Lo has leído?

No tenía ni idea de que existiera ese artículo, pero asentí.

—Estaba muy sesgado a su favor.

—Deja que te ayude otra vez, Travis —anunció—. Me duele ver en qué estado está tu carrera, y ambos sabemos que soy el mejor *mánager* que has tenido nunca.

Me crucé de brazos con ganas de decir algo sarcástico, o de mentirle y decirle que eso no era cierto, pero era algo innegable.

—¿Y qué consigues tú? —pregunté.

—Podemos hablar de eso de camino a Nueva York. —Se miró el reloj—. Vas a ir al evento especial de Penelope, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo me has estado espiando?

—Seis meses, más o menos. —Soltó un anillo de humo. Después, hizo un gesto a la mujer que me había seguido—. Esta es Madeline Dawson. Es una publicista prometedora con experiencia como relaciones públicas. Si me vuelves a contratar, ella es parte del paquete.

—No tiene por qué poner tanta cara de sorpresa. —Extendió la mano—. Sé que le asombra que no fuera una *stripper*.

—Estoy bastante contento de que no lo sea. —Se la estreché—. Tendré que *pensarme* lo de contratarla.

—Está contratada, Madeline —decidió por mí Ralph—. Ahora, Travis, llévanos hasta uno de tus aviones privados. Le prometí a la señorita Dawson que era una de las ventajas de este trabajo.

—Me parece que estás muy seguro de que te iba a volver a contratar.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —Se encogió de hombros—. Dado el comportamiento terrible que has tenido estos últimos meses, nadie querría tener nada que ver contigo.

—Tengo una cola de publicistas deseando trabajar para mí —fanfarroneé—. Me llegan cincuenta propuestas nuevas al buzón cada día.

—Con que *no* has leído el último artículo de tu *mánager*...

—En una escala del uno al diez, ¿cómo es de malo?

—Cincuenta —dijeron él y la señorita Dawson al mismo tiempo.

—¿Cincuenta tipo bomba casera o de hidrógeno?

—Travis. —Ralph me dio palmadas en el hombro—. Una puñetera bomba nuclear.

—Mmm... —Supuse que aquellas palabras no podrían hacerme sentir peor de lo que ya lo hacía—. Sácalo y deja que lo lea...

1 (B)

EN LA ACTUALIDAD

(UN VUELO PRIVADO DESPUÉS)

MANHATTAN, NUEVA YORK

TRAVIS

La lluvia caía a ráfagas sobre la ciudad mientras el coche privado recorría las calles mojadas.

Ralph ya había entrado en modo mánager y hacía una llamada tras otra, y mi nueva publicista me miraba como si fuera incapaz de pestañear.

No había pronunciado ni una sola palabra durante el vuelo, y cada vez que me giraba para mirarla, sus ojos marrones perversos estaban clavados en mí.

—¿Hay algún problema, señorita Dawson? —pregunté.

—Sí. —Asintió—. Uno enorme.

—¿Le interesa compartirlo?

—Tengo que confesar una cosa. —Se acercó más a mí—. Es algo importante que tengo que decirle si queremos que funcione nuestra relación laboral.

Yo meneé la cabeza, todavía dándole vueltas al artículo dañino de mi anterior mánager.

—No quiero saber qué es.

—Me precio de ser megasincera con mis clientes —añadió—. Es algo que enseñan en Cornell cuando se trata de cosas así.

—Sea lo que sea, seguro que a Ralph no le importa, porque la ha contratado para mi equipo.

Empezó a mecerse en su asiento sin parar.

Los ojos se le abrían cada vez más, y me entraron ganas de preguntarle si podíamos dejarla en un psiquiátrico antes de ir a ninguna parte.

—Ralph —dije—, sé que crees que no puedo conseguir a nadie más para este trabajo, pero seguro que...

—Era la presidenta de la página web *Odio a Travis Carter*... —soltó—. La convertí en un imperio de siete cifras con montones de empleados.

Parpadeé varias veces.

—O sea, una vez fui una de sus mayores fans, hasta compraba todas las entradas de sus combates, o los veía previo pago, pero entonces empezó a ponerse muy arrogante y a venirse arriba y a pensar que era la monda.

—*Soy* la monda.

—Resulta que había un montón de fans más que sentían lo mismo, así que creé un lugar en que nos podíamos reunir todos para hablar pestes de usted, y tuvo mucho éxito.

—Chófer, ¿hay algún manicomio de camino? —pregunté, pero el conductor no me respondió.

—Aunque después de haberle visto perder... —siguió hablando a toda castaña—, me di cuenta de que en el fondo seguía siendo su fan, porque me dolió verlo, así que decidí que debía hacer mejor

uso de mi energía y conseguir que todo el mundo volviera a enamorarse de usted. Vale, vale. —Soltó un suspiro de alivio—. Me siento *muuuucho* mejor después de habérmelo quitado de encima. Espero que no le moleste demasiado mi pasado; sigo sintiéndome un poco mal por ello.

—¿Un poco mal?

—Estoy siendo sincera.

—Dígame una cosa: ¿dejó su puesto de presidenta antes o después de que vendiera las camisetas que decían «Se merecía una patada en el culo»?

—¿Ha visto a gente que las llevara? —Sonrió, pero después hizo una mueca fingida—. O sea, vaya, qué pena que haya tenido que verlo. Me avergüenza decir que fue después, ¡pero la verdad es que las vendimos en quince minutos! Tuvimos que reponerlas como unas cien veces, ¡y fue increíble! ¿Quiere que le cuente más cosas sobre aquella campaña tan compleja?

Madre mía del amor hermoso.

—O mejor aún —continuó, sacando una carpeta roja con corazones—. Deje que le enseñe mi lista sobre las posibles maneras de hacer que todo el mundo se vuelva a enamorar del Castigador otra vez.

Fingí estar escuchándola, y después me recordé que tendría que despedirla en cuanto llegáramos a Las Vegas.

El coche aparcó delante de La Pluma Perfecta: Pista de Patinaje sobre Hielo. Sobre la marquesina rezaba el cartel luminoso «¡Gran inauguración!» y «De la mano de la campeona de patinaje artístico, Penelope Carter».

Impresionado, salí con Madeline pisándome los talones.

Seguí las señales color rosa brillante hasta llegar a una pista que dejaba a la altura del suelo al resto de pistas de hielo que había visto. Los asientos estaban pintados de un blanco perlado, y del techo colgaban lámparas de araña relucientes.

—¿Travis? —me llamó Penelope desde el otro lado de la sala—. ¿Eres tú?

Su mirada se cruzó con la mía y entonces dejó caer una carpeta, de la que salieron lanzados papeles de colores por todas partes, antes de echar a correr con los brazos abiertos.

—No me puedo creer que hayas venido —dijo.

—Yo también estoy encantado de verte, Corona. —La estreché contra mi pecho—. No sabía que me echaras tanto de menos.

—Espera un momento. Por favor, no me digas que solo has venido para esconderte de la prensa de Las Vegas.

—No, he venido porque *creo* que quiero a mi hermana pequeña.

—Entonces es que tu hermana es mucho más lista de lo que tú te crees. —Se puso de puntillas y me miró a los ojos, como tratando de averiguar tras mis pupilas si tenía segundas intenciones—. Mmm... Supongo que me estás diciendo la verdad, a fin de cuentas.

—Por cosas como esta siempre seguirás teniendo diecisiete años para mí.

—Créeme, lo sé. —Sacó un par de gafas y una gorra de su bolso—. Toma. Necesito que te escondas tanto como sea posible a partir de ahora, y hasta que te marches.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque eres el más famoso de aquí, y no quiero que tu condición de *celebrity* te convierta en el centro de atención del evento.

—Tu prometido es Hayden Hunter, Penelope. La última vez que lo comprobé, El rey Arrogante

de Nueva York seguía teniendo millones de superfans.

—Hablando del rey de Roma, está esperando que aceptes ser su padrino, para que así podamos concretar la boda.

—Puede seguir esperando.

—Juraría que a estas alturas ya aceptabas nuestra relación.

—No, ahora *la tolero*. —Me aguanté las ganas de poner los ojos en blanco—. Hay una gran diferencia.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, Hayden entró en la sala y se dirigió hacia nosotros.

—Creía que no ibas a invitar a tu hermano. —Le dio un beso en la frente a Penelope—. Habíamos acordado que sería un desperdicio la invitación.

—No, cambiamos de opinión cuando nos imaginamos que estaría sufriendo un caso grave de fobia social, ¿recuerdas? —Hizo una mueca fingida—. Me apiadé de él, porque toda la ciudad de Las Vegas lo odia.

—Hay mucha gente en esta ciudad que también lo odia —añadió él—. Y, si no me equivoco, también es un paria internacional.

—Os estáis pasando un poco los dos. —Miré a uno y al otro—. ¿Os habéis puesto de acuerdo en ir conjuntados de azul hoy o ha sido una coincidencia?

—Una coincidencia —contestaron al unísono. Después, se besaron como si yo no estuviese delante.

Todavía necesito tiempo para acostumbrarme a esto.

—Volveré para ponerme al día contigo dentro de un minuto. —Hayden hizo nuestro saludo privado con la mano antes de irse.

—Deja que te dé una vuelta. —Penelope se colgó de mi brazo.

Me acompañó a lo largo de diversas salas de ballet, dos cafeterías, pequeñas pistas de hielo para entrenamientos y una sala tan grande como un museo en la que se hacía tributo tanto a su carrera como a la de nuestra madre.

Me quedé quieto de repente al ver el cuadro enmarcado que había delante de nosotros.

En la imagen aparecía Penelope, subida en lo alto de un podio, con Tatiana Brave a su lado. Mientras Penelope sostenía el trofeo que habían conseguido juntas, Tatiana abrazaba un enorme ramo de rosas rojas.

Estaba tan sexy como siempre, con su vestido gris de brillantes, y sonriendo como si fuera el día más feliz de su vida.

Parpadeé varias veces y me di cuenta de que todo el pasillo estaba lleno de fotos enmarcadas de Tatiana. Era una especie de tributo, y colgado de la pared había un título dorado.

«Tatiana Brave: campeona del mundo, rival, mejor amiga».

A cada paso que daba, cada vez que veía su preciosa cara, me dolía más el pecho.

Mierda.

A lo largo del último año más o menos, me había propuesto no venir a esta ciudad siempre que pudiera evitarlo. En cuanto Penelope me dejó el mensaje que decía «¡Madre mía! ¡No te vas a creer quién es mi nueva compañera de piso!», la ciudad de Nueva York se había convertido en lugar *non grato* para mí.

En las raras ocasiones en que había venido, o cuando veía a Penelope en otras ciudades, si Tatiana estaba cerca, nunca dejó entrever que nos conociéramos.

Me trataba como si nunca nos hubiéramos visto.

Sus dotes de actuación eran impecables, y aunque verla me dolía todavía como mil demonios, no me importaba seguirle la corriente.

—Recuerdas todas las cosas que me pasaron con Tatiana, ¿verdad?

—Sí. —Apreté la mandíbula—. Son bastante difíciles de olvidar.

—Me alegro muchísimo de que nos hubiésemos vuelto a encontrar después de todos esos años, y de que hayamos enterrado el hacha de guerra. —Sonrió—. ¿Tú no?

—Me sigo preguntando cómo demonios ocurrió aquello. —Me crucé de brazos—. Ya no es tu compañera de piso, ¿no?

—Por desgracia —contestó—. Le ofrecí el área de invitados de la casa que comparto con Hayden cuando me mudé, pero es tan cabezota como yo. Insiste en labrarse su propio camino en la vida.

—Claro que sí. —Volví a mirar su fotografía.

—¿Puedes coger la caja de chapas de bienvenida que hay en el maletero de mi coche antes de que te vayas en un rato? —Penelope me dio un juego de llaves de coche.

—¿Y qué te hace creer que no me voy a quedar durante todo el evento?

—Porque te conozco. —Me dio un beso en la mejilla—. Siempre te escabulles tras la primera hora. Siempre tienes que hacer algo mucho más importante.

—Más bien, evitar a alguien.

—¿Eh?

—Me quedaré dos horas. —Miré mi reloj—. ¿Es suficiente para la tarta?

—Más que suficiente, pero puede que te pierdas el discurso de «De enemigas a amigas» que vamos a dar Tatiana y yo.

—Te la devolveré en otro momento. —Me alejé antes de que averiguara nada más. Antes de que mi mente comenzara a recorrer los senderos indeseables de la memoria.

2

EN LA ACTUALIDAD

MANHATTAN, NUEVA YORK

TATIANA

Ay, Dios, odio mi vida...

—¡Intenta estirar la pierna un poco más alto al final, Myra! —grité, mientras mi clienta se esforzaba en el estudio de ballet—. Tienes que perfeccionar el descenso antes de salir a la pista.

La niña de trece años gimió, pero corrigió la postura y completó un doble *lutz* perfecto.

—Vale, genial. —Detuve la música—. Hagámoslo unas cuantas veces más.

—Uf, no, por favor. —Cogió su móvil—. Ya llevo una hora aquí. Es más que suficiente por hoy.

—Myra... —Contuve un suspiro—. Yo solía practicar un mínimo de cuatro horas, y eso solo con el ballet. No incluía...

—Pero ahora no es como antes, ¿vale? —replicó—. Las cosas han cambiado, y he quedado en primer lugar en tres campeonatos este año.

—Porque estás compitiendo en categorías *amateur*.

—¿Y? Mis seguidores y patrocinadores están igual de impresionados.

—Es que tienes mucho potencial —afirmé—. No me gustaría que pasaras los dos próximos años sin sacarle provecho.

—¿Para hacer qué? —Se cruzó de brazos—. ¿Convertirme en campeona del mundo y terminar entrenando como tú?

Vale, a la mierda.

—El entrenamiento ha acabado.

—Eso es lo que yo decía.

Pasó a mi lado y cogió su mochila. Después, levantó el móvil.

—Acabo de terminar la clase de ballet y me voy a casa para prepararme un batido —dijo—. Según mi entrenadora, tengo muchas probabilidades de acceder al nivel de la élite, y lo ha jurado por los batidos de fresa.

Puse los ojos en blanco cuando fingió una sonrisa y bailó como un robot con una canción de rap.

Hizo dos vídeos raros más antes de marcharse al fin.

Por mucho que odiara estar de acuerdo con ella, las cosas en el mundo del patinaje eran muy distintas ahora.

Las redes sociales lo habían cambiado todo, y yo me estaba adaptando a los tiempos con demasiada lentitud, siempre a dos pasos por detrás de las últimas tendencias.

Después de retirarme del patinaje artístico, había cogido lo que me quedaba de dinero de publicidad y había montado la empresa de mis sueños.

Aposté por mí misma... y *perdí*.

Mi negocio se hundió y desapareció, y yo seguía recuperándome de los daños.

Demasiado avergonzada como para admitir la verdad ante nadie, mantuve las apariencias. Mi

cuenta de Instagram —@BraveBeautyMarks— seguía publicando una vez al día, toda una cortina de humo sobre lo «increíble» que era ser una emprendedora de éxito.

Por favor, que me vayan bien las cosas pronto.

Comprobé que tenía el pase vip para el evento de esa noche y cogí el paraguas antes de salir.

—¡Ahí estás, cara de ángel! —Mi exnovio, Jalen, estaba esperando en el último escalón.

Sonriendo, me tendió el mismo tipo de ramo barato de narcisos que me regaló cuando lo dejé, meses antes. Su llamativo Mustang de color pastel estaba aparcado en la acera, con la puerta del pasajero abierta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—No pasa nada. —Sonrió—. Seré el adulto y admitiré que puede que haya echado a perder nuestra relación.

—Es que *sí* la echaste a perder —contesté—. Me pusiste los cuernos.

—Supuestamente.

—Con tres chicas.

—Fueron dos y media. La última no contaba.

—Ah, claro. —Asentí—. Con esa *no te acostaste*, solo me enviaste fotos de su culo al móvil por accidente.

—Exacto. —Se aclaró la garganta—. Ahora soy un hombre distinto.

—Ahórratelo para el cura, Jalen. —Traté de esquivarlo, pero me bloqueó.

—Nunca sentí nada por ninguna de esas chicas, Tatiana —dijo—. Solo era *sexting* con algún polvo ocasional.

—¿Qué?

—Pero solo lo hice porque estaba cansado de esperar a que me dejaras hacértelo.

—Por favor, dime que no has ensayado este discurso —repliqué—. O sea, es imposible que hayas dicho esas frases en voz alta y que creas que suenan bien.

—Eres la mejor novia que he tenido, y, de lejos, la más guapa. —Me agarró la mano—. Todavía pienso en ti a veces. No, *todo* el rato.

Retiré el brazo, pero me volvió a agarrar, esta vez con más fuerza.

—No pasa nada porque quieras esperar un poco antes de saltar a la cama —siguió—. Así que estoy pensando que, ya que he dedicado mucho tiempo antes, deberías volver a ajustar el cronómetro a donde nos quedamos.

—¿Estás escuchando alguna de las palabras que están saliendo de tu boca? A ver, ¿alguna?

—Me gustaría que me dieras otra oportunidad, Tatiana. —Ignoró mis preguntas y me acarició la mano—. ¿Podemos volver a quedarnos hablando hasta tarde sobre tus sueños de crear una empresa de belleza, a los paseos de los sábados por Gramercy Park y a las citas del almuerzo con tu mejor amiga y su amigo multimillonario?

—Ahora es su *prometido*.

—Guau, ¿de verdad? —Se detuvo un momento—. Espero que esté redactando un acuerdo prenupcial de la hostia.

Reprimí un gemido.

—Quiero volver contigo. —Se puso de rodillas—. Haré lo que sea para solucionar las cosas, e incluso para que todo sea todavía mejor.

Un par de transeúntes se pararon detrás de él y sonrieron.

Él silbó, y apareció un trío de cuerda que tocaba una canción de amor bajo paraguas azules conjuntados. Por desgracia, sus preciosas notas atrajeron a más extraños, que se detuvieron a

observarnos a Jalen y a mí.

—Jalen, levántate —le ordené entre dientes—. Levántate de una puñetera vez y para la música.

—Creo en nuestro amor —respondió en su lugar—. Antes teníamos algo especial.

—Y ahora estamos a punto de tener una orden de alejamiento.

—Te quiero, Tatiana Brave, y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta para poder acostarme contigo.

Los transeúntes intercambiaron miradas confusas y susurros, preguntándose qué era lo que acababa de decir, mientras Jalen se sacaba una cajita del bolsillo.

Parpadeé varias veces, deseando que aquello no estuviera ocurriendo. Que quizá, solo quizá, todo aquello fuese solo un sueño, porque no sentía las gotas de lluvia sobre la piel.

Jalen frotó el borde de la caja sobre mi dedo, y sentí que me erizaba, con lo que confirmé que, de hecho, aquello sí que estaba pasando.

Guan.

La caja se abrió, y apareció un anillo que se parecía a los premios baratos que daban en las tómbolas.

¿Es de plástico?

—Me imaginé que querías elegirlo tú misma después de decir que sí. —Me puso el anillo en el dedo—. Podemos ir a una joyería después. Puedes elegir lo que quieras, hasta quinientos dólares.

—No te estoy diciendo que sí, Jalen. —Solté la mano, y se escucharon jadeos de la multitud—. Te estoy diciendo que no quiero volver a verte nunca más, y tengo que irme a un sitio. Que te vaya bien en la vida.

—¡Te perdoné por haber trabajado en tu negocio fallido y haber estado entrenando todo el tiempo! —estalló, y yo pasé de largo ante él—. ¡Lo mínimo que puedes hacer es perdonarme por haber sido impaciente! ¿Tatiana? —me llamó—. ¿Tatiana?

Acceleré el ritmo, ignorando sus ruegos a cada paso que daba.

Cuando llegué a Broadway, pedí un Uber y le envié un mensaje a Penelope:

Yo: Siento llegar tan tarde a tu gran inauguración. ¡Porfa, no me odies! ¡Voy de camino!

Penelope: No pasa nada. Te dije una hora distinta a la real porque sabía que llegarías tarde. 😊 No tengas prisa. ¡Estoy impaciente por beberme una ansiada copa de vino relajante contigo! (Para mí sin alcohol, claro).

Solté un suspiro y me apoyé contra la ventana.

Todavía no me podía creer que aquella animosidad tan profunda que sentíamos la una hacia la otra en el pasado hubiera desaparecido y Penelope hubiese acabado siendo mi compañera temporal de piso y luego mi mejor amiga.

Ahora teníamos tanta confianza que se lo contaba todo.

Bueno, o *casi* todo.

Cuando el coche aparcó delante de la pista, ya había una cola larga en la entrada.

Saqué mi llave personal, me dirigí hacia el lateral del edificio y me colé. Después, fui hacia los ascensores.

Llegó uno al instante lleno de empleados que cantaba *Sweet Caroline* a pleno pulmón, así que esperé al siguiente.

Un momento después, las puertas se abrieron de nuevo y apareció una *troupe* de bailarinas estirando y dando vueltas.

Suspiré y me fui hacia las escaleras. Subí tres pisos corriendo, abrí la puerta y me detuve en seco cuando alguien intentó salir al mismo tiempo.

¿Qué coño...? ¿Travis?

Su mirada se cruzó con la mía, y ladeó la cabeza.

El corazón se me detuvo al verlo vestido con un traje de tres piezas, al contemplar esos ojos verdes que antes me quedaba mirando durante horas.

Él me devolvió la mirada sin decir nada.

El único sonido que se escuchaba era el de la lluvia que atacaba las ventanas y el del suave viento que azotaba los cristales.

Sabía que tenía que haber esperado al otro ascensor...

Intenté pasar a su lado, pero mis pies no quisieron moverse.

El repentino revoloteo de mariposas en el estómago y el alboroto de mi corazón me hicieron quedarme allí quieta un rato más.

Travis recorrió mi cuerpo con la mirada, y al fin encontré fuerzas para dar un paso atrás.

—Eeh... —Tragué saliva—. Mmm...

—Hola, Tatiana. —Su voz profunda hizo que mi mundo se detuviera—. Cuánto tiempo.

Yo asentí, incapaz de hablar.

—Estás increíblemente guapa —dijo—. ¿Qué tal te ha ido?

Mal.

Me mordí el labio inferior para evitar que se me escapara esa palabra.

Así no es como solíamos comportarnos cuando nuestros caminos se cruzaban. Normalmente, él apartaba la mirada, y yo debía *alejarme*.

Nada de conversación, nada de charlas, solo un saludo cordial, por si alguien nos veía.

Una actuación que habíamos llegado a perfeccionar.

Nuestros recuerdos se habían visto suprimidos, silenciados y finalmente echados a la papelera.

—Casi ni me saludaste cuando viniste a Las Vegas para mi último combate —dijo, saliéndose otra vez de nuestro guion—. ¿Tienes algún motivo?

—Lo siento mucho, señor. —Me negaba a que mi corazón participara en esa escena—. ¿Nos conocemos de antes?

—Yo creo que sí. —Sonrió—. Y *varias veces*.

—No, yo creo que no. Debes de estar confundíendome con otra persona. —Me encogí de hombros—. He oído que tengo una doble por ahí.

—Tatiana...

—No, espera. —Me di unos golpecitos en la barbilla—. Creo que he visto tu cara en una botella cara de whisky o en un anuncio de Calvin Klein. ¿Eres modelo o algo?

—Una vez me dijiste que era lo suficientemente sexy como para serlo.

—Yo nunca te he llamado «sexy». «Moderadamente atractivo», puede.

La puerta se abrió de repente detrás de él antes de que tuviera oportunidad de responder.

Una mujer vestida con pantalones cortos vaqueros y una camiseta apareció en el rellano y, por algún extraño motivo, no continuó caminando.

—Llevo tiempo queriendo preguntarte algo —dijo él—. Algo que soy incapaz de adivinar.

—Seguro que Google puede ayudarte.

—De entre todas las personas en el mundo que podían convertirse en «mejores amigas», ¿por qué elegiste a mi hermana? O, mejor aún, ¿cómo demonios os encontrasteis después de tanto tiempo?

—Por favor, no me hagas llamar a la policía.

—¿Por hacerte preguntas?

—Por acosarme —contesté—. No tengo ni idea de quién eres, y odiaría verte en la cárcel.

—Todavía tengo nuestras antiguas fotos y vídeos en mi móvil. —Se acercó más a mí—. No creerán nada de lo que digas cuando vean que en la mayoría estabas desnuda.

Tomé aire con fuerza.

—Me prometiste que las borrarías.

—Dije que lo intentaría.

—Qué manera más interesante de admitir que mentiste.

—No lo siento. —Me hizo sentir que éramos los únicos en esa escalera—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en esta fiesta?

—He venido con mi prometido —escupí, y levanté la mano—. Voy a casarme.

Él se quedó mirando el anillo y apretó la mandíbula.

—No creo que le guste que estés hablando conmigo —continué—, dada nuestra historia.

—¿Al fin reconoces que la tenemos?

—*Nunca*.

Se hizo un silencio.

Cuanto más lo miraba, más me daba cuenta de que estaba diez veces más sexy que la noche en que nos conocimos, y yo necesitaba largarme —y mantenerme alejada— de su vista.

—Bueno —dije—, ha sido muy agradable hablar contigo sobre el tiempo, y...

—¿Se le da tan bien besar a tu prometido como a mí?

—Si alguna vez me has besado en los labios, cosa que no has hecho, es evidente que no fue digno de recordar.

—No estoy hablando de tu boca. —Apoyó la frente en la mía—. Seguro que recuerdas que te he besado en otras partes también.

—Yo... —Tragué saliva—. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Puedo recordártelo mientras siga en la ciudad, si quieres. —Bajó la voz, y sus labios rozaron los míos, prendiendo fuego a todos y cada uno de los nervios de mi cuerpo—. Siempre me ha encantado el sabor de tu coño...

La mujer que había detrás de él nos miró espantada, y las mejillas me ardieron salvajemente.

—¿Quieres que te lo recuerde o no? —preguntó Travis, pero no respondí.

Lo aparté de un empujón y entré por la puerta corriendo, sin decir nada más.

Una copa de vino no iba a ser suficiente.

Necesitaba una maldita botella entera.

Pero ya.

3

EN LA ACTUALIDAD

MANHATTAN, NUEVA YORK

TRAVIS

—Mmm... ¿Quién demonios era esa? —Madeline me siguió fuera—. Es impresionante.

—Qué me va a contar... —Caminé hacia el coche privado que nos estaba esperando e hice caso omiso a su pregunta.

—No recuerdo ningún rumor sobre que tuviera novia —dijo—. ¿Iban en serio?

—Sería mucho mejor comprender sus palabras si no se estuvieras metiendo pastel en la boca cada pocos segundos.

Se quedó mirando el trozo de pastel de fresa que tenía en la mano —el sexto que se había comido esa noche—, y luego se lo zampó entero.

—Bienvenido de nuevo, señor Carter. —El chófer me mantuvo la puerta abierta al acercarme—. Señorita Dawson...

Cuando ocupamos el asiento trasero, Ralph levantó la mirada de su teléfono.

—Acabas de perder a Calvin Klein como patrocinador —anunció—. Al parecer, quieren cambiar por alguien que no visite clubs de *striptease* para resolver problemas personales.

—A lo mejor deberías enseñarle el vídeo de la señorita Dawson bailando, para que se lo vuelvan a pensar.

—Ya lo he intentado. Pero te han cancelado oficialmente.

Me prometí quemar todos los calzoncillos de su marca al llegar a casa.

—Gatorade y Nike son los más grandes que te quedan, pero creo que deberíamos ponernos en contacto con ellos antes que esperar —informó—. En cuanto a los patrocinadores más pequeños, todavía te quedan veinte. En términos porcentuales es terrible, pero se podrán recuperar con el tiempo.

No tenía energías para hacer cálculos en esos momentos.

—¿Quién era la mujer de las escaleras? —Madeline se puso enfrente de mí—. Creo que está evitando mi pregunta.

—Cierto.

—¿Hay algún resentimiento entre los dos?

—No hay *nada* entre los dos —contesté—. No había visto a esa mujer nunca antes en mi vida.

—La conversación que he escuchado indica todo lo contrario.

Ralph se quitó las gafas y nos miró.

—Deberíamos cenar en Per Se antes de irnos a casa —traté de cambiar de tema—. Siempre invito a mis nuevos empleados a una cena privada, y me gustaría mantener la tradición.

—Con el debido respeto, señor Carter, me gustaría que no cambiase de tema. —Madeline se abrochó el cinturón de seguridad—. En cuanto a la mujer que estaba en las escaleras con nosotros, es...

—Un maldito fantasma —la interrumpí, sintiendo que el pecho me dolía terriblemente—. No existe, nunca nos conocimos, y si cree que me lo estoy inventando, puede presentar su renuncia y coger un autobús de vuelta a Las Vegas. ¿Entendido?

—Pero es que... —Suspiró—. Entendido.

—Bien.

Nos quedamos sentados en un silencio incómodo hasta que pillamos un atasco en Hell's Kitchen.

—¿Señorita Dawson? —Ralph me miraba a mí, y no a ella—. ¿Por casualidad ha logrado escuchar cómo se llama la persona de las escaleras que no existe?

—No tengo ni idea de lo que está hablando, señor.

—Voy en serio, señorita Dawson.

—No me puedo permitir perder este empleo —susurró—. Lo he arriesgado todo, y está claro que el señor Carter está buscando cualquier excusa para despedirme.

—Su respuesta será extraoficial —contestó—. El señor Carter puede salir del coche si no quiere escucharla. De todas formas, vamos a estar aquí atascados un buen rato.

Yo no salí.

—¿Cómo se llamaba, señorita Dawson?

—Algo así como Tina o Tanya. —Se dio golpecitos en el labio—. No, Tatiana. Era *Tatiana*.

Se hizo un silencio.

—Perdón por haber preguntado. —Me dio la espalda—. Esa mujer es, sin duda, un fantasma...

ACTO CUARTO

POR AQUEL ENTONCES

RENO (NEVADA)

TATIANA

Travis (No responder): Juraría que acordamos hablar esta noche a las nueve. Te he llamado catorce días seguidos, y sé que estás leyendo mis mensajes... Tengo un combate en la explanada de detrás de The Underground este sábado. Deberías venir a verme.

Meneo la cabeza mientras vuelvo a leer los anteriores mensajes de Travis. Mis cuatro últimos novios no han sido ni de cerca tan persistentes como él, y si hubiera sido familia de una oponente inferior, le habría cogido el teléfono la primera noche que llamó.

—¿Así que has quedado la segunda esta mañana? —Mi madrastra, Elaine, entra tan tranquila en mi habitación y se detiene delante de mi último trofeo de St. Clair—. La gente nunca suele pensar que la segunda es igual de buena como la primera.

—Bueno, ¿y qué quieres decir con eso, ya que tú eres la segunda mujer de mi padre?

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que el segundo lugar es bastante bueno cuando no compites en un campo que conoces bien —contesto—. En realidad, es genial, si además has batido montones de récords.

—Creo que no habías dicho eso ni de lejos.

Se hace un silencio.

Nos fulminamos con la mirada y llegamos a otro punto muerto.

Odio a esta mujer un poquito más de lo que odio a Harlow, y ha creado una brecha entre mi padre y yo que es difícil de superar. Llegados a este punto, ni siquiera sé quién es ya, y estoy harta de intentar adivinarlo.

—Ah, Tati. —Mi querida madrastra suelta un suspiro y habla la primera—. Hoy ha llegado esto por correo para ti.

Tira un ejemplar brillante de *Skate World* sobre mi cama.

¿Estoy en la portada?

Sonrío a la fotografía, en la que estoy posando en Salt Lake City. Mi deslumbrante vestido dorado se ha quedado congelado flotando, y estoy sonriendo.

El titular flota en letras blancas y gruesas.

«LA CHICA DE ORO: TATIANA BRAVE PONE AL MUNDO SOBRE AVISO».

Paso los dedos por encima, maravillada.

—No sé por qué sonríes —dice Elaine—. En esa foto sales gorda, y no tienes bien peinados los rizos. Deberían haber elegido un ángulo mejor.

Por favor, vete a la mierda. Por favor, vete a la mierda...

—Muchas gracias por haberlo dejado claro —logro decir a duras penas—. Te lo agradezco.

—De nada. —Tiene la caradura de sonreír—. En fin, solo para que lo sepas, no podré llevarte al aeropuerto para la competición del fin de semana que viene. —No tiene sentido preguntar por qué—. Tu padre me va a llevar a una escapada de empresa en Montana y Harlow se va a ir con sus amigas.

Asiento, aunque no sé adónde quiere llegar con toda esa información.

—Tu padre me ha dicho que aprobaste el carné de conducir con muy buena nota, y ya no tengo que preocuparme por nada. —Deja un juego de llaves sobre la cómoda—. Me quedaré tranquila dejándote conducir mi flamante coche si haces todos los recados que hay escritos en el frigorífico. Si no lo rayas, en adelante te dejaré las llaves cuando no haya nadie. —Durante una milésima de segundo me parece realmente preocupada, como si yo de verdad le importara—. Tengo que mantener el coche en perfectas condiciones por si acaso Harlow lo necesita. —Me borra esa idea de un plumazo—. Ella sabe muy bien que nunca debe ser la segunda.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Elaine.

Me trago las palabras que estoy pensando en realidad, porque no puedo permitirme perder la oportunidad de conducir el coche.

—No hagas que me arrepienta.

Espero a que salga de la habitación y después hojeo las páginas de *Skate World* hasta que llego a mi artículo.

Es la primera vez que me han elegido para una edición de individuales en la portada, y desearía tener a alguien con quien celebrar este momento conmigo con toda desesperación. Me aganto las ganas de leer el artículo completo y me propongo comprar más ejemplares.

—Toma. —Harlow entra en la habitación y coloca un jarrón enorme de rosas rojas sobre mi cómoda—. Supongo que los editores de la revista también te han mandado esto. De nada.

—¿Gracias?

Se acerca a mi armario y rebusca entre el baúl de accesorios de mi madre. Después, coge un brazalete sin pedírmelo. Estoy de demasiado buen humor como para decirle nada al respecto.

Abro la tarjeta que han colocado en el ramo, y me doy cuenta de que no lo han enviado los editores en absoluto...

«Querida Tatiana:

Enhorabuena por haber conseguido la portada de individuales en Skate World por primera vez.

(No me preguntes cómo lo sé).

¿Se te ha roto el teléfono?

¿Te ha dicho tu novio que no hables conmigo?

Estoy pensando en enviarte correo postal...

Atentamente

Tu compañero de gimnasio, que no te ha visto desde hace dos semanas».

Cojo el móvil, compruebo la hora y escribo la dirección de The Underground. Antes de darme cuenta, he cogido las llaves del coche y me he puesto al volante.

ACTO CUARTO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

A CIEN MILLAS DE RENO

TRAVIS

Soy un puto gilipollas.

Me envuelvo los dedos con otra capa de esparadrapo barato y me pregunto por qué demonios habré usado el dinero para enviarle flores a Tatiana cuando ella se ha pasado las dos últimas semanas ignorando mi existencia.

—¿Travis? —Suenan la voz de Penelope por mi altavoz, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. Travis, ¿estás ahí?

—Estoy aquí, Corona.

—He intentado recoger el paquete de UPS que has enviado, pero pesaba demasiado, así que tendré que volver mañana.

—¿Por qué no le pides a Hayden que te ayude?

—Está en modo zombi por culpa del plazo para acabar la aplicación. Además, mi nuevo novio me ha dicho que me ayudará a recogerlo él, así que... —Toma aire con fuerza—. O sea, sí, le pediré a Hayden que me ayude.

—Se supone que no debes estar saliendo *con nadie* —digo—. Te dije que te centraras en patinar.

—¿Qué? —Se ríe—. ¿Quién ha dicho nada de tener novio? Debes de haber escuchado mal.

—Deja de tomarme el pelo, Corona. —Meneo la cabeza—. Lo único en lo que deberías centrarte es en conseguir los veintiocho campeonatos para superar el récord de nuestra madre.

—Pero eso me va a llevar *años* —contesta.

—¿Y?

—Y tengo que asegurarme de tener una vida fuera de la pista de hielo.

—No, no hace falta.

—Si Tatiana Brave puede tener montones de novios y seguir en la cima sin pestañear ni fallar, créeme, yo también puedo hacer lo mismo.

Dejo de envolverme las manos.

—¿Tatiana tiene *montones de novios*?

—Bueno, no lo sé. Lo supongo, por la manera en que los chicos la miran y le piden salir todo el tiempo. —Hace una pausa—. Te envié una foto de ella el otro día y no me respondiste. No es para tanto, ¿a que no?

—Penelope, de verdad que no quiero volver a hablar de Tatiana contigo.

—Pero...

—*Déjalo.*

—Vale.

Sintiendo una punzada de culpabilidad por mis motivos ocultos, espero a que tenga otro ataque de pánico, pero no.

—Estoy preocupada por ti —dice—. Es decir, no quiero parecer una loca ni nada por el estilo, pero creo que a veces no te encuentras bien.

—Estoy bien, Corona —respondo—. Lo prometo.

—¿Cuándo es tu próximo combate?

—Dentro de unas horas.

—¿Y cuál es el premio esta vez?

—Cinco mil dólares —miento.

—Guau. —Se nota que sonrío—. ¡Eso es genial! Mamá y papá se sentirían muy orgullosos de cómo peleas.

—Querían que fuese a la universidad.

—Ah, sí. No les gustaría que pelees.

Me río, y durante la media hora siguiente mantenemos una conversación más relajada. Hasta que alguien no la llama al fondo, su «entrenador», supongo, no me cuelga.

Agradecido, termino de vendarme las manos y flexiono los dedos. Me recuerdo que el combate de esta noche no puede durar mucho, porque tendré que volver a pelear mañana y pasado.

—¿Chico Humilde? —Un tipo se acerca por detrás y me da un golpe en el hombro—. Te toca en cinco minutos.

—Entendido. Gracias. —Lo sigo, y salimos del garaje para entrar en un espacio abierto.

A diferencia de The Underground, donde los combates se parecen a los de los profesionales, este lugar es un estercolero.

Hay una jaula de metal en el centro de la planicie, y estoy casi seguro de que se ha utilizado para peleas de perros y gallos siempre que los candidatos a la MMA no estén atrapados dentro.

No hay presentador, ni medallas caras, ni demasiada seguridad. Ni siquiera hay un cronómetro para los asaltos, ni tampoco árbitro. Solo la jaula, y el combate empieza cuando los dos luchadores están encerrados dentro.

El ganador es el último que queda en pie.

Mientras me acerco, diviso a los típicos apostantes y entusiastas que rodean la jaula, pero me llama la atención un destello de color rosa claro.

Todo el mundo sabe que debe vestir de negro o con colores oscuros por si la policía irrumpe en estas peleas ilegales, así que me extraña que alguien incumpla las reglas de manera tan descarada.

Entorno los ojos para ver mejor, y me paro en seco.

¿Tatiana?

Lleva un vestido rosa ajustado y una gorra beis que le cubre los rizos, y es totalmente ajena a las largas miradas que le echan los tipos que la rodean; están tan cautivados por su presencia como yo mismo.

Su mirada se encuentra con la mía, y me saluda con la mano.

Yo sonrío y entro en la jaula en medio de los rugidos de los espectadores.

Mi oponente, un tipo que me saca más de diez centímetros, entra y cierra su puerta, dando así el aviso de que ya podemos empezar.

Solo voy a cobrar quinientos dólares por esta mierda...

Viene corriendo hacia mí con la pierna en alto para darme una patada voladora, y yo se la agarro de inmediato y lo tiro al suelo. Le doy un puñetazo en la mandíbula por haber intentado hacer esa locura tan pronto, y le engancho el cuello con mi brazo derecho.

Aprieto con todas mis fuerzas y aguanto sus puñetazos débiles mientras trata de escabullirse.

—¿Has perdido la puta cabeza? —le digo—. ¿Tienes idea de con quién estás peleando? ¿De lo

poco que cobramos por esto?

—¡Vas a matarlo, Chico!

—¡Suéltalo!

—¡Ríndete!

Los gritos del exterior de la jaula bien podrían ser susurros; no les presto atención.

—Esta noche vas a perder —lo informo—. Ríndete mientras te lo digo a buenas...

Le aprieto un poco más el cuello a cada segundo que pasa, para exigirle que lo deje.

Él me araña el brazo antes de entrar al fin en razón. Me da tres golpes en la mano para pedir clemencia y confirmar que ya ha acabado.

Lo suelto de inmediato y me pongo en pie.

El ambiente se llena de fuertes aplausos y vítores, y el promotor abre la jaula.

Tatiana está congelada, con los ojos como platos por la impresión.

—Buen trabajo, como siempre, Chico Humilde. —El promotor me entrega el exiguo cheque para el ganador—. Si quieres quedarte por aquí hasta medianoche, mi jefe está dispuesto a pagarte dos de los grandes por un asalto con quien gane el último combate.

—Si va en serio, tu jefe tendrá que pagar tres de los grandes.

—Mira —dice, sonriendo—, si ganas, yo personalmente haré que consigas algo más de tres.

—Volveré.

Salgo de la jaula y voy directo hacia Tatiana.

—Casi has matado a ese chico —murmura—. La cara se le ha puesto azul.

—«Casi» es la clave —contesto—. Lo habría soltado si hubiera notado que no seguía respirando.

Ella asiente, aunque parece que no me cree ni la mitad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. Pensaba que me estabas ignorando.

—Y lo estoy haciendo. —Sonríe—. Solo he venido para decirte que no volveré a hablar contigo después de esta noche.

Arqueo una ceja.

—He pensado que era mejor decírtelo en persona.

—Habría sido mejor por mensaje. —Ya no aguanto más chácharas—. ¿De verdad no estás interesada en mí?

—No.

—Entonces... ¿puedes dejar de jugar conmigo de una vez?

—¿Qué?

—Ya me has oído. —La miro furioso—. Has conducido durante más de una hora y media desde Reno para venir a verme, *sola*, a pesar de no haber respondido a ninguna de mis llamadas ni a mis mensajes durante dos semanas.

—Esperaba que pararas al fin.

—*No lo haré*. —Me acerco más a ella—. Y no solo eso, sino que estoy casi seguro de que te has puesto ese vestido para llamar mi atención.

—¿Y funciona?

—Sí.

Se sonroja.

—La verdad es que me podría haber puesto otra camiseta de *Sailor Moon* para destacar esta vez.

—Eso también habría funcionado. —Estrecho la distancia entre los dos—. ¿De verdad tienes un novio en Filadelfia con el que mantienes una relación a distancia?

—No.

—¿Estás saliendo con alguien más ahora?

Ella niega con la cabeza.

—No.

—Entonces sigue así hasta que tengas noticias mías. —Engancho el colgante de patines que lleva al cuello con un dedo y lo giro varias veces—. No soy de los que comparten cuando se trata de estas cosas.

—¿Y qué te hace creer que haré lo que tú me digas, Travis?

—Porque quieres hacerlo.

—Ese no es el problema, y lo sabes —afirma, en tono apagado—. Si fueses otra persona, o si la situación fuera distinta...

—Sí o no —la interrumpo—. Aceptaré tu respuesta, sea la que sea.

Se queda en silencio durante varios segundos, y parece que seamos los únicos que están aquí, solos.

—Sí —dice al fin.

—Bien. —Miro el reloj—. ¿Cuál es tu toque de queda?

—No tengo de eso. —Me quedo mirándola—. Tengo como unas dos horas hasta volver a casa.

—Eso pensaba. —Me río—. Hay un *foodtruck* de tacos picantes al final de la calle. Deja que te invite a unos cuantos.

—No me voy a acostar contigo esta noche, Travis Carter. —Lo suelta así, de la puñetera nada.

—Perdona, ¿qué?

—Solo te estoy avisando —contesta—. Y ya que estamos hablando del tema...

—El tema eran los tacos...

—La mayoría de los chicos me dejan tras las primeras citas porque dejo bien claro que no estoy dispuesta a acostarme con cualquiera.

—En el *foodtruck* de tacos también tienen nachos y quesadillas.

—Sé muy bien que debería haber perdido «la V» en el instituto, y que al menos debería plantearme follar tras unas cuantas citas decentes con un chico, pero ese no es el caso, ¿vale? —continúa divagando—. Mi primera vez será con alguien a quien quiera, y si solo buscas sexo, entonces no tiene sentido que sigamos hablando después de esta noche.

Parpadeo varias veces, procesando poco a poco el hecho de que todavía sea virgen. Eso y que probablemente se le dé mucho peor la charla insustancial que a mí, incluso.

Si esto hubiera ocurrido el año pasado, probablemente le habría dicho: «*Gracias por avisar, pero no trato con vírgenes. Nunca. Ten cuidado al volver a casa*», y después habría borrado su número de teléfono.

—¿Debo asumir, por tu silencio, que solo te interesa el sexo, Travis?

—Para nada. —Me rindo y la beso en los labios con el fin de hacerla callar. El dulce sabor de su boca me basta para no querer probar nunca nada más.

Le rodeo la cintura con los brazos y deslizo mi lengua contra la suya, y siento que, poco a poco, empieza a bajar la guardia.

La beso hasta dejarla casi sin respiración, hasta que deja de pensar tanto.

—Aún sigo esperando a que aceptes venir a comer esos tacos —susurro después.

—Ah... —Respira hondo cuando me separo—. Me gustaría probarlos. Pero no me gusta la nata agria.

—A mí tampoco. —Empiezo a caminar y cambio de tema.

Sin lugar a dudas, un puto gilipollas.

4

EN LA ACTUALIDAD

(UNA SEMANA DESPUÉS)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

No me puedo creer que todavía no hayan cancelado esta serie...

—¿Entonces el padre del bebé de Rachel tiene un gemelo que está saliendo con la hermana de Carron, que se acostó con Ryan? —Penelope se quedó mirando la televisión, incrédula—. ¿Te lo puedes creer?

—Igual que tampoco me puedo creer que los guionistas hayan traído de vuelta a James, que supuestamente murió hace dos temporadas —contesté.

—¡Hay demasiados secretos y demasiadas mentiras! —Lanzó un cojín contra la televisión—. Por eso odio ver culebrones.

—Los secretos y las mentiras son la razón de su existencia. —Suspiré, más que agradecida de que el episodio de esa semana de *Enamorada de mi cascarrabias: el perverso multimillonario cachondo y su rollete* hubiese acabado.

Pero, claro, cada una de sus espantosas escenas me venía muy bien para no tener que pensar en Travis. Desde que lo viera en las escaleras la semana anterior, me costaba centrarme en cualquier cosa.

Su voz interrumpía mis sesiones de ballet, porque cada vez que miraba la barra recordaba cuando me hizo el amor sobre una de ellas. Su sonrisa se colaba en el café de las mañanas, y me hacía pensar en todas aquellas noches que pasábamos hablando y riendo por teléfono hasta las tantas.

Y sus labios...

—Los guionistas están alargando el tema del descubrimiento del embarazo secreto como si supieran que voy a seguir viendo los siguientes episodios. —Penelope continuaba perdida en el País de las Maravillas—. De verdad creen que soy fiel a su historia.

—¿Es que no lo eres?

—Bueno, hasta las trancas. Nunca dejaré de verla, y espero que esta temporada nunca acabe. —Se rio y se dio la vuelta para mirarme—. ¿Sabes? Días como este me hacen echar de menos la época en que éramos compañeras de piso.

—¿De verdad? Pues a mí me hacen echar de menos la época en que nos odiábamos, cuando esta serie no existía —bromeé, poniéndome de pie—. ¿Más vino relajante?

—¿Te refieres a *zumos de naranja*?

—Estoy intentando no restregártelo. —Le acaricié la barriguita incipiente—. Ahora mismo vuelvo. Entré en su opulenta cocina toda en blanco y cogí copas de vino y algo de fruta para acompañar.

Desde que nos mudamos del apartamento que compartíamos y continuamos por caminos separados, prometimos seguir conservando nuestra cita de los domingos con mimosas. Yo aparecía en su casa nueva en pijama y me aguantaba los bostezos durante su horrible culebrón, y ella trataba

de no hacer gestos exagerados de exasperación cuando veíamos un episodio antiguo de *Sailor Moon*.

—¿Tienes algún secreto grande y oscuro, Tati? —preguntó cuando volví—. O sea, ¿algo que no me hayas contado?

—Sí, por desgracia. No perdiste tu camiseta que decía «Soy la mejor patinadora artística con vida».

—Sonreí—. La quemé yo.

—¿Y ya está?

—También quemé los pantalones a juego.

—Aún me queda la sudadera.

—¿Estás segura?

—Ahora ya no. —Se rio—. Solo me preguntaba acerca de lo bien te conozco.

—Eso no es verdad. —Me dejé caer sobre el suelo—. Estás imitando el diálogo de esa serie ridícula.

—Bueno, vale, sí —contestó—. Siguiendo el argumento de la historia de Elsa y Tyler... ¿Quién es el mejor tipo al que te has follado?

Tu hermano.

—Mmm...

—Cuéntame.

—El muso en el que pensaba siempre que patinaba. —Dejo mi copa antes de que se me escape y diga su verdadero nombre—. Don Perfectamente Complicado.

Como siempre, se puso contenta como un niño en Navidad, y la culpa me perforó el pecho.

Penelope podía recitar algunos de mis mejores recuerdos con Travis de memoria, y nunca me perdoné habérselos contado en nuestras noches de borrachera.

Creí que nuestras historias se olvidarían después, como cuando cuentas cosas sobre extraños en el metro, pero Penelope las guardó como si fueran prendas queridas. Tenía sus favoritas, que le encantaba pedir que volviera a recordar en los días malos, describiéndolas como si fuesen «una novela romántica que lees los días de lluvia».

—¿Has renunciado a buscar a ese chico? —preguntó—. Ya no hablas de él.

—Sí, yo... —Necesitaba cambiar de tema—. Creo que lo mejor es dejar el pasado atrás, ¿vale? De todas formas...

—Yo creo que estáis hechos el uno para el otro —me interrumpió—. Por todo lo que me has contado, claro. ¿Cuántos chicos conducirían quinientas millas fines de semanas alternos solo para besarte? ¿Para dejar que lloraras sobre su hombro en el coche?

—Estoy segura de que muchos chicos hacen eso por sus novias. Vamos a hacer un poco de ballet ligero arriba, en tu estudio.

—Podemos bailar aquí mismo. —Se levantó del sofá y estiró los brazos—. Cuéntame la historia sobre cómo te sorprendió en el mejor cumpleaños que has celebrado nunca.

—Hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo.

—Yo sí. —Sonrió—. Cogió un vuelo a la ciudad después de una competición sin avisarte, y apareció en el aparcamiento con un enorme ramo de rosas rojas.

—Penelope...

—Su carrera estaba despegando por aquel entonces, así que se gastó su recompensa para... —Se detuvo para reírse—. Sé que no lo llamó «recompensa», pero es que estoy acostumbrada a escuchar a Travis y a todos los luchadores usar ese término todo el rato.

Tragué saliva y empecé a darme cuenta de que no iba a permitir que cambiara de tema.

—Utilizó el dinero que había ganado para invitarte a una cena de lujo y a una noche en el mejor

hotel de la ciudad, y al día siguiente te invitó a la experiencia vip de la convención de *anime* a la que siempre habías querido ir. Y después... —Parpadeó varias veces y se apretó la mano contra la frente, mirando al infinito como hacía de vez en cuando, cuando la memoria le fallaba: la consecuencia del terrible accidente que había acabado con su carrera en el mundo del patinaje.

Esperé en silencio mientras ella continuaba así. El corazón se me retorció con una mezcla de compasión y agonía.

—Estaba recordando algo antes, pero entonces... —Me miró—. Lo siento mucho, Tati. ¿De qué estábamos hablando?

—De Don Perfectamente Complicado.

—Ah, sí. —Sonrió—. Hizo un montón de cosas románticas y extravagantes por ti, y dejar que aquello se fuera al traste es toda una tragedia. —Se dejó caer sobre el sofá—. Hablando de lo cual, ¿sabes qué?

—Sabes que odio las adivinanzas.

—Le he pedido a Hayden que añada la función «Encontrar a mi amor perdido» en su aplicación de citas. Después, le he hecho prometerme que te convertiría en la primera usuaria beta.

—¿Que has hecho *qué*?

—¡Es un megarregalo de cumpleaños por adelantado! —chilló como una adolescente—. No creo que sea justo pasar otro año sin al menos averiguar dónde está Don Perfectamente Complicado. ¿Y si está soltero y se pregunta lo que pasó contigo también?

—Por favor, dime que Hayden no sabe nada más.

—Bueno, más o menos... También le conté que me habías pedido un préstamo de cien mil dólares y lo convertiste en una marca de belleza multimillonaria en solo unos meses. Está igual de impresionado que yo.

—Hablando de ese préstamo... —Hice una pausa antes de continuar—. Necesito un montón de tiempo más para devolvértelo.

—No hay prisa. Tú conserva mi nombre en la lista de «Inversores que me adoran» y devuélvemelo cuando tengas muchos beneficios. Al ritmo que vas, lo conseguirás antes de lo que crees.

—Penelope, mira. La verdad de mi empresa es que... —Dejé de hablar. Estaba roncando; se había quedado dormida como un tronco. Suspiré y la tapé con una manta, pero me prometí contarle la verdad otro día.

ESA MISMA NOCHE

Pulsé el interruptor de la luz de mi apartamento, pero no ocurrió nada.

Lo pulsé varias veces más, y siguió igual.

Mierda.

Usé la linterna del móvil para entrar en la cocina y vi las facturas que había aprendido a rotar y pagar a medias como toda una experta. La de encima, el último aviso de la electricidad, tenía fecha de vencimiento de hacía semanas.

Suspiré, abrí un armario y saqué velas, para colocarlas sobre todas las superficies de la habitación. Abrí las ventanas del salón para dejar entrar la brisa nocturna, y me quedé mirando el calendario que colgaba de la chimenea.

Había una fecha cercana marcada con las palabras más horribles que había escrito nunca:

«Hoy empieza el proceso de desahucio si no pago el alquiler».

No había un dueño con el que pudiera hablar, solo un sistema automático de llamadas, y había agotado todos los favores que podía pedirles a las personas a las que conocía.

Respiré hondo y sopesé mis opciones.

Podía volver a abrir mi cuenta de TikTok y hacerme viral. Aunque, claro, los seis meses anteriores en que había creado vídeos creativos tres veces al día solo me habían conseguido diecisiete seguidores y comentarios tales como «*¿Gana un millón en una semana! Dale un like a esta publicación para conseguirlo*». (Por cierto, se lo di a cada una de esas publicaciones y ya nunca supe nada más).

También estaba la opción de rogarle al banco que me bajara la cuota mensual, pero ya lo habían hecho tres veces. Más bajo y entenderían que lo quería gratis.

Juntar mis entrenamientos y solicitar conferencias en las organizaciones de patinaje era una posibilidad, pero esos eventos eran escasos y muy ocasionales.

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando las palabras de mi última clienta resonaron en mi cabeza.

«*¿Convertirme en campeona del mundo y terminar entrenando como tú?*».

Me negué a dejar caer esas lágrimas.

En su lugar, me estrujé el cerebro en busca de más opciones, y mientras pensaba en cuatro más, un número desconocido me llamó por teléfono.

—¿Diga? —contesté.

—Hola, sexy —dijo una voz familiar—. ¿Me echas ya de menos?

—¿Qué?

—Soy yo, Dennis. Te echo de menos, y espero que tú a mí también.

—Hace siglos que no hablamos, Dennis. —No sabía ni por qué seguía conservando mi número—. ¿Qué quieres?

—Ver cómo estás y qué tal te va la vida.

—¿Acabo de zambullirme en un episodio de *Todos mis exnovios* o algo así?

—No. —Se rio—. Pero es temporada de azotes.

—¿Y eso qué significa?

—Como está a punto de llegar el frío, revisas todos tus contactos para conseguir a alguien a quien darle un azote entre las sábanas porque estarás metido dentro la mayor parte del otoño y el invierno.

¿Pero qué...?

—Bueno, ¿te interesa tenerme durante el otoño o el invierno? —preguntó—. No pueden ser los dos.

Le colgué.

No quería ni pensar en lo ridícula que era la temporada de azotes ni nada por el estilo, así como tampoco en mis finanzas, durante el resto de la noche. Necesitaba algo que me distrajera, algo que me hiciera sentir que mi vida no pendía de un hilo.

Puestos a que otro exnovio había hecho aparición en mi vida, abrí mi galería de fotos para revivir la única relación que nunca podría superar.

Desbloquéé la carpeta oculta, deslicé la pantalla y me quedé mirando la infinidad de fotos que Travis me enviaba cuando estábamos lejos el uno del otro, todas las capturas de pantalla de los mensajes guarros que aún me ponían cachonda.

Esta ligera inmersión en el pasado habría sido suficiente para quedarme dormida mientras soñaba con nuestros maravillosos recuerdos, pero no quería de esos.

Quería los porno.

Seguí buscando hasta que encontré un vídeo, y le di al *play*.

La sonrisa perfecta de Travis apareció en la pantalla y despertó a las mariposas de mi estómago. La cámara se fue alejando poco a poco, mostrando más su cuerpo.

Estaba completamente desnudo, con su miembro enorme y duro como la piedra en la mano, reclinado sobre un sillón gris mullido. Miraba a la cámara con intensidad, con los ojos nublados.

Acariciándose de la misma manera como cuando me enseñó a meterme sus más de veinte centímetros en la boca, soltó un jadeo entrecortado.

—Deberías estar aquí conmigo ahora —dijo, lamiéndose el labio inferior con sensualidad—, sentada sobre esta polla.

Respiré hondo cuando vi que abría un poco más las piernas.

—Pero, claro, no hemos follado desde hace tiempo. —Se detuvo antes de continuar—. Así que, cuando aterrice tu avión y llegues al fin, necesito que te pongas a cuatro patas. Necesito que...

Corté el vídeo a mitad de frase y apagué el móvil.

—Ya no existe, Tati —susurré—. Ya no existe. Deja de mirar esto.

Abrí mi libreta y me obligué a hacer algo de trabajo de verdad: apuntar consejos de actuación para mi clienta.

Durante treinta segundos enteros.

Volví a encender el móvil y me metí bajo la colcha.

Por ver todos sus vídeos una última vez no va a pasar nada.

5

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

No podía quitarme a Tatiana ni ese horrible anillo de compromiso de la cabeza.

La «joya» era, evidentemente, un circonio cúbico con un aro de plástico a juego, y debería darle vergüenza llevarlo en público.

Seguía igual de sexy de la hostia incluso sin proponérselo y tan sarcástica como siempre, y no me podía creer que fuera en serio con otro tipo. Un tipo que, sin lugar a dudas, no la merecía.

—¿Señor Carter? —me llamó el crupier, devolviéndome a la realidad—. ¿Señor Carter?

—¿Sí?

—Es su turno, señor. —Me miró la mano.

Yo recorrí la habitación con la mirada, sorprendido de lo bajo que había caído. Meses antes de haber perdido, estaría una sala de grandes apuestas, ganando una ronda tras otra.

Ahora, estaba sentado en mi apartamento con un crupier de contrato y perdiendo contra objetos inanimados.

—Me retiro. —Dejé las cartas—. ¿Puedes repartir otra ronda para mí y mis amigos, por favor?

Él asintió, y como si este tipo de juego fuese de lo más normal, les repartió las cartas a mis «amigos»: un par de guantes, un paquete de cigarros de Ralph y una revista de *MMA Forever*.

—¡Ding, dong!

—Está abierto —dije—. Puedes pasar.

Ralph entró corriendo hacia mi mueble bar y se sirvió una copa. Se la bebió de un trago, y luego se sirvió otra.

—Gracias por pedir permiso —comenté—. Lo valoro mucho.

—Llegados a este punto, creo que a lo mejor querrás plantearte dejar la lucha para rellenar solicitudes de trabajo. —Meneó la cabeza—. Tu propia marca de whisky, la que tú ayudaste a crear, está celebrando una reunión en estos momentos para decidir si quitar tu nombre de las botellas.

—Puede que no sea una idea tan mala. —Cogí mis cartas nuevas—. Llevo tiempo queriendo cambiar el etiquetado.

—Hablo en serio, Travis.

—Y yo también. —Eché un vistazo a la mano que me había tocado y la dejé de nuevo—. Si esas empresas quieren quitar mi nombre y mi cara de sus marcas, pues que lo hagan —añadí—. Pero cuando las cosas cambien de nuevo y vuelvan arrastrándose como las serpientes que son, les cerraremos la puerta en las narices.

—Por muy inspirador que suene eso, *Rocky*... —Tomó asiento a mi lado—. Se te está escapando un elemento clave.

—¿Cuál?

—La simpatía del público —contestó—. Tienes que hurgar más profundamente y canalizar las

mejores cualidades del hombre que eras antes para que podamos volver a ese punto.

—Mira. —Me negaba a ir por ahí—. No puedo dar marcha atrás en el tiempo y volver a ser el Chico Humilde que vive al día con cada cheque. Tú y yo sabemos que en cuanto empecé a fanfarronear y a decir que soy demasiado bueno para perder, mi carrera cambió para mejor.

—Al menos, podrías hacer un vídeo para tus fans. Diles cuánto sientes haberles decepcionado con tu conducta reciente.

—Siempre y cuando pueda decir que me están obligando... —Le hice una señal al crupier para que empezara otra ronda.

—También tienes que escribir una tarjeta a mano y enviarle un cheque al fan al que abofeteaste.

—Por enésima vez... —contuve un suspiro—, él me abofeteó a mí primero.

—Bueno, pues ha contratado al mejor abogado de Las Vegas y amenaza con demandarte por diez millones de dólares.

—¿Tienes una tarjeta de disculpa?

—Ya lo sabía yo. —Se sacó una del bolsillo del pecho y me tendió un bolígrafo—. Escribe algo sincero, Travis.

Escribí lo primero que me vino a la cabeza antes de devolvérselo.

—¿«Siento que recibieras lo que te merecías»? —Ralph meneó la cabeza—. ¿En serio, Travis?

—Bueno, vale. ¿Tienes otra tarjeta?

—Te conozco demasiado bien. —Sacó otra tarjeta—. Tú escribe tu nombre y yo redactaré la puñetera nota.

—Perfecto.

Cuando acabé, Madeline entró en la habitación con un hombre mayor a su lado.

Sonreía como un niño en una tienda de golosinas, y decía algo que no podía entender.

—Bueno, ¡y yo que pensaba que mi oportunidad de conocer al gran Travis Carter en persona era solo una farsa...! —El hombre extendió la mano—. Soy Franklin Stuart, el nuevo vicepresidente de Nike.

Me levanté de inmediato para estrecharle la mano.

—Un placer conocerle, señor.

—El placer es todo mío —respondió—. Me tropecé por casualidad con tu publicista en un almuerzo y le mencioné que soy un gran fan tuyo, así que insistió en que viniera a verte.

Madeline nos miró.

—También esperaba escuchar que Nike sigue apoyando al cien por cien al señor Carter como patrocinador.

—Bueno, seguimos procesando las cosas —respondió.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó ella—. ¿Algo que podamos solucionar en este momento?

—Eeeh... Bueno... —El señor Stuart cambió el peso de un pie a otro—. Nos gusta asegurarnos de que tenemos una imagen auténtica de nuestros embajadores de marca. Para ser sincero con vosotros, los últimos meses nos han hecho cuestionarnos todo lo que creíamos que sabíamos sobre el señor Carter.

Ralph le hizo una seña al crupier para que se marchara.

—Puedo asegurarle que *el verdadero* Travis Carter es un chico simpático y honesto que está sufriendo un inmenso estrés —replicó Madeline—. El Castigador es el gilipollas que despotricó después de perder contra Juárez. ¿Verdad, Travis?

—Definitivamente, estoy sufriendo un inmenso estrés...

—Juárez se está convirtiendo en toda una estrella —continuó el señor Stuart—. Habla muy mal y

es un poco rudo, pero es un hombre de familia que no ha tenido ni un solo escándalo. Aunque, claro, su carrera no es tan ilustre como la del señor Carter.

—No lleva el tiempo suficiente en este deporte como para haberse labrado una imagen, sin ánimo de ofender —lo interrumpió Madeline—. El verdadero motivo del sufrimiento del señor Carter es que una revancha le quitaría tiempo para estar con su familia... Hasta tendría que aplazar su boda.

¿Qué acaba de decir?

Me crucé de brazos.

—¿Boda? —El señor Stuart arqueó una ceja.

—Ha mantenido su vida privada muy en secreto, señor —prosiguió ella—. Sin embargo, su prometida lo ha apoyado mucho. Aunque están buscando el primer bebé con desesperación porque ambos quieren una gran familia, ella sabe que conservar ciertos patrocinios profesionales es la principal prioridad.

Le lancé a Ralph una mirada de «¿Qué coño está pasando?», pero él parecía más confuso que yo.

—Bueno, no esperaba escuchar esto en absoluto. —El señor Stuart parecía sorprendido—. Nuestro director general, el señor Truss, tiene la última palabra en todo esto, así que me encantaría que viera el lado familiar del señor Carter antes de que comencemos las negociaciones.

—No hay problema. —Madeline sonrió—. Me pondré en contacto con usted y acordaré una fecha para que se reúnan los tres en una cena íntima.

—Me parece bien —contestó él—. ¿Les importa si salgo de la habitación y lo llamo?

—En absoluto.

Desapareció, y Madeline dio una palmada.

—Bueno, no hace falta que se entusiasmen tanto. —Nos miró—. ¿Quién quiere saber cómo me las he arreglado para solucionar las cosas con Nike?

Se hizo un silencio.

—Vale, vale, ¡se lo contaré! —chilló—. Soborné a su secretaria para que me entregara su agenda personal, lo seguí en cuanto aterrizó y me colé en ese almuerzo privado para lanzar el gancho. —Oficialmente, era la persona más trastornada que había conocido nunca—. Impresionante, ¿eh?

—Señorita Dawson... —Traté de mantener un tono firme de voz—. Ahora es el momento perfecto para que salga al pasillo con el señor Stuart y le cuente que todo ha sido una mentira.

—¿Una mentira?

—Sí, algo que no es cierto y disparatado, algo que nunca será verdad.

—Ya le he dicho que me precio de ser una persona completamente honesta. —Aún parecía emocionada—. Esas palabras fueron la pura verdad, y estoy segura de que el señor Truss quiere verlos de verdad a su prometida y a usted para esa cena.

—Todavía tiene tiempo de salvar esta situación —afirmé—. Tiene diez segundos para decirme que ha sido todo una broma.

—No hay que salvar nada —contestó—. Siempre y cuando traiga a tu prometida a la cena, estoy segura de que seguirá siendo su patrocinador. ¿Es que tanto le cuesta entenderlo?

—¿Cómo demonios voy a traer a alguien que no existe?

—Ah, yo... —Empalidecí—. Todavía no me ha dado tiempo a pensar en ese asunto.

—Es que no piensa *en absoluto*. —Me faltaba una pizca para perder los estribos—. Salga ahí y retire todo lo que ha dicho. Ahora mismo.

La puerta se abrió antes de darle tiempo a moverse, y el señor Stuart regresó.

—¡El señor Truss está emocionado con esta noticia! —Sonrió—. Se pondrá en contacto pronto con la señorita Dawson, y promete guardar el secreto bajo llave.

—¡No tengo ningún secreto, señor Stuart! —dije—. La verdad es que...

—¡Esperaremos encantados su llamada! —me interrumpió Madeline, y se acercó a él—. ¡Estoy impaciente!

Les observé intercambiar unas cuantas frases de cortesía, y la sangre me hirvió cuando vi a Madeline acompañarlo hasta la salida.

—Debería ponerse de rodillas y darme las gracias, señor Carter —dijo al regresar—. Me acabo de asegurar de que no pierda millones de dólares de su principal patrocinador.

—No, acaba de *mentir* —la corregí—. ¿Qué se supone que debo decir cuando mencione el bebé fantasma inexistente de mi prometida y mío?

—Intente insinuar primero cuánto quiere a ese hijo, porque creo que ya he mencionado yo algo.

Ralph meneó la cabeza, y yo me quedé mirándola, furioso e incrédulo.

—Eh... Bueno, y cambiando de tema —continuó—, tiene la cara muy roja, y le late una vena enorme en el cuello. ¿Quiere que llame a una ambulancia de camino a la calle?

—No se va a ir a ninguna parte. —Cerré la puerta—. Va a sentarse y a pensar en cómo solucionar este lío que ha montado antes de que nadie se entere.

—No me odie, pero es que no quería apostar todo a un solo número. —Bajó la voz antes de continuar—. Puede que le haya contado lo mismo a algún que otro patrocinador suyo más.

—Defina «algún que otro».

—No tiene por qué preocuparse. Todos han firmado contratos de confidencialidad y admiran de verdad la manera en que ha protegido su vida privada.

—Defina «algún que otro» —repetí—. Ya.

—Poco menos de cuarenta... —Tragó saliva—. ¿Está seguro de que no quiere esa ambulancia?

5 (B)

EN LA ACTUALIDAD

(*VARIAS HORAS DESPUÉS*)

LAS VEGAS (*NEVADA*)

TRAVIS

—Gatorade ha retirado oficialmente a Travis Carter como su primer embajador de marca. —La presentadora rubia le dio un sorbo a su café—. Nos han informado de que ya le han comunicado la noticia, y su sustituto no va a sorprender a nadie.

La pantalla de la televisión cambió de pronto a la imagen de Juárez en un gimnasio, con *mi* cinturón de campeón en la cintura.

Llevaba en los dientes una funda de diamantes en la que rezaba «*Siempre campeón*», y una camiseta en la que ponía «*El mejor papá del mundo*». Para mí, era un misterio que todo el mundo se lo tomara en serio.

—¿Qué sientes al haber sustituido a Travis Carter en Gatorade? —le preguntó una reportera.

—Siento que es una señal de que están por venir muchas más cosas buenas para mí. —Sonrió todavía más—. Ahora hay un nuevo rey en Las Vegas.

—Has ganado *un* combate sonado, frente a mis veintisiete —murmuré—. Bájate ya del burro.

—¿Sabes algo de las intenciones del equipo del señor Carter para pedir una revancha? —Ella le acercó todavía más el micro.

—Nada. —Pasó los dedos por el cinturón—. O sea, yo no querría luchar conmigo otra vez, si estuviese en su lugar. Le dieron una paliza y lo avergonzaron. No me extraña que se haya escondido desde entonces.

—Esas palabras son muy arrogantes, señor Juárez.

—Puedo confirmarlas todas, créeme. —Le guiñó un ojo—. Si su equipo me llama alguna vez, no tendré problema en zurrarlo de segundas.

Apagué la televisión y me planteé pasarme por su gimnasio para demostrarle la chiripa que había tenido con aquel combate.

Mientras buscaba la dirección, alguien me llamó por teléfono.

Penelope.

—¿Sí, Corona? —respondí.

—¿Qué opinas de las mejores fotos de mi evento? —preguntó—. Te las he enviado por correo electrónico esta mañana.

—Lo siento —contesté—. No he comprobado mi bandeja de entrada todavía. Dame un segundo.

Abrí mi portátil nuevo y pinché sobre su mensaje, para encontrarme con imágenes de ella hablándole a la multitud. Hayden estaba a su lado en un par de ellas, pero Tatiana en casi todas.

Aún incapaz de salir mal en ninguna foto, estaba impresionante en todas y cada una de ellas.

—¿Y yo no aparezco en ninguna? —pregunté.

—No, pero eso es porque las tuyas están todas en la portada de *The New York Post* —gimoteó—.

La parte positiva es que es que trescientas de tus fans sedientas han contratado hoy cuotas de un año. ¿Te importaría volver a venir pronto, para que pueda conseguir más?

—En absoluto. —Sonreí—. ¿Algo más?

—Hayden se está encargando de los ajustes de los trajes para la boda. Le gustaría que vinieses tú también.

—¿Algo más, aparte de eso?

—Tatiana está planeando una despedida de soltera. No estás invitado.

—No iría ni aunque lo estuviera. —Contuve una carcajada—. ¿Qué opina su prometido sobre que ella planea algo así?

—¿Su *qué*?

—Su prometido.

—¡Ja! —rezongó—. Tatiana no está comprometida.

—Lleva un anillo de compromiso en todas las fotos.

—Probablemente lo cogió de su colección o algo así —dijo—. Ninguno de sus novios ha estado a la altura del matrimonio. Créeme.

—¿Ni siquiera el de ahora? —presioné.

—Sobre todo él, porque no existe. —Se rio—. Ah, genial. Han venido diez fans tuyas más, así que tendré que llamarte después. ¿Quieres que les diga que les mandas saludos?

—Sí, por favor —respondí—. Adiós, Corona.

Colgó, y yo me recliné en la silla. Antes de que me diera tiempo a pensar en por qué me había mentido Tatiana, se escuchó el mensaje repetido de «*Intento de huida!*» por todo el apartamento.

¿Qué demonios?

Salí de la habitación, recorrí el pasillo y me detuve al ver a Madeline tirando del pomo de la puerta. La observé tirar y empujar sin éxito, y me quedó claro que no había entendido a qué me refería cuando le dije que no podía marcharse.

—¿Va a alguna parte, señorita Dawson? —pregunté.

—No, solo tengo hambre. Quiero ir a por algo de comer.

—Tengo a un chef personal a demanda. —Me crucé de brazos—. Se lo dije hace dos horas.

—No quiero molestarle. —Parecía nerviosa—. Además, no estoy segura de que sea justo pedirle a alguien que prepare *sushi* con tan poco preaviso.

—Me lo prepara todas las semanas. —Me acerqué más a ella—. Ya puede soltar el pomo.

Ella lo agarró más fuerte.

—¿Cuánto tiempo piensa tenerme aquí?

—Hasta que se le ocurra una solución para el problema que ha provocado.

—Ah, vale. ¡Bueno, tengo miles de soluciones!

—Qué bien. —Me crucé de brazos—. Escuchémoslas.

—Creo que podré exponerlas mejor después de darme una larga ducha en casa y ponerme algo más cómodo.

—Deje de liarme. —Me saqué el móvil del bolsillo y llamé a mi ama de llaves.

—¿Sí, señor Carter? —respondió.

—¿Puede comprobar que haya toallas limpias y sábanas frescas en el ala este? Es posible que mi nueva publicista tenga que quedarse unos cuantos días.

—Ahora mismo, señor.

—Gracias.

Colgué la llamada y marqué a continuación el número de mi contacto en Dolce & Gabbana, para

pedirle que viniera y le tomara medidas a Madeline con el fin de hacerle ropa para toda una semana.

—¿Qué más necesita? —pregunté—. Le garantizo que puedo conseguirlo todo aquí.

—Pero hay algunas cosas que no. —Volvió a tirar del pomo, como si fuese a abrirse por arte de magia.

—Estoy esperando —dije.

—Y yo también. —Apareció Ralph—. Es decir, si me voy a quedar en el ala norte como invitado para siempre, necesitamos un plan concreto con el que trabajar ahora mismo.

—Vale. —Madeline se soltó al fin—. Tenemos tres opciones. La primera es que podemos... —murmuró el resto de las palabras.

—No he entendido nada —dijo Ralph—. ¿Puede repetirlo?

—La segunda... —Lo ignoró, y volvió a murmurar de nuevo—. Y la tercera, podemos... Eeeh...

—¿Puede hablar con claridad, por favor?

—Tenemos que contratar a una actriz que finja ser su prometida, porque no hay manera de que pueda escapar de esto. —Aquellas palabras salieron de su boca como un torrente—. Siento mucho haber dicho nada nunca, porque estaba intentando hacer un buen trabajo y ser creativa. Por favor, no me despidan, porque de verdad he intentado arreglarlo hace una hora, pero se me ha vuelto a ir de las manos, así que no se enfaden...

Parpadeé varias veces, intentando procesar aquello de «contratar a una actriz».

—¿Cómo ha intentado solucionarlo hace una hora? —inquirió Ralph—. A esa hora estaba meciéndose hacia delante y hacia atrás en el sofá, según recuerdo. —Ella no le respondió—. Si podemos conseguir que la prensa siga hablando de la visita del señor Carter a la pista de hielo de su hermana en Nueva York, creo que estaremos... —Se detuvo a medias, para mirar su teléfono. La cara se le puso roja y se quedó mirándolo, furioso.

—¿Qué pasa, Ralph? —pregunté.

—Creo que al final, vamos a tener que llamar a esa ambulancia. —Miró a Madeline—. Pero ni para ti ni para mí...

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

¡El luchador más sexy con vida ha aparecido al fin en público!

Salió de Mandala Bay con un traje de tres piezas que se le ajustaba a todos sus músculos, y rodeado de su anterior (¿o actual, ahora?) mánager, Ralph Windsor, y de Madeline Dawson, la antigua presidenta de la página web *Odio a Travis Carter*. (Esperamos que le haya puesto una pedazo de demanda por todos los rumores que ha ido extendiendo ella a lo largo de los años. ¿Recordáis cuando dijo que se contagió de un herpes después de una fiesta en un yate?).

En fin, según nuestra fuente fidedigna, lleva prometido en secreto varios meses, y planea casarse en la misma ciudad en la que él «reina».

Aunque, personalmente, no nos tragamos que vaya a atarse a una sola mujer —este hombre no es, ni ha sido NUNCA, de los monógamos—, no hemos tenido más remedio que hacer bien nuestro trabajo.

Hemos podido llamar a todos los salones de bodas en un radio de quinientas millas y visitar doscientas dieciocho tiendas de trajes de lujo y hasta nos hemos puesto en contacto con antiguos miembros del equipo de Carter.

Ninguna empresa tenía reservado nada para su futuro evento, y su antiguo equipo se negó a respondernos ni que sí ni que no cuando le preguntamos si conocían a la mujer misteriosa.

¡Hora de investigar, fans!

Veamos si podemos averiguar quién es por nuestra cuenta. O si es que existe de verdad.

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

6

EN LA ACTUALIDAD

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Asunto: Urgente: Su cuenta está en números rojos.

Asunto: [Importante] Factura impagada.

Asunto: Problemas con su cuenta.

El corazón me martilleaba conforme actualizaba la página.

No había ni un solo mensaje sobre consultas de nuevos clientes. No había respuestas a mis solicitudes desesperadas de patrocinio de marcas.

Abrí la carpeta de «Borradores», y me quedé mirando mi último plan de emergencia: llamar a mi padre y a Elaine.

Esa opción estaba detrás de la de «Morir en la vergüenza», así que supe que nunca la llevaría a cabo.

No había hablado con mi familia en años, y quería posponer volver a incluirlos en mi vida lo máximo posible.

Hora de volver a pensar en qué hacer en TikTok otra vez.

6 (B)

EN LA ACTUALIDAD

CAESAR'S PALACE, LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

—¡Travis, aquí!

—¿Estás enfadado por haber perdido un patrocinador contra Juárez?

—¿Son ciertos los rumores sobre que no quieres la revancha?

Ignoré a los fotógrafos mientras me seguían por los intrincados pasillos de mármol del casino.

—¿Ha vuelto Ralph Windsor a tu equipo?

—¿Cuándo es la boda de tu hermana con Hayden Hunter?

—¿Por qué no hemos visto a tu prometida?

El guarda de seguridad que me guiaba los mantuvo a distancia mientras caminábamos, repitiendo «*Sin comentarios*» una y otra vez.

Abrió la puerta a un jardín privado y me dio paso.

—No dejo pasar a quien no lo tiene permitido, señor —dijo—. Hay otros hombres más en cada entrada, también.

—¿Tienen una copia de la lista de autorizados?

—Sí, señor.

—Gracias, Ryan.

Caminé por un sendero serpenteante hasta que vi a Ralph y Madeline cerca de la fuente.

Sobre el césped me esperaban un par de pesas rojas y un banco personalizado.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo —saludó Ralph—. Tengo muy buenas noticias.

—Escupe.

—El presidente de la UFC ha llamado esta mañana y ha dicho que espera que lo invites a tu boda —informó—. Le encanta saber que tienes un lado tierno, y quiere hablar contigo sobre grabar un programa de televisión con su dinero.

—Creía que habías dicho «buenas» noticias.

—Y esas lo son. —Suspiró—. En cuanto a las malas, *GQ*, *Vanity Fair* y otras revistas cuyas portadas has agraciado casi están besando el suelo por conseguir una entrevista sobre ese lado tierno tuyo. Pero quieren que tu prometida participe en la entrevista y salga en la portada contigo.

—No me puedo creer que toda esta mierda esté pasando. —Me acerqué a las pesas y cogí una barra.

—Tenemos entrevistas con las mejores *influencers*: Lisa Summers, Courtney York y Sadie Singer. —Madeline me siguió con una carpeta—. No las he informado sobre el proyecto real, pero tenemos que hablar los tres sobre las últimas noticias de hoy antes de empezar con las sesiones.

Esperé una explicación, pero ninguno de ellos articuló palabra.

Se quedaron allí, quietos, intercambiando miradas.

Como no tenía prisa por saber de qué se trataba, me tumbé en el banco y empecé mi rutina de

resistencia.

—Uno... —Espiré al bajar la pesa hasta mi pecho—. Dos...

—Puede que esto te parezca una enorme molestia —dijo Ralph—, pero la señorita Dawson ha investigado bastante sobre cómo funcionan estas cosas, y estoy con ella al cien por cien.

—Tres... —Mantuve la mirada fija en el cielo despejado—. Cuatro...

—Quite ya la tiritita, señor Windsor —susurró Madeline—. Cuando más rápido lo haga, más rápido se enfadará y antes lo superará.

—Bueno, pues vale —accedió Ralph—. La prometida que escojas tendrá que aparecer contigo en público durante al menos noventa días.

—¿Perdona? —Me senté de inmediato—. ¿Cuántos días?

—Noventa. Es cuando se renuevan la mayoría de tus contratos. —Madeline evitó mirarme a los ojos—. Probablemente, lo mejor sea que planeemos todo esto como si fuera lo más real posible.

—¿Ralph? —Lo miré—. Dame una alternativa. Ya.

—No hay ninguna.

Tamborileé con los dedos sobre el borde del banco, sopesando las ventajas y desventajas de retirarme.

Siempre había querido tirar los guantes al centro del octógono delante de mis fans y darles un discurso de agradecimiento por todo, pero estaba dispuesto a renunciar a toda esa parafernalia si con ello podía acabar con toda aquella locura.

—Hemos permitido entrar a Heather Woods en el jardín —anunció la voz de Ryan a través del *walkie-talkie* de Ralph—. Va acompañada de un guarda de seguridad.

Nuestra conversación se detuvo en cuanto escuchamos acercarse los pasos de la mujer, y segundos más tarde dobló la esquina.

—Madre mía, hola. —Se sonrojó cuando sus ojos se encontraron con los míos—. Soy Heather Woods.

—Yo, Travis Carter. —Extendí la mano, pero ella no me la estrechó.

En vez de ello, me abrazó.

—Sé quién eres —contestó, entusiasmada—. Soy una gran fan tuya, y estoy muy agradecida de que me hayas dado la oportunidad de trabajar contigo.

Esperé a que me soltara, pero me abrazó todavía más fuerte.

—Vale, ya es suficiente, señorita Woods. —Madeline se aclaró la garganta—. Tenemos una agenda de audiciones apretada, así que será mejor que entre en acción en cuanto esté lista.

—Sí, actúe como si no estuviéramos aquí —dijo Ralph.

—Vale. —Respiró hondo y después me dio una palmada en el culo y lo apretó con fuerza—. Qué alegría verte después de un día tan largo, cariño.

—¿De verdad? —La aparté—. Estas frases no están en mi guion.

—He sido una gatita traviesa mientras estabas trabajando hoy. —Me guiñó un ojo—. Cuando nos vayamos de la fiesta, quiero que me azotes, igual que hice yo anoche.

—¿Es que nos han dado versiones distintas?

—Si me das fuerte, te chuparé los dedos de los pies hasta que te corras.

—No, en serio —dije—. ¿Puedes enseñarme lo que estás leyendo?

—Toda esta gente está celosa de nuestro amor —continuó—. Besémonos, y démosles algo más por lo que estar celosos.

—Vale, corten —intervino al fin Ralph—. Señorita Woods, ¿está mezclando esta audición con algo más que tenga planificado?

—No, que yo sepa. Se trata de publicidad para la última línea de diamantes de Tiffany & Company, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues he pensado que el guion que me enviaron es un poco soso, si me entienden. —Sonrió—. Siempre que mi marido y yo vamos juntos a fiestas, es un jueguecito que solemos montar los dos, así que he pensado añadir un poco de realismo para poder entrar mejor en mi personaje.

—Espere un segundo —dijo Ralph—. ¿Ya está casada?

—Desde hace diez años. —Asintió—. Por eso soy perfecta para este papel.

—El principal requisito era, literalmente, que había que ser soltera.

—¿Acaso es eso incluso legal? —Se cruzó de brazos—. Se trata de *publicidad*. Nadie tiene por qué creer que estoy comprometida con él. Demonios, si ni yo misma creería nunca que Travis Carter tiene una prometida de verdad.

—Señorita Woods...

—Ay, Dios, ni siquiera puedo pronunciar esas palabras con cara de póker. —Se dobló de la risa—. ¿Travis Carter con una prometida? ¡Buaaa, ja, ja, ja, ja! Ese rumor hizo que todo el mundo en mi oficina perdiera la cabeza. —Se agarró el estómago—. Guau. ¿Prometida? ¿Él? —Los tres nos quedamos mirándola hasta que paró—. Lo siento. —Se aclaró la garganta—. ¿Sigo por donde lo he dejado ahora, o qué?

—La verdad es que, si no le importa, ¿puede seguir al guarda de seguridad por el jardín, por favor? —Ralph sonrió—. Deberíamos habérselo enseñado antes para que captara un poco mejor la esencia del anuncio antes de empezar. Lo sentimos.

—¡No hay problema! —Parecía tan contenta mientras se la llevaban—. Cuando vuelva, estaré completamente lista para la segunda toma.

—Ya me ocupo yo. —Ralph me leyó la mente antes de que me diera tiempo a decirle nada—. Comprobaré que el resto de las chicas estén mejor preparadas.

—Hablando de todo un poco, ¿tiene alguna amante secreta o antiguas novias con las que se le hayan visto antes? —preguntó Madeline—. ¿Alguna mujer que puede que sus fans recuerden vagamente?

—Nunca he salido con ninguna mujer en público desde que me convertí en profesional.

—En privado también me vale.

—No, Madeline. Nunca.

—Mmm... —Dio vueltas por el césped—. Bueno, también podría valer una amiga. Podríamos hacer que pareciera una relación de amigos que se convierten en amantes.

—Mi hermana pequeña es mi mejor amiga.

—Vale, no creo que añadir el incesto a su lista de transgresiones públicas sea lo que necesitamos ahora mismo.

—Qué irónico —contesté—. En ese caso, no tengo ninguna amiga.

—Bueno, pues a menos que conozca a alguien que le deba un favor de la hostia, tendremos que seguir rebuscando entre la basura. Ah, y, por cierto, ya podemos ir encontrando otro sitio para las audiciones, porque...

—Espere, ¿qué acaba de decir de las audiciones? —interrumpí su perorata.

—Que tenemos que seguir rebuscando entre la basura.

—No. —Meneé la cabeza—. Después de eso.

—¿Alguien que le deba un favor de la hostia?

—Sí, *eso* —dije, sonriendo—. Podemos dejar de hacer audiciones ya.

—¿Se refiere a que las aplacemos hasta que encontremos otro lugar?

—No, cáncélelas —ordené—. Todas. Tengo a alguien que puede ayudarme con esto.

—¿Quién? —preguntó Ralph.

—Sí, ¿quién? —Madeline parecía preocupada—. Andamos muy justos.

—Lo sé. —Comencé a alejarme—. Os informaré en cuanto ella acceda a hacerlo.

—¿Y cómo sabes que esa chica te va a ayudar, Travis? —preguntó Ralph.

—Porque no tiene otra opción.

7

EN LA ACTUALIDAD

(A MEDLANOCHE)

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

Los chorros de agua ardiendo me quemaban la espalda mientras me duchaba.

Llevaba allí más de una hora, pensando en cómo conseguir lo que quería de Tatiana. Si había alguna mujer que podía actuar de la manera más convincente, era ella.

No había mucho lugar para negociaciones ni espacio para un «puede que más tarde», porque a pesar de cómo habían acabado las cosas entre nosotros, a ambos nos gustaba mantener nuestras promesas.

Nunca le fallé en ninguna, y sabía que ella nunca me fallaría a mí con esta. (Bueno, sí hubo una ocasión en que prometió que nunca me dejaría. Todavía sigo tratando de gestionarlo).

Cerré el grifo y me envolví una toalla en torno a la cintura para salir a la cocina.

Cogí mi *bourbon* favorito y le di un trago largo.

Mi teléfono vibró sobre la encimera.

Ralph: *¿Quién es la mujer que tienes en mente, Travis? Te he llamado seis veces...*

Madeline: *Sigo teniendo planeado buscar alternativas por si acaso su mujer, sea quien sea, no quiere ayudarle al final.*

Pongo el móvil en modo «No molestar» y me llevo el *bourbon* a mi habitación.

A través de las ventanas, las luces de la Ciudad del Pecado me tentaban a salir y jugar, a pasar una noche loca en la ciudad tal y como hacía antes, pero me resistí a sus encantos.

Caminé de aquí para allá, y me tragué el alcohol hasta que me quemó el pecho. Después, abrí una carpeta de fotos que tenía oculta en el móvil, titulada «*Ya no existe*».

Cada año me prometía que iba a eliminarla, pero nunca llegaba a hacerlo. En mis peores días, abrirla y revivir los mejores momentos de mi pasado era lo único que me recordaba que una vez tuve a alguien fuera del octógono.

Introduje la contraseña —la fecha en que conocí a Tatiana—, y en la pantalla aparecieron cientos de imágenes y vídeos.

Tatiana patinando hacia mí en una pista desierta, durmiendo desnuda contra mi pecho o besándome mientras paseábamos por un parque privado. En otras, nadábamos desnudos en la piscina de un hotel, reíamos bajo una tormenta o sorbíamos granizados en una tienda de carretera.

Cuando llegué a la peor parte de la carpeta, mi botella de *bourbon* estaba vacía.

Había capturas de pantallas de dos mensajes que aún me partían el corazón hasta la fecha.

Tati (mía): *Siento mucho haberte colgado antes, pero no puedo seguir llevando esta relación, y me gustaría que*

nunca más me volvieses a llamar.

Tati (mía): Espera... No creo que pueda devolverte nunca por completo ese favor que me hiciste, pero dije muy en serio lo de aquella noche que estuvimos juntos en Tacoma. Si alguna vez necesitas un favor enorme en el futuro, aunque tengamos ochenta años, lo haré sin preguntar nada. Nunca será demasiado tarde para devolvértelo.

Pasé esas imágenes y seguí deslizando recuerdos.

Cuando acabé, eran ya las cuatro de la mañana.

Busqué el número de teléfono de Tatiana y lo pulsé.

Salió el buzón de voz directamente.

—«Has llamado a Tatiana Brave» —contestó—. «Por favor, deja tu mensaje después de la señal».

Colgué y me planteé llamarla desde el móvil de mi guarda de seguridad.

Sin embargo, supuse que tampoco contestaría con ese, así que volví a intentarlo.

—«Has llamado a Tatiana Brave. Por favor, deja tu mensaje después de la señal. ¡Piii!».

—Tatiana, son ya las cuatro de la madrugada y no puedo dormir porque estoy borracho y en vela, pensando en ti... En que casi fui tuyo, y tú casi fuiste casi mía. Mi vida es un desastre, y toda mi carrera como luchador en la MMA pende de un hilo. Soy muy consciente de que tengo que cambiar muchas cosas. Necesito que me devuelvas el favor que me prometiste, ese que aún tenemos pendiente desde hace años. Necesito que finjas ser mi prometida durante noventa días. Solo noventa días. No tenemos por qué hablar a escondidas ni tampoco ser amigos de nuevo. Ni siquiera tenemos que besarnos, aunque te aseguro que ningún otro hombre te habrá besado mejor que yo... Te prometo que no nos tocaremos, a pesar de que la última vez que nos vimos parecía que era eso precisamente lo que deseabas (no intentes negarlo). En resumidas cuentas: quiero cobrarme ese antiguo favor que juraste que me deberías «siempre». No te estoy pidiendo demasiado. Solo necesito que finjas por mí que es real.

Colgué, pero después volví a llamar otra vez y le dejé otro mensaje.

—Soy yo otra vez, Tatiana —dije—. Como ya sabes, no se me da muy bien esperar, así que tienes hasta el lunes para darme una respuesta.

8

EN LA ACTUALIDAD

(LUNES)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

—Ya le hemos dado sesenta días más, señorita Brave —gimió alguien que odiaba su trabajo en la empresa de internet al otro lado de la línea—. Supera con creces nuestra política habitual, y es mucho más de lo que hemos hecho con otros.

—Por favor —rogué—. Solo necesito un poco más de tiempo. Puedo pagar cincuenta dólares a cuenta este fin de semana, y otros setenta a la largo de la que viene.

—Y si sigue pagando a ese ritmo, podrá recuperar su conexión a internet en tres meses —contestó—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Estoy pasando muy mala época, e intento pagar todo cuanto puedo.

—Señora, me pagan doce dólares la hora. No basta como para que me importe lo que dice.

—¡Aaah! —grité, al colgar.

Cogí la factura de la electricidad, marqué el número y me preparé para lidiar con otro empleado indiferente.

—Gracias por llamar a New York Lights —respondió una voz robótica—. En estos momentos nuestra central está ocupada, pero nos complacerá atenderle. Por favor, manténgase a la espera.

Alguien llamó a la puerta con fuerza, así que activé el altavoz.

—¡Un momento, señorita Lewis! —Cogí los veinte dólares que me había prestado la semana anterior y corrí hacia la puerta.

Cuando la abrí, no vi a mi vecina.

Era Travis.

Estaba bajo un paraguas, apretando la mandíbula, y llevaba una sudadera de color gris oscuro y unos vaqueros. En vez de la sonrisa perversa que había tenido en mis sueños la noche anterior, parecía cabreado de cojones.

—Tu hermana no vive aquí —le dije—. ¿Quieres su dirección?

—No he cogido un vuelo hasta aquí para ver a mi hermana. —Me miró de arriba abajo, y los pezones se me endurecieron bajo su escrutinio.

—Bueno, sea lo que sea para lo que hayas cogido ese vuelo —contesté, cruzándome de brazos— no está en mi apartamento, así que... —Empecé a cerrar la puerta, pero metió el pie en el hueco y agarró el picaporte.

—Tu teléfono no suena cuando llamo —dijo—. ¿Sigue bloqueado mi número?

—Seguro que no te sorprende.

—En lo más mínimo —respondió—. Pero te dejé un mensaje hace unos días. Sigo esperando una respuesta.

—Tú y un montón más.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que he estado ocupada, y mi buzón está lleno de otros mensajes sin responder, así que tendrás que seguir esperando —afirmé—. A poder ser, en otro lugar que no sea en el umbral de mi puerta.

—No pienso esperar ni un segundo más. —Acortó la distancia entre nosotros—. Te sugiero que me invites a entrar.

—¿Y si no lo hago?

—No me hagas que te lo vuelva a pedir.

—No me has *pedido* nada, Travis. Prueba a hacerlo, y entonces pensaré si te dejo, si es que tengo ganas.

—Vale. —Dejó el paraguas y me agarró la mano para llevarme hasta el salón—. Seré rápido —dijo—. Me debes un favor, y he venido a cobrármelo.

¿Pero qué...?

—Por favor, no me digas que de repente esperas que te pague todos aquellos tacos picantes que nos comimos juntos por aquel entonces.

—No. —Una sonrisa lenta cruzó sus labios, pero pronto desapareció—. Se trata de *mucho* más que eso, y hemos llegado a la parte de la conversación en la que tú me preguntas cuál es el favor.

—Solo pregunto las cosas que quiero saber. —Inhalé el aroma sexy de su colonia—. La verdad es que no puedo ayudarte ni a ti ni a nadie más en este momento de mi vida.

—Siento haberte dado la sensación de que puedes *elegir*. —Me miró a los ojos, y, de repente, la habitación se encogió diez veces.

—La puerta está detrás de ti, Travis. —Ignoré el ritmo desesperado y enloquecido de mi corazón—. Te daría las gracias por acosarme y aparecer sin invitación, pero...

—Necesito que te cases conmigo.

¿QUÉ?

Sus palabras quedaron prendidas en el aire durante varios segundos, flotando entre los reinos de «Qué coño es esta mierda» y «Frases que no tienen sentido».

—Vamos a hablar sobre los detalles —continuó, observando la habitación—. A ser posible, con las luces encendidas.

—Travis, cuando dije que te debería un favor *siempre*, me refería a algo similar a lo que tú hiciste por mí.

—Pues entonces deberías haber sido más clara —respondió—. Un trato es un trato.

Miré a su espalda, esperando ver irrumpir a un equipo de grabación por la puerta y declarar que esa escena era parte de algún programa del tipo de «Tu rollete del pasado viene a tomarte el pelo».

Estaba a punto de empezar a rebuscar algún micrófono oculto, pero entonces llamaron otra vez a la puerta.

—Lo sabía —dije, dando un paso adelante—. Ha sido muy divertido, Travis.

Cuando la abrí, vi a la mujer que había aparecido en las escaleras semanas antes.

—Ah, guau. —Ladeó la cabeza—. No se lo tome a mal, pero es la única mujer que ha hecho que se me mojen las bragas a primera vista.

—Perdone, ¿qué?

—Se llama Tatiana Brave, ¿verdad?

No respondí.

—Probablemente no me recuerde, pero me llamo Madeline Dawson, y la seguí a través de las cámaras de seguridad y pagué a un *hacker* para que encontrara su dirección. —Lo dijo todo muy serio, y en ese momento empecé a temer por mi vida—. A diferencia de lo que cierta persona dijo, sé

que no es usted un fantasma. —Se echó hacia delante y me olió—. ¿Es Versace? ¿Dolce & Gabbana?

—Eehh... —Empecé a cerrarle la puerta, pero se coló dentro.

—Anda, hola, señor Carter. —Se detuvo delante de Travis—. Los genios pensamos igual, ¿eh?

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —preguntó él.

—¿Qué está *usted* haciendo aquí? —Nos miró sucesivamente—. Aunque, claro, siento interrumpir. Creo que... me quedaré aquí y volaré de nuevo a Las Vegas en su avión después, ¿vale? Me parece que me ha mimado demasiado al hacerlo siempre en su *jet* privado, y me ha matado tener que ir en turista...

Él meneó la cabeza y volvió a mirarme.

—Necesito que finjas ser mía durante tres meses —anunció—. Y eso incluye ir a fiestas oficiales y asistir a todas mis conferencias de prensa y compromisos públicos. Además, te quedarás conmigo, pero tengo espacio suficiente para que vivas tu propia vida siempre que no me tengas que ayudar.

Sus labios siguieron moviéndose, soltando una lista interminable de cosas que *nunca* iban a pasar. Cuando acabó, se fue hacia la puerta como si ya fuese un trato cerrado.

—Avísame de a qué hora quieres que te recoja mi avión privado el sábado —dijo—. A partir de ahí, me encargaré de todo.

—Debes de haberte perdido la parte en que he dicho que no puedo ayudarte en nada.

—Te he oído alto y claro.

—Bien —contesté—. No voy a ir. No puedo permitirme abandonar mi vida durante un mes para jugar a las casitas.

—*Tres meses* para jugar a las casitas.

—Lo mismo da. —Me encogí de hombros—. Aparte de no tener ningún interés en hacerlo, tengo facturas que pagar y clientes a los que entrenar.

—El señor Carter se ha olvidado de la parte del pago. —La acosadora se metió entre los dos—. Está dispuesto a pagarle una prima por su ayuda. Ponga usted la cantidad.

—No estoy en venta.

—*Pon tú la cantidad* —insistió Travis.

—Quinientos mil dólares —dije a toda prisa antes de que me diera tiempo a pensarlo siquiera—. Como mínimo.

Travis arqueó una ceja, y la acosadora sacó un boli y una libreta del bolso.

—Me parece bastante razonable —dijo—. ¿Tiene alguna objeción al respecto, señor Carter?

—Todavía no.

—Bueno, vale, estoy segura de que podremos arreglar los vuelos para que la señorita Brave pueda volver aquí y ocuparse de sus clientes más importantes cuando le haga falta. Si no hay nada más, hablemos del pago de los quinientos mil dólares y demás detalles.

—Espera un momento —interrumpió Travis—. Pensaba que tu marca de belleza había superado las siete cifras en ventas el año pasado.

—¿Cómo has...? —Me detuve, y me recordé que no podía cambiar las cifras infladas de mi página web—. ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero tengo curiosidad por saber por qué necesitas que un viejo amigo te dé medio millón de dólares si te va tan bien. A mí me parece bastante avaricioso.

—Tú y yo *no* somos amigos —sostuve—. Y mi marca no es asunto tuyo.

—Pues entonces supongo que ya no nos queda nada más de qué hablar —dijo—. Señorita Dawson, redacte un contrato para la señorita Brave por la cantidad injusta y ridícula que está

pidiendo.

—Que sean *dos millones* —añadí.

—¿Perdona? —Travis me miró como si hubiera perdido la cabeza—. ¿Para qué necesitas tanto exactamente?

—Se me ha olvidado calcular el coste de tener que aguantar tus gilipolleces. Esta nueva versión de Travis Carter es distinta a la que yo conocía antes.

—Mmm... Buena observación. —La señorita Dawson asintió—. Muy buena observación.

—Dos millones de dólares quedan fuera de discusión.

—No veo por qué —añadí—. Ganas mucho más que eso en una sola pelea, y sigue siendo mucho menos de lo que te paga el menor de tus patrocinadores.

—¿Y tú como sabes eso exactamente? —Me miró con los ojos entrecerrados.

No le respondí.

—Bueno... —La señorita Dawson chasqueó el bolígrafo—. ¿Nos quedamos con dos millones?

—No —respondí yo, sin saber qué se me había metido dentro—. Sigamos, y que sean cuatro. Esa cifra me parece mucho más adecuada y oficial.

—Ahora sí que estás jugando conmigo, Tatiana.

—¿De verdad? —inquirí—. Alguien me dijo una vez que las patinadoras artísticas no ganan mucho dinero. Más me vale conseguirlo mientras pueda.

La cara se le puso roja, y parecía estar a punto de perder los nervios.

—Tatiana, juro por Dios...

—Ahora parece el momento perfecto para una plegaria, ¿a que sí? —intervino la señorita Dawson—. ¿Qué tal si unimos las manos y averiguamos qué es lo que Él cree que deberíamos hacer en esta situación?

Nos quedamos mirándola con cara de póker.

—Solo era una sugerencia. —Se aclaró la garganta—. Creo que el señor Carter estará encantado de pagarle cuatro millones, señorita Brave. Con el debido respeto, señor Carter, dese prisa y acceda antes de que pida más.

—También necesito que me lo paguéis a plazos, a partir de hoy —añadí.

Travis se cruzó de brazos.

—¿De verdad te preocupa que no te pague al final?

—No, pero necesito algo por anticipado, para poder ir adelantando cosas antes de adentrarme en el mundo de la actuación.

—Me encargaré de ello, señorita Brave. —La señorita Dawson nos miró—. ¿Tenemos un trato? ¿Cuatro millones de dólares a cambio de un compromiso de noventa días?

—Sí —respondimos al unísono.

—¿Pueden estrecharse la mano por el bien de mi cordura, por favor?

Travis extendió la suya y yo se la estreché con lentitud, sintiendo cómo una oleada de calor me recorría el cuerpo solo con ese ligero contacto.

Sus dedos no soltaron los míos en lo que pareció una eternidad.

—Sé que ha pasado bastante tiempo —murmuró—, ¿pero necesitas que te dé instrucciones sobre cómo conseguir la liberación?

Aparté la mano de inmediato.

—Buena chica —dijo—. Parece que todavía se te da bien soltarte.

—Aprendí del mejor.

—Me alegra que sepas que siempre lo seré para ti. —Me recorrió con la mirada—. Podemos

ocuparnos del resto de las negociaciones por teléfono.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Es demasiado difícil estar en la misma habitación que yo?

—Sí. —Se marchó sin mediar más palabras.

Yo le observé cruzar la calle y meterse en un coche negro.

—Venga, venga... —La señorita Dawson pulsó el interruptor de la luz varias veces.

—Las luces no funcionan —dije.

—¡Tonterías! —Siguió pulsando el interruptor—. Una vez viví en una casa como esta. Tiene que apretarlo en el sitio justo. Cuanto antes se enciendan, antes podremos rematar los detalles del contrato.

—No funcionan porque no he podido pagar la factura —anuncié—. No se van a encender.

—Ah.

Encendí una vela blanca y le hice un gesto para que se sentara.

—Mmm... Sin ánimo de ofender —dijo—, pero ¿por qué se estaba haciendo la difícil si está tan arruinada?

—Porque se trata solo de un contratiempo pasajero.

—Captado. —Se me quedó mirando—. Una pregunta personal, solo por interés: ¿cuánto tiempo estuvieron saliendo en el pasado?

—No llegamos a salir juntos.

—Ah, bueno. ¿Cuánto tiempo fueron amigos, entonces?

—Acabo de conocerlo hoy, señorita Dawson —respondí—. No tengo ni idea de lo que está hablando.

—Se les da muy bien a los dos esto. —Sonrió—. Creo que va a ser pan comido. Solo una cosa, nada más: puede que quiera suavizar un poco esa mirada lujuriosa cuando él aparece. A menos que sea de verdad y que no esté fingiendo.

Cambié de tema antes de que me entraran ganas de cancelar el trato.

Solo son noventa días, Tati. Solo noventa días.

ACTO SEXTO

POR AQUEL ENTONCES

RENO (NEVADA)

TATIANA

—¿Dónde demonios te has dejado el cerebro? —La señorita Price me baja la pierna de la barra—. ¿Por qué no te lo has traído hoy?

Guardo el equilibrio un segundo antes de caerme de narices contra el suelo.

—Me prometiste que esta temporada no habría distracciones —me echa la bronca—. Y aquí estás, como una principiante temblorosa.

Me pongo de pie, coloco la pierna sobre la barra otra vez y me muerdo la lengua.

Mi entrenadora no ha hecho nada más que señalar mis errores hoy y criticar hasta la manera en que respiro. A este ritmo, nunca saldré del estudio de ballet para entrar en la pista de hielo.

—No estoy distraída en absoluto, señorita Price —contesto—. Prometo que estoy centrada.

—¿Y entonces por qué estás buscando carreras de moda y administración en el extranjero a mis espaldas?

—¿Qué? —Finjo estar confundida, pero hace mucho que he rezado para que no se enterara de eso.

—El director de una universidad rusa me ha llamado para que le haga una recomendación esta mañana. —Tiene la cara más roja que nunca—. ¿En qué momento tenía pensado contármelo, señorita Brave?

Nunca.

—Tengo otros sueños, aparte del patinaje —es lo único que puedo decir.

—¿Y esos «sueños» son el motivo por el que has estado llegando tarde a los entrenamientos seis días seguidos?

—No, es que... —Soy incapaz de continuar.

Solo he llegado tarde unos minutos cada vez, y eso porque me he pasado hasta el amanecer hablando por teléfono con Travis, aunque no me atrevo a confesarlo. La última vez que respondí a una de sus preguntas retóricas, me hizo correr hasta las cinco de la madrugada.

—No me importa un poco de retraso aquí y allá —dice—, pero tengo que ponerme firme con lo de tener novio, sobre todo si decide aparecer por aquí como si tal cosa, como un adolescente enamorado.

—Espere, ¿qué? —Meneo la cabeza—. ¿De qué está hablando?

—Tómate libre el resto de este ensayo desperdiciado y regresa como aquella Tatiana Brave por quien dejé mi retiro para venir a entrenar.

—Señorita Price...

—*Fuera.* —Gesticula con la mano—. Ahora mismo.

Suelto un suspiro y cojo mi mochila de camino al exterior.

Bajo las escaleras y llego al aparcamiento, y me detengo en seco cuando veo a Travis apoyado contra el capó de su coche.

Lleva una camiseta negra sin mangas y unos vaqueros azul oscuro, y está flexionando las manos. Me sonrío cuando me acerco a él, y mi cerebro empieza a elucubrar fantasías sobre el tacto de sus labios sobre los míos.

—¿Por qué le has dicho a la recepcionista que eres mi novio? —pregunto.

—No lo he hecho. —Se levanta—. ¿Es eso lo que soy?

—Mi entrenadora me acaba de echar y no quiere verme hasta mañana. Me ha gritado por no estar centrada.

—Te ha estado gritando por lo mismo mucho antes de que empezáramos a hablar —responde—. Te quejas de eso todas las noches.

—Por cierto... —Me ajusto el tirante del *body*—. No tenía pensado tener novio esta temporada.

—Entonces, ¿sí soy tu novio?

—Lo *eras* —contesto, y me encojo de hombros—. Hoy va a ser nuestro último día juntos, porque voy a romper contigo de manera oficial. Te deseo todo lo mejor.

—Vale, Tatiana.

—Gracias por tomártelo tan bien. No pensaba que fuese tan fácil.

—Y no lo será. —Sus labios aterrizan sobre los míos y me hacen olvidar lo que estaba a punto de decir.

—Sube al coche —murmura, acariciándome los costados.

—Espera. —Trato de recuperar el aliento—. Creía que ibas a hacer una exhibición para la UFC en Las Vegas este fin de semana.

—Y la voy a hacer —dice—. Pero quería venir a verte primero.

Levanto la mirada hacia el ventanal del estudio de ballet y veo a la señorita Price. Está meneando la cabeza mientras le da un sorbo a una taza de café.

Estoy empezando a preguntarme si todo esto no es más que una prueba, si se supone que tengo que volver dentro corriendo y ponerme a su merced.

Al instante, cierra las persianas.

Antes de darme tiempo a reaccionar, Travis me besa el cuello y me empuja con suavidad hacia el asiento del pasajero. Después, se sienta ante el volante y se adentra en la carretera.

—¿Cuántas veces te ha echado el sermón hoy porque no estabas centrada? —pregunta.

—He dejado de contar a la de cinco. —Contengo un suspiro—. ¿Tu entrenador también te echa mucho la bronca?

—Ralph Windsor es más *mánager* que entrenador, pero no es de los que gritan —afirma—. Me fastidia usando el sarcasmo y mirándome fijamente cada vez que la cago.

—Qué suerte tienes. Últimamente estoy sintiendo mucha ansiedad, así que en cuanto consiga relajarme, seguro que lo haré mejor.

—¿Y por qué sientes ansiedad?

—Porque... —Me muerdo la lengua. No puedo contarle que su hermana y yo estamos a la par en las competiciones internacionales, y que solo estoy a unas pocas más de derribarla y ponerla en el lugar donde debe estar.

Me he establecido cierto tipo de límite durante las últimas semanas: finjo que Penelope no existe cuando estamos juntos, por muchas ganas que tenga de hablar con él sobre mi mayor rival.

—¿Por qué, Tatiana? —pregunta Travis, entrando en un aparcamiento vacío.

—Porque las tres próximas competiciones son las más difíciles de mi agenda. —Opto por ser lo más imprecisa posible—. Tengo que ganar, pero también necesito relajarme. No puedo estar al máximo si estoy tan alterada, ¿sabes?

—Más o menos. —Se inclina para desabrocharme el cinturón. Después, me sube a su regazo.
—¿Y cómo tienes pensado relajarte esta noche? —susurra contra mi boca antes de besarme.
No puedo responder. Estoy demasiado extasiada con el contacto de sus labios.
—Dime —vuelve a susurrar.
—¿Que te diga qué?
—¿Cómo... —me muerde el labio inferior y tira de él con suavidad— tienes pensado relajarte?
—Ah... —Trato de controlar la respiración—. Seguramente me dé un baño de burbujas y lea unos cuantos capítulos de mi novela preferida.
—Mmm... —Me suelta el labio—. ¿Y ya está?
—Si eso no funciona, leeré unos cuantos capítulos de mi segunda novela preferida —prosigo—. Y después jugaré al ajedrez *online*. —Me mira como si me hubieran salido dos cabezas—. ¿Qué tiene de malo?
—No me extraña que estés tan alterada —dice—. Tienes que hacer algo para lo que no necesites pensar.
—¿Te refieres a que encuentre a alguien con quien acostarme, como haces tú?
—Mira, para ser virgen, piensas un montón en el sexo. —Sonríe con suficiencia—. Pero no. Para que lo sepas, no me he acostado con nadie desde hace más de un año.
—¡Ja! —resoplo—. Me niego a creerlo. He visto cómo se te lanzan las chicas.
—¿Y me has visto agarrar a alguna de ellas?
—Mi hermanastra me dijo que solías llevarte a una chica distinta a casa después de cada combate.
—Me iba con quien me invitara a cenar. —Sonríe—. Estaba sin un centavo, y me importaba una mierda la caballerosidad cuando me moría de hambre.
—Estás de coña.
—No. —Me recorre los labios con el dedo antes de echar su asiento hacia atrás y arrastrarme con él. Después, enreda una mano en mi pelo.
—¿Cuándo fue la última vez que te lo hiciste? —pregunta.
—¿Qué? —Respiro hondo— ¿Qué quieres...?
—¿... decir? —acaba mi frase con una sonrisa—. ¿Cuándo fue la última vez que te metiste los dedos en el coño y te corriste?
Las mejillas me arden mientras él sigue jugando con mi pelo.
—Consigo correrme todo el rato —respondo—. Consigo los orgasmos con mucha facilidad.
—¿De verdad? —Arquea una ceja.
—Sí. —Me encojo de hombros—. Es lo que quería decir en realidad cuando he mencionado lo de mi libro preferido. Vuelvo a leer las partes más excitantes y uso la otra mano para imaginarme que me están haciendo esas cosas a mí.
Parece no creerse ni una sola palabra de lo que le estoy diciendo.
—No estoy mintiendo, Travis. —Miento de cojones—. El autoplacer no es nada nuevo para mí.
—Vale. —Sigue sonriendo—. Entonces enséñame cómo lo haces.
—¿Qué?
—Ya me has oído —contesta, en voz baja—. Deja que te vea jugar con tu coño.
Trago saliva.
—¿Aquí? ¿Ahora?
—Sí. —Asiente—. *Ahora*.
Me quedo congelada, segura de que se va a echar a reír y va a decir que se fía de mí, pero de sus labios no sale ninguna risa.

En su lugar, estira la mano y empuja más el volante para dejarme espacio en su regazo. Después, me mete las manos por debajo de los muslos y me levanta, colocando mi culo en el borde del tablero de mandos.

—Estoy esperando —dice—. ¿Tienes el coño mojado ya?

Empapado.

—Sí.

—¿Estás segura?

No le respondo.

Me sonrojo ante su atenta mirada, pero empujo la tela del *body* hacia un lado y me paso el dedo por el sexo, que está empapado.

—Deberías usar *dos* dedos —dice—. No serán tan gruesos como mi polla, claro, pero con uno no vas a conseguir nada.

Yo obedezco, y me froto el clítoris en círculos mientras observo cómo me mira.

Sin avisar, se inclina hacia delante y me sopla un beso sobre los labios menores.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta.

—En nada. —Empiezo a jadear, y él vuelve a soplar otra vez.

—Eso es un pequeño problema, Tati. —Levanta la mirada y me mira a los ojos—. No puedes relajarte del todo si no tienes la cabeza en el lugar adecuado.

Mis dedos paran, y él me da un golpecito en la mano para ordenarme, en silencio, que continúe.

—Deberías pensar en que te bajo del tablero y te siento sobre mi polla —dice—. Y mientras te chupo las tetas, me cabalgas y me ruegas que te folle más fuerte.

—Pero...

—Solo son *pensamientos* —añade, besándome el estómago—. Yo los tengo contigo todo el tiempo, sin necesidad de hacer nada. Por desgracia...

—Vale.

Intento imaginarme exactamente lo que él acaba de decir, pero no puedo centrarme en nada más en estos momentos, cuando me está frotando los muslos con las manos y mirándome así.

Mi cuerpo se detiene cuando cubre mi mano con la suya.

—¿Quieres que te ayude? —murmura.

Yo asiento.

—Quiero que me lo digas *tú*.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Quiero que me ayudes a correrme.

—Buena chica. —Me aparta los dedos y me agarra de las caderas.

Se inclina hacia delante y aprieta la boca contra mi coño, para meterse mi clítoris mojado entre los labios.

Suelto un gemido cuando me prueba, y presiono las manos contra el techo.

Me mete dos dedos gruesos entre besos tortuosos, y me conduce a un reino del placer que nunca antes había visitado.

Mis uñas arañan la tela del techo, y echo la cabeza hacia atrás.

—Sabes de puta madre... —murmura.

—Travis... —Mi sexo palpita contra su boca—. Travis, más despacio...

Él no baja el ritmo en absoluto.

En cambio, murmura algo contra mi piel, haciendo que ese placer tan poco familiar sea todavía

más intenso.

—No puedo... No puedo aguantarlo... —Suelto un gemido a modo de protesta e intento ajustar la postura, pero no me deja apartarme de él, me agarra de las caderas con demasiada fuerza.

Me está devorando como si no pensara acabar nunca, como si estuviera decidido a dejarme completamente inútil para el resto del año.

El vaho empaña los cristales mientras sus besos se vuelven más largos y sus dedos llegan más dentro.

Antes de darme cuenta, he cerrado los ojos y ya no tengo el control de mi cuerpo.

—Aaah... Aaah... —Echo la cabeza hacia atrás y las piernas me empiezan a temblar, y, de repente, me encuentro perdida en un mar de éxtasis.

Olas de placer me recorren el cuerpo, ahogándome en una marea tan poderosa y veloz que me veo obligada al fin a soltar el techo y gritar su nombre a pleno pulmón.

Joder...

Travis me sujeta con fuerza hasta que paro de temblar, hasta que siento que vuelvo a estar en la tierra.

—¿Todavía sientes ansiedad? —murmura contra mi piel.

Yo meneo la cabeza, excitada todavía.

—No.

—¿Quieres que vuelva a devorarte otra vez para asegurarnos de que vas a quedarte igual toda la noche?

—Sí, por favor...

9

EN LA ACTUALIDAD

THE PARKER INTERNATIONAL HOTEL, MANHATTAN (NUEVA YORK)

TRAVIS

«Contrato de 90 días

Mediante el presente contrato se hace constar que Travis Carter contrata a Tatiana Brave para servicios temporales de actuación ~~porque ha hecho un papel estelar al fingir que él no existía durante años.~~

Vivirá en Las Vegas, ~~ciudad de la que él es el rey,~~ durante el plazo completo de noventa días. Asimismo, tendrá acceso al avión privado del señor Carter en caso de que necesite viajar a alguna parte para su negocio de siete cifras. ~~(Es evidente que no necesita los cuatro millones de dólares del señor Carter, pero él está siendo generoso porque es un tipo increíble de cojones).~~

***Se exige una llegada inmediata a los eventos promocionales,** aunque lo que no se exigirá, bajo ninguna circunstancia, es cualquier tipo de intimidad a puertas cerradas. ~~Y eso que la señorita Brave disfrutaba un montón de las habilidades en la cama del señor Carter en el pasado y estaría encantada de volver a recordarlo, pero él no lo va a mencionar...~~*

Ambas partes suscribirán un contrato de confidencialidad al confirmar las siguientes condiciones, y nunca se atacarán mutuamente al finalizar el presente acuerdo».

Imprimí el sexto borrador de las condiciones y se lo pasé a Ralph.

—¿Qué opinas de esta versión?

—Opino que tienes que renunciar a escribir nada en la vida. —Puso los ojos en blanco—. Le pediré a la señorita Dawson que redacte un contrato que podamos usar de verdad para esto.

—Yo no creo que esté tan mal.

—Y no está tan mal: está terrible. —Se quitó las gafas de cerca—. Tengo que preguntarte una cosa, y necesito que seas sincero al cien por cien conmigo.

—Te escucho.

—¿Vas a poder aguantar durante todo el plazo del acuerdo con Tatiana?

—No estaría en esta *suite* tratando de cerrar el trato si fuese de otra forma.

—Es solo que... —Se detuvo antes de proseguir—. Hay un montón de aspirantes a actriz a quienes les vendría bien la publicidad, y puedo llamar a una de las mejores agencias de Hollywood y tirar de algunos hilos.

Arqué una ceja.

—¿Por qué dudas de repente?

—Porque la última vez que te dejó, tuve que recogerte del suelo todos los días.

—No todos los días, Ralph.

—Tienes razón. —Se cruzó de brazos—. También todas las noches.

—Estás siendo demasiado dramático.

—Es solo que sé cuánto significa para ti.

—*Significaba.* Lo que teníamos es tiempo pasado.

—Vale. —Suspiró—. Bueno, la señorita Dawson dijo que parecía ir muy en serio con lo de cumplir el contrato de la manera más profesional, así que no olvides que fue Tatiana quien rompió contigo por el motivo que fuera.

—No tenía ninguno en absoluto.

—Exacto. Así que, por favor, no le dejes entrar, y por favor, no dejes que vuelva a destrozarte.

—No me *destrozó*, Ralph. —Me miró fijamente—. No lo hizo. —Me encogí de hombros—. Deja de mirarme así.

—¿Alguna vez te he contado que me guardé seiscientos diecisiete mensajes de voz que me dejaste cuando estabas borracho después de que ella rompiera contigo? —preguntó—. También guardé todos los mensajes de madrugada en los que me decías «¿Cómo ha podido hacerme esto?» o «Parece que me ha pasado por encima un tren». ¿Quieres oírlos, para que se te refresque la memoria?

—No le voy a dejar entrar otra vez.

—Gracias.

9 (B)

EN LA ACTUALIDAD

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Yo: Ven al Whimstery Café cuando veas esto. Es una emergencia.

Penelope: ¡Acabo de verte allí para otra «emergencia» esta misma mañana! ¿Te estás muriendo?

Yo: No...

Penelope: ¿Estás tratando de decirme que has estado enamorada de mí en secreto desde el día en que nos conocimos? (Hayden lo piensa. Dice que haríamos una pareja muy mona).

Yo: Me cago en... No, Penelope. (Hayden no dice más que chorradas).

Agarré mi café y ensayé las frases por enésima vez.

—Tenemos que hablar sobre Travis, pero antes quiero que sepas que te he estado mintiendo sobre una cosa —murmuré—. Bueno, un par de cosas en realidad, y necesito quitármelas de encima ya.

Dudé.

Esa era siempre la parte que más me costaba. Esa en donde se suponía que tenía que soltarlo todo, desvelar que su hermano era el único hombre a quien había querido nunca y que había estado fingiendo no conocerlo todo el rato. Y sin embargo, me era imposible pronunciar aquellas palabras.

Solo pensar en cómo reaccionaría y en el posible dolor de perder a la única amiga que había tenido me atormentaba.

Deja de ensayar y quitatelo ya de encima de golpe, como una tirita, en cuanto llegue...

Solté el aire despacio y pulsé la pantalla de mi móvil para centrarme en el contrato de noventa días con Travis en su lugar.

Pasé el dedo por encima de nuestras firmas y me di cuenta de que todavía no me había enviado el contrato de confidencialidad.

Como no quería que mi dinero corriese peligro, llamé a la señorita Dawson.

—¡Hola! ¿Qué tal? —respondió al primer toque—. ¿En qué puedo ayudarla, futura señora Carter?

—No he recibido el contrato de confidencialidad del señor Carter todavía. ¿Hay algún problema?

—Ah, no, ninguno. —Hizo una pausa—. Dijo que, dada su historia personal juntos, confía en usted. A mí me ha hecho firmar como unos veinte de ellos, así que la debe de tener en muy alta estima, ¿no?

No contesté.

—Ya que estamos hablando, ¿puede decirme qué talla de vestidos y pantalones usa?

—Depende —respondí—. Suelo tener una pequeña. ¿Por qué?

—El señor Carter me ha asignado dos millones para que le compre un vestuario de diseñador, y

tengo a todas las firmas de alta costura a la espera. —Le gritó mis tallas a alguien que había en el fondo, y yo contuve un jadeo.

—¡Nos quedamos con Hermès para al menos diez de los bolsos nuevos! —chilló, antes de volver a hablar conmigo—. Bueno, si quiere, puedo insistir en que el señor Carter le envíe el contrato de confidencialidad esta noche.

—Está bien. No pasa nada.

—¡Genial! El señor Carter y su equipo la recogerán en el aeropuerto de Teterboro el sábado.

—Entendido. —Colgué, y pedí que me rellenaran el café.

Penelope atravesó las puertas corriendo minutos después.

—Más vale que sea de vida o muerte. —Se dejó caer enfrente de mí—. Escúpelo.

—Se trata de tu hermano.

—Ah. ¿Qué pasa con él?

Dile solo: «Me acosté con tu hermano cuando éramos enemigas en el pasado, pero entonces creo que me enamoré de él, y después...».

—Espera un momento —interrumpió ella el hilo de mis pensamientos—. No estaba segura de por qué estabas tan rara hoy, pero te prometo que no se me ha olvidado.

Se sacó una cajita roja de regalo del bolsillo y la colocó sobre la mesa.

—Aquí tienes. Ábrela.

—Tendré que abrirla después.

—No, *ahora*. Es importante.

Tiré de la cinta y la abrí. Dentro había un collar precioso con un colgante: la réplica de una pasarela con diamantes rojos. En letras pequeñas tenía inscrito: *«En recuerdo de Reese Brave»*.

—Sé que hoy es el cumpleaños de tu madre —dijo—. Nació tres días antes que la mía, así que siempre lo he recordado.

El corazón se me hinchó, y ahogué mi confesión pendiente bajo una capa de culpa.

—Gracias, Penelope. —La voz se me quebró—. Muchas gracias, de verdad.

—No me las des. —Se inclinó y me dio un abrazo—. Por cierto, no vas a tener problema alguno es aguantar un compromiso falso con el gilipollas de mi hermano. Solo son noventa días.

—Espera, ¿qué? —Levanté la mirada—. ¿Te lo ha contado él?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Me ha llamado justo antes de llegar aquí, por cierto. Es un plan estúpidamente genial, al que me cuesta creer que hayas accedido. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Yo... —No estaba segura de qué decir.

—Me imaginaba que haría algo drástico para reparar su imagen, pero nunca habría pensado en un compromiso. —Resopló—. Contigo del brazo, les resultará mucho más atractivo a los patrocinadores, eso seguro.

—¿Estás de acuerdo?

—Me sorprende de verdad que a ti te parezca bien, porque solía enviarte todos esos mensajes mezquinos, pero... —Hizo una pausa—. Dijiste que era «sexy de cojones» cuando fuimos a su último combate hace meses, así que a lo mejor puede que haya algo de atracción por ahí.

—Estaba completamente borracha.

—Lo sé. —Se rio—. Pero procura no enamorarte de él mientras estés allí, ¿vale? Es incapaz de querer a nadie más que a sí mismo. Bueno, y a su carrera.

—A ti te quiere más que a nada, Penelope.

—Me quiere por defecto —contestó—. Ha sido siempre más bien un tirano que un hermano

mayor, para ser sincera.

—No lo dices en serio. —Sonreí, pero su expresión cambió rápidamente a una emoción que no supe descifrar.

La había notado así siempre que veíamos nuestras antiguas competiciones juntas, siempre que decía: «*Otra vez Travis estaba demasiado ocupado para venir*» o «*Adivina cuál ha sido la excusa que ha puesto mi hermano para no venir*».

Aunque la verdad es que era incapaz de imaginármelo.

—Se perdió casi todas mis competiciones de patinaje cuando estaba en mi mejor momento —dijo—. Puede que no haya recuperado toda la memoria, pero recuerdo que no tenía remordimientos por ello porque creía que su carrera era mucho más importante que la mía. Hasta decidió no venir a verme en los Juegos Olímpicos de Sochi en último momento después de haberme *prometido* que estaría allí. Me lo prometió, joder.

—Seguro que tenía algún motivo...

—Fuese lo que fuese, nunca me lo contó ni se disculpó, y eso todavía me sigue doliendo. —Soltó un suspiro de resignación—. Lo quiero un montón, pero te aviso: puede ser bastante difícil de tratar.

No pronuncié palabra.

Como si hubiéramos estado hablando del tiempo y el chaparrón hubiese pasado ya, sacó un ejemplar de *Skate World* del bolso.

—Fuimos las últimas de nuestra generación, Tati. —Me pasó la revista—. Ahora todo es muy distinto entre las competidoras de hoy en día.

—¿Todavía sigues suscrita a esto?

—Tengo todos los ejemplares, a falta de cinco.

—Deja que adivine: ¿esos son en los que aparecía yo en portada?

—Exacto. —Sonrió—. Y apuesto a que tú tampoco compraste mis ediciones.

—No, yo compré todas las tuyas —afirmé.

—¿Arrancaste las páginas?

—Justo antes de prenderles fuego.

—Qué madura. —Se rio—. ¿Quieres acompañarme a una cena de despedida de cinco estrellas antes de dejarme sola en Nueva York?

—Depende. ¿Vas a pagar tú?

—Pues claro.

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

Hay motivos para creer que el principal patrocinador de Travis Carter, Nike, no va a eliminarlo de su codiciada lista de deportistas por ahora.

Sí, es verdad que le pagan veintisiete millones de dólares para que presuma de sus abdominales bien aceitados y de «paquete» marcado en montones de anuncios, ¿pero por qué no lo han abandonado, como han hecho los demás patrocinadores?

¿Qué sabe su presidente que nosotros no sepamos?

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

10

EN LA ACTUALIDAD

(SÁBADO)

TETERBORO (NUEVA JERSEY)

TRAVIS

Las gotas de lluvia salpicaban mi paraguas mientras esperaba a Tatiana sobre el asfalto.

Estaba sentada en el asiento trasero del coche de mi hermana, charlando como si no le hubiese dicho la hora exacta a la que teníamos que marcharnos a Las Vegas. Como si no hubiera dejado bien claras las condiciones del contrato.

Noches atrás había enviado a mi equipo de seguridad a su apartamento para recoger la mayor parte de su equipaje. Se suponía que iba a tratarse de una recogida sencilla, pero Tatiana exigió hablar sobre sus clientas patinadoras, y nuestra negociación hostil acabó después de que yo accediera a llevar a sus alumnas a Las Vegas, a gastos pagados, algunas semanas.

Y justo cuando pensaba que ahí acababan los problemas, insistió en que revisáramos el contrato frase por frase, y en añadir cambios menores. Al final, me iba a gastar mucho más de lo que habíamos acordado, y aún tenía que ofrecerme algo más que terquedad a cambio.

Y eso que iba a «devolverme el favor» sin hacerme preguntas...

Por fin se abrió la puerta trasera del coche, pero no salió.

En su lugar, lo hizo Penelope.

Abrió el paraguas y caminó hacia mí.

—Buenos días, señor Carter —saludó—. ¿Qué tal se encuentra en este día tan deprimente?

—Estoy perdiendo la paciencia.

—Bueno, eso no es nada nuevo. —Se encogió de hombros—. Hay algunos límites esenciales que tengo que fijar antes de permitir a mi clienta que acepte tu oferta.

—Tu *clienta* ya ha firmado el contrato. —Puse los ojos en blanco—. Dile que salga del maldito coche.

—Usar un lenguaje tan soez tan temprano no dice nada bueno de su carácter, señor Carter.

—Corta el rollo, Corona. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo mis propias condiciones, y quiero compartirlas contigo —contestó—. Como Tatiana es la única amiga que he tenido en la vida, no me puedo permitir que la cagues.

—¿Perdona?

—He hablado bien claro. —Y parecía decirlo muy en serio—. Si le haces daño, sea el que sea, juro que renegaré de ti en público y convertiré tu vida en un infierno.

Me crucé de brazos al ver que se sacaba una libreta del bolsillo.

—La señorita Brave es una empresaria de éxito que necesita mucho tiempo para centrarse en su negocio, así que tienes que darte cuenta de que tu carrera no es la única que importa en los noventa días próximos.

—Ya he hecho un montón de concesiones para eso.

—Como no tienes ni idea de lo que es el romance —continuó— y necesitas que la gente se crea esta estupidez, te daré un consejo que te vendrá muy bien: a Tatiana le gustan los paseos largos por el parque, las cenas con velas y la caballerosidad. Nada del cavernícola gruñón, sumamente posesivo y macho alfa que eres.

—Puede que no conozcas tan bien a tu amiga...

—Es alérgica al queso parmesano, prefiere leer libros o ver *anime* los fines de semana en vez de salir de fiesta, y siempre está dispuesta a quedarse despierta y hablar de cualquier cosa durante horas.

—Sé muy bien todas esas cosas, Penelope.

—¿Cómo? —Ladeó la cabeza.

—Porque mi asistente me ha preparado una lista que tenía que aprenderme de memoria —logré arreglarlo—. Aprendo muy rápido.

—O, como de costumbre, estás fingiendo que lo sabes todo —desdeñó mi excusa—. Añade estas notas adicionales, y, por favor, no te portes como un gilipollas, Travis.

—No lo haré. —Me metí su libreta en el bolsillo—. ¿Podrías pedirle a mi prometida que salga del coche ya, por favor?

—Sí. —Me dio un abrazo antes de marcharse.

Segundos después, apareció la parte superior de un paraguas gris, y Tatiana salió vestida con un vestido de ese mismo color que se ajustaba a sus curvas. Sus zapatos rojos repiquetearon sobre el asfalto, y mi polla se puso tensa en cuanto comenzó a acercarse.

Le hice un gesto para que subiera los escalones del avión que tenía a mi espalda, pero de repente se detuvo.

—¿Hay algún problema, señorita Brave?

—Sí.

—¿Te importaría decirme cuál es?

—Hay un problema con la versión del contrato que me enviaste por correo electrónico —dijo—. Hay un error tipográfico que tiene que arreglarse antes de que me suba al avión.

—Lo arreglaremos cuando aterricemos en Las Vegas. —Me miré el reloj—. Sube al avión.

—No. —Me entregó su teléfono—. Tenemos que arreglarlo ahora. Es la cuarta línea del sexto párrafo.

Deslicé la pantalla para llegar al lugar en cuestión.

«La señorita Brave está dispuesta a mantener relaciones sexuales con el señor Carter».

—Vale. ¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Debería haber un «no» antes de «dispuesta».

—¿Eso es lo que crees de verdad?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo creo?

—Porque sigues creyendo que todas las mujeres de este planeta quieren acostarse contigo.

—Solo las que tienen buen gusto.

—¿En serio?

Me despedí de Penelope con la mano cuando su coche dio marcha atrás, y después bajé la voz.

—¿No has pensado en meterte otra vez en mi cama desde que rompimos? —pregunté.

—Puedes añadir esa palabra en el contrato sin ningún problema, no hace falta hablar conmigo, señor Carter.

—Responde a la pregunta.

—En realidad no estuvimos juntos tanto tiempo, Travis —contestó—. No eras mío, ni yo fui tuya.

—Tu cuerpo sí.

Ella suspiró, impaciente.

—Señor Carter, apreciaría que solucionara el error y que, a partir de ahora, mantuviera una relación estrictamente profesional conmigo.

No dije nada.

Me quedé mirándola, completamente maravillado por el hecho de que todavía fuese la mujer más sexy que había visto nunca. Hasta ese momento, ninguna se le había acercado de lejos.

—¿Hola? —Meneó la mano delante de mi cara—. ¿Hola?

—*Hola*.

—Cierta persona que conocí en el pasado era muy quisquillosa al redactar contratos —dijo—. Estoy segura de que se sentiría muy decepcionado si yo no hiciera lo mismo.

—Hay una gran diferencia entre aquellos contratos y este —repliqué—. Pero tienes razón. Lo arreglaré. ¿Algo más?

—Me gustaría cubrir algunos de mis gastos con el pago anticipado.

Arqueé una ceja, confundido.

—¿Por qué?

—No quiero deberte nada más en el futuro.

—Vale. —Le devolví su teléfono y saqué el mío para hacer las correcciones necesarias en solo unos segundos—. Te lo he vuelto a enviar. Ya puedes subir al avión.

—Tengo que comprobar el documento primero.

—¿Acaso un error vale lo mismo que cuatro millones de dólares?

—Sí, porque no confío en ti.

—*Señorita Brave...* —La miré de arriba abajo—. Necesito que los noventa días próximos transcurran sin ningún problema.

—Entonces deja de ponerlos tú.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—Nunca ha habido nada *fácil* entre nosotros. —Suspiró, se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras.

Yo la seguí, y la azafata cerró la puerta detrás de nosotros.

Tras sentarse junto a Madeline, miró su teléfono y los ojos se le pusieron como platos.

—Déjame bajar de este avión ahora mismo —bramó—. Cagando leches.

—Estamos listos para salir, Capitán Bryan. —Sonreí y le hice una señal a mi piloto—. Prepárate para despegar...

11

EN LA ACTUALIDAD

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

«Corrección efectuada según dictamina la señorita Brave:

La señorita Brave NO está dispuesta a mantener relaciones sexuales con el señor Carter.

~~(Es toda una pena, porque está claro que los hombres con los que ha estado en estos últimos años no han sabido hacer bien su trabajo).~~

El señor Carter SÍ está dispuesto a mantener relaciones sexuales con la señorita Brave (en cualquier momento) durante los noventa días próximos, siempre que ella quiera».

12

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

La ciudad del pecado me atrapó en su embrujo al caer el sol, seduciendo mis ojos con milla tras milla de luces brillantes.

Mientras descendíamos, el Castigador me observaba desde las vallas publicitarias que adornaban las carreteras, me sonreía con arrogancia desde las pantallas digitales y me saludaba con una mueca desde los muros que había por toda la ciudad, bajo el titular «*Nunca apuestes en mi contra*».

En mi regazo tenía una carpeta negra llena de páginas de «*Datos sobre el señor Carter*» que yo ya conocía. Bajo un encabezado resaltado en amarillo que rezaba «*Memorizar antes del miércoles*» había una versión novelada de nuestra relación que parecía un romance azucarado.

En esa historia de amor alternativa, Travis se había quedado «*prendado al instante*» en nuestro primer encuentro, que había sido años antes en un rancho de caballos. Él se portó como «*un completo caballero*» que todavía no estaba listo para ofrecerme «*todo el amor que yo me merecía*», así que se centró en su carrera de combate y juró buscarme y conquistarme después.

Como por obra del destino, volvimos a encontrarnos un día cualquiera de agosto, cuando mi coche se averió en la orilla de la carretera. Después de pedirme el número de teléfono con toda amabilidad, me pidió una cita. Y luego me agasajó por todo el país.

Tan solo pasaron unas semanas hasta que me declaró su eterno amor bajo las estrellas de Italia.

¿Quién coño ha escrito esto?

Cerré la carpeta y me recosté en el asiento de cuero.

Travis miraba fijamente un tablero de ajedrez, sin apartar los ojos de la torre que acababa de mover el señor Windsor.

Había intentado con todas mis fuerzas no mirarlo durante el vuelo, pero no pude evitar lanzarle miraditas aquí y allá.

Iba vestido con un traje negro, llevaba los tres botones superiores de la camisa abiertos, y parecía una encarnación del sexo. Como si supiera cuánto me costaba ignorar su presencia, abría los labios cada vez que nuestras miradas se cruzaban y me hacía un gesto para que me sentara sobre su regazo.

Cada fibra de mi ser estaba al límite, rogando un poco de espacio.

Las ruedas del avión tocaron el suelo, y yo me bebí un vaso de agua fría.

Comportate con profesionalidad, Tati. Ante todo, profesionalidad.

—Ha sido muy buen vuelo, ¿verdad? —El señor Windsor se colocó en el asiento que tenía enfrente. Después, me entregó una bolsa de regalo de color azul chillón—. Contiene una tarjeta de regalo de todas las tiendas de lujo de The Strip —anunció—, además de una lista de atracciones turísticas recomendadas, si alguna vez quiere ir a verlas entre los eventos publicitarios programados.

—Gracias, señor.

—Ha sido idea de su prometido. —Sonrió—. Me alegro de que estemos haciendo esto con usted,

porque ya lo conocía. Eso nos facilita mucho las cosas a todos.

—No creo que la señorita Brave sepa lo que significa el término «facilitar». —Travis se levantó y me miró desde el pasillo—. ¿Verdad?

—Vete, Travis —lo espantó el señor Windsor—. ¿No deberías estar preparándote para esperarla fuera?

Parecía que Travis quería añadir algo más, pero la puerta del avión se abrió y entonces se marchó.

—En fin —continuó el señor Windsor—, ¿quiere hacerme alguna otra pregunta?

—¿Hay alguna pista de hielo privada que pueda usar cuando no esté con mis clientes?

—Le llevo adelanto. —Señaló la bolsa—. El señor Carter ha contratado acceso ilimitado a la pista Crystal, que está cerca. Ah, y antes de que se me olvide lo más importante —continuó, sacándose una cajita roja del bolsillo y abriéndola—, tiene que llevar este anillo siempre que aparezca en público.

Me quedé mirando el anillo de diamante con forma de óvalo, y luego me deslicé lo que debían de ser al menos cinco quilates en el dedo anular.

—¿Vamos, futura señora Carter? —Se puso de pie y me hizo una señal para que saliera primero. Cogí mi bolso y me dirigí hacia las escaleras, pero me detuve al ver a Travis esperando abajo.

¿Por qué tiene que estar tan puñeteramente perfecto siempre?

Sonreí, y empecé a bajar.

—Gracias por las tarjetas de regalo, señor Carter —anuncié al llegar a su lado—. Ha sido un bonito detalle.

—¿De verdad? —Me tendió la mano—. No estaba seguro de que fuese apropiado, ya que insistes en que esto son solo negocios.

—Y son *solo* negocios.

—Me parece bien. En ese caso, pensaré en deducir los gastos de tus exorbitantes honorarios cuando acabe todo.

—Entonces me esperaré a canjearlos.

—Lo entiendo perfectamente, porque sé que no tienes ni idea de lo que implica el concepto de «canjear».

Me miró con los ojos entrecerrados, y yo lo imité.

—Coja la mano del señor Carter y sonríale, señorita Brave —dijo el señor Windsor a nuestro lado—. Podría haber fotógrafos capturando este momento desde lejos.

—Sí, señorita Brave. —Travis sonrió con suficiencia—. Pórtese como una buena chica y enséñele a papi lo que va a conseguir por cuatro millones de dólares.

No moví ni un músculo.

—Señorita Braave —presionó el señor Windsor—. Dígale algo al señor Carter con una sonrisa, o al menos acarícielo el hombro de manera seductora.

—No sé por qué te cuesta tanto. —Travis se me acercó para susurrarme junto al cuello—. Te encantaba tocarme. ¿Te da miedo no poder parar?

Me quedé congelada. Estaba dispuesta a quedarme tan quieta como una estatua durante horas, solo para llevarle la contraria.

Travis me leyó la mente y me pasó la mano por la cintura para acercarme más a él. Los latidos de mi corazón se aceleraron en cuanto me tocó, e inhalé su colonia embriagadora. *Ay, madre mía.*

Sin mediar más palabras, me condujo hasta el coche privado. Después, esperó a que me acomodara en el asiento antes de sentarse a mi lado. El señor Windsor se sentó enfrente.

—Bueno, bueno, bueno. —El chófer nos sonrió a través del espejo retrovisor—. Nunca pensé que

vería el día en el que sentara cabeza, señor Carter. ¿Qué se siente?

—Es *caro*.

—Bueno, la futura señora Carter parece merecerlo. —Me guiñó un ojo y arrancó el coche—. Soy el señor Faber, señorita. Estaré encantado de estar a su servicio.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa.

—¿Le importaría compartir la historia de cómo se conocieron su prometida y usted, señor Carter?

—No hay mucho que contar —contestó Travis—. No es una larga historia.

—¿Entonces? Antes solía tenerme al tanto de todo. Ni siquiera sabía que estaba saliendo con alguien.

—Ni yo tampoco... —murmuró Travis antes de mirarme—. Creo que puedo hablar por los dos al decir que la atracción fue instantánea. Vino a por mí cuando nos conocimos.

—No, *te odié* cuando nos conocimos —le corregí—. Desde el momento en que contaste que te llamabas Travis Carter.

—Puede que haya mezclado los recuerdos, porque yo solo me acuerdo de todas las veces que te hice *gritarlo*.

—Fingía todos esos gritos. —*A la mierda la profesionalidad*—. Igual que estoy fingiendo todas las cosas contigo ahora.

—Me cuesta mucho creerlo —gruñó—. Por aquel entonces no me costaba un centavo hacer que te corrieras. Te daba todos los orgasmos gratis.

—¿Qué acabas de decir?

—Si quieres, te lo repito.

El chófer subió la pared divisoria, y Ralph Windsor soltó un suspiro largo.

—Madre mía...

13

EN LA ACTUALIDAD

RESIDENCIA DE LUJO DEL WALDORF ASTORIA, LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

—Bienvenidos a Las Vegas. —El portero me tendió la mano cuando llegamos al apartamento de Travis—. Es un placer conocerla, señorita. Me encanta que el señor Carter tenga a alguien especial en su vida.

—Durante al menos noventa días —murmuré, saliendo del coche con Travis a mis talones.

Se había quedado mirándome durante todo el trayecto, intentando provocarme para que lo mirara yo también.

—Me llamo Benny. —El botones me acompañó hacia un ascensor abierto—. Mi trabajo es conseguir todo lo que necesite cuando lo necesite. Por si no lo sabe todavía, puede acceder al casino más cercano, al garaje privado del señor Carter y a un restaurante de lujo por el ascensor del ala oeste. ¿Necesita algo en estos momentos?

—Una lobotomía no estaría mal.

—¿Una qué?

—Mi prometida ha dicho que es un placer conocerte. —Travis me miró con los ojos entrecerrados—. A veces se despista un poco.

—Ah, entiendo.

—La prensa no sabe todavía que estás aquí, *cariño* —continuó Travis—. Deberías seguir perfeccionando tus habilidades y disfrutar de estos momentos de privacidad mientras puedes.

—Gracias por recordármelo, *cielo* —respondí con dulzura—. Me encanta cómo cuidas de mí.

—Es un placer.

Las puertas se abrieron y me tragué el resto del sarcasmo cuando vi lo que tenía delante.

Un lujoso recibidor de mármol en color crema se extendía hacia dos escaleras de caracol que parecían recién sacadas del vestíbulo de un hotel de cinco estrellas.

Sonriendo, Benny me dio su tarjeta de visita antes de desaparecer.

Yo solté un jadeo al dar un paso adelante y divisar el enorme salón con vistas a la calle. Al otro lado del ventanal que ocupaba toda la pared se veía The Atria Resort and Casino y una pasarela brillante que conectaba con cinco clubs.

A mi izquierda había una cocina inmaculada en color gris y blanco, con una magnífica pared de piedra a mi espalda. Estaba adornada con copias enmarcadas de todos los cheques que Travis había recibido por sus peleas callejeras, junto con fotografías y trofeos de su época en la UFC.

En el centro había un estante vacío en la que había grabadas las palabras «*Siempre campeón: este cinturón nunca me abandona*».

Sin embargo, el cinturón había desaparecido hacía mucho.

Como no quería hacer ningún comentario, intenté no mirar hacia el balcón que rodeaba todo el ático.

¿Son eso un jacuzzi y una cocina exterior?

—Tu *suite* está al fondo del ala oeste, a la izquierda —dijo Travis—. Mi ama de llaves estará encantada de enseñarte todas las estancias cuando quieras. He dejado una lista en tu mesita de noche con los números de teléfono de mi chef, mi chófer, mi *personal shopper* y otras muchas personas que me hacen la vida más fácil. Estarán a tu servicio cuando quieras.

—¿Saben tus empleados que nuestro compromiso es falso?

—No. —Hizo una pausa antes de continuar—. No quiero que se enteren.

—¿Por qué no?

—Porque son las únicas personas que no se marcharon de mi lado cuando el ventilador empezó a esparcir la mierda —respondió—. Para mí son prácticamente como de la familia, y todos parecieron alegrarse mucho cuando se enteraron de la noticia.

Yo asentí.

—Tomo nota. ¿Hay algún evento al que tenga que acudir contigo durante los dos próximos días?

—Tiene la agenda en su carpeta, señorita Brave —contestó—. ¿Quiere que le enseñe cómo leer un calendario?

—Solo estoy intentando entablar una charla insustancial contigo.

—Me parece bien. ¿Te gusta este clima?

Puse los ojos en blanco, y él se miró el reloj.

—A ninguno de los dos se nos ha dado bien la cháchara, que yo recuerde —dijo—. Tienes algo que hacer tú sola hoy, si es que no me equivoco.

—Sí —afirmé—. Tu publicista me ha obligado a asistir a una clase con un experto en lenguaje corporal.

—Yo puedo leer tu cuerpo muy bien. —Me miró de arriba abajo—. Necesita mi polla desesperadamente.

Se me desencajó la mandíbula.

—Y parece que a tu boca también le apetece probarla...

—Yo, eeh... —Di un paso atrás—. Creo que tengo que irme a mi habitación.

—Yo también lo creo.

—¿Al fondo del pasillo, a la derecha?

—A la *izquierda*.

—No me sigas.

—Pues no continúes hablando.

—De verdad, creo que no deberíamos hablar el uno con el otro a menos que sea necesario.

—Estoy de acuerdo. —Se acercó todavía más—. Y tú deberías empezar a alejarte de mí.

—Me gustaría tener la última palabra.

—Tuya es.

—No cruzaré la línea contigo mientras esté aquí —anuncié—. Te lo puedo prometer.

—Ya lo has dejado bastante claro.

—Y eso que me ibas a dejar tener la última palabra.

—Pensé que querías decir algo que no hubiese escuchado antes —contestó—. Te veré cuando tenga que hacerlo, a menos que cambies de opinión. Y por cierto, estoy más que dispuesto a dar sin recibir.

Me mordí la lengua.

La última palabra no merecía la pena...

14

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

«Operación Falsa Prometida

Primera semana

Día 1: La señorita Brave y el señor Carter se aclimatan a su residencia en la residencia Waldorf Astoria.

Día 2: Empiezan los ensayos diarios para las entrevistas con Good Morning, America; Hello, Vegas; MMA Junkie; El Diario Mordaz; UFC; Behind the Scenes.

Día 3: Sesión de fotos de la petición de matrimonio.

Días 4 a 7: La señorita Brave y el señor Carter tendrán que aparecer en público en cuatro casinos, para que la prensa tenga fotos antes de la cena con Nike y el señor Truss».

15

EN LA ACTUALIDAD

PISTA DE HOCKEY T-MOBILE, LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Si alguien se hubiera tropezado con esta situación, habría pensado que estaba a punto de ser testigo de una de las propuestas de matrimonio más elaboradas de todos los tiempos.

Estaba en el centro de la pista de hielo con Travis, y sus manos me rodeaban la cintura mientras las palabras «Te quiero, Tatiana» sonaban por los altavoces.

Estábamos rodeados de pétalos de rosas rojas, y había velas de más de un metro cuya cera rosa se derretía encima del hielo.

Travis me deslizó las manos por los costados sin dejar de mirarme a los ojos. Después hincó una rodilla.

Se me quedó mirando unos instantes sin dejar de girar mi anillo de diamantes entre los dedos, pero no pronunció palabra alguna.

—¿Puedes mover la cabeza un poco a tu derecha, Travis? —lo llamó el señor Windsor desde los asientos—. Y, sin ánimo de ofender, señorita Brave, pero ¿podría parecer un poco menos estreñida y más enamorada? —Yo sonreí un poco más—. ¡Ahora parece contenta por estar estreñida! —Hizo unas cuantas fotos y se acercó hasta donde estábamos—. Tiene que hacerme creer que este es el mejor día de su vida, el día en que el hombre al que quiere se compromete con usted al fin.

—Es que no puedo concentrarme con las llamas de las velas tan cerca de la cabeza —dije—. Tengo la sensación de que me van a quemar el pelo en cualquier momento.

—¡Tonterías! —Las puso más cerca—. Es muy romántico, y no hay nada como las velas enormes y las rosas si hablamos de romanticismo. Travis, puede que resulte de ayuda que le hables para hacer que se sienta más cómoda.

—No lo creo. —Me soltó las manos y se puso de pie—. Yo nunca pediría matrimonio así. No es nada típico de mí.

—No pasa nada. Tampoco es típica de ti la monogamia. —El señor Windsor se encogió de hombros—. Vuelve a colocarte en posición.

—Si fuese real, mi compromiso sería cien por cien privado, Ralph. —Levantó la mirada cuando la pantalla cambió y mostró: «¿Quieres casarte conmigo?».

De repente, del techo cayeron más pétalos de rosas sobre el hielo.

—¿Qué quieres decir, Travis?

—Que no obligaría a mi prometida a compartir nuestra vida privada con los medios de comunicación.

—Pero esta es la operación *Falsa Prometida*. —Se cruzó de brazos—. ¿No es eso lo que dicen tus papeles, o es que has recibido una versión distinta?

—Es que no veo la necesidad de estas fotos —respondió Travis—. Conozco a mis fans, y no se lo van a tragar. Los patrocinadores también se darán cuenta.

—¡Ah! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo tengo algo que añadir! —Madeline levantó la mano como una colegiala. Nadie le hizo caso, pero entonces empezó a dar saltitos.

—¿Sí, Madeline? —se rindió al fin el señor Windsor.

—Estoy de acuerdo con el señor Carter sobre eso —dijo—. Si de repente empieza a compartir su vida privada a todas horas, solo dará lugar a especulaciones innecesarias sobre que algo debe de ir mal. Lo divertido de formar parte de sus *haters* es que hacemos nuestras propias indagaciones.

—¿*Haters*? —Travis la miró con los ojos entornados.

—Y de sus fans también. —Sonrió, y el señor Windsor apartó la cámara.

—Vale —concedió—. Tacharemos esto de la lista. Entretanto, hagamos algunas fotos de Travis viendo patinar a la señorita Brave. Eso *sí* querría hacerlo, ¿no?

Yo me encogí de hombros y me dirigí hacia los asientos para coger mi bolso. Me quité los zapatos y desaté los patines mientras Travis y Ralph hablaban sobre otro tipo de fotos.

—¡Joder, díganles a todos que se callen! —chilló Madeline—. ¡Me está llamando el señor Stuart, de Nike!

Si no hay nadie más en la pista...

—¡Dígame, señor! —Se apoyó sobre una de las velas—. ¿Cómo está?

Travis se acercó a ella y sopló la llama antes de que le prendiera fuego al pelo.

—La verdad es que ahora mismo estoy con él y su prometida —dijo—. Estábamos patinando y esas cosas, así que... No, no hay ningún problema... Ah, le aseguro que nos va bien. Vale, vale. Genial. —Colgó—. El señor Truss ha llegado pronto a la ciudad y quiere cenar con todos nosotros esta noche.

—¿Qué? —intervino Travis—. No teníamos que cenar con él hasta dentro de dos miércoles.

—Bueno, pues insiste en que es mejor antes que después, y no parece querer aceptar un no por respuesta —contestó ella—. Seguro que es una reunión introductoria, nada más.

—Vale. —El señor Windsor soltó un suspiro—. En ese caso, usemos las dos próximas horas para ensayar vuestra historia y revisar el lenguaje corporal. ¿A qué hora nos espera para cenar, Madeline?

—¿Para cenar? —Se puso pálida—. ¿He dicho yo la palabra «cenar»?

—Sí, sí que la ha dicho.

—Ah, bueno, eeh... —Apartó la mirada—. Quería decir que quiere vernos ahora. Ha reservado en Gallagher's, calle abajo, y nos ha dado quince minutos para llegar.

15 (B)

EN LA ACTUALIDAD

GALLAGHER'S STEAKHOUSE, LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

El señor Truss era la única persona que había en el restaurante, y ya habían servido el primer plato para una mesa de cinco personas. En vez de levantarse para saludarnos cuando llegamos, nos hizo una seña para que nos sentáramos mientras él le daba sorbos a su vino.

Se bebió media botella antes de siquiera aclararse la boca para hablar.

—No soy de los que se andan con rodeos, así que seré breve —anunció—. Me niego a que nadie se ría de mí con estupideces falsas.

—¿Disculpe, señor Truss? —pregunté.

—Acabo de romper relaciones con Andrew Cane hace horas. ¿Han oído hablar de él?

Yo asentí, aunque no estaba seguro de qué tenía que ver el mejor golfista del mundo con nada de esto. Su marca de chalecos, los selfis sonrientes con su madre y el hecho de que era el único hombre en el mundo que todavía decía «Superguay» después de una victoria, eran totalmente lo opuesto a mí.

—Bueno, pues el año pasado se vio envuelto en un escándalo en el que no pienso entrar, pero me dijo «En verdad no era yo» y me aseguró que él era un hombre de familia con una prometida y un hijo en camino. —Le dio un trago a su copa—. Total, que se me ocurrió pensar en ello el mes pasado y descubrí que no me había invitado a su boda, como le pedí. Así que hice que alguien lo investigara, y resulta que no hubo boda. —Tragó más alcohol—. Y entonces me enteré de que no iba a haberla porque la supuesta prometida era un puñetero fraude. —Tatiana tosió, y yo arqueé una ceja—. Contrató a una prometida falsa solo para caernos bien a la empresa y conseguir un buen contrato —gruñó el señor Truss—. ¿No es una puta locura, señor Carter?

—Todo un *disparate*.

—Exacto. —Nos miró a Tatiana y a mí, sucesivamente—. Así que, aunque odio usar los pecados de otro hombre para juzgar a otro, no voy a entrar en conversaciones sobre su contrato hasta que esté casado. Y espero una invitación, por cierto.

—¿Una invitación para qué? —pregunté.

—Para la *boda*. —Se me quedó mirando—. Su publicista dijo que su derrota y la revancha son el motivo por el que se atrasó la ceremonia, así que no debe de quedar mucho tiempo, ¿no?

Se hizo un silencio.

—Aunque su línea es de las que más se vende y se agota siempre segundos después de haber salido a la venta, la mitad del personal de marketing quiere eliminarle de nuestro equipo de embajadores de marca —declaró—. Yo soy quien está dispuesto a darle una segunda oportunidad, pero no sin una boda y un certificado de matrimonio *real*. Podremos seguir hablando del contrato después de haber superado ciertas marcas.

—Tiene razón con la revancha —intervino Madeline antes de que pudiera hacerlo yo—. Pero no le van a invitar a su boda, señor.

Yo le sonreí, agradecido de que estuviera compensando las mentiras anteriores.

—Ya veo. —Parecía ofendido—. Bueno, ¿y por qué no?

—Porque piensan fugarse para casarse esta noche.

¿*Pero qué puto coño...*?

—¿En serio? —El señor Truss sonrió—. ¿Estoy interrumpiendo yo el proceso?

—*Ni de coña* —respondimos Tatiana y yo al unísono.

—Es que no quieren ser groseros con usted, señor. —Iba a despedir a Madeline *esa misma noche*—. La prensa no los ha captado como pareja todavía, y no quieren montar un espectáculo con su boda porque se trata de amor verdadero, ya sabe.

No estaba seguro de cuándo se había colocado Ralph a mi lado, pero le escuché murmurar: «*No digas ni una mierda hasta que nos marchemos, Travis*».

—Debería haber imaginado que el rey de Las Vegas querría casarse a escondidas en la ciudad que tiene fama de ello. —El señor Truss miró su teléfono—. ¿Hasta cuándo abren esas capillas?

—Hasta muy tarde —contestó Madeline—. Bueno, algunas, al menos.

—Bien, no desearía entrometerme en sus nupcias más de lo que ya lo he hecho. —Se levantó y me dio unas palmadas en el hombro—. Señorita Dawson, llámeme después de la luna de miel para hablar de todo, ¿de acuerdo?

—¡Encantada! —Madeline sonrió y lo acompañó hasta la salida mientras el resto nos quedamos congelados.

En cuanto ella volvió a la mesa, pronuncié las cuatro palabras que había estado deseando decir desde que había entrado en mi vida.

—A la puta calle —dije.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. —Señalé hacia la salida—. Le enviaré un cheque que cubrirá los dos próximos meses de sus innecesarios servicios.

—Espera un momento. —Ralph se puso delante de ella—. Todavía quedan noventa días. Tú cástate rapidito y después consigue la anulación, si quieres seguir con ellos.

—No voy a casarme contigo solo porque tú lo digas. —Tatiana me miró.

—No será un matrimonio real —contesté.

—A mí me parece que sí —replicó—. Y me parece que sigues *dando por sentado* que solo con chasquear los dedos conseguirás que se haga lo que tú quieres sin tener en cuenta si a la otra persona le parece bien.

—¿Y si el señor Carter aumenta el pago para que quiera pensárselo? —preguntó Madeline—. ¿Por favor?

—Claro que sí —intervine yo—. A estas alturas, dejad que me vacíe la cuenta bancaria.

—No quiero más dinero suyo —siseó Tatiana.

—¿Y entonces qué quieres?

—Quiero que me lo *pida* él.

—¿Perdona?

—Ponte de rodillas y *pídeme* que me case contigo, Travis.

—Podemos pensar en otra cosa —dije—. No pienso rogar una mierda.

—Lo haré yo. —Madeline se puso de rodillas—. ¿Contará si lo pido yo?

—No. —Tatiana se cruzó de brazos—. En absoluto.

Madeline y Ralph me miraron exigiendo en silencio que me rindiera, pero yo no cedí. Ya le había dado a Tatiana más que suficiente.

—Travis... —susurró Ralph, enfadado—. Travis, declárate. Ya.

—Ya he ganado suficiente dinero en mi carrera —afirmé—. Redacta el comunicado de mi retirada.

—Tienes un ego demasiado grande como para retirarte tras una derrota —contestó—. Yo lo sé, tú lo sabes y todo el puñetero mundo lo sabe, así que trágatelo para que podamos centrarnos en eliminar la única que has sufrido en la vida.

—He sufrido *dos*. —Miré a Tatiana—. Y esta última no ha dolido ni una milésima parte de lo que dolió la primera.

—Captado. —Tatiana se levantó de la silla—. Pediré un Uber hasta tu casa y después cogeré un vuelo a Nueva York.

Se dio la vuelta para marcharse, pero la agarré de la mano. Se la apreté y esperé a que me mirara para tragarme lo que me quedaba de orgullo.

Despacio, hiqué la rodilla y la miré a los ojos.

—No tienes nada mejor que hacer mientras estás en Las Vegas, así que creo que deberías casarte conmigo. ¿No estás de acuerdo?

—¿Y así es como te declaras? —Me miró, furiosa—. ¿En serio?

—La última vez que te conté lo que sentía no te importó.

Apartó la mano, pero yo se la agarré con más fuerza y me rendí.

—Tatiana Brave —dije—, me vendría muy bien tu ayuda en mi situación actual, y sé que es mucho pedir dada nuestra historia, ¿pero quieres casarte conmigo, por favor?

Se me quedó mirando varios segundos antes de soltar un suspiro.

—Sí.

—¡Perfecto! —Madeline se levantó al fin del suelo—. Conozco el lugar ideal en el que pueden casarse a estas horas de la noche. No les decepcionará.

16

EN LA ACTUALIDAD

HOMMER'S STRIPPERS, LICOR Y BODAS
A CINCUENTA MILLAS DE LAS VEGAS

TATIANA

Un estrambótico doble de Michael Jackson imitó sus pasos delante de nuestro coche mientras ondeaba un cartel de doble cara que decía «*Aquí ayudamos a demandar la pensión infantil*» y «*Condomes gratis*».

—Seguro que hay otra capilla a la que podamos ir, señor Faber —dijo Travis.

—Según la señorita Dawson, es la única que entregará un certificado de matrimonio de inmediato a estas horas. —El señor Faber aparcó el coche—. También podría llevaros al ayuntamiento mañana y visitar una capilla más bonita después.

Miré por la ventana y vi a dos mujeres vestidas con boas de plumas de color fucsia y tangas. Nos saludaron y señalaron el cartel de la capilla que decía «Happy Hour *de Coñitos*».

—No, está bien. —Travis se desabrochó el cinturón—. Acabemos con esto ya.

Caminó hasta mi lado del coche y me hizo entrar en un mundo de luces de neón y barras de baile.

—¡Hola! —Delante de nosotros apareció un hombre vestido con un suspensorio de cuero y una pajarita rosa—. ¿Habéis venido para el especial de la noche de hamburguesa con sorpresa? —Negamos con la cabeza, y me di cuenta de que por el cuero asomaban sus pelotas peludas—. Ah. Bueno, ¿en qué puedo ayudar a estas personas tan encantadoras?

—Si te pones unos pantalones primero, eso nos sería de gran ayuda —dijo Travis.

—No puedo hacerlo —contestó él—. Va a venir una despedida de soltera dentro de media hora, así que tengo que atusarme la polla todo cuanto pueda.

—Bueno, pues entonces queremos ver al párroco. Queremos casarnos.

—Encantado de conoceros. —Se quitó la pajarita y se puso un alzacuello blanco—. ¿En efectivo o en cheque?

—Con tarjeta de crédito.

—Genial. —Sacó una *tablet* de Dios sabía dónde y la sostuvo en alto—. Serán cuatrocientos dólares con ochenta y ocho centavos. Ah, y en el concepto del cobro pondrá «Hospicio Infantil de Las Vegas», pero no le hagáis caso.

Nos quedamos mirándolo, incrédulos, pero él ni se inmutó.

Le dio a Travis una carpeta y un bolígrafo, y después cogió una bolsa de papel marrón. La abrió y sacó una tiara brillante con un velo corto blanco.

—Aquí tienes, preciosa. —Me la colocó en el pelo—. Este estilo suele ser para las chicas que bailan en la barra para mí, pero te dejaré usarlo gratis esta noche.

No tenía palabras.

—Todas mis ceremonias vienen con una cata complementaria de tequila. —Entró detrás de una barra y sacó una bandeja con vasos de chupito—. Os recomiendo pedir un deseo entre copa y copa.

Yo me tragué tres de golpe, haciendo muecas cuando el licor pasaba por mi garganta.

—Por favor, haz que este tipo se ponga pantalones —fue lo único que pude murmurar.

—No creas que me he olvidado de ti, chico. —Cogió un par de bolas de placer plateadas y se las entregó a Travis—. Son para tu luna de miel. Están un poco usadas, pero puedes volver a lavarlas si esas cosas te molestan.

Travis las dejó caer al suelo.

—¡Estamos listos para la ceremonia! —Revisó los documentos—. Cherry se encargará de toda esa mierda legal y yo... La hostia, espera... ¿Eres Travis Carter? ¿El *puto* Travis Carter?

—No —contestó él—. Nunca he oído hablar de él.

—Qué pena. —El tipo meneó la cabeza—. Encontrarías un buen trabajo haciendo de su doble si quisieras pensarlo.

Sin captar el sarcasmo de Travis, nos guio hasta una pequeña capilla blanca. Los bancos estaban llenos de muñecas hinchables gigantes, con carteles en los que ponía «*Testigo de boda*».

Se puso detrás del podio, abrió un libro que *no* era la biblia y sacó una petaca.

—Queridos hermanos —comenzó a decir—, estamos aquí reunidos esta noche para acompañar a dos almas que están plenamente enamoradas. ¿Quieren unir las manos los futuros esposos?

Obedecemos.

—¿«Inserte nombre de la novia», quieres a «Inserte nombre del novio» para amarlo y respetarlo, a partir de este día?

—Eeeh... —No podía tomarme en serio a ese tipo—. Sí, quiero.

—¿Y qué hay de «para lo bueno y para lo malo, en la prosperidad y...»? Haz una pausa en la lectura para dar un efecto más dramático. —Le dio un trago a su petaca—. ¿En la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarlo y respetarlo hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —contesté.

—¿Y qué hay de ti? —Miró a Travis—. Ídem a todo lo que he dicho, más eso de «hasta que la muerte os separe».

—Sí, quiero —respondió Travis.

—¡Perfecto! —Cerró el libro—. Ya puedes besar a la novia.

—Va a ser que no.

—Tú danos el certificado —dijimos los dos al unísono.

—Para que todo sea legal, no puedo hacerlo hasta ver que os besáis.

Travis me levantó la mano y la besó.

—Ya está.

—Qué gracioso. —Nos miró sucesivamente—. Si no fuera más listo, pensaría que no vais en serio con el sacramento del matrimonio. Más vale que no se trate de ningún tipo de fraude.

—Tienes que estar bromeando —dije—. Casi no has leído los votos.

—¿Y? No puedo refrendar un amor eterno si no lo queréis compartir conmigo. —Se cruzó de brazos—. Así que, si no queréis demostrarlo, no os voy a dar ningún certificado. Y no se os devolverá el dinero.

Apreté los puños, lista para decirle por dónde se podía meter su fanfarroneo, pero entonces Travis me pasó una mano por la cintura. Me estrechó contra su pecho y estampó los labios contra los míos, regalándome un recordatorio inmediato de lo que echaba de menos de él. De los *dos*.

Le rodeé el cuello con la mano y le entregué mi boca, dejándole domar mi lengua con la suya.

El mundo se disolvió a nuestro alrededor, y a mitad del beso me agarró del culo.

—Dime que no echas de menos cómo solía besarte... —me susurró.

No me dio oportunidad de responder.

Me besó con más fuerza, derrotando mis defensas y echando abajo mi resolución.

Mientras me esforzaba por seguirle el ritmo, noté que se le ponía dura contra mis muslos. Deslicé una mano entre los dos para sentir lo duro que lo había puesto, pero él la apartó.

—No empieces nada que no quieras acabar —murmuró con rudeza.

Intenté cortar el beso, hacer que bajara el ritmo, pero no me lo permitió. Me apretó el culo más fuerte, dominando mi boca hasta que me rendí por completo.

Cerré los ojos, extasiada, preparada para más, pero entonces él separó su boca de la mía.

¿Pero qué...?

Mi pecho subía y bajaba por la repentina pérdida de sus caricias.

—Bueno, joder... Perdón por haber pensado mal. —El «sacerdote» se aclaró la garganta y empezó a caminar por el pasillo—. Venid a recoger vuestro certificado al vestíbulo. Ah, y podéis coger una cajita de condones gratis. Tengo la sensación de que vais a necesitar un montón esta noche.

Me di la vuelta para seguirlo, pero Travis me agarró de la cintura.

—Espera un momento. —Me hizo girar—. Tienes que ponerte el anillo de verdad antes de que nos vayamos.

—¿Y qué tiene de malo este? —Levanté la mano—. Está bien.

—Solo era temporal, por si nos pillaban los fotógrafos en el aeropuerto.

Abrió una cajita negra y un resplandor me asaltó los ojos.

Unos diamantes resplandecían dentro de un aro de platino que tenía unos patines en plata y unos guantes de la MMA a cada lado. En el borde biselado se veía inscrita la palabra «*Carter*», con «*Tatiana y Travis*» encima, en una cursiva diminuta.

Parecía sacado de un sueño, algo diseñado para la pareja que éramos antes.

—Prefiero el que ya llevo puesto —dije, todavía impresionada por la belleza del anillo—. Me parece mucho menos personal.

—Exacto. —Hizo el cambio en mi dedo—. Nuestra relación será más convincente de esta manera. El anillo es algo típico que compraría el luchador que más cobra en la historia de la UFC.

—Deja que adivine—dije—. ¿No le harás ni un solo rasguño, porque lo vas a devolver en cuanto se acabe esta farsa?

—Te lo puedes quedar si quieres. Considéralo un recuerdo del mejor chico con el que has estado en tu vida.

—Ese chico es alguien a quien conocí mucho después que a ti.

—¿Y entonces por qué no se casa él contigo, y no yo?

Se hizo un silencio.

—Vale, pues puede que me plantee dejarte asumir el coste de este anillo a partir de mi sueldo —cedí, admirando cómo brillaba bajo la luz—. Al final, claro, no ahora.

—No sea tonta, *señora Carter* —dijo—. Sería un negocio muy poco beneficioso para usted.

—¿Es que no vale nada porque está personalizado?

—No, es que *solo* te voy a pagar cuatro millones de dólares. Tu anillo cuesta *siete*.

—¿Qué? ¿Por qué te has gastado tanto?

—Porque, como dije en el mensaje que te dejé en el buzón y que, obviamente, nunca oíste... —se detuvo antes de continuar—, necesito que sea lo más real posible...

17

EN LA ACTUALIDAD

(DOS HORAS DESPUÉS)

A CINCO MILLAS DE LAS VEGAS

TATIANA

—¡Piiii! ¡Piiii! ¡Piiii!

Los conductores tocaban el claxon, desesperados, mientras el calor sofocante del desierto entraba por las ventanas abiertas del coche.

El tráfico vespertino estaba completamente estancado, y el único movimiento que había frente a nosotros era el de los fuegos artificiales en el cielo.

—Señor Faber, ¿qué tiempo calcula que nos costará llegar a mi apartamento? —preguntó Travis.

—Cuatro horas, siendo generoso. —Nos miró a través del espejo retrovisor—. Se me olvidó que el Desert Fest empezaba esta noche. Lo siento.

—No es culpa suya. —Travis me miró y suspiró—. ¿Todavía tienes problemas de insomnio?

—Sí —contesté, sorprendida de que lo recordase—. ¿Por qué?

—Porque, entonces, deberíamos salir de aquí.

Travis salió del coche. Se acercó hasta mi lado y me abrió la puerta.

Me cogió de la mano y me guio por entre los coches parados hasta un centro comercial al aire libre.

Se detuvo delante de una tienda de descanso y preguntó por el encargado.

—Ah, señor Carter. —El hombre sonrió—. ¿A qué se debe esta visita inesperada?

—Mi esposa y yo necesitamos ropa para dormir esta noche —dijo Travis—. Lo antes posible, por favor.

El hombre chasqueó los dedos y detrás de mí aparecieron dos empleadas con cintas métricas en la mano.

En unos minutos, me colocaron una caja envuelta con mucha elegancia entre los brazos.

Travis sacó unos cuantos billetes de cien dólares, pero el encargado le apartó la mano.

—Su dinero no me sirve, señor Carter —dijo—. Solo tiene que mencionar nuestra tienda siempre que pueda. Ah, y asegúrese de dejar *KO* a Juárez cuando vuelva a combatir con él.

—Lo haré.

Salimos de la tienda y paseamos por la calle hasta llegar a The Crown Hotel.

—Bienvenidos al mejor agujero del infierno de la ciudad del pecado. —La recepcionista ni siquiera levantó la mirada de su revista—. ¿Qué necesitan?

—Una habitación para pasar la noche —dijo Travis.

—Evidentemente. —Hizo una pompa con el chicle—. ¿Cuánto tiempo la van a necesitar?

—Acabo de decir que una noche...

—Me refiero a *horas*, señor —replicó ella—. Esto no es un Hilton.

Travis se dio la vuelta sin mediar más palabra y volvimos a adentrarnos entre el tráfico hasta llegar

al final de la manzana, a Happily Ever After Suites.

El vestíbulo estaba lleno de cisnes a tamaño real con largas plumas de color rosa, y del techo colgaban corazones del mismo color.

—¡Buenas noches! —El recepcionista sonrió—. ¿Puedo ayudar a estos dos tortolitos hoy?

—Depende. ¿Qué significa para usted el término «reserva para una noche»? —preguntó Travis.

—Eeeh... —El chico se rascó la cabeza—. Tienen que dejar la habitación mañana a las doce.

—Bien. Entonces necesitamos su mejor *suite*.

Travis sacó su cartera y yo el móvil.

Yo: Oye. Cambio loco de planes. Me acabo de casar con tu hermano en una capilla esta noche.

Penelope: ¿EEEH? ¿Y no me has enviado la invitación a la boda?

Yo: Puedes organizar mi fiesta de divorcio.

Penelope: ¡Te lo compro! Llámame mañana para contarme todos los detalles. Te llamaría yo ahora, pero Hayden va a volver a la habitación a comerme entera otra vez, y después seguramente le devuelva el favor. ¿Crees que tragármelo afectará al bebé?

La puse en silencio durante el resto de la noche. A veces, me contaba demasiado.

—¿Señora Carter? —Travis se aclaró la garganta y me hizo levantar la mirada.

—¿Sí?

—Nuestra habitación está lista.

—Ya voy.

Lo seguí por el vestíbulo hasta llegar a una escalera mecánica. Después caminamos por un pasillo serpenteante y de nuevo subimos otras escaleras.

Nos detuvimos frente a la habitación 2503. Travis metió una llave con forma de corazón en la cerradura y me hizo un gesto para que entrara primero.

Al encender la luz, la bolsa se me cayó al suelo de la sorpresa.

Cada milímetro de la *suite*, desde la moqueta hasta las paredes y el sofá, estaba forrado de terciopelo rojo. Desde las ventanas con forma de labios me saludaban las palabras «Recién casados». Delante de ellas, había un muestrario de condones de sabores, muy de los 90.

Me clavé las uñas en la piel, convencida de que todavía alucinando a causa del calor.

Sin embargo, el dolor era más real que nunca.

—Los moteles en los que me quedaba antes tenían mucha mejor pinta que este. —Travis pasó la mano por el papel de la pared. Después, miró el espejo enorme que había sobre la cama en forma de corazón.

Demasiado cansada como para quejarme, arrastré los pies y dejé mi velo sobre la cómoda.

—Solo hay una cama en esta *suite*. —Travis me siguió al salón.

—Ya me he dado cuenta. —Suspiré—. No creo que sea adecuado que la compartamos.

—¿Ni siquiera en nuestra luna de miel?

—*Sobre todo* en nuestra luna de miel.

—Bueno, vale. —Sonrió y colocó mi pijama sobre la mesita.

—Yo me quedaré con la cama, y tú puedes dormir aquí fuera, en el sofá —dijo—. Comprueba primero que no haya muelles de metal antes de acostarte.

—Espera, ¿qué?

—Supongo que debería comportarme como un buen marido y comprobarlo yo. —Apretó las manos contra los cojines, y luego ahuecó las almohadas—. Todo está bien —dijo—. Que duerma bien, señora Carter.

—Travis, un verdadero caballero me dejaría quedarme con la cama.

—Seguro que sí. —Sonrió con suficiencia—. Menos mal que he dejado de serlo. —Me crucé de brazos, esperando a que me dijera que estaba de broma—. ¿Necesitas algo del baño antes de que me dé una ducha? —preguntó.

—Necesito que me dejes la cama.

—Eso no va a suceder. ¿Algo más?

—Me gustaría dormir en la maldita cama, Travis.

—Si de verdad fueras mía, te dejaría hacerlo. —Me miró los labios—. ¿Algo más? —La pregunta era retórica. Lo miré, furiosa, mientras se alejaba, y después cerró la puerta del dormitorio de un portazo sin decir nada más.

VARIOS INTENTOS FALLIDOS DE QUEDARME DORMIDA DESPUÉS

Di varias vueltas en el sofá, agobiada y convencida de que las almohadas estaban rellenas de bolas de algodón baratas.

No lo aguanto más.

Travis seguía en la ducha, así que me levanté y cogí una almohada.

Abrí la puerta de la habitación, me acerqué a la cama y aparté la colcha. Después, me tumbé en el centro del colchón, para que no quedara sitio para mi *incómodo* marido.

Ya captaré la indirecta.

Miré el techo de espejo y me quedé congelada al ver el reflejo que había en la esquina.

De pie, con las manos apoyadas contra el cristal, Travis miraba algo que yo no podía ver.

Aproveché el momento y dejé que mi mirada recorriera su pecho esculpido y sus abdominales marcados. Después, traté de mantener la calma al continuar bajando y ver el primer pene que había sentido muy dentro de mí.

Duro y erecto, apuntaba en mi dirección, y tragué saliva al recordar su sabor.

Me metí una mano entre las piernas y le vi apretar una esponja para dejar caer la espuma a chorros por todo su cuerpo.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió al girar el grifo y que empezara a caer sobre él una cascada de agua mucho más fuerte.

El vapor empañó el cristal, y yo me froté el clítoris con el pulgar, exactamente como él me había enseñado años antes. En cuanto se hinchó bajo mis dedos, la respiración se me entrecortó y de mi interior comenzaron a brotar temblores de placer que recorrían mi espalda.

Travis se acarició el labio inferior con la lengua, marcando un ritmo lento y tortuoso y haciendo que yo alcanzara el límite.

Me rendí al placer, giré sobre la cama y ahogué un grito en la almohada.

Él cerró el grifo y yo volví a darme la vuelta para quedar de espaldas al baño.

Lo escuché tararear, y después oí el sonido de una toalla al caer al suelo.

Encendió las luces de la habitación.

—Creo que hay un malentendido, *señora Carter* —dijo, en tono grave—. Se supone que debe usted estar en el sofá.

Mantuve los ojos cerrados y esperé a oír que caminara hacia el sofá.

Sin embargo, esos pasos nunca sucedieron.

En su lugar, Travis apagó las luces.

Segundos después, el colchón se hundió al meterse en la cama conmigo.

—¿De verdad estás dormida? —preguntó.

No respondí.

—Mmm... —Se acercó más y apoyó el pecho contra mi espalda. Después, me introdujo los dedos entre los rizos e hizo girar un mechón entre los dedos.

—Sigo recordando todo de ti. —Presionó los labios contra mi nuca.

Nunca había podido resistir que me besara ahí, y me costó la vida quedarme quieta.

Me pasó un brazo por la cintura y me estrechó contra su cuerpo, y sentí cómo su erección se endurecía más entre los dos.

—Aparte de nuestras primeras veces, nunca te han gustado los caballeros en la cama. —Volvió a besarme el cuello—. ¿Ha cambiado eso?

Me quedé inmóvil, a pesar de que tenía los nervios a flor de piel y mi cuerpo me rogaba que me diera la vuelta y lo dejara tomarme de nuevo.

Solo esta vez. Solo para acabar con esto, y después nunca más.

Me lamió la piel, poniéndome más cachonda a cada segundo que pasaba.

—Hay algo divertido que debes saber de esta *suite* —dijo, volviendo a darme otro largo beso—. Mientras me observabas en la ducha, yo te observaba a ti también.

Abrí los ojos de golpe.

—Juraría que te enseñé a correrte mucho más fuerte que lo que acabo de ver —susurró—. Por mucho que me gustase acabar con esto y poner en práctica mi teoría sobre tus orgasmos, nuestro contrato prohíbe echar un polvo y compartir cama, así que...

Se levantó y se marchó al salón, dejándome vacía y sin aliento.

—Buenas noches, señora Carter.

17 (B)

EN LA ACTUALIDAD

A CINCUENTA MILLAS DE LAS VEGAS

TRAVIS

No tenía ni idea de cómo iba a aguantar el resto de mi matrimonio sin sufrir el peor caso de pelotas moradas de la historia.

¿En qué demonios estaba pensando?

ACTO SÉPTIMO

POR AQUEL ENTONCES

PORTLAND (OREGÓN)

TATIANA

¿En qué demonios estoy pensando?

Estoy mirando a Travis en la pantalla de mi móvil y me siento más indecisa que nunca. Es poco más de medianoche, y me he escondido en el baño de un hotel.

—No puedo hablar contigo ahora mismo —le digo—. Tendré que llamarte mañana.

—¿Por qué estás susurrando?

—Esa no es la cuestión. Cuelga.

—No quiero. —Sonríe y se recuesta en una cama que no reconozco, sin camiseta y mostrando sus abdominales en todo su esplendor. Cualquiera otra noche estaría encantada de seguir con nuestra costumbre de hablar hasta el amanecer, pero hoy no tengo ganas.

—Si no puedes hablar, ¿cuál es el motivo? —pregunta.

—No es buen momento y estoy cansada.

—Dime el motivo *de verdad*.

—Es ese. Acéptalo.

—Si no fueras tan mala mentirosa, lo haría. —Se sienta y me mira a los ojos—. Dímelo.

—Es porque tu hermana me ha llamado perra en el podio hace dos horas.

—Tú la llamaste zorra primero. —Sonríe—. Te leí los labios en la televisión.

—No, dije «Bien hecho ahí fuera».

Y después la llamé zorra.

—Le dijiste que se acostumbrara a estar en segundo lugar. —Se ríe y ladea la cabeza, haciendo que me derrita como solo él sabe hacer—. Enhorabuena por haber conseguido el primer puesto esta noche. Te lo merecías.

—No sabía que lo estuvieras viendo.

—Siempre lo hago.

—Bueno... —El corazón me da volteretas—. Gracias. Adiós.

Cuelgo y cierro el grifo del lavabo. Después, respiro hondo antes de volver a la *suite*.

Por desgracia, comparto habitación con Penelope, en contra de mi voluntad. Y todo gracias a que nuestros entrenadores se están follando el uno al otro ahora mismo en lo que debería ser *mi* habitación.

Y para empeorar las cosas, Elaine ha decidido que ya no se fía de dejarme su coche, así que no puedo irme a casa para huir de todo esto.

Penelope y yo no nos hablamos, como siempre, pero tengo unas ganas terribles de saltar a su cama y estrangularla.

—Solo tengo cinco minutos más, Hayden —gimotea—. Miss Infierno ha vuelto a la habitación, y está a punto de adueñarse de la televisión para ver esos dibujos raros.

Pongo los ojos en blanco.

—Ah, espera, que no son dibujos. Son *anime*.

Suelto un suspiro y busco el mando a distancia. Pretendía portarme bien esta noche y ponerme los auriculares, pero he cambiado de idea.

—En fin. —Se da la vuelta en la cama—. Puede que tenga que colgarte. Últimamente estás empezando a parecerte a mi hermano.

Me quedo congelada al escuchar mencionar a Travis, y me pregunto si le habrá contado algo de mí a ella, si alguna vez me ha mencionado, o si se le habrá escapado algo sobre «nosotros».

Puaj. ¡Qué asco de situación!

Cuando encuentro el mando, mi teléfono vibra sobre la mesita de noche.

Lo ignoro y hago *zapping*.

Vuelve a vibrar.

Y después otra vez, y otra.

—¿No vas a responder? —Penelope me mira—. Seguramente sea alguien que quiere darte la enhorabuena por haberme ganado hoy. Y como te aseguro que no volverá a ocurrir, más te vale disfrutar de cada minuto de este excepcional momento.

—¿Sabes qué? Eres una verdadera zorra.

—Y tú una perra sobrevalorada.

—Te he vencido por *cinco* puntos.

—Yo te venzo todo el tiempo.

—Nunca más lo volverás a hacer.

—¿Quieres apostar algo?

Nos fundimos con la mirada durante lo que parece una eternidad, hasta que no puedo soportar mirar más esos ojos lunáticos.

Le doy la espalda y cojo mi móvil.

Es Travis...

Travis: Necesito verte.

Travis: Si te enviara un Uber para traerte conmigo mañana, ¿lo cogerías?

Travis: Como estoy aún en California para la pelea de este fin de semana, podría llevarte a Reno el lunes.

Travis: Di que sí.

El corazón se me acelera al leer su petición, y antes de que me dé tiempo a responder, me envía otro mensaje.

Travis: Creo que no puedo esperar tanto. ¿Y si te compro un billete de avión para esta mañana?

Yo: Me va bien el Uber si el billete de avión es demasiado caro. Siempre y cuando no esperes sexo a cambio...

Travis: A mí me va bien seguir comiéndote el coño o seguir follandote con los dedos mientras finges que no te encanta.

Travis: Solo quiero verte.

Yo: Me pensaré lo de ir tan corriendo...

Travis: *«Correr-te» es algo que tienes garantizado cuando estás conmigo...*

Travis: *Te he comprado un billete de avión para las once menos cuarto.*

ACTO SÉPTIMO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

(A LA MAÑANA SIGUIENTE)

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE LOS ÁNGELES, (CALIFORNIA)

TATIANA

Tengo un nudo en la garganta al llegar a la cinta de equipaje. La emoción que sentía en el corazón gracias a Travis se está ahogando ahora bajo el peso de las palabras de mi padre.

—Solo voy a vender una de sus colecciones, porque sé lo que su ropa significa para ti —me dice al teléfono.

—Entonces no deberías vender ninguna.

—Tati, mira —insiste—. Esta decisión no es nada personal. Son negocios.

—Eso me suena a algo que Elaine te ha dicho que digas.

—No lo es —contesta—. Los posibles ingresos del primer vestuario de Chanel de tu madre podrían cubrir todo lo que necesitamos durante el resto del año.

—¿Y qué más «necesitamos», papá? —Me duele el pecho—. El mes pasado vendiste algunas de sus joyas supuestamente para cubrir los gastos de la hipoteca de todo el año. ¿Y ahora para qué?

—Tus victorias tienen un coste, ¿sabes? —responde—. A pesar del dinero que ganas con los patrocinios, se va todo en los elevados gastos de viaje, trajes y entrenadores de élite. Los honorarios del entrenamiento de la señorita Price cuestan seis mil al mes.

—Lo sé. —Meneo la cabeza—. Pero la última vez que lo comprobé, yo misma estoy cubriendo parte de ese dinero con el dinero que me dejó mamá.

—De vez en cuando todavía nos pides cosas, Tati.

Me muerdo la lengua, porque tengo ganas de decirle que hago todo lo que puedo para no acudir a él a pedirle ayuda.

—Aun así, me gustaría poder viajar a lugares que no tengan que ver con tu agenda de patinaje todo el tiempo. —Sus palabras suenan otra vez muy parecidas a las de Harlow y Elaine—. Estaría bien no sentirme culpable por hacer una escapada de fin de semana, o por querer cogerme unas pequeñas vacaciones aquí y allá.

—De verdad, no recuerdo cuándo fue la última vez que te vi en una competición mía.

—Acabo de verte patinar en Portland.

—Por televisión —añado—. De todas formas, no esperaba que aparecieras en ninguna de mis sesiones de patinaje, pero lo mínimo que podías hacer es dejar de tomarme el pelo con tus mentiras.

—¿Disculpa, jovencita?

—Deja que te pregunte otra cosa, papá. —Ya no aguanto su carácter tan débil—. ¿Crees que si trataras de intentar seguir pagando el estilo de vida tan caro de Elaine, ella seguiría estando contigo?

—Tati... —Suelta un suspiro, señal de que se avecina un sermón, pero me niego a escucharlo.

Las ansias de Elaine por las cosas caras de la vida nunca quedarán saciadas. Siempre querrá más, más y más, y siempre lo conseguirá. Mi padre está demasiado embelesado (y atontado) como para ver que le pediría que vendiera su alma si así pudiera conseguir un bolso de Prada.

—No lo entiendes, Tati —dice, tras unos minutos de divagación—. Siempre te ha costado hacer amigos, y no creo que comprendas por qué.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando?

—Puede que, si alguna vez encuentras a alguien a quien le importes, verás lo dispuesta que estás a mantenerlo en tu vida.

—¿Incluso aunque me destripen o me separen de mi propia sangre?

Su silencio me dice todo lo que necesito saber.

—Tengo que irme —declaro—. Voy a ver a alguien. Volveré a casa en algún momento.

—Y, cuando lo hagas, tendremos que sentarnos a hablar.

—Vale, papá. —Sé que esa conversación nunca ocurrirá entre los dos a solas, así que le sigo la corriente y le digo que lo quiero entre dientes antes de colgar.

Nunca he sido muy llorona, pero ahora no paran de resbalarme lágrimas cálidas por las mejillas, y parece como si mi pecho estuviera a punto de explotar.

Siento una repentina necesidad de salir de aquí y estar sola.

No puedo dejar que Travis me vea así...

Antes de darme tiempo a pensar adónde ir, veo a Travis cerca de una cinta de equipaje, con un enorme ramo de rosas rojas en la mano.

Como de costumbre, hace que todas las mujeres que pasan se giren a mirarlo, vestido con una camiseta blanca que acentúa sus abdominales y unos vaqueros azul oscuro. Está perfecto.

Me seco las lágrimas y doy un paso atrás. Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, su mirada se cruza con la mía y me sonríe, dejándome inmóvil.

Como una escena de película romántica, camina hacia mí a cámara lenta y me estrecha entre sus brazos.

Sin embargo, no me da un beso, y mis brazos me cuelgan a los lados.

—¿Qué pasa? —Me mira a los ojos—. ¿Por qué lloras?

—No estoy llorando. Tengo alergia.

—Vale. —Me enjuga las lágrimas con las yemas de los dedos—. ¿Y qué ha provocado esta repentina alergia?

Que mi padre me dijera que siempre me ha costado hacer amigos es algo a lo que sigo dando vueltas en mi cabeza. No es que quiera darle la razón, pero la tiene, y *sí* sé por qué.

Mantengo a todas las personas de mi vida a distancia para protegerme a mí misma. No quiero salir herida si de repente deciden cambiar de personalidad conmigo, como lo ha hecho él, o si de pronto fallecen, como mi madre. Mi carrera de patinaje ya le causa suficiente estrés y dolor a mi corazón, y no soy masoquista.

—Cuéntame. —Travis me da un beso en la frente.

—No creo que esté en situación de tener una relación ahora mismo —digo—. Estoy pasando por muchas cosas, y tú también. Tu hermana acaba de perder a sus dos padres hace poco.

—También eran los míos.

—Soy incapaz de imaginar cuánto debe de doler, porque yo solo perdí a mi madre, pero Penelope llora cuando duerme —confieso, omitiendo contarle que la escuché anoche y que no pude evitar abrazarla hasta que dejó de hacerlo—. Es decir, es lo que me parece, y deberías estar a su lado.

—¿Qué estás intentando decir, Tatiana?

—Un montón de cosas.

Se me queda mirando, confundido.

—No deberías salir con nadie —le digo—. Ninguno de los dos debería hacerlo, y hay cosas más

importantes en la vida, así que... —No se me ocurre cuál es la mejor manera de poner fin a este hilo de pensamientos, así que dejo de hablar.

—Yo siento un dolor de la hostia —confiesa él—. Y estoy junto a Penelope de la mejor y única manera en que puedo estar ahora mismo. Y en cuanto a esas «cosas más importantes en la vida», lo único que me hace sentir que merece la pena vivir la mía está delante de mí ahora mismo, amenazándome con llevárselo todo.

—Travis...

—Por ningún puñetero motivo. —Estampa sus labios contra los míos y me besa, haciendo que me arrepienta de haber sugerido nunca que terminemos—. ¿Están pasándose de la raya tu padre y Elaine otra vez? —susurra, cuando al fin se separa.

Yo asiento.

—¿Quieres que me encargue de ellos con los puños?

—No, Travis. —Sonrío.

—Entonces, me encargaré *de ti* después con la boca, pero ¿puedes decirme lo que ha pasado sin amenazar con romper conmigo, por favor?

No me deja responderle, sino que vuelve a besarme, con mucha más suavidad esta vez, hasta que se me secan todas las lágrimas.

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

Es oficial.

¡Travis Carter es (JADEO DE SORPRESA) un hombre casado!

Según nuestras fuentes, él y una antigua campeona de patinaje artístico, Tatiana Brave, se han fugado para casarse a las afueras de Las Vegas este mismo fin de semana.

Nuestras fans más dedicadas sin duda reconocerán a esa mujer como la rival sobre el hielo más feroz y odiada de la hermana menor de Travis, así que hemos de suponer que el tiempo ha pulido las relaciones entre ellas dos.

También estamos empezando a preguntarnos si existe la posibilidad de que Travis y Tatiana hubiesen intimado antes...

¿Cuál es la probabilidad? ¿Tiene alguien la suficiente curiosidad como para averiguarlo?

Aunque, claro, por mucho que nos cueste admitirlo, su esposa es un pedazo de mujer, y nosotras nos morimos de envidia.

Estamos dispuestas a observar su relación como halcones.

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

18

EN LA ACTUALIDAD

TRES DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

HUMBLE CITY FITNESS, LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

Decidí escribir un manual de instrucciones sobre cómo aguantar casado con la mujer más sexy del planeta para aquellos hombres que tuvieran que contentarse con duchas frías y noches a solas.

«Primer paso: Aceptar que vas a tener una erección de la hostia, totalmente innecesaria, cada vez que la veas.

Segundo paso: Evitar mirar esa boca tan sexy, sobre todo cuando suelta esos comentarios sarcásticos que tanto te ponen.

Tercer paso: Estarte fuera de casa —de tu propia puñetera casa— para evitar verla lo máximo posible.

Cuarto paso: Repetir los tres anteriores».

Era el tercer día de este festival de torturas, y estaba corriendo en mi cinta, a millas de mi apartamento y de la boca de Tatiana.

Estaba decidido a pasar todo el tiempo que tuviera libre en mi segundo gimnasio, siempre que no estuviera entrenando para la revancha.

Cuando completé las diez millas, me bajé de la máquina y cogí una toalla. Bajé las escaleras a la zona de resistencia y admiré el mural de la pared en el que rezaba «*Soy más fuerte que las excusas*», y que mis superfans me habían hecho el año anterior.

Mientras limpiaba un banco, Penelope me envió una solicitud de videollamada.

—¿Sí? —respondí.

—Quiero un motivo, y lo quiero ya.

—Estoy en mitad de mi entrenamiento, Corona —dije—. Tendré que llamarte para lo que sea después.

Colgué antes de que pudiera decir nada más.

Segundos después, volvió a sonar su tono de llamada.

—Penelope —respondí, esperando a que su cara apareciera en la pantalla—, te he dicho que...

—Tatiana no me ha respondido a los mensajes ni me ha devuelto las llamadas desde que os casasteis —me interrumpió—. ¿Qué has hecho con ella?

—No he hecho nada con ella. —*Por desgracia.*

—Bueno, ¿y cuándo fue la última vez que la viste?

—No hace mucho. —Me encogí de hombros—. Hace dos días y medio.

—¿Qué? —Se le pusieron los ojos como platos—. ¿Cómo es posible, Travis?

—Porque no veo la necesidad de torturar... —Me contuve a tiempo—. No hay necesidad de vernos fuera de nuestra agenda. Estoy seguro de que está bien.

—No es propio de ella hacerme el vacío. —Frunció el ceño—. Así que, o le has hecho algo terrible y está dándole vueltas a solas porque no quiere provocar una situación incómoda conmigo si

me lo cuenta o... No, le has hecho algo seguro.

—Le diré que te llame cuando venga a casa.

—Me quedaré pegada al teléfono hasta entonces para estar segura.

—No hace falta. Haré lo que he dicho.

—¿En la media hora próxima?

—No. Tendría que marcharme ya e ir a toda prisa a casa para poder cumplirlo.

—Vale. —Asintió, como si aquello le sonara muy razonable.

Estaba a punto de decirle que había perdido la cabeza, pero la expresión de sus ojos me hizo reprimirme.

Era la misma que había visto años antes, cuando le dije que tenía que dejarla en Seattle y que no podía darle una fecha para mi regreso. La misma expresión que mostraba en ocasiones en nuestras antiguas llamadas por videochat, cuando me decía «*No tengo amigas, Travis. No puedo conseguir ni una*».

—Me marcharé ya. —Bajé las escaleras—. ¿Qué tal van las cosas en Manhattan?

—Mejor de lo que esperaba —contestó—. La pista ha estado ocupada sin parar, y estoy en conversaciones con algunos programas para cerrar contratos a largo plazo.

—Enhorabuena. ¿Has pensado ya en el diseño de las nuevas plantas que quieres añadir el año que viene?

—Sí y no. Es una larga historia.

—Tengo tiempo durante el camino a casa para escucharte.

Me contó todos sus planes mientras yo conducía, pero suspiró antes de que pusiera un pie en mi apartamento.

—Me está llamando uno de los principales contratistas —dijo—. Si no sé nada de ti o de Tati cuando termine de hablar con él, cogeré un vuelo hasta allí.

—No seas tan dramática —repliqué—. Te diremos algo.

Colgó, y yo abrí la puerta.

Un olor a gofres azucarados me golpeó la cara, así que fui directamente a la cocina. Las únicas señales de Tatiana eran un plato en el fregadero y una nota en la encimera.

«*Chef Blaine:*

Gracias por enseñarme la manera correcta de preparar los gofres belgas gourmet.

Estoy muy agradecida por la clase.

Te tomo la palabra para esas alitas gourmet al limón que mencionaste para la cena. 😊

Atentamente

Tatiana».

—¡PLOFFF!

El sonido del cristal al romperse captó mi atención. Sin embargo, no provenía de la habitación de Tatiana.

Había alguien en mi *master suite*.

Confuso, recorrí el pasillo. La puerta estaba abierta, y al otro lado estaba Tatiana, rebuscando entre los cajones que había bajo mi cama.

Absorto en la imagen de su cuerpo en un biquini negro y dorado, no medié palabra.

Necesito otro paso más para mi manual.

Rebuscó entre las cajas, murmurando agitada: «*Tiene que estar por aquí, en alguna parte*».

—Me alegra saber que todavía tienes tendencia al *allanamiento* —dije, tras varios minutos.

Ella soltó un chillido y se puso de pie.

—Pensaba que ibas a estar fuera todo el día.

—Ese era mi plan original. —Me di cuenta de que tenía un tatuaje de corazón en la cadera, que nunca había visto antes—. Pero mi hermana está preocupada por ti. Dice que no la has llamado ni enviado mensajes desde que nos casamos.

—Se me cayó el teléfono en la bañera —dijo—. Aún no funciona, así que tendré que conseguir uno nuevo.

—¿Y cuál es el motivo de que estés en *mi* habitación en vez de en la tuya?

—Estoy buscando algo.

—¿Necesitas ayuda para encontrarlo?

—No. —Se sonrojó y apartó la mirada. Después se inclinó y cogió un bolígrafo.

—Aquí está —dijo—. Problema resuelto.

—Ya veo. —Di un paso hacia ella—. El hotel nos dio una caja entera de esos al marcharnos.

—Bueno, pues muy bien, porque he perdido el mío.

—Tantos años después y aún sé adivinar cuándo me estás mintiendo. —Sonreí—. ¿Qué estás buscando de verdad?

—Esto. —Levantó el bolígrafo.

—Vale. —Miré a mi alrededor y vi que todos los cajones de mi cómoda estaban revueltos. La puerta del balcón estaba de par en par, y el picaporte para entrar en el *jacuzzi* estaba inclinado.

—Las llaves del *spa* están en el último cajón de la izquierda del escritorio —mencioné—. Se me olvidó hacerte una copia.

Dejó a un lado las tretas, abrió el cajón y cogió un pesado llavero.

—La roja y amarilla —dije, mirando cómo abría el cerrojo—. ¿Quieres que te ayude con el móvil también?

—No, puedo ocuparme de eso yo misma.

—Bien. —Acorté la distancia entre los dos—. Entonces, ¿puedes hacerme un favor más?

—Ya me he casado contigo en contra de mi voluntad.

—No es eso lo que necesito —aduje, tirando de uno de sus rizos—. Ya es lo suficientemente malo que te haya imaginado conmigo en esta habitación un millón de veces antes, pero la realidad es mucho más tentadora de lo que imaginaba, y ahora mismo estoy haciendo un gran esfuerzo. —Me estaba imaginando sus piernas en torno a mi cintura, mientras follábamos contra la ventana—. ¿Puedes hacerme el favor de largarte?

—Sí. —Se quedó quieta—. Puedo hacerlo.

—¿Puedes hacerlo *ya*?

—Sí. —Ni se inmutó—. O sea, claro.

Le rodeé el cuello con la mano y le hice mover la cabeza hasta que sus labios casi tocaron los míos.

—Empieza a moverte o no te dejaré marcharte nunca...

Ella empezó a retroceder despacio. Después, salió deprisa al balcón sin decir nada más.

Yo corrí las cortinas y me fui a mi baño.

Superar el récord mundial de la ducha fría más larga era solo era cuestión de tiempo.

19

EN LA ACTUALIDAD

(LA NOCHE SIGUIENTE)

CUATRO DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Zorrón perverso: *¿En serio, Tati? ¿Te has CASADO y no se lo has contado a tu propia familia?*

Zorrón perverso: *¡¿Y desde cuándo estás saliendo con Travis Carter?! ¡Ni siquiera querías venir conmigo a sus combates/fiestas hace años! ¿Cómo coño puede ser?*

Mi queridísima madrastra: *Supongo que no debería sorprenderme, pero deberías AVERGONZARTE de ti misma, Tatiana. Hemos tenido que enterarnos de tu matrimonio POR LAS NOTICIAS.*

Me quedé mirando los mensajes de Harlow y Elaine, indecisa entre responderles «*Idos a la mierda*» o «*Vosotras no me contáis nada de vuestras vidas tampoco*». Sin embargo, mi padre me llamó antes de que me diera tiempo a decidirme.

—Hola, papá —contesté.

—Hola, Tati. —Parecía que sonreía—. No estoy interrumpiendo tu luna de miel, ¿verdad?

—Papá, en realidad no hay... —Me detuve a tiempo—. No, no interrumpes nada.

—Bueno, bien —respondió—. ¿Hay algún motivo por el que el señor Carter no me haya pedido permiso para casarse contigo?

—No impuse ese requisito para nuestro trato. —Me encogí de hombros—. No está por escrito.

—¿Perdona?

—Estaba demasiado emocionado y se dejó llevar por el momento. —Hice una pausa antes de proseguir—. Y por eso nos fugamos para casarnos. No pensábamos que se fuese a filtrar.

—Ah, ya veo. Bueno, todos en Reno están alborotados con la noticia. Nuestra iglesia, mi oficina, nuestros vecinos... Es una locura. Confío en que Travis vuele hasta aquí y haga lo correcto antes de la boda, así que puedes darle mi número de teléfono si quieres.

Claro...

—Entretanto, espero que encuentres algo de tiempo para arreglar las cosas con Elaine.

—¿Qué? ¿Qué cosas exactamente?

—Toda esta situación. Está muy molesta por que fueran sus amigas quienes le mostraran las noticias sobre su querida hija.

—Hijastra, papá.

—Sabes lo obsesionada que está con las bodas y las cosas de los famosos —continuó, sin prestarme atención—. Esta podría ser la oportunidad perfecta para que las dos os unáis y tengáis una relación mejor, como siempre he querido. ¿Qué crees que diría tu madre si te viera comportarte así?

No contesté nada.

—Respóndeme, Tatiana —insistió—. Ya.

—Creo que mamá se sentiría terriblemente decepcionada.

—Yo también lo creo.

—*Contigo*, no conmigo —acabé—. No entendería cómo te enamoraste del primer parásito que se te pegó como una sanguijuela en su funeral.

—No sé por qué sigo esperando que algún día veas la luz y te disculpes por tratarla de manera tan horrible —acusó, en tono tenso—, pero no pienso aguantar más esta mierda. Sean cuales sean tus emociones infantiles y retorcidas, Elaine siempre ha querido lo mejor para ti, y ha hecho todo lo posible por ayudarte.

Dejé el teléfono mientras seguía hablando. No soportaba escucharle inventarse una historia que yo conocía demasiado bien.

Cogí el bolso, me fui al ala oeste y subí al ascensor para ir al casino.

Necesitaba una copa.

20

EN LA ACTUALIDAD

CUATRO DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

PARIS CASINO & RESORT, LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

El nombre y la imagen de Travis me saludaban a cada paso de borracha que daba por The Strip. Los vendedores de camisetas, las tiendas de regalos y casi todos los autobuses turísticos alardeaban de ser «el hogar de Travis Carter».

En un bar de daiquiris granizados, le había preguntado en broma al camarero por qué no había copas en la carta que se llamaran «El Castigador», y me entregó una de cuero aparte con una selección especial dedicada a Travis. Ya me había tomado «Los inicios del Chico Humilde», «El castigo final» y toda una jarra de «La hostia, soy el campeón».

Ahora estaba convencida de que una parte de mi sangre era ron.

Levanté la mirada para ver la «Torre Eiffel», eché una foto y seguí a un grupo de mujeres hasta el casino que había al lado. Había estado siguiéndolas a cierta distancia toda la noche, medio borracha y en plan arrimada invisible, mientras entraban y salían de casi todos los edificios. Al subir en el ascensor, me apretujé entre sus abultados vestidos de plumas, organza y tul.

—¿Alguien se ha dado cuenta de lo bueno que estaba el guarda de seguridad de Fat Tuesday? —chilló Organza Rosa—. Estoy desesperada por un polvo, ¿pensaríais mal de mí si lo invitara a mi habitación después?

—¡No!

—¡Nunca!

—¡A por ellooo! —la incitaron sus amigas.

—No lo hagas —intervine con voz gangosa—. No estaba *tan* bueno.

Todas me miraron, lanzándome toda una variedad de miradas perplejas.

—Espera un momento. —Seda Roja inclinó la cabeza a un lado—. ¿No te conozco de alguna parte?

—Sí, me parece que yo también la conozco. —Tul Violeta sonrió—. ¿Dónde nos hemos conocido?

—Ni idea. —Me encogí de hombros, sorprendida de que no se hubieran dado cuenta de que las había estado siguiendo toda la noche.

La puerta se abrió, y entró un tipo medio desnudo vestido de Tarzán que se llevó toda su atención.

Me colé entre ellas y salí a la planta del casino.

Había innumerables filas de máquinas tragaperras que vibraban y emitían musiquitas en distintos tonos, y sus notas discordantes se fusionaban en una sinfonía inquietante.

La sala oscilaba de izquierda a derecha, y era incapaz de entender lo que pretendía decirme la alfombra chillona y arremolinada.

Espera. ¿Por qué habla la alfombra?

Traté de mantener el equilibrio y buscar un directorio, pero todo lo que tenía delante se negaba a estarse quieto.

Frustrada, me metí en una tienda de regalos.

Cogí unas gafas de sol de un estante y abrí el frigorífico para coger un zumo de naranja. Me lo bebí, y después cogí otro, y al terminar tiré las dos botellas vacías a la basura.

Divisé una vitrina de pasteles óptimos para la resaca, cogí una cajita para llevarlos y me metí la mitad en la boca antes de marcharme.

—¿Pero qué coño haces, chica? —me gritó el cajero—. ¡Vuelve aquí y paga toda esa mierda!

Le saqué los pulgares y me subí a una escalera metálica.

Cuando los escalones dejaron de subir, me encontré en una planta llena de juegos de mesa. Había ganado unas cuantas manos al póker en Bellagio y MGM Grand antes, así que decidí probar suerte otra vez.

Con toda tranquilidad, seguí las señales y me dejé caer frente a una mesa donde había ya tres hombres trajeados jugando.

—Señorita, el mínimo de esta mesa es de cinco mil dólares —dijo el crupier—. Pero es un placer tenerla como espectadora si no los tiene. Si no...

—Los tengo. —Saqué un fajo de billetes de cien de lo que había cobrado de anticipo.

—Muy bien. —Me entregó un montón de fichas de juego negras y rojas y me hizo un gesto para que me quitara las gafas de sol—. Son las normas de la mesa.

—Lo siento. —Hice lo que me pidió.

Repartió las cartas, y poco a poco me sumergí en el juego. Aseguré mis apuestas, eché faroles y me retiré cuando el riesgo era demasiado elevado o demasiado bueno para ser verdad.

Después de ganar seis rondas seguidas, se formó una pequeña multitud en torno a la mesa, que me vitoreaba entre una ronda y otra.

—Aquí tiene, señorita. —Una camarera dejó una copa de champán—. El caballero de la mesa de *blackjack* la ha invitado. Es champán del mejor.

—Dígale que se lo agradezco, por favor.

—Lo haré. Hay otros ocho hombres más que la han invitado a bebidas, pero solo puedo servir las de una en una.

—Ah, está bien. Creo que esta noche ya he bebido suficiente.

—¡Uno de ellos es un presidente millonario! —Sonrió—. Traeré su copa ahora.

Desapareció antes de que pudiera protestar.

—Parece que esta mujer está en racha —dijo una voz profunda a mi espalda—. ¿Hay sitio en la mesa para uno más?

—Sí, siempre y cuando pueda permitirse participar. —El crupier barajó las cartas—. Ahora mismo estamos por los diez mil.

—Cuenta conmigo. —Puso sus fichas sobre la mesa—. Me vendría bien un buen oponente que animara un poco la noche.

—Es solo la suerte de los tontos. En realidad... —Me di la vuelta para mirarlo y me atraganté con mis propias palabras.

Ese hombre *sí* que era un anuncio con patas de sueños húmedos. Sus ojos color chocolate hacían juego con su corbata estampada de seda, y su traje negro a medida parecía hecho a propósito para su cuerpo tonificado.

—Parece que te estás divirtiendo de lo lindo esta noche —dijo.

—En realidad, todo lo contrario.

—Una lástima escucharlo. —Tendió la mano—. Soy Nicholas Sharp. Un placer conocerte.

—Igualmente. Soy...

—Una puñetera preciosidad —me interrumpió, frunciendo el ceño al ver mi anillo de casada—. Y, por desgracia, ocupada.

—Sí. —Tragué saliva—. Estoy casada.

—Qué lástima. —Sus dedos casi rozaron los míos—. ¿Te hace feliz tu marido?

—Eehh...

—Me lo tomaré como un no. —Sonrió, mostrándome una hilera de dientes blancos—. Siempre me he preguntado por qué la gente sigue casada si no es feliz, sobre todo cuando siempre hay alguien fuera dispuesto a tratarte mucho mejor.

Como no sabía qué decir, me di la vuelta y me centré en mi siguiente mano.

—No me gustaría ver interrumpida tu racha —susurró contra mi oído—. Puede que quieras retirarte en esta ronda.

—Me arriesgaré.

—Estoy celebrando una partida privada en una sala de grandes apuestas, por si quieres probar cuánta suerte tienes después de esta partida.

—Tendré que pasar. —Le lancé una última mirada antes de jugar—. Solo he venido a beber y a olvidar mis preocupaciones.

—También puedo ayudarte con eso.

—Lo dudo.

—Créeme. —Se me acercó más—. Te he estado observando de lejos desde que entraste aquí, y parece que necesitas a alguien con quien hablar. Y aunque no sea el caso, no deberías estar sola.

A mitad de la partida, me colocó la mano en la mejilla.

—Pase lo que pase después de esta ronda, creo que deberías...

—Aparta tu puta mano de *mi mujer* —rugió Travis, haciendo que todo el mundo que había a nuestro alrededor levantara la mirada.

La multitud que se había formado en torno a la mesa se quedó en silencio.

Nicholas se echó hacia atrás de golpe y levantó las manos.

—No tenía ni idea de que era tu mujer. Lo juro, *nunca* habría...

—Cierra la puta boca. —Travis se aproximó más y me quitó las cartas de las manos.

Recorrió la mesa con la mirada y se dio cuenta de que era mi turno. Entonces, puso mis cartas boca arriba, obligando a los demás a enseñar las suyas.

—La señora gana de nuevo. —El crupier empujó todas las fichas hacia mí.

—Ryan, coge las fichas de la señora Carter —siseó Travis.

—Sí, señor.

—Venga conmigo, *señora Carter*. —Travis me pasó una mano por la cintura y me levantó de la silla.

Mis gafas robadas se cayeron al suelo, pero no me dejó cogerlas.

Con la mandíbula apretada, me condujo a través del gentío, pasando por el resto de mesas, sin mediar palabra.

—Oh, Dios mío, ¡Travis Carter!

—¿Cuándo vas a anunciar la revancha?

—¡Travis! *¡Travis!*

—¿Puedo hacerme una foto?

—¡Tu mujer está buenísima!

La gente levantaba los móviles y nos echaba fotos a los dos.

Yo estaba demasiado borracha como para fingir una sonrisa.

Travis me llevó a través de la puerta de empleados hasta una cocina enorme. Después, se detuvo y me empujó contra la pared.

—¿Has perdido la puta cabeza? —Me miró furioso.

—No, pero está claro que tú sí. —Entorné los ojos—. Has montado toda una escena sin ningún motivo.

—¿Sin *ningún* motivo?

—¿Es que hay eco aquí?

—Llevamos casados cuatro días, cuatro putos días, y en vez de ceñirte al guion, vas deambulando por la ciudad con extraños y robando mierdas de una tienda.

—Yo... —Estaba alucinada de que supiera todo lo que había hecho esa noche.

—Permíteme contarte algo sobre el hombre con el que estás casada, Tatiana. —Colocó las manos sobre la pared, por encima de mi cabeza—. Es el puñetero Travis Carter, su nombre está en todos los malditos carteles de bienvenida de la ciudad, y...

—Y está hablando en tercera persona...

—Cuando te dije que fingieras ser *mía*, me refería a en todos los sentidos. —No hizo caso a mi interrupción—. No se te puede ver a solas con otro hombre, ni flirtear en una mesa de póker, donde todos los hombres te están mirando y esperando para aprovecharse de lo que me pertenece.

—No estaba flirteando con nadie.

—Los medios de comunicación no comprenden la diferencia —dijo—. Mis *adversarios* no comprenderán la diferencia, y sacarán a relucir toda esa basura en mis conferencias de prensa y lo usarán como cebo para ponerme celoso.

—¿Cómo te iban a poner celoso si nuestro acuerdo es completamente *falso*?

—Deja de interrumpirme —gruñó, agarrándose de la cintura—. Cuando quieras darte una vuelta por mi ciudad, díselo a Benny, o a Ryan, o a cualquier otro de mis guardas de seguridad, y te ayudarán encantados.

—¿Y cuando quiera beber y jugar a las cartas?

—Hazlo con alguien que no esté intentando follar contigo.

—Eso te deja a *ti* fuera de la lista, ¿verdad?

—Totalmente verdad. —Me besó tan fuerte y tan rápido que perdí el equilibrio.

Arqueé la espalda contra la pared, me aferré a él y cerré los ojos mientras él me mordía el labio inferior con fuerza.

—Yo... —dije, con voz ronca—. Estoy...

—¿Estás *qué*? —Me castigó con otro mordisco, con otro beso salvaje—. ¿Sientes haber dejado que otro hombre se acerque a lo que es mío?

Le respondí con un gemido profundo, incapaz de centrarme.

Me metió una mano por los pantalones cortos, me hizo las bragas a un lado y presionó el pulgar contra mi clitoris. Estaba completamente mojado para él, listo y esperando sus caricias, deseando que lo llevaran al límite.

—¿Tatiana? —Me introdujo dos dedos tan profundamente como pudo, obligándome a abrir los ojos—. Respóndeme —ordenó, con los dedos enterrados en mi interior—. ¿Lo sientes?

—No —logré responder—. En absoluto.

Enseguida tomó represalias, sacando los dedos y volviendo a metérmelos una y otra vez.

—Eres *mía*... —Me succionó el cuello y me mordió la piel, sin duda para dejarme una marca—.

Siempre serás mía...

No tenía sentido intentar quedarme callada. Cada vez que empujaba con los dedos con fuerza, a cada movimiento de su boca, se me escapaba un gemido gutural de placer.

Usando la otra mano para sujetarme contra la pared, me miró a los ojos.

—Fóllate mi mano igual que solías follarte mi polla —me ordenó.

Me permitió levantar las caderas, y yo me moví contra sus dedos, mientras él me miraba.

Estaba acercándome al límite, al ansiado orgasmo, lo tenía tan cerca que...

—¡Alerta, alerta, alerta! —le sonó el móvil en el bolsillo, y sacó los dedos de mi interior.

La expresión de su cara me dijo que tenía pensado negarme el orgasmo aunque no nos hubieran interrumpido.

—¿Sí, Ryan? —No me quitó los ojos de encima mientras respondía.

—He despejado el camino para que la señora Carter y usted puedan volver a casa sin ser vistos —dijo—. También tengo sus gafas de sol.

—¿Ha vuelto a la tienda de regalos para pagar lo que debía?

—Sí, señor. Siga por la cocina cuando esté listo para marcharse del casino.

—Ahora mismo vamos. —Colgó y deslizó un dedo por mi garganta—. Espero haber dejado bien claro lo tuyo con otros hombres mientras estemos casados.

—Me has hecho ver lo chiflado que puedes llegar a estar.

—Me lo tomaré como un cumplido. Mis rivales también piensan lo mismo. —Me colocó los pantalones en su sitio—. Aún sigues borracha de cojones; si yo estuviera en tu lugar, tendría cuidado con lo que digo.

—No necesito hacer nada que... Ahora que lo dices... —Traté de pensar en algo con claridad. El alcohol de esa noche se me había colado entre las venas, y nublaba lo que me quedaba de coherencia.

Como si pudiera adivinarlo, Travis me estrechó contra su costado y me guio por la cocina hasta que llegamos a la puerta de salida.

Salimos a un callejón vacío, donde un McLaren de color negro y plata nos estaba esperando.

Demasiado borracha para mantenerme erguida siquiera, intenté recostarme sobre el asiento, pero me caí sobre su regazo.

Él me acarició el pelo mientras conducía.

—¿Travis? —pregunté, esforzándome por mantener el pico cerrado, aunque al mismo tiempo queriendo tener la última palabra solo por una vez.

—¿Sí?

—He salido con otras personas desde que lo dejamos.

—Todo el mundo tiene que experimentar qué es la decepción alguna vez en su vida.

—No eres el mejor con el que he estado.

—Dímelo cuando estés sobria.

—Solo quiero que sepas que no perdí el tiempo cuando rompimos —mentí—. Había un montón de chicos que querían salir conmigo.

Soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Y eso no te molesta?

—La verdad es que no —contestó—. No me importa con cuántos tipos saliste después de estar conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque, por lo que a mí respecta, tu coño tiene mi firma estampada, y ningún otro hombre te follará lo suficientemente bien como para borrarla.

Cerré los ojos y me rendí a la tentación del sueño que te entra después de una cogorza.

Sin lugar a dudas, él había ganado esa ronda.

21

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

«Operación Falsa Prometida

Segunda semana

Día 8: La señorita Brave hace una aparición en Humble City Fitness para los fotógrafos. El señor Carter comienza un entrenamiento intenso para la revancha.

Día 9: Sesiones conjuntas de lenguaje corporal.

Día 10: Simulacros de entrevistas con los diez mayores fans del señor Carter.

Almuerzo en el restaurante Top of the World con el alcalde de la ciudad.

Días 11 a 14: La señorita Brave y el señor Carter asistirán a entrevistas con diversos canales de noticias. Una de ellas será en directo. Tres se grabarán y se emitirán más adelante».

22

EN LA ACTUALIDAD

(UNA SEMANA DESPUÉS)

ONCE DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

TEATRO DOLBY, LOS ÁNGELES (CALIFORNIA)

TRAVIS

Madeline daba golpecitos con el pie sobre el suelo del camerino, y no paraba de mirarnos a Tatiana y a mí sucesivamente.

—¿Hay algún motivo por el que los dos hayan llegado en aviones separados a la entrevista de hoy? —preguntó—. ¿Era realmente necesario?

Ninguno de los dos respondimos.

A excepción de los eventos programados, casi no habíamos hablado el uno con el otro desde la noche en que casi echamos un maldito polvo en la cocina del casino. La tensión entre los dos era demasiado fuerte, el deseo demasiado palpable, y ella parecía estar evitándome tanto como yo la evitaba a ella.

—Eech... ¿*Hola?* —insistió Madeline—. ¿Hay algún problema que deba saber yo?

—Creo que la señora Carter está molesta conmigo por algo —dije.

—¿*Algo?* —Tatiana me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Es eso lo que has dicho?

—Me parece que he sido bastante claro. —Centré la atención en Madeline, en vez de en ella; sus labios estaban curvados en esa línea sexy y enfadada que me excitaba tanto.

—Menos mal que tengo más de un avión privado a mi disposición —continué—. Así, podemos estar seguros de que no faltaremos a ninguno de los eventos juntos.

—Me dejó *colgada* —gruñó ella—. Le dije que iba a llegar diez minutos tarde esta mañana, y se marchó.

—En primer lugar, llegaste *una hora* tarde.

—Cuarenta y cinco minutos, para ser exactos.

—Pues diez te aseguro que *no* fueron —repliqué, con un gesto de exasperación—. Así que puede que estuviera intentando darle una necesaria lección sobre el tiempo, señora Carter: no espera a nadie.

—Vale, *miren*. —Madeline se interpuso entre los dos, con voz firme—. Necesito que se centren los dos. Esta entrevista la van a ver en directo al menos siete millones de personas, y después la volverán a reponer para unos cuantos millones más, y todo el mundo podrá verla en *streaming* después. Así que déjense ya de tirarse al cuello del otro, y por favor, por favor, límitense a fingir, como si estuviésemos en un ensayo, durante la siguiente media hora. Después pueden seguir peleándose. ¿Trato hecho?

—*Trato hecho* —contestamos al unísono.

—¡Perfecto! —Abrió la puerta, y nos cogimos de la mano en dirección al sofá que había en el

plató.

La audiencia presente nos aplaudió y vitoreó al vernos, y vi varios carteles con «¡Te quiero, Travis!», «¡Enhorabuena!» y «Para mí sigues invicto».

—¡Hola, familia Carter! —saludó con entusiasmo la entrevistadora, Catherine Bailey, mientras tomábamos asiento—. Es todo un placer tenerlos hoy con nosotros aquí, en California.

—El placer es nuestro, señorita Bailey —respondió Tatiana—. Mi marido estaba deseando hacer esta entrevista desde que nos invitó.

Yo asentí y fingí una sonrisa. Esa mujer era, supuestamente, la reina de las «tertulias», pero siempre había creído que algo fallaba, y había rechazado todas y cada una de las peticiones que me habían enviado a lo largo de los años.

—Me alegra saberlo —contestó la señorita Bailey—. Sé que habíamos acordado las preguntas de antemano, pero espero que no les importe que les haga algunas personales y jugosas de mi propia inventiva.

—Sí que nos importará. —Yo seguí sonriendo, a pesar de mi tono—. Esa fue la principal condición para concederle nuestra primera entrevista como recién casados.

—Entonces ¿me están diciendo que abandonarán el plató en mitad de la entrevista? —Arqueó una ceja—. ¿En una retransmisión en directo?

—Le estoy pidiendo con toda amabilidad que siga el guion que acordamos.

—Bueno, puesto que es usted quien quiere que el público vea su supuesto lado tierno, veremos cómo puede mantener la calma bajo cierta «presión divertida». —Sonrió y chasqueó los dedos.

—En directo en tres... —susurró alguien tras las cámaras—. Dos... Uno...

—¡Buenos días, espectadoras de *American Chat*! Soy vuestra presentadora, Catherine Bailey. Hoy estamos con Travis Carter, de quien puede decirse que es el mejor luchador de la UFC de todos los tiempos, y su mujer, la antigua campeona mundial de patinaje artístico ¡Tatiana Brave!

La audiencia aplaudió, mientras a mí la sangre me empezaba a hervir de rabia.

—Aunque Travis ha venido a contarnos cosas sobre la organización benéfica que está creando, además de hablarnos sobre su imperio de Humble City Fitness, quiero que nos adentremos en terreno algo más personal. Después de todo, este es el programa para mujeres más famoso de Los Ángeles, ¿verdad?

Según nuestras sesiones con el experto en lenguaje corporal, Tatiana me cogió la mano y me distrajo temporalmente de ese ataque traicionero.

—¿Qué tal se comportó el señor Carter en la luna de miel, señora Carter? —La señorita Bailey sonrió—. No se han filtrado fotos, y mi club de lectura está deseando saberlo.

Desde la audiencia sonaron unos cuantos «¡Yo también!» y otros chillidos.

—Fue muy dulce y atento —contestó Tatiana—. Me acompañó a hacer turismo.

—Bueno, ya sabe que no es eso lo que estamos buscando esta mañana. —Catherine se inclinó un poco y sonrió todavía más—. Queremos saber si es tan agresivo entre las sábanas como lo es en el octógono.

¿Qué demonios...?

—Odio decepcionarla. —Tatiana sonrió, y la audiencia volvió a soltar chillidos—. No soy de las que cuentan intimidades.

—Claro —contestó ella, y se giró hacia mí—. Dada su reputación de mujeriego, señor Carter, estoy segura de que no soy la única mujer presente a quien le impactó saber que iba a sentar la cabeza y se iba a casar. ¿Puede contarnos qué fue lo que le atrajo de Tatiana?

—Señorita Bailey... —Tomé aire y reprimí la rabia ante esa nueva pregunta prohibida, para la que

no tenía respuesta ensayada.

La sala se quedó en silencio, esperando en vilo la respuesta, pero lo único que pude hacer fue mirar a Ralph, que estaba en primera fila; salvara mi reputación o no, esa entrevista no merecía mi tiempo, así que le lancé «la» mirada. El guiño de «Invéntate una excusa y sácame de aquí AHORA MISMO».

Ralph comenzó a caminar hacia el productor, pero la señorita Bailey captó la señal.

—O mejor todavía —dijo—: puesto que estamos viendo todas ese lado «más tierno» suyo, ¿por qué no dejamos que su prometida responda primero? ¿Qué fue lo que le atrajo al principio de su recién estrenado marido, Tatiana?

—Sus ojos —respondió ella—. Pero tengo que admitir que no era su mayor fan cuando nos conocimos.

—¿Ah?

—Es decir, me sentí atraída hacia él, pero es familia de alguien a quien conozco.

—Ah, sí, la incomparable «Pluma Perfecta». Su hermana pequeña.

—Sí. —Tatiana asintió.

—Bueno, una vez recibió su aprobación y empezaron a salir, ¿qué le hizo enamorarse de él?

Ella me miró, y esperé a que dijera algo así como «*Él era el perfecto caballero*», para poder interrumpirla y añadir «*Es que era difícil no serlo*».

—Era el chico más insistente que he conocido nunca —respondió—. No aceptaba una negativa como respuesta porque estaba decidido a demostrarme que podía ser un buen novio. Y la verdad es que es el mejor que he tenido.

—¿Ah, sí?

—Siempre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, y me refiero a *cualquiera*, por mí —continuó, saliéndose del guion—. Es imposible contar las veces en que viajó para venir a verme en un impulso, la cantidad de veces en que supo qué decir para mejorar mi día. Ningún hombre me había tratado como él lo hizo, y... Como ya he dicho, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Y *todavía* lo haría por ti —dije yo, tras haberme pillado totalmente fuera de guardia con sus palabras—. Eso nunca cambiará.

—¡Oooh!

—¡Ayyy!

—¡Qué bonito! —Varias de las mujeres de la audiencia salivaban.

—Y con eso, ¡hagamos el primer descanso! —La señorita Bailey sonrió—. ¡Cuando volvamos, nos adentraremos en el nuevo e impresionante producto que Travis va a instalar en todos los gimnasios Humble City del país!

El resto de la entrevista transcurrió exactamente como habíamos ensayado con nuestro equipo, paso a paso.

Cuando acabó, firmé autógrafos para la audiencia hasta que la última fan se marchó del estudio.

—¿Señorita Bailey? —dijo Tatiana, cuando el equipo empezó a desconectar las cámaras—. Tengo que hablar con usted y con el señor Carter a solas.

—Claro, señora Carter. —Sonrió y cerró la puerta—. ¿De qué se trata?

—Lo que acaba de hacernos a mi marido y a mí es de una persona *poco profesional* de mierda.

—¿Qué?

—¿Tengo que repetírselo? —Entrecerró los ojos—. Hay un motivo por el que enviamos esas preguntas de antemano, y prometió no desviarse. Lo *prometió*, joder.

—Señora Carter, con el debido respeto...

—No use palabras que ni siquiera entiende —la interrumpió—. Puede ir despidiéndose de esa

exclusiva que ha firmado con Hayden Hunter para este año, además de las del resto de famosos de alto nivel, porque cuando le cuente a todo el mundo que conocemos que es usted incapaz de cumplir su palabra, va a estar entrevistando a miembros de la audiencia sobre sus sabores de helado favoritos, y sus índices de audiencia, junto con su programa, se irán por la alcantarilla.

Se quedó pálida.

—Lo siento.

—No lo siento, pero sí que lo hará pronto.

Salió hecha una furia, y yo la seguí al pasillo. Resopló y me miró.

—No debería haber dicho nada con todos los cámaras y el equipo alrededor de nosotros todavía. Lo siento, es que...

—*Para* —la interrumpí—. Me faltaba un pelo para decirle lo mismo. Se merecía todas y cada una de tus palabras.

—Vale, bueno, me alegro de que estés de acuerdo —dijo—. Sobre lo de esta mañana...

Arqueeé una ceja.

—¿Qué pasa con esta mañana?

—Perdí la noción del tiempo —admitió—. Estuve despierta hasta muy tarde y luego me he quedado dormida.

—¿Es esta tu versión de una disculpa?

—Estaba a punto de disculparme —contestó—. Lo siento.

—Estás totalmente perdonada. —Sonreí, y empecé a alejarme—. Te veré en casa.

—Espera. Vamos a volar juntos a Las Vegas, ¿no?

—No, pero estaré encantado de llevarte al aeropuerto, donde podrás esperar a tu propio avión —declaré.

Ella se cruzó de brazos, confundida.

—Como has volado tarde hasta aquí, el piloto con el que has venido te volverá a llevar tarde. Si no, ¿cómo vas a aprender la lección sobre la hora?

—¿Es algún tipo de broma?

—¿Ves que me esté riendo?

Dio un taconazo en el suelo y frunció los labios.

—Para que conste, estar casada contigo estos últimos días me ha hecho odiarte de una manera en que no lo he hecho nunca. Eres un asco de marido.

—Bueno, pues el sentimiento es mutuo, señora Carter. —Le sonreí—. Que tenga un buen viaje.

23

EN LA ACTUALIDAD

DOCE DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Mi horrible marido: Tenemos que hablar. Ven a verme.

Yo: No, no tenemos que hablar. Paso.

Mi horrible marido: Te lo estoy pidiendo amablemente.

Yo: Pedir (verbo): expresar a alguien la necesidad o el deseo de algo para que lo satisfaga; solicitar; querer, desear o apetecer.

Por favor, guárdate esa definición en el móvil y vuelve a intentarlo.

No respondió.

Vaya novedad.

Dejé el móvil y cogí uno de mis libros de comercio. Leí los primeros capítulos y subrayé todos los errores que había cometido al crear mi marca.

Cuando estaba analizando mi balance de ganancias y pérdidas, un frío brutal me congeló los hombros.

¿Por qué hace tanto frío de repente?

Me puse un jersey y cogí el teléfono para llamar al ama de llaves de Travis, pero el sonido del tema principal de *Sailor Moon* me distrajo.

Extrañada, salí al pasillo y seguí las notas más allá del salón, hasta un cine de lujo en el que debían de caber unas cincuenta personas.

En la gran pantalla se estaba reproduciendo mi episodio favorito de la versión doblada en inglés, y entre los mullidos asientos rojos había un cubo de palomitas recién hechas.

—Esto es una trampa... —murmuré.

—No, no lo es. —Travis apareció detrás de mí, con una copa de vino en la mano—. He oído que no es bueno que una pareja casada pase más de una noche sin hablar el uno con el otro.

—¿Y qué tiene eso que ver con nuestra situación?

—Porque tenemos que hablar. —Le dio un sorbo al vino—. Estaba empezando a pensar que tenía que poner el aire acondicionado bajo cero para que salieras a verme.

—¿Has convertido mi habitación en un iglú a propósito?

—Ha funcionado. —Sonrió, y mi corazón dio un brinco.

Mi cerebro me rogaba que huyera a toda pastilla a mi iglú de nuevo.

—Creo que este es tu programa favorito, ¿verdad? —Tomó asiento—. Veamos un episodio juntos y tengamos nuestra primera charla real de casados.

Seguí congelada, mirando la escena en que Tuxedo Mask —el héroe que, en realidad, no tiene ningún propósito— aparece con una rosa entre los dientes.

Travis y yo habíamos visto ese episodio un montón de veces en el pasado, pero nunca había puesto el programa *por voluntad propia*.

Dio unas palmadas en el asiento que tenía a su lado, y yo di unos cuantos pasos hacia delante. Luego otros tantos más.

Pero hasta que no llegó a la mitad del episodio, no me rendí y me dejé caer en el sillón que había a su lado.

Bajo su intensa mirada, cogí un puñado de palomitas y me las metí en la boca.

—¿De qué quieres hablar exactamente, Travis?

—De que nada en este mundo es gratis. A excepción de las vistas del sol y el cielo, puede.

—Qué profundo y conmovedor —repliqué—. ¿Qué pretendes decir?

—Bueno, dado que se me está *cobrando* por un favor que, en teoría, debería ser gratis y que prácticamente te estoy pagando por vivir aquí, creo que es justo que empieces a contribuir —anunció—. Puede que eso me haga más feliz.

—No te capto.

—Pero lo harás en un segundo. —Me entregó un folio—. Lo sumaré todo al final de nuestro trato de noventa días, pero me temo que ya has acumulado una factura bastante grande.

Aún sin entenderlo, miré la hoja de papel.

Y luego eché chispas.

«Factura para mi querida esposa:

- Uso de la pantalla de cine: 20\$ por minuto
- Uso de cocina y peticiones especiales al chef: 50\$ por minuto
- Palomitas gourmet: 25\$ el cubo
- Sistema de aire acondicionado: 30\$ por grado
- Uso del baño: 40\$ cada vez que tires de la cadena».

—Tienes que estar de puta coña, Travis.

—En absoluto. —Sacó unas cuantas hojas más—. Aquí están los demás cobros, ya que has insistido en pagar todos tus gastos personales en el *contrato*, cariño.

La manera en que pronunció esa palabra me hizo querer inclinarme para darle una bofetada.

—Solo quiero asegurarme de que estoy cumpliendo con mi parte del trato —dijo—. Lo había pasado por alto, así que me alegra haberme puesto al día esta noche.

—Que te jodan, Travis.

—¿Aquí o en mi habitación?

Puse los ojos en blanco y me dirigí hacia la puerta, pero antes me di la vuelta y cogí el cubo de palomitas.

Yo también te la puedo devolver.

EN LA ACTUALIDAD

TRECE DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

Me desperté al alba con la polla dura como una piedra. *Otra vez.*

Sin embargo, no tenía sentido castigarme con una ducha fría. Tan solo faltaban unos minutos para mi sesión diaria de ejercicios, y mi entrenador siempre se las arreglaba para conseguir que mi mente estuviera en su sitio.

Salí de la cama y me puse unos pantalones cortos y unas deportivas. Después, fui a la cocina.

Para mi sorpresa, Tatiana se había levantado ya. Estaba ante la máquina de café, vestida con unos pantalones cortos ajustados y un sujetador de deporte. Tenía los pezones erizados, y se le transparentaban a través del tejido, y sobre los labios tenía una fina capa de caramelo.

Aparté la mirada de su cuerpo y divisé un tarro enorme de cristal sobre la encimera. Dentro había un montón de billetes de dólar arrugados, y en la tapa había pegado un letrero que decía «*Los honorarios de mi marido*».

—Se me va a hacer tarde —dije—. Necesito que te apartes un momento.

—Entonces deberías haberte levantado antes —contestó, tan tranquila—. El tiempo no espera por nadie, o eso he oído al menos.

—He dicho que «se me va a hacer», no que ya lo sea.

—Es que no he terminado de hacer mi café todavía. —Se colocó delante de mi robot de cocina, bloqueándome por completo y *obligándome* a mirarla—. Necesito perfeccionar y saborear cada gota, ya que es la única cosa que no está en la lista de facturación.

—Me aseguraré de rectificarlo esta noche.

—Pero mi situación sigue siendo la misma. —Cogió un bote de nata montada y se echó un chorro en la boca.

Poniendo a prueba mi fuerza de voluntad, echó la cabeza hacia atrás y se lo tragó todo.

—Mi entrenador llegará en cualquier momento. —Respiré hondo mientras se lamía la nata que le quedaba en el labio superior—. Necesito usar el robot antes de entrenar.

—Seguro que sí. —Cogió una cuchara que había introducido en el caramelo, y la metió lentamente en su taza de café antes de lamerla.

—Antes de que se acabe el día tendrás que comprarte tu propia maldita máquina de café —exigí—. En realidad, no hace falta que te preocupes. Haré que Ryan vaya y te la compre.

—Ese no me parece un negocio muy ventajoso para mí. —Se estiró la cintura de los pantalones para mostrar que no llevaba bragas—. ¿No me incrementaría el precio de la electricidad que me estás cobrando?

—También tienes que ponerte ropa siempre que estés en esta puñetera parte del apartamento.

Ahora sería buen momento para vestirse.

—Y lo dice la persona que en este instante no lleva nada más que unos pantalones cortos de deporte... —Me miró el pecho—. ¿Son normas solo para mí y no para ti?

—*Tatiana Brave*...

—Travis Carter...

Llegamos a un punto muerto y nos quedamos en silencio, y la tensión en el ambiente se hacía más densa y palpable a cada segundo que pasaba.

Esperé a que se rindiera, pero el timbre de la puerta nos salvó a los dos.

—Ya voy yo.

—Bien.

Pasó a mi lado y yo me acerqué al robot de cocina.

Pelé una naranja y me preparé para disculparme con mi entrenador, pero no escuché su voz.

—Vaya, ¡buenos días, señora Carter! —Era un hombre con un acento sureño edulcorado—. Soy Henry Dillinger.

Me di la vuelta y vi que Tatiana le estaba estrechando la mano.

—Encantada de conocerle, señor Dillinger —contestó—. Iré a por Travis.

—No he venido por él. He venido por usted.

—¿Por qué? —parecía extrañada.

—Estoy grabando el documental del regreso de su marido, y la señorita Dawson me ha prometido un acceso sin precedentes a su vida. Hoy espero seguirla como una sombra, si le parece bien.

—Bueno, yo... —balbució Tatiana.

—Quizá pueda empezar por enseñarme esta casa —sugirió.

—Mmm...

—Acabo de terminar unas reformas integrales como regalo para ella. —Recorrí la habitación y le estreché la mano—. Tendrá que perdonarla si comete algún error. Es todo bastante nuevo para ella.

—Lo entiendo completamente, señor. —Sonrió—. Estoy deseando seguirla a usted también pronto.

—Entendido. —Miré a Tatiana—. Que tenga un buen día, y que disfrutes de tu último café gratis, cariñito.

—Que tengas un buen día tú también, querido —contestó ella.

—Y que no se te olvide pedirle al señor Dillinger que te deje un momento para vestirme antes de empezar la ruta.

—Lo haré, cuando pongas fin a mi sufrimiento y te marches... —murmuró—. ¿O es que también tengo que pagar por eso?

—No tienen por qué estar incómodos ni reprimir sus muestras de cariño porque yo esté aquí —dijo el señor Dillinger—. Solo tienen que actuar con naturalidad, y con el tiempo pensarán que ni mi equipo de cámara ni yo estaremos aquí.

Nos miró a uno y luego al otro.

—Se dan besos de despedida, ¿verdad?

—Claro. —Le planté un beso en el cuello a Tatiana, y ella dio un respingo—. Hasta luego, señora Carter.

—Hasta luego.

Me fui hacia el ascensor y golpeé el botón de llamada.

Las puertas se abrieron al instante y apareció Madeline.

—Aviso —empezó a decir—: acabo de contratar a un director de documentales, y va a venir a

verlos hoy, en cualquier momento.

—Ya está aquí. —Puse los ojos en blanco—. Gracias por avisar de antemano.

—De nada.

—¿Es así como suele encargarse de sus clientes más importantes?

—Bueno, usted es el primero, así que supongo que sí.

¿Pero qué coño?

—¿A qué se refiere con que soy su primer cliente?

—¿Eh? —Las mejillas se le pusieron coloradas—. Yo no... yo no he dicho eso.

—Sí, sí que lo ha hecho. —Me acerqué más a ella—. ¿Yo soy su *primer* cliente?

—El primer cliente *de este año*. —Mentía como una bellaca—. Me refería a eso.

Intentó pasar de largo ante mí, pero la bloqueé.

—Le dijo a Ralph que había estudiado con el mejor publicista de Los Ángeles —dije—, y que se graduó con honores en un grado de marketing.

—Ah, *lo dije*, pero...

—¿Pero qué?

—Quería aparentar que era lo más de lo más, así que dije cualquier cosa para conseguir este trabajo. —Se encogió de hombros—. Todo el mundo exagera.

—No, todo el mundo no —contesté—. ¿De verdad fue a la universidad de Cornell o eso también fue una exageración?

Ella miró el techo, como si la respuesta estuviese ahí escrita.

—¿Sí o no, Madeline? ¿Fue a Cornell?

—Recorrí varias veces el campus y me compré una sudadera muy cara de la tienda de regalos.

Meneé la cabeza.

No tenía sentido despedirla a esas alturas. La operación Falsa Prometida estaba demasiado avanzada.

—¿Tiene alguna sorpresa más que darme bajo la manga? —pregunté.

—No lo sé. No puedo predecir el futuro.

—Solo diga que no, Madeline.

—Ah, lo siento. —Sonrió—. No hay más sorpresas...

—Gracias a Dios.

—... que se me ocurran en estos momentos...

25

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

«Operación Falsa Prometida

Tercera semana

Días 15 a 16: La señora Carter acompañará al señor Carter a reuniones con patrocinadores, como Tom Ford, Versace y Audemars Piguet.

Día 17: El señor Carter compartirá un vídeo de disculpa real para sus fans. (Por favor, léalo tal y como hemos ensayado, y no añada nada más).

Días 18 a 20: La señora Carter asistirá a la reunión de fin de semana para esposas y novias de la MMA en Fénix, Arizona. Dirá COSAS BUENAS sobre el señor Carter. El señor Carter NO MOLESTARÁ a la señora Carter durante ese tiempo.

Día 21: El señor y la señora Carter volarán a Manhattan *juntos* para el evento que celebrará el señor Truss. Los detalles se entregarán en adelante.

***Recuerden:** La cuarta semana será de descanso, pero al menos programaré una cena para que la vea la prensa».

26

EN LA ACTUALIDAD

VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TRAVIS

*«¡Enhorabuena al señor y la señora de Travis Carter!
Vuestra segunda familia de Nike».*

Me quedé mirando el cartel que colgaba del techo del ático del señor Truss.

Había insistido en celebrar un banquete de boda, ya que todavía se sentía *«algo extrañado»* de que no hubiéramos celebrado una ceremonia formal a la que él hubiera podido asistir.

Su mujer, la mejor planificadora de bodas de la Costa Este, decoró toda la casa con rosas rojas y blancas. También había encargado una tarta casera de tres pisos coronada con dos réplicas nuestras. La figura de Tatiana llevaba un traje rojo de patinaje, mientras que yo llevaba pajarita y unos pantalones cortos de combate de color negro.

Parte de mí pensaba que aquello era espeluznante de narices y completamente innecesario, pero otra, una muy pequeña, casi microscópica, lo encontraba ligeramente adorable.

Más le vale acceder a renovar mi contrato de patrocinio después de todo esto...

Cogí una copa de champán y me la bebí lentamente, echándole una enésima mirada robada a mi mujer. Era la primera vez que la veía en tres largos días, y había echado terriblemente de menos aquella imagen.

De alguna manera, cada uno de los vestidos que se ponía le sentaba mejor que el anterior, y el corto de un hombro y de color rosa que llevaba ese día acentuaba cada una de sus curvas y se quedó grabado en mi memoria durante meses.

—¿Sabes? Si no estuviera al tanto, me tragaría por completo lo de esta relación —susurró Penelope—. La manera en que Tatiana y tú os seguís mirando cada pocos minutos es una actuación ejemplar. Con solo verlo me emociono.

—Me alegra saberlo, Corona.

—Aunque, como ya sé la verdad... —Miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie la oyera—. ¿Hemos hecho ya lo suficiente Hayden y yo con aparecer y hacer un brindis, o crees que ese tal Truss espera que nos quedemos un rato más?

—Si te marchas pronto, no te guardaré tarta. Es de tu sabor favorito.

—Su mujer me ha preparado una pequeña para mí. —Sonrió—. Se imaginó que comería por dos. Le miré la barriga.

—¿Sigue yendo todo bien?

—Todo, a excepción de que mi hermano mayor está impidiendo el progreso de una boda *real*. Al menos, podrías haberte probado tu esmoquin.

—Ya puedes irte de la fiesta. Gracias por venir.

—No te soporto. —Se rio y me abrazó. Después, se acercó a Tatiana e hizo lo propio.

Hayden se despidió desde lejos, y luego los dos desaparecieron por la enorme escalera.

—¡Señor Carter, únase a nosotros! —me llamó uno de los directores de producto—. Nos vendría bien su opinión en esta conversación.

—Ahora mismo voy. —Cogí una botella de agua de la bandeja de un camarero y me coloqué al lado de Tatiana.

—La señora Carter nos estaba contando cómo se está adaptando a vivir en Las Vegas —comentó él—. Nos ha dicho que es mucho más difícil que en Nueva York, pero me cuesta creerlo.

—No creen lo *caro* que es vivir aquí. —Evidentemente, tenía ganas de guerra hoy—. ¿Puedes contarles cuánto dinero me gasto para poder sobrevivir?

—¿Y por qué no les cuentas *cuánto* ganas?

—¿Eh? —Los ojos del mánager echaron chispas—. ¿Se está preparando para volver a actuar sobre el hielo?

—No, va a regalarle al mundo una actuación completamente distinta —contesté con sequedad.

—Bueno, pues estoy deseando verla, sea cual sea —respondió él—. ¿Qué tal va la revancha, señor Carter?

—De maravilla —respondí—. Aunque la verdad es que nunca dejo de entrenar.

—Ah, el corazón de un campeón. —Sonrió—. ¿Cómo consigue hacer tiempo para su mujer durante esta temporada tan intensa?

De la misma manera en que estoy haciendo tiempo para esta estupidez.

—No *hace* tiempo —se adelantó Tatiana—. Si fuese por él, me evitaría todo el rato.

—Está bromeando, ¿verdad?

—No. —Se encogió de hombros—. Pero estoy dispuesta a ser el segundo plato de su carrera hasta que se retire, porque entiendo lo importante que es para él. Es casi como si le estuviera devolviendo un favor, con montones de intereses.

¿Qué demonios está haciendo?

—Mmm... —El director parecía algo confuso con su respuesta—. Bueno, ya que la ha alabado tanto a ella esta noche, ¿cuál es la mejor cualidad del señor Carter, entonces?

—La verdad es que no se me ocurre ninguna.

—¿Cómo?

—O sea, la lista es *tan* larga que no puedo elegir una sola. —Me miró con una sonrisa fingida—. Aunque, claro, la gente no lo sabe, pero es un *genio* de la contabilidad.

—¿Es esa... su mejor cualidad?

—Está bromeando. —La agarré de la mano—. ¿Puedo hablar con usted un momento en privado, señora Carter?

—Claro.

Me la llevé antes de que pudiera decir alguna imprudencia más. Tras pasar de largo algunas puertas de dormitorios, la metí en la sala de la lavandería. Cerré la puerta y dejé de fingir que era un buen marido.

—Te preguntaría qué demonios estás haciendo, pero es que creo que ni siquiera tú lo sabes a estas alturas.

—Estoy siendo una buena esposa.

—Una buena esposa no insinúa nada negativo sobre su marido.

—Lo hace, si no se le ocurren cosas buenas que decir.

—Hay una muy sencilla: «Siempre he pensado que mi marido es muy sexy».

—Lo habría dicho si no te hubieses pasado la mayor parte de la fiesta manteniendo las distancias, como si tuviese cualquier tipo de enfermedad —contestó—. Me sorprende que nadie más se haya dado cuenta, porque desde el brindis me has estado tratando como a una maldita apestada.

—Tatiana...

—Ni siquiera has hablado conmigo en el avión. —La cara se le puso roja—. Me voy a Fénix todo un fin de semana, y, cuando vuelvo, no tienes nada que decirme.

Arqué una ceja.

—¿Qué esperabas que te dijera?

—Un simple «hola» habría estado bien. Demonios, me habría conformado con uno de tus comentarios sarcásticos cuando llegué tarde antes de despegar.

—A lo mejor es que me cuesta acercarme a alguien a quien deseo y no puedo tener. —Tragué saliva—. Personalmente, creo que estoy demostrando una fuerza de voluntad férrea, porque, créeme, el único motivo por el que mantengo la distancia contigo es que si me acerco más, te follaré.

—Bueno, yo... —Dio un paso atrás—. Gracias por aclararlo.

—De nada. Y ahora, volvamos a lo que estaba diciendo sobre portarte como una buena esposa... —Me puso delante de la puerta—. Necesito que salgas ahí fuera y digas algunas cosas buenas de mí.

—Vale.

—Después de admitir que me has echado de menos.

—¿Qué?

—Me has echado de menos —afirmé—. *Dilo*.

—No te he echado de menos, Travis. Sigo estando enfadada contigo por un montón de cosas que no tienen nada que ver con esta noche. ¿Podemos volver ya a la fiesta?

—Repite la primera frase que has dicho si es verdad y volveremos.

Se hizo un silencio.

—¿Señor y señora Carter? —nos llamó alguien desde el otro lado de la puerta—. ¡Está todo preparado para que corten la tarta dentro de unos minutos!

Ninguno de los dos se movió.

26 (B)

EN LA ACTUALIDAD

DIECISIETE DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Lo único que podía hacer era mirar a Travis a los ojos con la esperanza de que no adivinara la negación en los míos.

Me disgustó la manera en que me había tratado esa noche —solo mostrando afecto cuando alguien miraba, o mirándome solo de lejos—, y me disgustó que me afectase.

Se acercó más y apoyó la frente sobre la mía.

—¿Entonces no me has echado de menos? —preguntó.

—No.

—Vale. —Estiró la mano para abrir la puerta—. Ya puedes irte. Te seguiré.

—Gracias. —Continué mirándole a los ojos—. Me alegro.

—Tatiana —pronunció en tono tenso—, ¿por qué sigues aquí parada?

—No lo estoy. Me voy a marchar, si me das un segundo.

Me dio mucho más que eso. Me agarró de la cintura.

—Me voy hacia la puerta ahora mismo —dije.

—Ya veo. —Me agarró más fuerte—. ¿Ahora?

—Sí. Ahora mismo.

Sus labios formaron una sonrisa, y bajó la voz.

—Es una pena ver que todavía te cuesta admitir qué es lo que más te conviene.

—No hay que avergonzarse de madurar y aprender de los errores enormes en una relación.

—¿Es eso lo que fui para ti? —No parecía ni lo más remotamente convencido—. ¿Un *error*?

—El mayor que he cometido nunca. —Tragué saliva—. Y en cuanto termine de fingir que tenemos una relación, me sentiré muy orgullosa de borrar *este* también.

—Entonces supongo que podemos hacer que los siguientes minutos sean memorables. —Presionó sus labios contra los míos y me atrapó en un fuerte abrazo, sentenciando mis mentiras con un beso largo e implacable.

Me metió una mano debajo del vestido y me arrancó las bragas.

Cuando cayeron al suelo, me dio un azote en el culo, y yo chillé tan alto que supe que quienquiera que estuviera al otro lado de la puerta me había escuchado.

—¿Estás fingiendo *esto*? —siseó contra mi boca, todavía castigándome con su beso.

—Sí —mentí—. Es todo una maldita mentira.

Me hizo girar para quedarme mirando de frente hacia el ventanal, e hizo que me inclinara.

Agarró el dobladillo del vestido y me lo subió hasta el estómago.

—No te muevas. —Me metió un pie entre las piernas y me obligó a separarlas para él.

Me agarré al borde de la lavadora para mantener el equilibrio, pero él volvió a darme otro azote. Mucho más fuerte esta vez.

—He dicho que *no te muevas* —me advirtió.

Me quedé quieta, cerré los ojos y esperé mientras escuchaba cómo se desabotonaba los pantalones a mi espalda. Después, me llegó el sonido del envoltorio de un condón al rasgarse, y unos segundos después lo sentí presionarme su erección enfundada contra mi clítoris. Ni siquiera me dio tiempo a pensar en que me iba a follar.

Se introdujo en mí de un golpe, y me ensartó con su enorme miembro hasta dentro. Después me agarró del pelo y tiró de él hacia atrás.

—¡Jodeer! —grité—. Te odio...

Entró y salió de mi interior sin compasión, sin dejar de tirarme del pelo con fuerza.

No tuve más remedio que aferrarme a la lavadora; estaba dispuesta a seguir aceptando el castigo.

—Dime que me odias otra vez —dijo, empujando con más fuerza.

—Te odio —gruñí, con voz ronca—. Te odio profundamente.

—Me has *echado de menos*... —Me mordió el hombro y aceleró el ritmo—. Di que me has echado de menos.

—Sí... —gemí.

Me metió una mano entre las piernas, encontró mi clítoris y comenzó a frotarlo con el pulgar.

—*Dilo*.

—Ah... Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. —Me lamió el cuello con la lengua—. Durante *años*...

El clítoris se me inflamó bajo la presión del ritmo constante de su pulgar, y su polla me golpeaba constantemente en el lugar adecuado. El placer que sentía en mi interior aumentaba cada vez más, y perdí totalmente el control.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí su nombre más alto de lo que lo había hecho en toda la noche, sometiéndome por completo y dejándome llevar.

Él me sostuvo con firmeza mientras alcanzaba su propio orgasmo, pero después no me soltó.

Seguimos entrelazados, intentando recuperar el aliento.

Me dio un último beso sobre la piel del cuello, y salió despacio de mi interior. Se quitó el condón, lo tiró a la basura y se subió los pantalones antes de ponerme bien el vestido.

Me dio la vuelta para que lo mirara, y pareció que quería decir algo, pero no pronunció palabra alguna. En cambio, suspiró y me colocó unos mechones revueltos en su lugar. Después, cogió mis bragas y se las metió en el bolsillo.

Acababa de romper mi primera norma del contrato como si tal cosa, y, visto lo fácil que me resultaba implicarme emocionalmente con ese hombre, no podía permitirme romperla otra vez.

—¿Señor Carter? —dije.

—¿Sí?

—Por favor, no espere que vuelva a suceder otra vez.

—Me parece bien. —Abrió la puerta—. Tú te lo pierdes.

EN LA ACTUALIDAD

VEINTIDÓS DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

Piensa en otra cosa que no sea en tu mujer. Piensa en otra cosa que no sea en tu mujer.

Hice a un lado todos los recuerdos de haber estado dentro de Tatiana, una sensación que había echado de menos durante demasiado tiempo, y los sustituí por imágenes de Juárez. Después, entré en mi octógono privado e intercambié golpes con mi entrenador.

Con cada uno de ellos, me imaginaba la cara de Juárez ensangrentada y amoratada, veía romperse la mandíbula a cámara lenta, y observaba su boca rogando piedad mientras hacía que se tragara todas y cada una de las palabras que había dicho sobre mí a la prensa.

—¡Basta! ¡Travis! —gritó mi entrenador—. ¡Joder, basta!

Salí de mi trance y me di cuenta de que lo había tirado al suelo y tenía el labio ensangrentado.

—Lo siento, Max. —Me incliné y lo recogí del tatami—. Me he dejado llevar.

—No pasa nada, señor. —Pero el miedo en sus ojos me decía todo lo contrario—. ¿Qué tal un poco de proteínas?

Salió de la jaula sin darme tiempo a que le respondiera.

Me quité los guantes y lo seguí a la sala de relajación.

—Cada día das más miedo, Chico Humilde. —Ralph levantó la mirada de su portátil—. Puede que me vea obligado a apostar por tu victoria esta vez.

—Gracias —dije con frialdad—. ¿Has entregado ya los papeles para la revancha?

—Pues claro. —Asintió—. La UFC quiere convertirlo en todo un evento, así que te aviso de que habrá cambios importantes con la prensa en tu agenda.

—Hablando de la prensa... —Abrí mi mochila y saqué el ejemplar de esa mañana de *Vegas Times*. Pensaba que el objetivo del matrimonio era el de darles la vuelta a todas esas noticias malas.

—El objetivo de tu matrimonio, sí —contestó—. Pero la gente normal se suele casar por amor o por dinero.

—El titular de la portada de hoy es negativo de cojones.

Se puso las gafas de lectura y recitó el titular en voz alta.

—«No os creáis todo lo que se dice: Travis Carter nunca cambiará, el divorcio es seguro». ¿Qué tiene de negativo? —Sonrió—. Es una columna de opinión de un editor adjunto.

—Está en la portada, Ralph.

—¿No te habría molestado si lo hubiesen puesto en alguna otra parte?

Le quité el periódico de las manos, y se rio.

—Mira el lado positivo —añadió—. Siete patrocinadores se han comprometido a renovarte el contrato a partir de esta mañana.

—Por favor, dime que uno de ellos es el señor Truss, de Nike.

—No, pero me ha prometido firmar después de que hagas unas cuantas cosas más.

—No me digas cuáles. —Meneé la cabeza—. No quiero saberlo.

Saqué otro periódico con un titular bastante poco halagüeño, y apareció Tatiana, que se aclaró la garganta.

—¿Qué lugar es el mejor para una cena privada en The Strip? —preguntó.

—Depende del tipo de experiencia que estés buscando —contesté, mirando su vestido corto de color rosa—. Primero tendrás que contármelo.

—Voy a ponerme al día con un antiguo compañero de patinaje esta noche —informó—. Por cierto, puede que quieras avisar a los medios de comunicación de que solo se trata de un conocido, por si acaso nos pillan juntos.

—¿Es un chico?

—Sí. Lo es. —Hizo una pausa—. Tristan Chamberlain.

—¿Tu antigua pareja de patinaje?

Ella asintió.

—Quiere disculparse formalmente por lo que me hizo durante la cena.

—Seguro que sí, pero no puedes verlo.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no te lo permitiré.

—Ah, vale, *papá*. —Puso los ojos en blanco y se alejó. Después miró a Ralph por encima del hombro—. ¿Puede decirle a mi marido en qué año estamos? Parece que le han enviado de un puñetazo a un siglo distinto durante el entrenamiento de hoy.

Cerró la puerta de un portazo, y Ralph levantó las manos a modo de rendición.

—A mí no me metas.

—Vale. Dame mi teléfono —le dije a Ryan.

—Ahora mismo, señor.

Tecleé «*Tristan Chamberlain*» en el buscador y esperé a que se cargaran los resultados.

Deslicé las páginas de información y descubrí que su carrera había acabado mucho antes que la de Tatiana, y ahora se ganaba la vida como *influencer*. Había amasado millones de seguidores y vendía de todo, desde tiras blanqueadoras de dientes hasta té para adelgazar.

Parecía inofensivo, pero no estaba preparado para descartarlo todavía.

Pinché sobre su perfil de Twitter y leí su último tweet.

«**@TristanChamLife:** Acabo de aterrizar en Las Vegas, en un vuelo de primera clase. Se avecina una noche especial. La última oportunidad de recuperar a alguien que perdí...».

¿Pero qué coño?

EN LA ACTUALIDAD

VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

Madeline: *Por favor, no me diga que ha usado el sistema de bloqueo maestro de su apartamento para evitar que su mujer salga de casa esta noche.*

Yo: *Vale. No se lo diré.*

EN LA ACTUALIDAD

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

CRYSTALS CITY CENTER: DOLCE & GABBANA, LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

—De verdad que no hace falta que siga todos y cada uno de mis movimientos, Ryan.

—Son las órdenes textuales del señor Carter. —Me sonrió con compasión—. Es para su protección.

—¿Protección contra *qué*?

—Quiere asegurarse de que está a salvo, protegerla de cualquier cosa que pudiera ocurrirle en público.

—¿Como, por ejemplo, que los *paparazzi* me echen fotos con tanto ruido que puede que me maten?

Contuvo una carcajada.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, señora.

—¿Y puede hacerlo desde allí? —Señalé hacia la entrada—. Estoy segura de que el señor Carter no querrá que me siga hasta el probador.

Parecía no estar muy convencido con la idea, pero al final se alejó.

Gracias a Travis, toda la tienda se había despejado, salvo por las dependientas y la encargada.

Me habían atendido como a una reina, sirviéndome champán y fresas todo el rato mientras me enseñaban todos los artículos del establecimiento.

Agradecía su servicio desmesurado, aunque en realidad el propósito final era tenerme controlada.

Visitara la tienda que visitara, todo el personal seguía el mismo protocolo.

No había ningún lugar al que no alcanzase la influencia de Travis, ni encargado ni marca que no le debiera un favor o que no quisiera la oportunidad de ganar un poco de su dinero.

Me metí en el probador y me probé un conjunto negro de lencería de encaje y un salto de cama a juego. Cuando estaba comprobando cómo me quedaba de lado, escuché unos tacones acercarse cada vez más.

—¿Señora Carter? —La encargada llamó a la puerta.

—¿Sí, señorita Turner?

—Ha llegado otro guarda de seguridad —dijo—. Dice que se llama Benny, y que ha venido a petición del señor Carter. ¿Puedo dejarle entrar en la tienda?

¡Madre mía!

—Sí. Puede dejarle pasar.

—Gracias. Estaré fuera por si me necesita.

Esperé hasta que dejé de escuchar el repiqueteo de sus tacones y le hice una videollamada a Travis.

—Hola, mi preciosa esposa —contestó, en tono demasiado dulce—. ¿Cómo te encuentras esta

tarde?

—Estoy muy molesta. —Esperé a que apareciera su cara, pero la pantalla seguía negra.

—Siento escucharlo. —Hizo una pausa—. Antes de que me digas la razón, deberías saber que estoy en mitad de una reunión importante de negocios, y que aunque no puedo verte, estás con el altavoz.

—No me importa —gruñí, enfadada porque tomarse un café con Ralph y Madeline lo describiera como «una reunión de negocios»—. Necesito sacarme esto de encima.

—¿Debería despejar la sala primero?

—No, deberías dejar que tu equipo sepa lo jodidamente chiflado que estás con las medidas de seguridad de tu esposa.

—No veo nada de malo en proteger las cosas que me importan mucho.

—Querrás decir que no soportas que ningún otro hombre se acerque a tu mujer.

—Eso también. —Se notaba que sonreía—. Pero no pienso disculparme por eso.

—No eras así antes de que nos fuéramos a Nueva York.

—Tienes razón —admitió—. Creo que cierto recordatorio en una lavandería me hizo darme cuenta de que necesito proteger lo que me pertenece mucho mejor.

—Vale, mira. —Meneé la cabeza—. Es difícil tener una videollamada cuando no puedo verte y tú tampoco puedes verme a mí. Enciende la cámara.

—Como quieras. —Apareció en la pantalla, y de repente me di cuenta de que no bromeaba cuando había dicho lo de la reunión de negocios.

Travis parpadeó varias veces y separó los labios al observar el conjunto de lencería que llevaba puesto.

—Señora Carter. —La dependienta metió un brazo por mi puerta para entregarme un sujetador oscuro de encaje—. No he podido encontrar el tanga a juego para este, pero puedo pedir que lo traigan de otra tienda de inmediato si está dispuesta a esperar. No tiene más que avisarme.

—Yo... —Las mejillas me ardían mientras los socios de Travis seguían observándome.

—¿Podéis perdonarnos a mi esposa y a mí, por favor? —Travis se recuperó y soltó una sonrisita socarrona—. Está claro que quería que nuestra conversación fuese privada.

Salieron a toda prisa de la sala, y Travis se reclinó en su silla.

—Gracias por salvarme de una aburrida sesión que estaba a punto de cancelar —dijo—. ¿Qué decías sobre la seguridad permanente? —No contesté nada—. ¿Señora Carter?

Seguía sin habla, avergonzada y furiosa porque creyera que aquello era divertido.

—Deberías comprarte ese conjunto de lencería en rojo también —dijo, sonriendo—. Siempre ha sido el color que mejor te queda. Enviaré a otro escolta para que te lleve las bolsas, porque parece que vas a comprar un montón hoy.

Le colgué sin despedirme.

30

EN LA ACTUALIDAD

VEINTISÉIS DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

ANDIAMO STEAKHOUSE, LAS VEGAS (NEVADA)

MADELINE

Señorita Brave: ¿Puede pedirle a mi marido que me pase la sal?

—Señor Carter, ¿puede pasarle la sal a su esposa? —Me aguanté las ganas de poner los ojos en blanco.

En vez de revisar los detalles de su futura agenda, estaba haciendo el papel de «teléfono» por lo que debía ser la enésima vez.

La tensión continuada entre los dos me estaba llevando al borde de la locura, y para mí seguía siendo un misterio que no fueran capaces de comportarse como adultos.

Levanté la mano para que me diera el salero, pero en cambio, el señor Carter cogió su móvil.

Señor Carter: Le pasaré el salero a mi mujer si usa la boca para pedírmelo. Ha pasado todo un día, y todavía no me dicho ni una palabra.

Señor Carter: Dígame que habíamos acordado que, de ahora en adelante, al menos nos saludáramos.

Señor Carter: Puede decir «lavandería de Nueva York». Comprenderá la referencia.

Hice una seña para pedir la cuenta. Después me incliné, cogí la sal y se la pasé a la señorita Brave.

—Tome —dije—. ¿Pueden hacerme un favor los dos y sonreírse? La gente los está mirando.

—Eso no es nada nuevo. —La señorita Brave me sonrió a mí, en vez de a él—. A estas alturas, me sorprende que el señor Carter no haya hecho que sus escoltas me vigilen cada vez que voy al baño.

—No me des ideas —replicó él.

—¿Saben qué? —Dejé mi tenedor—. Pueden dejar lo de las sonrisas por esta noche. Antes de que esta cena llegue a la prensa, los informaré de que se trata de una comida después del entrenamiento, y no de una cita.

—*Vale* —respondieron los dos al unísono.

—Me alegro de que los dos vuelvan a estar de acuerdo. —Di una palmada—. ¿Podríamos hablar sobre la agenda de la semana que viene?

No contestaron.

Mi teléfono vibró sobre la mesa.

Señor Carter: ¿Puede pedirle a mi mujer que me pase la pimienta?

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

«Operación Falsa Prometida

Semanas cuarta y quinta

Todos los días: Manténganse lo más lejos posible el uno del otro».

ACTO OCTAVO

POR AQUEL ENTONCES

PARKER HOTEL & SUITES, FILADELFLA (PENSILVANIA)

TRAVIS

—¡Es que no podía alejarme de él! —Penelope gira delante de la pantalla para mostrar un vestido de color rosa brillante—. Cambié de opinión y lo compré en el último minuto. ¿Qué opinas?

—Es muy bonito, Corona. —Sonríe—. ¿Qué te ha dicho tu entrenador?

—No quiere verlo todavía. —Pone los ojos en blanco—. Tengo unas cuantas competiciones antes de los Juegos Olímpicos de Sochi, y él sigue fiel a su norma de centrarse tan solo en una cosa a la vez.

—Por algún motivo es el mejor en lo suyo.

—Es el mejor en cargarse la diversión en todo. —Se deja caer en una silla—. Pero gracias por pagar esa tarifa ridícula para mí.

—De nada.

—He comprado una sudadera para que te la pongas en Sochi. —Levanta un jersey gris y rojo que dice «SOY LA MEJOR PATINADORA ARTÍSTICA CON VIDA»—. También he comprado un parche que dice: «MI HERMANA SERÁ SIEMPRE LA PRIMERA» —continúa—. Tienes que prometerme que te lo pondrás cuando llegues aquí. Bueno, si es que vienes de verdad, claro.

—Ya te he dicho que haré todo lo posible por estar ahí. Lo he repetido un millón de veces.

—Últimamente lo dices en todas las competiciones, y aun así... —Me lanza esa mirada suya que conozco tan bien.

Por lo general, empezamos a discutir, y ella dice que soy «*el peor hermano del mundo*» antes de colgarme en las narices, pero por alguna razón me duele todavía más cuando se queda así de calmada.

Aunque, claro, decir que últimamente soy el peor hermano del mundo se queda corto.

Es casi un halago.

Me he perdido todas y cada una de sus competiciones al cancelar los viajes en el último momento para participar en un combate o celebrar una reunión con un posible patrocinador.

Aunque gano más dinero que antes y puedo cuidar de los dos con un poco más de holgura, lo único que no me puedo permitir es tiempo libre. Y menos cuando estoy tan cerca de conseguirlo, tan cerca de quitarme la deuda de mi familia de encima.

El presidente de la UFC me sigue dando largas, prometiéndome que «*pronto, muy pronto*» me dará la oportunidad de combatir por un título que me consiga más promoción, beneficios y la ansiada libertad para hacer las cosas que quiero hacer. Pero, claro, de momento sigo luchando con oponentes mediocres en los espectáculos previos y usando mi talento en distintas ligas clandestinas.

—Haré todo lo que pueda por estar ahí, Penelope —insisto—. Deberíamos hacernos una foto junto a los anillos, en recuerdo a mamá.

—Te llevo adelanto en eso. —La mirada se le ilumina, y coge una fotografía de cuando nuestra madre participó en los Juegos Olímpicos—. Ella es la inspiración tras el vestido. Creo que estaría

orgullosa de mí.

—*Sé que sí lo estaría.*

—Sin embargo, estaría muy decepcionada con la carrera que has elegido tú.

—No tanto como lo estaría papá. —Sonrío, y por primera vez desde hace siglos nos reímos y compartimos recuerdos de nuestros padres sin que nos duela.

Los minutos pasan, se convierten en horas, y ya es poco más de medianoche cuando estamos discutiendo quién se lo hizo pasar peor a papá cuando éramos niños.

—¡Mierda! —se queja—. Tengo clase de ballet dentro de un par de horas. Tengo que echar un sueño. Te quiero, Travis.

—Yo también te quiero, Corona. —Cierro el portátil.

Entro en mi cocina, cojo el móvil y veo que tengo una llamada perdida de Tatiana.

Mierda. No la he visto en persona desde hace meses.

A pesar de que hablo con ella lo máximo posible y le envío regalos de vez en cuando, no he sido el mejor novio.

La estoy jodiendo con todo el mundo en mi vida.

Contengo un suspiro y le devuelvo la llamada.

No suena.

Sale directamente el contestador automático.

Joder.

—Hola, Tati —digo después de la señal—. Siento no haber podido contestar. Lo intentaré de nuevo dentro de unas horas. Si no te localizo, entonces... —Me detengo, porque sé que ambos tendremos una semana de locura—. Buena suerte en la entrevista para la plaza en la facultad de Empresariales esta semana, cuéntame qué tal te ha ido.

Me quito las vendas de las manos y me preparo un batido de proteínas. Después, coloco una zona improvisada de pesas en el salón y pido una cena *ketó* preparada.

Aunque los tipos con los que voy a luchar este fin de semana no me llegan a los talones, nunca hay que subestimar a un oponente. Todavía no puedo permitirme perder, y no quiero saber nunca qué se siente al hacerlo.

Cincuenta levantamientos después, el repartidor llama a mi puerta.

—¡Un segundo! —grito, cogiendo un par de billetes de veinte—. Puedes guardarte el cambio, porque... —Dejo de hablar al ver a Tatiana en el pasillo.

Lleva el pelo recogido en un moño rizado en la coronilla, y va vestida con una chaqueta de color rojo chillón y unos vaqueros. La lluvia le resbala por encima y cae sobre la moqueta del hotel.

—Hola...

—Hola. —Se sonroja, y me doy cuenta de que tiene una maleta gris detrás de ella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Alquilé un coche después de reunirme con un posible patrocinador en Nueva York. —Sonríe—. Como eres tú quien tiende a presentarse de repente a visitarme, y dado que no nos hemos visto desde lo que me parece una eternidad, he pensado que debía devolverte el favor.

Me quedo mirándola.

Ella se asoma a mi espalda, y su expresión pasa lentamente de la felicidad a la preocupación.

—¿Estoy interrumpiendo alguna visita?

—Nunca ha habido ninguna visita —respondo—. Lo sabes muy bien.

—¿Entonces por qué no dices nada?

—Es que estoy pasmado. —Le deslizo un brazo por la cintura y la hago entrar. En cuanto la

puerta se cierra, la beso en los labios, y la maleta se le cae al suelo—. ¿Sabes...? —susurro contra sus labios—. Estoy empezando a pensar que sientes algo por mí.

—No es verdad. Solo eres un antiguo compañero de gimnasio con quien hablo de uvas a peras. — Las mejillas se le sonrojan, y vuelvo a besarla.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad?

—Tres días. Quiero ir a ver tu combate.

La suelto al escuchar al repartidor y le pago a toda prisa. Después, dejo las cajas sobre la encimera y abro una botella de vino.

—¿Ahora bebes vino? —pregunta.

—Solo si estás conmigo. —Le entrego una copa—. Es la marca de ese «vino relajante» que me contaste hace meses. No está tan mal.

—Querrás decir que es el mejor. —Se acerca al sofá, y yo la sigo.

—¿Puedo contarte una cosa? —pregunta.

—Claro.

—Creo que es posible que seas el mejor novio que he tenido nunca.

—¿A qué te refieres con «es posible»?

—Tendré que esperar a ver quién llega después de ti, para poder comparar.

—Pues que no se te olvide darme su dirección, para poder tener unas palabras con él también.

Ella se ríe, y yo la estrecho contra mi cuerpo.

—Hay un maratón de *Sailor Moon* —menciona.

—Gracias por informarme de lo que *no* vamos a ver. —Meneo la cabeza. Ya he visto todos los episodios de esos dibujos con ella, y no puedo soportarlo más.

Al final, acordamos ver *Ley y Orden*, y a mitad del episodio, apoya la cabeza en mi regazo.

Me mete la mano por los pantalones y me saca la polla. O bueno, parte de ella. Después, lame la punta varias veces.

—Tatiana... —Contengo una carcajada y le levanto la cabeza para mirarla—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy intentando... —Se sonroja y vuelve a metérmela dentro de los pantalones—. Ya sabes...

—¿Chupármela?

—Seguro que hay una manera más suave de describirlo.

—Vale. —Sonrío y la levanto con cuidado—. Deja que te ayude.

—¿Lo estoy haciendo mal?

—Pero no durante mucho tiempo —contesto—. Aunque deberías ponerte de rodillas.

Ella duda, pero al final se apoya en la moqueta.

Me suelto la cuerda de los pantalones.

—Méteme la mano dentro de los pantalones y sácamela. Toda entera...

Cumple mis órdenes, y la polla se me endurece bajo su contacto.

—Bien. Y ahora escupe.

—¿Qué?

—Ya me has oído —insisto—. Escupe sobre mi polla.

Ella obedece, pero no está lo suficientemente húmeda.

—Una vez más —digo.

Lo hace, y entonces le cojo la mano y me rodeo el eje con ella, mostrándole cómo moverla hacia arriba y hacia abajo.

—¿Ves lo duro que me estoy poniendo por ti? —pregunto.

—Sí...

Inspiro con fuerza cuando ella se inclina de manera espontánea y me acaricia la punta con la lengua. Después, se la mete en su boca perfecta y cálida.

—Joder... —gimo—. Métetela hasta la garganta.

Se aferra a mis muslos, ajusta la postura y abre más la boca, chupándomela centímetro a centímetro.

Cuando llega a la mitad, siente una arcada.

—*Despacio*. —Entrelazo los dedos en su pelo—. Tómame tu tiempo.

Asiente y lo vuelve a intentar, mucho más despacio esta vez. Es una puñetera perfección.

Me reclino en el sofá, y ella sube y baja la boca por mi erección, masajeándome las pelotas con la mano y dejándome completamente sin habla.

Entre cada caricia, me escupe un par de veces más, y me cuesta la vida no apartarme de ella y llevarla al sofá.

—Estoy a punto de correrme —susurro—. Deberías apartar la cabeza o lo haré en tu boca.

Ella no se separa. Empieza a moverse más rápido.

—Tatiana... —le advierto, pero actúa como si no le importara.

Le agarro la nuca con la mano al sentir que mis músculos se tensan, y su boca cálida me lleva hasta el puñetero clímax.

Ella se echa hacia atrás y no aparta la boca de la punta de mi polla hasta que me corro dentro.

Me quedo mirando cómo se lo traga todo.

Todavía duro como una piedra, la agarro de las manos y la subo al sofá.

—Eres perfecta, joder —declaro—. ¿Lo sabías?

Sonríe, pero no me responde.

—¿Puedo usar tu baño?

—¿Te vas a limpiar mi sabor de tu boca tan pronto?

Ella se ríe, coge su maleta y desaparece por el pasillo durante unos minutos.

Cuando vuelve, va vestida con un pijama de franela. Nunca sabré por qué se molesta en ponerse esas cosas tan abrigadas, cuando duerme mejor desnuda.

Aunque, claro, probablemente ahora sea lo mejor.

Se hace un ovillo sobre mi regazo, y seguimos viendo episodios de *Ley y orden*.

—Eh... —murmura, cuando suena la melodía familiar—. ¿Sigues despierto?

—Sí.

—Si te dijera que quiero que seas el primero, ¿qué contestarías?

—Te contestaría que te fueras a dormir. —Le doy un beso en el pelo—. Has tenido un viaje muy largo y lo dices por decir.

—¿Puedo hacerte otra pregunta más?

—Claro.

—Una vez dijiste que las relaciones a larga distancia no suelen acabar bien.

—Lo dije antes de tener una contigo.

—Sí, bueno... —Parece nerviosa por primera vez en esta noche—. ¿Te estás acostando con otras chicas?

—No. —La hago girar para que me mire a la cara y le doy un beso en los labios—. Todavía continúa mi racha de «nada de sexo en más de un año».

—Si no me acuesto contigo pronto, ¿me dirás que lo nuestro se acaba?

Contengo la risa.

—Nunca lo haría.

—¿Por qué no?

—Porque me gustas demasiado. —Vuelvo a besarla—. Y tú eres, sin lugar a dudas, la única novia que quiero tener nunca.

EN LA ACTUALIDAD

TREINTA DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

FUENTES DEL BELLAGIO, LAS VEGAS (NEVADA)

RALPH

¿Dónde demonios están?

El humo de mi puro se desvaneció en el aire, y su aroma tóxico me recordó que debía dejar esa mala costumbre.

Sin embargo, siempre que tenía que tratar con el Castigador y con todas las cosas que conllevaba gestionar su ilustre carrera, mi dosis diaria de nicotina era lo único que me mantenía a flote.

Ahora que Tatiana había vuelto a su vida, mi única dosis estaba a punto de convertirse en *sobredosis*.

Estar a su lado durante más de una hora era totalmente agotador, porque se negaban a admitir lo que todo el mundo creía que era bastante evidente.

Comprobé mi móvil y me aseguré de no haber leído mal la agenda actualizada que Madeline había preparado para esa semana.

«El señor y la señora Carter tendrán una cita romántica delante de las icónicas fuentes del Bellagio».

Esperé unos minutos más antes de llamar a Travis.

—¿Sí, Ralph? —contestó, respirando con dificultad—. ¿Qué pasa?

—«Lo que pasa» es que estoy aquí plantado, en el exterior del Bellagio, esperando a que aparezcan los Carter. ¿Dónde demonios estáis tu mujer y tú?

—Estoy entrenando en el gimnasio —respondió—. No puedo hablarte por ella. Llama a Ryan y compruébalo.

—¿Es que tenéis pensado hacer esta sesión de fotos más tarde o algo?

—Como ya he dicho, no sé lo que está haciendo ella, y ni me importa. —Claro que sí le importaba—. Ya no nos hablamos.

Colgué y llamé a Tatiana.

Sonó tres veces, y mientras me contestaba su buzón de voz, me llegó un mensaje suyo.

Tatiana: Si me estás llamando para preguntarme por Travis, deja un mensaje en el buzón y lo escucharé la semana que viene. Si se trata de otra cosa, vuelve a llamarme y te contestaré.

La madre que me parió...

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

¡Ha pasado toda una semana (esperad, no, ¡todavía más!), y no se ha visto juntos al señor y la señora Carter ni una sola vez!

Pasaron las primeras semanas de su dicha conyugal regalándonos imagen tras imagen, día tras día, ¿y ahora han decidido no darnos nada? ¿Nos dejan en dique seco?

¿Qué demonios está pasando?

Hasta que lo averigüemos, «Maldito Travis Carter» es el *trending topic* actual en Twitter, y no tiene nada que ver con que esté desaparecido en combate.

Anoche, Juárez «Ojo Rojo» le lanzó un dardo en el siguiente tweet:

«@ChampionChristopherJuarez: Querida señora Carter, quiero que sepa que está muy buena y que se merece un hombre mejor que su marido. Llámeme cuando se quiera follar a un verdadero campeón. #teprometometértelamuchomejor».

A Travis no le resultó nada divertido, y le respondió de inmediato:

«@TheRealTravisCarter: Querido señor Juárez, mi mujer, que está muy buena, aprecia el cumplido, pero no está interesada en su oferta. Si alguna vez quiere probar con diez centímetros en vez de veinticinco, se lo hará saber. #teprometoquetevoyamachacar».

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

EN LA ACTUALIDAD

TREINTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

GRACE MEDICAL COMPLEX, LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

La noche que perdí contra Juárez un equipo médico entró a toda prisa en el octógono y me condujo hasta una ambulancia que había fuera esperando. En solo cuatro minutos me llevaron desde el estadio a una habitación privada en el Grace Hospital, mientras que los miembros de mi entonces equipo llenaban la sala de espera que había abajo.

La pagué contra todo aquel que venía a visitarme, soltando todo tipo de variaciones del «*Vete a la mierda*» o «*Lárgate*», porque seguía en fase de negación sobre el combate.

Aunque no me arrepentía de haber perdido a los miembros más parásitos de mi equipo, la manera en que había tratado a una de las enfermeras durante mi estancia allí seguía preocupándome.

Me aseguré de que el ramo de lirios que había comprado no se cayera, aparqué en la zona de visitas y luego apagué el motor. Volví a comprobar que tenía el nombre correcto, y llevé las flores hacia la unidad de traumatología.

—El horario de visitas se acaba dentro de una media hora, señor. —La recepcionista desvió la mirada hacia un portapapeles—. Escriba su nombre y entregue su documento de identidad, para que pueda prepararle una tarjeta temporal.

—He llamado hace un par de horas para decir que necesitaba hablar con la enfermera Hachette.

Ella levantó la mirada y gimió.

—Así que al final no era una broma.

—Ya dije que no.

—Bueno, pues dudo que la enfermera Hachette quiera volver a verle otra vez. Le detesta.

—Y con todo derecho —contesté—. Me gustaría tener la oportunidad de disculparme.

Se cruzó de brazos y me miró como si ya no tuviera nada más que decir y tampoco pensase hacer nada más.

Otra enfermera entró en el cubículo y jadeó.

—¿*Travis Carter*? O sea, ¿qué coño hace este cabrón aquí?

Dejé las flores en el mostrador.

—¿Puedo hablar con su supervisora, por favor?

—La enfermera Hachette *es* la supervisora —contestaron al unísono.

Antes de que me diera tiempo a rogarles que la llamaran, alguien me dio unos golpecitos en el hombro desde atrás.

—¿Me busca a mí, caballero?

Me di la vuelta y ella dio un paso atrás, con expresión tan dolida y enfadada como la noche en que se convirtió el objeto de mi ira.

—Mire —dije—, sé que no tiene motivos para creerme, y estoy seguro de que va a llamar a seguridad en los próximos treinta segundos...

—Diez segundos —me interrumpió.

—Siento cómo me porté durante mi estancia aquí —confesé.

—¿Qué parte siente? —Se cruzó de brazos—. ¿Haber hecho descaradamente lo opuesto a lo que le decía que hiciera o todas las veces en que me atacaba sin motivo alguno?

—Todo. No se merecía que la trataran así. —Me saqué un sobre pequeño del bolsillo—. Dijo que no le pagaban lo suficiente como para tratar con «imbéciles», y estoy totalmente de acuerdo.

—Deje que adivine —dijo, al cogerlo—: ¿asientos en primera fila para su próximo combate?

—No. —Arqueé una ceja—. ¿Preferiría eso o cinco años de sueldo?

Ella rasgó el sobre y se quedó mirando el cheque durante unos momentos.

—Sé que no cambia nada, pero lo siento de verdad.

—Sigue siendo un imbecil. —Estaba sonriendo—. Pero aprecio el gesto. Nos ayudará a mi familia y a mí más de lo que usted cree.

—¿Me perdona?

—Sí... Pero si no es demasiado pedir, me encantaría que me firmara un autógrafo.

—Claro. —Cogí un bolígrafo del mostrador—. ¿Qué quiere que ponga?

—suyo no. —Puso los ojos en blanco—. De su *mujer*.

Parpadeé varias veces.

—Mi hija está obsesionada con el patinaje artístico —explicó—. Conoció a su hermana el año pasado, y ha estado siguiendo el Instagram de su mujer con la esperanza de poder encontrarla en Las Vegas, pero no ha tenido mucha suerte. Si pudiera hacer que firmase una camiseta o algo que se pueda poner, le estaría eternamente agradecida.

—Se la traeré mañana. —Dejé el bolígrafo—. ¿Algo más?

—Pues claro. —Habló una de las enfermeras que había detrás de mí—. Fotos con nosotros para nuestras redes sociales, y también puede extendernos unos cheques.

Contuve la risa.

—Lo pensaré.

Al llegar a casa, Tatiana estaba despatarrada en mi sofá con un libro de comercio sobre el pecho. En el suelo había una botella de champán medio vacía.

Me acerqué y saqué una manta de un baúl, y justo entonces abrió los ojos.

—¿Hay algún motivo por el que estés durmiendo aquí y no en tu habitación? —pregunté.

—Estaba esperando para enfrentarme a ti —murmuró— sobre algo muy importante. Algo que no puede esperar ni un segundo más.

—Te escucho.

—Eres un marido horrible.

—¿Eh? —Arqueé una ceja—. ¿Y cómo es eso?

—Nunca hablas conmigo cuando llegas a casa de tus entrenamientos —contestó—. Te vas directamente a tu lado del apartamento.

—¿Te das cuenta de que esta es la primera vez que me hablas en dos semanas?

—Cuando salíamos juntos, me hablabas aunque estuviese enfadada contigo —continuó con voz pastosa—. Eres casi perfecto, Travis.

—Eso es imposible. Rompiste conmigo.

—No quería...

Esperé a que se explicara, a que me dijera al fin por qué hizo aquello, pero cambió de tema.

—Todo el mundo en el almuerzo de las fans de la MMA babeaba por ti hoy. Solo hablaban de ti. — Cogió la botella de champán, pero yo se la quité—. Yo solo estaba ahí como decoración, y para hablar por poderes en nombre de Travis.

—No creo que eso te haya sorprendido.

—No, pero puede que me haya tomado una o dos mimosas de más y que haya dicho algunas cosas sobre ti que en realidad no pensaba.

—¿Qué cosas?

—Estoy segura de que *El Diario Mordaz* o Madeline te lo contarán todo.

—Prefiero que me lo cuentes tú.

—Vale. —Intentó sentarse, pero volvió a caer sobre el sofá.

Reprimí una carcajada, le metí las manos por debajo de los muslos y la levanté para llevarla dentro.

Cuando llegamos al dormitorio, aparté las sábanas.

—¿Todavía duermes desnuda? —pregunté.

—No. —Se sonrojó—. *Nunca* he dormido desnuda.

—Me lo tomaré como un sí. —La coloqué sobre el colchón—. Levanta las manos.

—¿Me vas a arrestar?

—¿Qué?

—¿Por qué me estás haciendo tantas preguntas de repente? —Se balanceó hacia delante y hacia atrás—. Ahora pregúntame cuántos dedos has levantado. Hace mucho que no he participado en ese juego.

—Tatiana, ¿qué está pasando?

—Cuatro dedos. —Soltó una risita infantil—. ¿Verdad?

Saqué el móvil y llamé a Ryan.

—¿Sí, señor? —respondió al primer toque.

—¿Qué demonios le ha pasado a mi mujer?

—Está borracha y *colocada*, señor —contestó—. Compró una bolsa enorme de cereales y *brownies* de marihuana en un herbolario después del almuerzo. La oculté del público cuando vi que se comía cinco seguidos.

—Gracias. —Colgué y meneé la cabeza mientras miraba a Tatiana.

Agarré con suavidad el borde de su camisa, se la saqué por la cabeza y la tiré al suelo.

Me quedé mirando el sujetador rojo de encaje que llevaba puesto, y recorrí con el dedo el cierre plateado antes de desabrocharlo.

—Me encantaba cómo me chupabas las tetas —dijo—. Todavía pienso en ello cuando necesito correrme.

—Me alegra saberlo. —La empujé hacia atrás para que volviera a tumbarse y le quité los pantalones.

—¿Qué significa el tatuaje del corazón negro que tienes en la cadera? —le pregunté, mirándolo—. ¿Es algo que te hiciste con otra persona con la que saliste?

—¡Ja! —Se rio—. Es un proyecto sin acabar, y probablemente se quede así para siempre. El corazón fue mi manera de arreglarlo.

—Interesante. —Le recorrí sus sedosas piernas con la mano, y tiré con suavidad del lateral de sus bragas transparentes. Se las quité, y las tiré encima de los pantalones.

Cogí el borde de la sábana para taparla, pero me agarró la mano.

—Me gustaría disfrutar del recordatorio que me ofreciste en Nueva York —dijo.

—¿Perdona?

—Cuando dijiste que te encantaba el sabor de mi sexo. —Me cogió la mano y se la llevó entre los muslos, presionándome los dedos hasta que tocaron su hendidura mojada—. Siempre me ha encantado la sensación de tu boca en él, y todas las noches me he acostado en esta cama deseando poder sentirla otra vez.

—Tatiana —la llamé, mirándola a los ojos—, ¿qué te dije cuando nos casamos?

—Que iba a dormir en el sofá esa noche.

—Antes de eso. —Sonreí—. En la capilla.

—Dijiste «Sí, quiero».

—No. Dije que no empezaras nada que no estuvieras dispuesta a acabar. —Presioné el pulgar contra su clítoris—. ¿Recuerdas?

Ella asintió y abrió las piernas todavía más para mí.

—*Acaba...*

Sin dudarle, me coloqué sobre su colchón y le agarré los muslos con las manos.

Le pasé la lengua por el clítoris y soplé sobre él antes de metérmelo en la boca para chuparlo.

—Joder... —gemí. Su sabor era capaz de volverme loco.

Me erguí y me saqué la camiseta por la cabeza antes de enterrarme entre sus piernas.

—Ay, Dios, Travisss.... —Entrelazó los dedos en mi pelo para intentar controlar mi ritmo, pero no lo logró, porque no tenía ningunas ganas de hacerlo despacio; había pasado demasiado tiempo.

Arqueó la espalda mientras yo la devoraba sin parar, adorando su sabor conforme se derretía bajo el control de mi boca.

Cuando estuve seguro de que no iba a aguantar más, le sujeté el cuerpo hasta que dejó de temblar. Después, le di un beso en la parte superior de los muslos y le cubrí el cuerpo con una sábana.

Se quedó mirándome, sin habla, durante mucho tiempo. Estaba tan sexy como la primera vez que la devoré en mi coche.

—¿Vas a contarme lo que has dicho de mí en el almuerzo o me vas a hacer esperar? —pregunté.

—Me has preguntado por mi tatuaje, así que ya debes de saberlo. —Cerró los ojos y me dejó esperando para darme una explicación otra vez.

Abrió el cajón de su mesita, saqué uno de sus pañuelos de satén y se lo enrollé en la cabeza, como solía hacerlo ella todas las noches. Después, le di un beso en la frente y me obligué a marcharme.

—Le dije al tatuador que quería dos T —dijo en voz baja—. De Travis y Tatiana. Tenía pensado contártelo por aquel entonces, pero me hizo una chapuza, y después rompimos, así que...

Apagué las luces y me marché hacia la puerta.

—Espera, Travis. —Se esforzó por levantar la voz—. Necesito quitarme un par de cosas de encima.

—Creo que deberías esperar a no estar colocada hasta las cejas.

—No soy una empresaria de éxito y mi empresa de belleza nunca ha conseguido alcanzar las siete cifras —anunció—. Es todo mentira.

—Como ya he dicho, será mejor que esperemos a que no estés colocada.

—Estoy siendo sincera... He fracasado miserablemente, y he contraído tantas deudas que casi perdí mi apartamento. Me daba demasiada vergüenza contárselo a nadie, ni siquiera a Penelope, porque perdí el dinero que me dio en un trato horrible. —Soltó un suspiro largo, como si hubiera estado esperando a soltar todas aquellas palabras durante mucho tiempo—. Por eso pedí medio millón.

—¿Te refieres a antes de subir a cuatro?

—Sí.

—Vale —contesté—. Buenas noches.

—Lo segundo: ¿puedes decirle a Madeline que esos ramos de flores enormes con las notas de «Gracias por devolverme el favor» y «Siempre serás la mejor novia que he tenido» que envió durante el almuerzo con las fans fueron un gran gesto y que las asistentes se volvieron locas?

—Solo si accedes a firmar unas camisetas para mí mañana.

—Trato hecho.

—¿Hay algo más que quieras aclarar conmigo?

—Sí, tengo una lista. —Entonces comenzó a roncar.

Le envié un mensaje a mi ama de llaves para que le preparara un zumo de naranja por la mañana y me fui a mi habitación.

Decidí no admitir nunca ante ella que no había sido Madeline quien había enviado esas flores.

No le hacía falta saberlo.

EN LA ACTUALIDAD

TREINTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

El sabor de Tatiana permaneció en mis labios, y me tentaba a volver a su habitación a terminar la faena, pero no cedí.

Quería que estuviera sobria, que admitiera que su vida había sido tan gris y aburrida sin mí como lo había sido la mía sin ella.

Mientras miraba hacia el techo, calculando las ventajas y desventajas de despertarla esa mañana, la puerta se abrió.

Después se encendió la luz.

¿Tatiana?

—Tenemos un problema. —Era Madeline—. Uno muy, *muy* grande.

—Ya lo veo. —Me senté—. Son las dos de la madrugada y está en mi habitación sin motivo alguno.

—¿Es eso un puñetero Picasso en su pared? —preguntó—. ¿Sabe a cuántas personas sin hogar en esta ciudad podría haber alimentado con lo que vale eso?

—Madeline, espero sinceramente que no haya irrumpido en mi habitación solo para hablar de arte.

—Tengo a algunos reporteros tras mis talones y no me los puedo quitar de encima —informó—. No se tragan nada de lo que les cuento, así que necesito que me dé carnaza, o esto podría ponerse muy feo pronto.

—Por favor, sea clara, Madeline.

—No se creen la cronología de su relación con Tatiana. —Caminó de aquí para allá—. Dicen que tienen fotos de distintas competiciones y hoteles, y que hay gente que los vio juntos hace años.

—No veo por qué ha de ser eso un problema, si ya estamos casados.

—Porque da lugar a especulaciones —respondió—. Si miente sobre eso, ¿sobre qué más podría estar mintiendo? Queremos que los patrocinadores crean que ha pasado página y que se enamoró de la archienemiga de su hermana años después. Cualquier desviación de la historia será un problema.

—Dígales a esos reporteros que dediquen su tiempo a investigar cosas útiles, como, por ejemplo, si el señor Truss va a anunciar que aún sigo en la lista de Nike durante la gala a la que quiere que asista.

—Estoy segura de que lo hará. —Se cruzó de brazos—. Pero si le hace sentirse mejor, yo también estoy interesada en conocer esos detalles entre su mujer y usted.

—No me hace sentirme mejor. —Me encogí de hombros—. Si eso es todo lo que tiene que decir, puede pedirle a Ryan que la lleve a casa.

—¿Y qué hay de lo que hizo para conseguir que la señorita Brave accediera a firmar el contrato, por ejemplo? ¿Qué favor le hizo a ella en el pasado?

—Asegúrese de que Tatiana cuente con un diseñador para la gala.

—Va a ir de Chanel. —Se acercó más a mí—. ¿Pero cómo es que llegó a estar «en deuda» con usted?

No contesté.

—Podríamos matar dos pájaros de un tiro con esto. —Sonrió—. Los rumores recurrentes de que es completamente egoísta podrían desaparecer si diéramos razones...

—*Pare* —la interrumpí—. No pienso hablar nunca de eso. Jamás.

—¿Y de manera extraoficial? —preguntó—. Si juro no decir ni una palabra de lo que fue ese «favor», ¿me lo contaría?

—Nunca se lo contaría a *nadie*.

—Pero...

—Haría daño a alguien a quien quiero mucho, y probablemente echaría a perder una amistad —declaré—. Déjelo. *Ahora mismo*.

Dejó caer los hombros, pero se recuperó enseguida.

—¿Puede dejarme hablar al menos sobre ese Picasso?

ACTO NOVENO

POR AQUEL ENTONCES

TACOMA (WASHINGTON)

TATIANA

Los padres de Elaine tienen una casa preciosa en la costa que da hacia el canal de Puget. Está a dos millas de mi estadio favorito, y, por suerte, está insonorizada, así que nadie me puede escuchar llorando en la habitación de invitados.

Sin necesidad de mirarme al espejo, sé que tengo la cara hinchada, y no puedo soportar unirme a mi «familia» para la cena. Me envuelvo en una manta, voy de puntillas al garaje y me meto en el asiento del conductor del coche de mi padre.

Durante las últimas horas, la trayectoria de mi vida ha cambiado de manera caprichosa, y sigo intentando procesar cómo demonios no lo he visto venir.

Mi futuro, mis sueños, mi todo se están yendo a pique. Así, sin más.

Incapaz de esperar la llamada nocturna de Travis, soy yo quien marca su número.

—Hola —responde al primer toque—. ¿Qué tal van los estudios para el grado ruso de empresariales?

—No tengo ni idea.

—He oído que las normas para los turistas son muy estrictas en algunas áreas —continúa—. Cuando empieces con la carrera, ¿podrás ir a hacer turismo los fines de semana?

—Ya no voy a ir —contesto—. Voy a competir en los Juegos Olímpicos de Sochi, y después tendré que volar de nuevo a casa.

—No entiendo. ¿Por qué?

—Porque no tengo... —Se me quiebra la voz—. Han agotado...

Mi teléfono vibra al recibir su solicitud para hacer una videollamada, y yo la acepto.

Cuando su cara aparece en la pantalla, veo que va vestido con traje y que está sentado en una oficina con buena iluminación.

—Has conseguido el patrocinio de Gatorade, ¿verdad? —pregunto—. Sabía que lo harías. ¿Cuánto te van a pagar?

—No quiero hablar sobre mí. ¿Por qué estás llorando?

Intento contener las lágrimas, pero no lo logro.

—Se han gastado todos los fondos de mi cuenta —admito—. El dinero que me dejó mi madre, todo lo que tenía pensado usar para mis estudios y para mudarme después. Ha desaparecido. Todo menos trescientos dólares.

La cara se le pone lívida.

Tiene pinta de haberse quedado tan espantado como yo.

—Parece que ni siquiera ven lo que han hecho mal, y... —Se me apaga la voz al ver entrar a Elaine en el garaje. Se acerca al asiento del conductor y llama a la ventana.

—Espera un momento, ¿vale? —Dejo a un lado el móvil y bajo la ventanilla—. ¿Sí?

—¿Por qué estás aquí fuera llorando en vez de comiendo con todos nosotros?

No respondo.

—Si se trata de la discusión que hemos tenido antes, tienes que tragártelo, en vez de actuar como si fuese el fin del mundo. —Tiene la desfachatez de entregarme un pañuelo de papel.

Dejo flotar en el aire su ofensiva oferta.

—Tu padre y yo te hemos pagado todos los trajes, el transporte y los eventos durante *años*, y no es justo que te quedes con cada céntimo de tus patrocinios mientras sigues sentada sobre veinte mil dólares. Es dinero que podrías habernos reembolsado tú misma desde hace mucho tiempo.

—Mi madre me dejó ese maldito dinero *a mí*. No a ti, zorra insoportable.

—Ten cuidado. —Me tira el pañuelo al regazo—. No dejes nunca que tus emociones se interpongan en lo que hay que hacer. Te espera un entrenamiento muy intenso para los Juegos Olímpicos, y tienes que usar toda tu energía en eso.

—Te odio, Elaine —confieso—. Te odio de verdad.

—Sí, bueno, es tu derecho. —Se encoge de hombros—. Tendrás que estar lista al amanecer para que pueda llevarte de compras: necesitas una sudadera nueva para tu próxima entrevista con *Skater's Digest*.

—No quiero que me ayudes nunca más.

—Me parece muy bien. —Se marcha, y me cuesta la vida no saltar y darle de puñetazos hasta dejarla casi muerta, como si estuviéramos en el octógono.

Cojo el móvil y veo la cara roja de Travis.

Tiene la mandíbula encajada, y está meneando la cabeza.

—¿Por qué no ha intervenido tu padre y ha dicho algo sobre toda esta mierda? —pregunta.

—Porque no lo ve —respondo—. Solo es la sombra de lo que era. Ya lo sabes.

—¿Cuánto vale la matrícula?

—No quiero pensar en ello. —Me seco la cara—. Pero ¿podrías hacerme un favor?

No parece muy dispuesto a cambiar de tema, pero asiente.

—La directora del colegio me envió un correo electrónico sobre el pago, y necesito decirle que no lo tengo. —Hago una pausa—. ¿Podrías entrar en mi correo y enviarle el mensaje en mi lugar? La llamaré personalmente este fin de semana, pero es que no quiero que me guarden la plaza... Te enviaré la contraseña por mensaje, solo tienes que avisarme cuando lo hayas hecho.

Abre la boca para decir algo, pero no le dejo hablar. No quiero sentir más dolor.

—Cuéntame las buenas noticias sobre el patrocinio que has conseguido, por favor...

ACTO NOVENO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

(HORAS DESPUÉS)

TACOMA (WASHINGTON)

TRAVIS

He visto llorar antes a Tatiana, pero nunca así.

Está tumbada sobre mi pecho, intentando decirme que está bien, pero los sollozos que le recorren el cuerpo cada pocos minutos me dicen lo contrario.

—Te dije que no vinieras aquí —insiste—. No deberías haber venido...

Le froto la espalda con la mano y dejo que sus lágrimas me empapen la camiseta mientras habla.

En cuanto dijo «*Ya no quiero seguir viviendo*», salté a mi coche y conduje hasta aquí.

—No puedo imaginarme seguir siendo patinadora artística después de la fecha que te dije —dice—. Incluso cuando patinaba en pareja, este nunca fue mi verdadero sueño a largo plazo. ¿Lo sabías?

—Me lo has contado...

—¿Podremos cenar juntos en Sochi? —pregunta—. Es decir, si puedes separarte un tiempo de Penelope, me encantaría.

—Ya no voy a ir a Sochi.

—¿Qué? —Se endereza—. ¿Por qué no?

—No me lo puedo permitir.

Ella frunce el ceño.

—Acabas de firmar un contrato con Gatorade, y te han dado una prima de cinco mil dólares por adelantado.

—Es verdad —contesto—. Pero un billete de avión a Sochi cuesta tres mil.

—¿Y? Lo compraste hace meses.

—Voy a pedir un reembolso. —Le acuno la cara entre mis manos—. Tu matrícula vale ocho mil, así que usaré el dinero para eso.

—¿Qué? No, no, no. Travis, no...

—¿No qué?

—Que no desperdicies el dinero que tanto te ha costado ganar en mí.

—No es un desperdicio —opino—. Te dejaste el culo para entrar en esa carrera, y mereces ir. Además, también te mereces conseguir un apartamento lejos de tu mierda de familia, así que te ayudaré con eso cuando regreses a Estados Unidos.

—No puedo aceptar tu dinero...

—Ya me lo he gastado —declaro—. Solicité lo del billete de avión antes de venir hasta aquí.

Se hace un silencio.

—¿Qué ha dicho Penelope sobre que te pierdas lo de Sochi?

No digo nada. No tengo ningunas ganas de decirle que no estaré allí.

Como si Tatiana pudiera leerme la mente, se le ponen los ojos como platos.

—Me odiará todavía más de lo que ya lo hace. —Menea la cabeza—. Le ha dicho a todo el mundo

que vas a venir como tributo a su madre, y, vamos a ver, estoy segura de que su madre querría que la apoyaras a ella antes que a una chica cualquiera con la que estás saliendo.

Coloco un dedo sobre sus labios.

—Por enésima vez: su madre era también la mía. Estoy haciendo exactamente lo que *mi madre* me hizo prometer, horas antes de morir en el hospital.

—Travis, solo digo que...

—«Cuida de Penelope lo mejor que puedas» —recito sus palabras al pie de la letra—. «Y, por favor, encuentra a alguien o algo que te ayude a ti también... Necesitarás a alguien que te ayude a superar los retos de la vida». Y esa persona, para mí, eres tú, Tati.

Hago una pausa para enjugarle las lágrimas de los ojos.

—Sigo sufriendo por algo que no podré cambiar nunca —confieso—. Pero tu situación es algo que puedo remediar, así que permítemelo.

Se queda en silencio, la abrazo contra mi pecho y escuchamos repiquetear las gotas de lluvia sobre el techo de mi coche durante lo que me parece una eternidad.

—¿Travis? —susurra al amanecer.

—¿Sí?

—Prometo devolvértelo algún día.

—No tienes por qué.

—Bueno, entonces te deberé un gran favor.

—Vale. —La beso en los labios—. Entonces te tomaré la palabra.

EN LA ACTUALIDAD

CUARENTA DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

HUMBLE CITY FITNESS, LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

Mi imagen pública estaba dando una vuelta completa de ciento ochenta grados desde donde había estado semanas antes.

Los patrocinadores, nuevos y antiguos, me solicitaban reuniones y segundas oportunidades por doquier. La UFC estaba ofreciendo entradas de preventa a famosos para la revancha sin haber fijado siquiera la fecha.

«Travis Carter» se había recuperado del patinazo de su mala conducta y estaba de nuevo casi en lo más alto.

El Travis Carter soltero habría llamado a su equipo y alquilado un yate para celebrar una fiesta durante toda una semana en el sur de Francia.

Por desgracia, la única persona con quien quería celebrarlo en esta ocasión era mi mujer, pero no tenía tiempo de llevarla a ninguna parte.

Tenía pensado sugerir que nos tomáramos un mes entero para viajar por todo el mundo después del combate de revancha.

En cuanto se acabase.

Mientras revisaba los titulares del día, alguien entró en mi despacho.

—Seas quien seas, no quiero que me molesten durante al menos dos horas —advertí—. Márchate.

Los pasos se acercaron todavía más.

—Si me doy la vuelta y lo que sueltas por la boca no es que el apartamento está en llamas, juro por Dios que...

—Su esposa le está dejando —dijo Ryan, alto y claro.

—¿Qué? —Me di la vuelta de inmediato—. ¿Qué quiere decir?

—Que le está dejando, señor. Definitivamente.

—¿Y cómo lo sabe?

Tecleó en una *tablet* y me la puso delante para mostrarme un vídeo de Tatiana delante del ascensor. Llevaba agarrada una maleta roja enorme.

—Un equipo de hombres vino hace horas y se llevó un montón de cajas —informó Ryan—. Pensé que tendría algo que ver con las pruebas del vestido de Chanel, así que no le di importancia. Si hubiera sabido la verdad, habría dicho algo antes, señor.

—Le creo. —Subí el volumen y miré la pantalla con ojos entrecerrados.

—Venga, venga, venga... —Tatiana atacó el botón de llamada—. Deprisa...

—¿Quiere que pida a un técnico que ralentice el ascensor para que pueda atraparla, señor?

—Pues claro —respondí, levantándome—. Hágalo ahora mismo.

Tatiana estaba delante de mí, diciendo palabras que no entendía en realidad. Yo respondía en modo automático, demasiado cachondo por lo increíblemente guapa que estaba.

En algún momento, dos fans entraron en el ascensor y me pidieron fotos, y cuando salieron, decidí acabar con nuestras idas y venidas de una vez por todas.

—Vale, mira. — Tatiana me miró a los ojos, mientras que los suyos estaban llenos de su negación habitual—. Te lo voy a decir de la manera más educada posible: ya no me atraes en lo más mínimo, y me molesta estar a tu lado.

—Entonces, ¿si te metiera la mano por debajo del vestido ahora mismo, no tendrías el coño mojado por mí?

Se le desencajó la mandíbula y se dio la vuelta de inmediato.

—Vamos a subir...

—Eso me parecía. —Introduje el código del ático, e hicimos el resto del camino sin mediar palabra.

Cuando salimos al pasillo, la diseñadora de Chanel y los miembros de su equipo estaban esperando allí.

—¡Ah! ¡Ahí está, *mademoiselle*! —Saludó la diseñadora desde la puerta—. ¡Volvamos al trabajo!

—Un segundo. —Les hice una señal para que esperaran y miré a Tatiana—. ¿Qué ha cambiado entre ahora y el momento en que tenía la cara enterrada en tu coño?

Ella respiró hondo.

—Travis...

—Necesito saberlo. Dímelo.

—Mi corazón no soporta más estas idas y venidas. —La voz se le quebró—. En un momento dado, me miras y me besas y me haces sentir que todo es real y al siguiente te encierras en tu habitación hasta que llega la hora de volver a fingir otra vez.

—Entonces dejemos de fingir...

35 (B)

EN LA ACTUALIDAD

CUARENTA DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Sus palabras flotaron en el aire, navegando por todo el espacio en busca de respuestas.

—¿Tatiana? —Me acunó la cara entre las manos—. ¿Has entendido lo que he dicho?

—Sí.

—¿Y puedes darme una respuesta?

—*Mademoiselle!* —La diseñadora de Chanel salió al pasillo, seguida de dos miembros de su equipo—. Le dije que no le haría gracia. Vamos, señorita. Vamos a asegurarnos de que esté preciosa para la gala de mañana de Nike.

—¿Puede disculparnos un momento su equipo, señorita Celine? —pidió Travis—. Haré que Ryan la informe después, cuando hayamos terminado.

—Como quiera, señor. —Volvió a entrar en el salón, cogió su bolso y ella y el resto de mujeres pasaron junto a nosotros para entrar en el ascensor.

Travis dejó caer las manos y sacó el móvil.

Pulsó la pantalla y me lo colocó delante cuando apareció la cara del señor Truss.

—Bueno, bueno, ¡hola, señor Carter! —sonrió—. Espero que su mujer y usted estén listos para una gala magnífica mañana por la noche.

—Ya no —contestó él—. No vamos a ir.

—Ya veo... ¿Está enfermo?

—No, es que ya no pienso pasar por el aro solo para complacerle —le dijo—. Le he dejado acceder a mi vida personal y he accedido a varias de sus exigencias, y ahora lo que voy a hacer es pasar mis últimos ratos libres con mi esposa.

—Señor Carter...

—Cada línea que he lanzado con su marca se ha agotado en segundos —continuó—. Usted lo sabe, yo lo sé y millones de mis fans también lo saben. Sí, cometí varios putos errores después de perder, pero será un estúpido si me deja marchar, porque iré directo a Reebok, Under Armour o Adidas, y estarán encantados de hacer negocios con alguien que puede demostrar que ha movido más de cien millones de dólares de mercancía desde se unió a la UFC.

El señor Truss no dijo nada.

—Si no vuelvo a saber nada en el plazo de una semana, ha sido un placer hacer negocios con usted, y mi esposa está muy agradecida con la fiesta de compromiso. —Colgó, y después me dio un abrazo.

—No estoy fingiendo que siento algo por ti —dijo—. No he estado fingiendo desde hace mucho tiempo.

—Para ya, Travis.

—No he salido con nadie en serio desde que me dejaste.

—Te he visto con montones de modelos en la prensa amarilla.

—No han sido *montones* —contestó—. Y nunca ha sido nada que mereciera la pena.

—Yo tampoco he salido con nadie que mereciera la pena...

—Lo sé —respondió—. Entonces... ¿dejamos de fingir?

—Sí. —Asentí también con un gesto, y él me besó como lo hizo la primera vez en que hicimos el amor.

Cerré los ojos, extasiada, y disgustada por el hecho de que hubiese pasado años echando de menos, deseando y *necesitando* aquello.

Me agarró de las caderas y me levantó.

—Envuélveme la cintura con las piernas —ordenó.

Lo hice, sonriendo, mientras me metía en su apartamento y se dirigía directamente a las ventanas que daban a la ciudad. Solté un gemido cuando me asaltó la boca con interminables besos duros, posesivos. Justo como a mí me gustaban.

—Te he echado tantísimo de menos... —susurró, colocándose sobre el banco—. Tanto...

—Yo también. —Traté de recuperar la respiración—. Yo también.

No apartó su mirada de la mía mientras se desvestía, hasta que se quitó la corbata y la camisa.

Yo me incliné y le desabotoné los pantalones, y él me regaló una sonrisa. Se sacó un condón del bolsillo y yo se lo quité de los dedos, salivando sobre su erección y metiéndomela en la garganta varias veces antes de colocarle el preservativo.

Él soltó una risa ronca y me agarró las manos para ponerme de pie.

Me subió el vestido, me levantó la pierna izquierda y yo le rodeé la cintura con ella, colocándome en el ángulo perfecto para que se introdujera en mí hasta el fondo.

Nuestros labios se encontraron una vez más, y entonces me agarró del culo y me folló contra la ventana.

«*Te echo de menos*», «*Te quiero*», «*No vuelvas a dejarme nunca más*», me decía entre beso y beso.

Tras lo que pareció una eternidad, nos corrimos juntos, con nuestros cuerpos retorciéndose de placer al mismo tiempo.

Cuando nos desmoronamos, volvió a deslizarse en mi interior.

Una y otra vez.

Durante el resto de la noche.

EN LA ACTUALIDAD

(A LA MAÑANA SIGUIENTE)

CUARENTA DÍAS DESPUÉS DE DAR EL «SÍ, QUIERO»

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Yací desnuda entre las sábanas de Travis con una fina capa de sudor y sexo adherida a mi piel, un recordatorio de que todavía seguía siendo el único que podía provocarme varios orgasmos seguidos en una sola noche.

Mientras me depositaba besos por toda la cara, en mi mente se solapaban escenas borrosas de los dos, recuperando el tiempo perdido. Cada caricia, cada beso, cada palabra.

—Estás preciosa cuando te corres para mí. —Entrelazó los dedos entre mis rizos—. ¿Lo sabías?

Yo sonreí.

—¿Qué tienes hoy en la agenda?

—Una cancelación. —Me retorció un mechón—. Y mañana también se cancela.

—¿Por qué?

—Porque ni siquiera hemos empezado a recuperar todo el tiempo que perdimos al estar separados. —Me miró fijamente a los ojos—. Habría cancelado el evento del martes, pero no puedo. Es para mis mayores fans, y no puedo permitirme decepcionarles de nuevo.

—¿El encuentro privado en The Cosmopolitan?

—Sí. Probablemente dure unas siete u ocho horas. —Se detuvo un momento—. No estás obligada a ir, pero algunos fans quieren verte, según ha dicho Madeline.

—Me encantará ir.

—Bien.

De repente, se hizo un silencio incómodo entre los dos.

—¿Por qué rompiste conmigo por aquel entonces? —preguntó—. Necesito saberlo, en serio.

—Travis, *tuve* que hacerlo...

Él me acarició los labios con un dedo.

—¿Para ver qué sentías al verme destrozado?

—No. —Negué con la cabeza—. No lo habrías entendido.

—¿Y crees que lo entenderé ahora?

—La verdad es que no.

Se hizo un silencio.

—¿Vamos a tener tú y yo algún problema ahora o en el futuro?

—¿A qué te refieres?

—Esta vez no te dejaré escapar tan fácilmente. Vamos a pasar mucho más que noventa días juntos.

Todavía seguía procesando las últimas horas; no había pensado con tanta antelación.

Como si pudiera leerme la mente, suspiró.

—Habaremos de eso más tarde. —Me metió las manos debajo del cuerpo y me hizo colocarme encima de él—. ¿Qué puedo hacer para que nuestro matrimonio te parezca mejor?

—Puedes dejar de cobrarme por cada mínima cosa que use en tu apartamento.

—Nunca lo he hecho —dijo—. Puse precio a las cosas, pero no he llevado la cuenta de nada. ¿Y ya está?

—Puedes hablar conmigo cuando estés en casa todas las noches, en vez de encerrarte en tu ala del apartamento.

—Lo haré. —Me dio un beso en el cuello—. ¿Qué más?

—Es todo lo que se me ocurre por ahora, dada la intensa temporada de promoción que se avecina con tu combate de revancha.

—Si piensas en algo más, avísame. —Me colocó en posición y, en tan solo unos segundos, estaba de nuevo dentro de mí.

EN LA ACTUALIDAD

TRAVIS

«NIKE FICHA A TRAVIS CARTER POR LA ESTRATOSFÉRICA
CIFRA DE CIENT MILLONES DE DÓLARES».

«TRAVIS CARTER, VISTO ENTRENANDO EN UN GIMNASIO:
GUARDA SILENCIO SOBRE LA FECHA DE LA REVANCHA».

«EL ANTIGUO MALOTE TRAVIS CARTER CUENTA QUE SU
ESPOSA ES LA ÚNICA MUJER A LA QUE HA AMADO».

«¡PREPARAOS PARA BABEAR! TATIANA CARTER CUENTA
CÓMO LE PIDIÓ MATRIMONIO TRAVIS CARTER».

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

¡Que paren las máquinas!

Acabamos de recibir fotos del señor y la señora Carter de hace varios años. Si ampliáis a las personas que se hicieron el selfi y os fijáis en el fondo, podéis ver con claridad que se trata de ellos.

Están en un pasillo, y Travis le acuna la cara a Tatiana mientras la empotra contra la pared con las caderas. Solo le falta un pelo para besarla en los labios, quitarle la tarjeta que lleva ella en la mano y escanearla en la *suite* que tienen al lado.

Según nuestra fuente, las dos primeras fotos se hicieron en un hotel de Canadá, y las demás en otro sitio. Se tropezaron con ellas mientras trabajaban en un reportaje sobre el patinaje artístico.

Suponiendo que las imágenes no contengan Photoshop (vamos a pasar el fin de semana entero comprobándolo), serían una prueba de que hay mucho más detrás de la historia de amor que nos han contado.

¿Han mentido sobre que no se enamoraron el uno del otro hasta hace poco? ¿Por qué la está tocando así si no se conocían *bien* «hasta hace no mucho»?

Estamos decididas a averiguarlo.

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

ACTO DÉCIMO

POR AQUEL ENTONCES

SOCHI (RUSIA)

TATIANA

Ni de coña voy a ganar hoy la medalla de oro.

El corazón se me está haciendo añicos en el pecho, y siento el impacto de cada una de las esquirlas al completar los dos últimos giros de mi programa breve.

Para quienes estén observando, mi actuación les habrá parecido impecable durante el último par de minutos, pero sé muy bien que no.

A pesar de haber ensayado esta rutina un millón de ocasiones, me he tambaleado dos veces en mitad de un *axel* simple. He perdido velocidad cuando me he lanzado a un triple *lut*, y aunque no he cometido más errores, a estas alturas hay poco margen para cometerlos.

La música se detiene, y yo mantengo la postura en el centro de la pista. El estadio prorrumpe en aplausos atronadores, seguidos de gritos que ovacionan a nuestro país.

Con una sonrisa fingida, patino hacia mi entrenadora y cubro mis cuchillas antes de dirigirme a la zona de los «besos y llantos». Cientos de pensamientos deprimentes me pasan por la cabeza, y estoy demasiado decepcionada conmigo misma como para detenerlos.

Puede que si hubiera tenido una semana más para practicar, si no me hubiera quedado despierta hasta tan tarde para hablar por teléfono, o si no me hubiera ido conduciendo a ver a Travis el mes pasado, cuando le mentí a mi entrenadora sobre estar enferma...

Mientras pienso todo esto, la puntuación aparece en la pantalla, y mis sospechas sobre el hielo quedan confirmadas.

Lo mejor que podré conseguir hoy será la plata.

Travis me llama esta misma noche, más tarde, para felicitarme.

Aunque, claro, puede que me llame para desearme buena suerte en el curso de empresariales que voy a empezar dentro de dos semanas, o para preguntarme si he recibido el ramo de rosas enorme que está sobre mi mesita de noche.

Sin embargo, soy incapaz de responder al teléfono en estos momentos.

Penelope se aloja en la habitación que hay al otro lado del pasillo, y ha estado gritando todo el rato «¡A la mierda con Tatiana Brave! ¡Estados Unidos! ¡Estados Unidos!».

Tengo unas ganas desesperadas de confiarle a Travis el dolor que estoy sintiendo, el miedo a estar destinada a ser siempre la segunda mejor.

Pero nunca hablo con él sobre su hermana, y no quiero empezar ahora. Pero es que no puedo fingir que esta parte de mi vida no existe esta noche.

Esta noche no.

ACTO DÉCIMO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

(UN PAR DE MESES DESPUÉS)

OTTAWA (CANADÁ)

TATIANA

Necesito que alguien embotelle este momento y lo guarde en un lugar fresco y seguro. La próxima vez que dude de mí, lo abriré y me inyectaré su contenido en las venas.

Quiero sufrir una sobredosis.

—Y con esto, damas y caballeros —grita el presentador al micrófono—, ¡el primer empate de la historia de Skate Canada: Tatiana Brave y Penelope Carter! —La multitud aplaude mientras Penelope y yo ocupamos nuestro lugar en el primer puesto del podio. Saludamos al unísono, sonreímos y hacemos una reverencia.

—No sé por qué no se han dado cuenta los jueces del desliz que has tenido en el segundo *lutz* triple —susurra Penelope.

—Puede que hayan decidido omitirlo, dado tu ligero tambaleo en el triple *salchow*.

—¿Te has dado cuenta?

—Claro.

—Mmm... ¿Pero cómo demonios ha conseguido el tercer lugar Ashleigh Lyons? —pregunta—. Se ha caído dos veces, y su programa ha sido mucho más horroroso de lo habitual.

—No lo sé, pero me estoy cansando bastante de la misma rutina todas las temporadas.

—¿Verdad? Solo cambia la música y *copia y pega* los movimientos en un orden diferente.

—Estoy empezando a pensar que los jueces le dan los puntos por compasión, con la esperanza de que cuelgue los patines y ponga fin a nuestro sufrimiento.

Su mirada se cruza con la mía, y nos reímos. Entonces recordamos con quién estamos hablando y ponemos los ojos en blanco, antes de volver a sonreír con afectación ante las cámaras.

Cuando acaba la ceremonia, comparto unas cuantas palabras con la señorita Price y busco a mi padre.

—Gracias por venir. —Cojo el ramo de globos que me ofrece—. Solo necesito una hora para prepararme y pasar un rato contigo esta noche.

—No me voy a quedar —contesta él—. Pero has estado genial ahí fuera. Enhorabuena por conseguir el primer lugar.

—Espera un momento. —Me quedo mirándolo, incrédula—. He reservado una habitación para ti y para Elaine, para que podamos ir a hacer turismo este fin de semana.

—Elaine no pensaba que fueses en serio con esa oferta —declara—. Sobre todo, después de haberla llamado «bruja» la semana pasada.

—¿Qué tiene de malo llamarla por su nombre?

Él ignora mi comentario.

—Ella y Harlow van a comer algo rápido antes de volver al aeropuerto.

—No entiendo cuál es el objetivo de volar hasta Canadá solo para marcharos el mismo día.

—Lo siento. —Me da un abrazo débil—. Recuérdame que te busque algún tipo de terapia. Elaine cree que es justo lo que necesitas para ponerte mejor, y su hermana tiene una consulta privada.

Yo no le devuelvo el abrazo. Me quedo esperando a que me suelte.

—Harlow va a celebrar una fiesta por haber conseguido entrar en la escuela de posgrado el mes que viene —dice—. Espero que vengas.

—Dependerá de mi agenda —contesto, aunque sé que no iré.

No pienso ir nunca.

Nos quedamos en un silencio incómodo mientras la distancia emocional se desdobra y se estira entre los dos, una prueba de cuánto nos hemos alejado el uno del otro.

—Debería irme. —Se mira el reloj—. Te enviaré un mensaje cuando aterricemos, y no te olvides de llamarme y avisarme sobre tu próxima competición.

Asiento, porque es lo único que puedo hacer y porque me niego a mentir y decirle que lo haré.

Verlo alejarse escuece tan poco como cuando te corta un papel, así que sé, más que nunca, que nuestra relación está acabada.

Ya no tengo familia.

Solo a Travis.

MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE

Después de apreciar las vistas de esta ciudad a solas, entro en el Marriott y veo a Penelope con la cara roja y llorando en el mostrador de recepción.

Extrañada, me acerco a ella.

—Lo siento. —La recepcionista menea la cabeza—. Estamos completos a causa de la competición de patinaje, señorita.

—¿Está segura de que no tiene *nada*?

—Completamente. —Sonríe con compasión a Penelope—. Creo que la mayoría de los hoteles del centro de la ciudad están completos al cien por cien este fin de semana.

—Ya veo. —Sorbe por la nariz—. Bueno, si es posible, puedo...

—Puede quedarse con mi *suite* —anuncio—. De todas formas, todavía no he entrado.

Penelope se da la vuelta y me mira con incredulidad.

—Tengo la habitación 1242 —informo—. Puedo compartir la habitación con mis padres.

—¿Estás segura?

—Sí. —Me acerco y dejo la llave de la habitación de mi padre en el cuenco de devoluciones.

Penelope articula un «*Gracias*», y a una parte de mí le entran ganas de preguntarle cómo es que ha pasado de estar feliz como una perdiz a deprimida de cojones en tan solo unas horas, pero no lo hago.

No somos amigas, y nunca lo seremos.

Me alejo y subo las escaleras hasta mi *suite*. Me doy una ducha y me meto bajo las sábanas. Me estoy planteando pedir algo al servicio de habitaciones cuando alguien llama a la puerta.

Me acerco, la abro y me encuentro con Travis.

—Tenías un combate dentro de unos días... —digo—. Me lo has dicho esta mañana.

—Tienes una manera muy extraña de decir «Me alegro muchísimo de verte, Travis».

—La habitación de Penelope está solo dos plantas más abajo.

—He hecho una reserva para los dos en Capitol Grille para celebrar que has conseguido el primer lugar, por si acaso tu familia te dejaba plantada. ¿Lo han hecho?

—Penelope también ha conseguido el primer lugar.

—Para después, tengo entradas para una exhibición de *anime* en el museo que hay al final de la calle.

—Travis... —Mi frase acaba en sus labios, y me rodea la cintura con los brazos. Me besa hasta dejarme sin aliento, hasta que mi mente solo puede centrarse en él.

—He venido aquí por ti —susurra contra mi boca—. Déjame que esté aquí por ti, ¿vale?

Yo asiento.

—Vale...

A medianoche, Travis comprueba su reloj y se levanta del sofá de mi *suite*.

—¿Te vas a visitar a Penelope antes de irte? —pregunto.

—A estas horas no. —Sonríe—. De todas formas, creo que me echará.

—¿Por qué?

—Porque Hayden acaba de enviarme un mensaje y me ha dicho que ella estará contigo todo el fin de semana.

—¡Ja!

—Exacto. —Se ríe—. Probablemente tenga un novio secreto que no quiere que conozca.

—Te refieres a que *Hayden* es su novio, ¿no?

—No; lo mataría si fuera él.

Ladeo la cabeza, confundida.

He visto la manera en que Hayden y Penelope se miran el uno al otro cuando creen que están solos. Siempre están al teléfono, hablando y riéndose absolutamente de nada, y es evidente que ahí hay *algo*.

¿Cómo es que Travis no lo ve?

—Vamos. —Me coge de las manos y me levanta—. Acompáñame hasta el ascensor.

—¿Tienes que marcharte ya?

—Mi vuelo es dentro de cinco horas, pero tengo que pasar por aduanas, ¿lo recuerdas?

—Me refiero a si es necesario que te vayas al aeropuerto con tantos días de antelación. ¿Por qué no puedes marcharte mañana?

Él arquea una ceja.

—¿Qué te pasa esta noche?

—Nada. Solo tengo curiosidad.

—Estás muy rara. —Me acuna la cara entre sus manos y me recorre el labio inferior con el dedo—. Más rara de lo habitual, claro.

—Estoy bien, solo estoy pensando en el aeropuerto.

—Puedes venir conmigo en el taxi, si quieres.

—No, no es eso lo que quiero...

—Vale, bueno...

—Quiero acostarme contigo. —Nunca he estado tan segura de ningún chico con el que haya salido, no he confiado nunca en nadie tanto como en él para regalarle mi virginidad.

Me aparta las manos de la cara, sonriendo.

—Creo que has bebido demasiado esta noche.

—Solo he tomado una copa.

—Entonces, a lo mejor he sido *yo* quien ha bebido demasiado. —Me desliza una mano por la

cintura—. Debo de estar imaginándome cosas.

—Te prometo que no. Quiero acostarme contigo.

Se hace un silencio.

—Tienes normas para tu primera vez, Tatiana —dice, acariciándome la espalda—. Quieres estar enamorada.

—Y lo estoy —respondo, con voz trémula—. De verdad lo estoy.

Se me queda mirando durante varios segundos, impactado, y sin contestarme nada a cambio.

Me planteo retirar lo que he dicho, preocupada por haber malinterpretado nuestra relación y haberlo declarado demasiado pronto.

Mientras estoy pensando en la manera de cambiar de tema, estampa sus labios contra los míos y me besa, usando las caderas para presionarme contra la pared.

Con el corazón latiéndome a mil por hora, le rodeo el cuello con los brazos.

Él me desliza las manos por los costados.

—Vamos a quitarte los pantalones —murmura.

No puedo centrarme en nada más que en la manera en que me besa, así que no hago caso a su petición.

Se ríe por lo bajo, detiene nuestro beso y me coge de la mano.

Me conduce hasta la cama, se sienta en el borde y me coloca entre sus piernas.

Sin apartar su mirada de la mía, me desabotona los pantalones y me baja la cremallera.

Yo me los bajo hasta el suelo, y él me agarra el borde de la camisa.

—Quítatela para mí —murmura.

Lo obedezco.

Me agarra de la cintura un poco más fuerte y me levanta. Me coloca sobre la cama y me levanta el vestido.

Me besa los pezones, chupándolos hasta que se endurecen en su boca.

Yo suelto un gemido mientras va dejando un cálido rastro de besos hasta mi estómago.

Se saca la camisa por la cabeza y la tira al otro extremo de la habitación. Después, coge un condón que llevaba en el bolsillo, me agarra la mano y la pone en su erección, pidiéndome en silencio que se lo enfunde.

—Mírame —susurra, y yo lo miro a los ojos.

Entrelaza mis dedos con los suyos, presionando la punta de la polla contra mí.

Me muerdo el labio y me tensó cuando entra.

Se desliza un poco más dentro, y no puedo evitar soltar un gemido ante ese dolor tan extraño.

Él se detiene.

—¿Quieres que pare?

Yo niego con la cabeza.

—¡Estás segura de que quieres que sea el primero?

Asiento.

—Necesito escuchártelo decir.

—Estoy segura —contesto—. Te quiero a ti.

Me llena lentamente, estirándome, dejando que me ajuste a su enorme longitud.

—Joder —jadea, antes de besarme—. Me encanta estar dentro de ti.

Estoy demasiado llena, demasiado nerviosa y excitada como para responder.

Sin dejar de mirarnos a los ojos, Travis empieza a entrar y salir de mi interior.

Me mete una mano entre los muslos y me acaricia el clítoris.

Sin avisar, sale por completo, me agarra de los tobillos y me da la vuelta.

—Ponte a cuatro patas —ordena.

Casi sin aliento, le hago caso, y él me agarra de las caderas.

Siento cómo se introduce de nuevo, y lo veo mirarme a través del espejo del cabecero de la cama. De esta manera, lo siento mucho mejor, mucho más profundamente.

—Travis...

Echo la cabeza hacia atrás cuando empieza a empujar más rápido, y me da un beso en el cuello.

Justo cuando me estoy acostumbrando a esta postura, cuando estoy aprendiendo a sentir el placer de tenerlo dentro en mí, vuelve a salir.

Casi lloriqueo al perder su contacto, y antes de que me dé tiempo a preguntarle por qué ha parado, se coloca debajo de mí.

—Ven —dice—. Quiero asegurarme de que te corres esta noche, así que siéntate en mi cara.

—Yo...

Sonríe al verme dudar, me agarra de la cintura y coloca mi sexo justo encima de su boca.

No tardo casi nada.

Le clavo las uñas en la piel cuando siento que los temblores me recorren el cuerpo.

—Aaah... —gimo cuando se hacen más intensos, hasta que no puedo evitar gritar su nombre a pleno pulmón al perder el control.

Me acurruca contra su pecho y me da un beso en el pelo.

—¿Tatiana? —murmura.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

Me da un beso en el hombro.

—Se me ha olvidado decirte algo antes.

—¿Qué?

—Yo también estoy enamorado de ti.

Aplaza el vuelo y se queda conmigo durante el resto del fin de semana.

EN LA ACTUALIDAD

(SEMANAS DESPUÉS)

SE ACABARON LAS FALSEDADES

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Dolorida y completamente inútil, me di la vuelta en la cama.

El último par de semanas de mi matrimonio fueron un completo sueño, una escena feliz e interminable digna de un buen romance.

Por las mañanas acompañaba a Travis en su desayuno de proteínas con su entrenador, y le daba un beso de despedida hasta la tarde. Mientras él soportaba un intenso entrenamiento, yo asistía a clases de Económicas. Durante la comida me devoraba en la ducha antes de su carrera de la tarde, mientras yo me ocupaba de la fiesta de despedida de soltera de Penelope y de los planes para la *baby shower*. Y por la noche dormía en su cama mientras él me besaba y me abrazaba.

Ese día empezó como cualquier otro anterior, pero me estaba costando encontrar los vasos adecuados para las mimosas de la fiesta de Penelope.

Como Madeline había insistido en ayudar, nos habíamos pasado la mayor parte de la tarde turnándonos para entrar en tiendas.

Mientras levantaba otro vaso inadecuado contra la luz, alguien llamó a la puerta.

—¡Ya voy, Madeline! —Corrí hacia el salón—. ¡Estos tampoco valen! —Abrí la puerta de par en par y di un paso atrás cuando vi a Penelope.

—¡Hola! —Sonrió—. ¿Estás preparada?

—¿Preparada para qué?

—Para lo de hoy. —Levantó una bolsa rosa enorme—. Por favor, no me digas que se te ha olvidado.

—Hoy no es tu cumpleaños, ¿verdad?

—Qué graciosa. —Pasó a mi lado—. Como no puedo soportar otro domingo sin ti en Nueva York, he querido traerte Manhattan y otra temporada nueva del último culebrón con el que estoy obsesionada.

—Guau. —Metí el vaso en un cajón—. Me encantará.

—Ya me lo imaginaba. —Abrió la bolsa, que dejó sobre la mesita de centro, y sacó copas de champán, pijamas personalizados, vino y un DVD de *Sailor Moon*—. También tengo el último ejemplar de *Skate World*. Tienes que leer lo que ha dicho la nueva presidenta del premio ISU sobre las últimas normas para los vestidos. Ha perdido la cabeza.

Me senté en el sofá y la observé mientras sacaba más trastos.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando una caja morada de purpurina.

—Mi caja de los recuerdos. —Me la pasó—. Me he acordado de la que hiciste para tu madre, así

que he decidido copiarla. Aunque solo voy por la mitad.

En las imágenes aparecía en lo alto de un podio en todas sus competiciones anteriores, con Hayden sentado en primera fila.

Travis salía en unas cuantas. Yo también.

La imagen de su madre estaba superpuesta a su lado en su victoria en Sochi, y parecían casi completamente idénticas.

—¿Crees que a mi madre le importará que nunca haya conseguido las veintiocho victorias?

—En absoluto. Estoy segura de que estará muy orgullosa de ti.

—Gracias. —Sonrió—. Aunque probablemente todavía seguirá enfadada con Travis por haberse perdido lo de Sochi.

—Si hubiera sabido antes que iba a gastarse su dinero en mí en vez de ir a verte, lo habría detenido. Lo juro.

—Bueno, tampoco es que nunca... —Se detuvo, y ladeó la cabeza—. ¿A qué te refieres con que habrías evitado que se gastase su dinero en ti?

Mierda.

—Por aquel entonces no éramos amigas —dijo—. Aparte de los mensajes crueles que te dejaba en el buzón de vez en cuando, ¿cuándo iba a poder hablar contigo?

—Me he expresado mal. —Negué con la cabeza—. Lo estoy mezclando todo con esa nueva serie, *Diario de un macho alfa gruñón*. He visto unos cuantos episodios esta semana.

Se me quedó mirando varios segundos, y yo tragué saliva, esperando egoístamente que la memoria le fallara en esos momentos.

—¿Acabas de decir *Diario de un macho alfa gruñón*? —preguntó—. ¿Le has dado una oportunidad?

—Sí. —Solté un suspiro de alivio—. Es tan mala como la otra que estábamos viendo.

—Es una puñetera obra maestra. —Se rio, y sacó la última bolsa de aperitivos de su bolsa—. ¡Ay! Se me ha olvidado la decoración de plástico. Ahora mismo vuelvo.

Se marchó, y yo me tragué una copa entera de vino mientras me insultaba a mí misma.

Ha faltado un pelo, Tati. Un maldito pelo.

Quince minutos después, volvió a llamar a la puerta.

—¡Se me ha olvidado dejarla abierta! —grité—. Espera un momento.

La abrí y la hice pasar a toda prisa, pero se quedó quieta como una estatua. Tenía la cara roja como el tomate, y lágrimas en los ojos.

—Travis me dijo que se había perdido lo de Sochi por culpa de un contrato con Gatorade —dijo—. No creí que fuera cierto entonces, y ahora sé que no lo es. ¿Qué sabes tú que yo no sepa, Tati?

—Nada. —Tragué saliva, disgustada porque me había pillado—. De verdad que me he equivocado.

—Yo creo que no. —Entrecerró los ojos—. Tú y yo éramos las peores enemigas por aquel entonces, así que ¿por qué iba a hacerme daño Travis para ayudarte a tí?

Podía ver girar los engranajes de su cabeza afanándose en busca de la verdad, así que hice un último y desesperado esfuerzo por detenerlos.

—Entre los eventos de la UFC que tenemos en la agenda y este matrimonio temporal, últimamente no tengo la cabeza donde debería. —Me encogí de hombros—. Hace poco estuve hablando con un periodista sobre mis experiencias en los Juegos Olímpicos, así que por eso he dicho eso. —Ella parpadeó varias veces—. ¿Vas a entrar para que podamos pasar la tarde juntas? —Di un paso atrás, y ella uno adelante. Después de cerrar la puerta a su espalda, se cruzó de brazos.

—Siempre has sido muy mala mentirosa, Tati. —Su tono era tenso—. Y el hecho de que estés

mintiéndole a la cara a quien supuestamente es tu mejor amiga dice mucho de ti.

—De verdad que no quiero hacerte daño, Penelope.

—Te tiembla la voz. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué?

No dije nada.

—¿Qué demonios me he perdido? —dijo—. Por favor, suéltalo ya, porque no pienso marcharme de aquí hasta que me entere.

—Deberías sentarte. —Le miré la barriga—. Te traeré una silla.

—Prefiero quedarme de pie. —Su actitud era desafiante—. A ver, sea lo que sea, seguro que no te estabas acostando con Travis por aquel entonces, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí que nos acostábamos.

—¿*Qué?*

—Penelope, escucha.

—¿Te estás acostando con él *ahora*?

—No es lo que tú crees.

—Me cago en... —Los ojos se le pusieron como platos—. Tati, ¿cómo has podido? ¿Cuánto tiempo llevas...? ¿Por qué has estado fingiendo que no lo conocías durante todo este tiempo?

—Es complicado.

—No, no lo es. —Meneó la cabeza—. Es tan simple como decir: «Eh, Penelope. Solía acostarme con tu hermano, y ahora me lo estoy tirando a tus espaldas». ¿Ves qué fácil?

—Si me dejas acabar...

—Todavía no has empezado. —La cara se le puso más roja—. Yo te cuento todo, absolutamente todo, porque eres mi única amiga, joder.

—Y tú la mía también.

—Tú eres el motivo por el que no estuvo para mí en un montón de cosas, ¿verdad? —Ni siquiera me estaba escuchando—. ¿Había algún motivo oculto detrás? ¿Querías colarte en mi vida de cualquier forma que fuera posible para desestabilizarme? ¿Qué conseguiste con ello?

—No tenía ningún motivo oculto.

—Probablemente lo veías más que yo. —Estaba perpleja—. Ahora todo empieza a encajar a la perfección.

Y en el peor momento posible, Travis entró en la habitación. Debió de notar la tensión que había, porque nos miró a una y a otra y se cruzó de brazos.

—¿Qué demonios está pasando?

—Eres un puñetero hipócrita —atacó Penelope.

—¿*Perdona?*

—¿Alguna vez tenías pensado contarme que el verdadero motivo por el que nunca estuviste a mi lado cuando te necesitaba era porque te estabas follando a mi peor enemiga a mis espaldas?

—No. —Me miró a mí—. Y ese no era el motivo por el que nunca podía estar a tu lado.

—Pues entonces ánimate y cuéntamelo.

—No tengo por qué —contestó, en tono firme—. Cuidé de ti como prometí, y hasta ahí hemos llegado.

—No, no hemos llegado. —Estaba temblando—. Cuando me dijiste que dejara de hablar de Tatiana porque tenía que centrarme en mí misma, ¿era realmente por eso o era porque te sentías culpable por estar acostándote con ella?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, Corona.

—Penelope —intervine—, deja que te explique...

—Tatiana Brave. —Levantó la mano, pronunciando mi nombre en aquel tono despreciable que usaba años atrás—. No quiero saber nada de ti en mucho tiempo.

—Espera, por favor, no...

—Lo digo en serio. —Se le quebró la voz—. No me llames, no me envíes mensajes y, cuando necesites que tu supuesta «mejor amiga» escuche tus problemas, no cuentes conmigo. Y en cuanto a ti —continuó, girándose hacia Travis—, eres el peor hermano del mundo, y ni siquiera quiero que vengas a mi boda. No te molestes en aparecer.

Cogió su bolso y salió furiosa del apartamento, dando un portazo tan fuerte que el jarrón que había en el comedor se cayó al suelo.

Yo me fui a mi habitación, hecha polvo.

Cuando estaba girando el pomo de la puerta, Travis me agarró del codo por detrás.

—¿Adónde vas? —Me hizo darme la vuelta.

—Acabo de perder a mi mejor amiga —respondí—. Necesito estar sola un rato.

—Le estás dando demasiada importancia a todo esto.

—¿De verdad?

—Señora Carter...

—No te atrevas a llamarme así ahora mismo —advertí.

Me cogió la mano, pero yo la aparté.

—No me toques. —Las lágrimas me resbalaban por las mejillas—. Te dije que pasaría esto. Te dije que no lo entendería.

—Lo superará.

—No es tan sencillo, Travis.

—Bueno, pero tampoco es tan complicado como siempre lo has hecho parecer. —Puso los ojos en blanco—. Estás conmigo, y ella se ha enterado al fin. No veo cuál es el problema. Sinceramente, tampoco debería haber sido un problema entonces, y cuanto antes te des cuenta de que rompiste conmigo sin motivo alguno, mejor.

Meneé la cabeza, incapaz de creer que, después de tanto tiempo, todavía siguiera sin ver las cosas desde mi punto de vista. Que de verdad creyera que no tenía ningún motivo.

—No has cambiado nada —dije—. No eres mejor persona ahora que antes, ¿verdad?

—He dicho bien alto y claro que empeoré desde que me dejaste.

—*Tuve* que hacerlo.

—Porque quieres ser tremendamente dramática en todo. —Entrecerró los ojos—. En aquellos momentos buscaste una maldita excusa, y ahora lo estás haciendo también.

—¿Sabes qué? Este acuerdo ya no me va nada bien.

Me lanzó una mirada furiosa, pero no me importó.

Cerré la puerta de un portazo y traté de reprimir las lágrimas durante el máximo tiempo posible.

Duré cinco segundos.

Sin dejar de llorar, hice la maleta y preparé un plan de huida que él nunca captaría.

ACTO DECIMOSEGUNDO

POR AQUEL ENTONCES

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

—¡Y el nuevo campeón de peso *welter* del mundooo! —El presentador levanta el brazo de Travis en el centro del octógono—. ¡Travis «el Castigador» Carter!

El estadio prorrumpe en aplausos mientras el presidente coloca un cinturón dorado y brillante en la cintura de Travis.

No estoy segura de en qué estaba pensando esta mañana, de por qué compré el vuelo más barato y me metí en el avión para venir a verlo, pero no he podido evitarlo.

Me ha mantenido despierta tantas noches hablando sobre sus sueños que no me parecía adecuado presenciar este momento a través de una pantalla.

Hinchada de orgullo, le escucho reprender a todos los que apostaron en su contra, y dar las gracias entre sonrisas a «*aquellos que creyeron en mí, pero, en serio, que os den a los demás*».

—Dios, ¡qué bueno está!

—Seguro que se va a follar a un montón de tías después de esto.

—Yo quiero ser una de ellas.

Las mujeres que tenía en la fila de delante no paran de babear por él, y durante un momento parece que estoy de vuelta de nuevo en *The Underground*.

Contengo la risa y me dirijo hacia el pasillo.

Me abro paso entre la multitud, y entonces veo a Penelope abrazando a Travis, ya fuera de la jaula.

Travis le da un beso en la frente y coge el móvil que le tiende su mánager. Se lo lleva al oído, se aleja de las cámaras que lo observan y camina hacia la otra esquina del octógono.

El teléfono me vibra en el bolsillo.

—¿Diga? —contesto.

—Hola. —Se nota que sonrío—. Acabo de vencer al actual campeón. ¿Me has visto?

—Claro que sí —respondo—. Has estado increíble.

—¿En qué bar me estás viendo?

—No he ido a un bar. Estoy en el estadio.

—¿Qué? —Se da la vuelta—. ¿Dónde?

—Sección B.

Le observo escanear el recinto hasta que me ve, y me saluda con la mano.

—Estás muy guapa —dice—. Deberíamos salir a cenar esta noche.

—Me encantaría.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle qué comida le apetece, un hombre trajeado se le acerca y le susurra algo al oído.

—Vale, espera. —Travis meneas la cabeza y suspira—. Tengo que hacer la rueda de prensa de después del combate y reunirme con mi agente sobre un cambio en el contrato, y le he prometido a Penelope que cenaría con ella, pero puedo ir a verte después.

—Ah... Vale.

—Espero que no te moleste.

—No, claro.

Me entran ganas de reservar una habitación de hotel por si acaso se pasa después, pero no lo hago.
Vuelvo al aeropuerto.

Esa noche no me llama.

Dos días después, me despierto con el buzón de entrada lleno de disculpas de Travis y con cuatro mensajes de voz nuevos de «*Lo siento, por favor, déjame arreglar esto*».

En cada uno de los mensajes me pide que lo celebremos más adelante.

Aunque acepto, tengo la inquietante sensación de que nunca tendrá tiempo para arreglarlo.

39

EN LA ACTUALIDAD

(UN PAR DE DÍAS DESPUÉS)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Nueva York me dio la bienvenida de nuevo con cálidas tormentas de rayos y abrazos de lluvia ardiente.

Después de llegar a mi apartamento, apagué el móvil y me metí bajo la ducha a toda prisa.

Aguantando las lágrimas, me quedé bajo el chorro abrasador y me lavé cada mota de las Las Vegas y de Travis de la piel.

Estúpida, estúpida...

El vapor empañó el cristal, y los recuerdos de Travis follándome sobre el banco de su ducha semanas antes se repetían en mi mente.

Deseé colarme por el desagüe tan rápido como lo hacía el jabón.

«En aquellos momentos buscaste una maldita excusa, y ahora lo estás haciendo también».

Por muy fuerte que me frotara, las manchas de nuestra relación no salían.

Pensé en volver al aeropuerto, volar de nuevo a Nevada y romper con él en persona, pero no podía.

Este tenía que ser nuestro capítulo final, y por mucho que costara leerlo, tenía que aceptar su «Fin».

ACTO DECIMOTERCERO

POR AQUEL ENTONCES

DENVER (COLORADO)

TATIANA

—A veces conseguirás todo lo que quieres en la vida. Pero en la mayoría de las ocasiones tendrás que aprender a renunciar a ciertas cosas, porque no podrás quedártelas todas...

Mi madre solía repetirme esas palabras siempre que lloraba por haber perdido una competición o cuando no conseguía hacer nuevas amigas. Me sostenía entre sus brazos como a una niña y me decía que encerrara esas frases en mi corazón para protegerlo contra las decepciones.

La verdad es que nunca entendí lo que quería decir hasta este preciso momento.

Travis está en el balcón de nuestra *suite*, charlando con su asistente por teléfono y exigiendo que pidan algo «*de inmediato*» para Penelope.

Penelope, Penelope, Penelope...

Todavía sigue siendo la número uno, y por muchas horas que entrene o por mucho que practique, estoy empezando a dudar de que vaya a ocupar nunca ese puesto.

Por las noches siento más dolor y ansiedad de lo habitual, y odio no poder hablar con Travis sobre ello.

Odio no poder mencionarlo siquiera.

A lo mejor debería intentarlo. A lo mejor él me entendería.

Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche, interrumpiendo mis pensamientos, y yo le doy la vuelta.

Es la señorita Price.

Suspiro y me lo llevo al oído.

—Hola, señorita Price.

—¿Dónde estás?

—Todavía sigo fuera de la ciudad —contesto—. En Las Vegas.

—¿Con tu novio?

Yo asiento, como si ella pudiera verme.

—Sí.

—Me lo imaginaba. ¿Por casualidad tienes una televisión cerca?

—Sí.

—Bien. Enciéndela y pon el canal de patinaje.

La obedezco, y veo a Penelope dando una entrevista.

Guapa, como siempre, está fuera de un estadio, y el titular que tiene debajo reza: «*Penelope Carter agradece a su hermano mayor, el campeón de la MMA, que la haya mantenido a flote*».

—Estoy muy orgullosa de mi hermano —dice ella—. Ha pasado de ser un luchador clandestino invencible a derribar a un montón de oponentes de manera profesional, siempre sin perder y batiendo récords. Es alucinante.

Sí que lo es.

—Se ha tatuado una corona en el brazo por mí —informa, sonriendo—, en tributo a mi apodo de la niñez, y agradezco que me nombre siempre después de ganar y que me invite a todos sus combates para apoyarlo.

—¿Alguna vez te menciona Travis *a ti* después de ganar, Tatiana? —pregunta la señorita Price—. No recuerdo que se haya tatuado nada en el cuerpo por ti.

—Nuestra relación es complicada.

—Apuesto a que sí —contesta—. Deja que te haga una pregunta: a la hora de la verdad, ¿quién crees que querría él que fuese la número uno del mundo?

—Señorita Price, es...

—Él está viviendo su sueño, ella el suyo y tú estás ahí, todavía luchando por el tuyo y entre tanto siendo su pequeño secreto —me interrumpe—. La Tatiana Brave a la que yo conozco y quiero me dijo que estaba decidida a hacer lo que hiciera falta para ser la número uno y seguir manteniendo ese lugar.

Trago saliva y siento que todo el cuerpo se me tensa ante la dureza de sus palabras.

—Puedes ser la número uno entre las sábanas de Travis Carter, supongo —rezonga—. Es lo mejor que vas a conseguir, porque ambas sabemos que nunca ocuparás ese lugar su vida.

No respondo.

—¿Cuándo volverás a casa conmigo, para que podamos ponernos a trabajar? —No espera a que responda—. Te he comprado un billete de avión de ida, con salida desde el aeropuerto McCarran. El vuelo despeg a medianoche. Avísame sobre qué vas a hacer una hora antes.

Cuelga, y yo me quedo mirando a Penelope en la pantalla, que sonrío con los ojos llorosos.

Quiero tanto a Travis que me duele, pero sé que ahora no es nuestro momento, y que lo nuestro no puede ser.

Tengo que cortar por lo sano ahora o nunca, y lo último no es una opción.

Salgo de entre las sábanas y me pongo los vaqueros. Me aseguro de tenerlo todo metido en la mochila y acaricio con la mano las sábanas del hotel de cinco estrellas por última vez.

Cuando estoy dejando la llave de la habitación sobre la mesita de noche, Travis vuelve a entrar en la habitación.

—Eh... —Agarra la cinta de mi bolso—. ¿Adónde vas?

—A casa.

—Pero tenemos la *suite* todo el fin de semana completo...

—Lo sé, pero... —Contengo un suspiro—. Ha pasado algo con mi entrenadora, así que tengo que irme. Acaba de llamarme y tiene un billete de avión esperándome en el aeropuerto.

—¿Pasa algo más?

—No lo creo.

Me mira fijamente a los ojos, como tratando de discernir si estoy mintiendo. Tanto tiempo fingiendo me ha hecho dominar el arte de la actuación.

—¿Tenías pensado despedirte de mí? —pregunta.

—No.

—Mmm... —Me acaricia el pelo con las manos—. ¿Por qué suena como si no fueses a volver?

—No lo sé. —Me obligo a sonreír, pero, aun a sabiendas de que es un error, me aferro a él durante un instante más—. ¿Te importaría llevarme al aeropuerto?

—Insisto. —Me coloca la mano en la espalda y me acompaña por el vestíbulo hasta llegar junto al botones.

Cuando llega nuestro coche, Travis presiona sus labios contra los míos y me besa.

Es un beso perfecto, desgarrador, que saboreo. Un beso en el que pensaré durante mucho tiempo. Tenemos una conversación corriente de camino al aeropuerto. Yo le pregunto sobre su próximo combate y me disculpo por marcharme tan pronto, y él se inclina y me besa en cada semáforo.

—Hasta luego —me dice cuando llegamos a la zona de salidas.

—Adiós, Travis.

EN LA ACTUALIDAD

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

No me podía creer que Tatiana siguiera poniendo aquellas excusas ridículas, que se negara a dejar atrás su razonamiento estúpido para nuestra ruptura, con el fin de que pudiéramos salir adelante.

La primera vez que rompimos ya fue lo suficientemente dolorosa.

—No entiendo su lógica en absoluto —dije en voz alta, mientras enviaba el décimo mensaje de ese día.

Yo: Ryan ha dicho que has reservado en el Hilton. Vuelve a casa para que podamos hablar.

—Mmm... ¿Señor Carter? —Madeline agitó la mano delante de mi cara—. ¿Vuelvo en otro momento para que podamos hablar sobre los cambios en la agenda de esta semana?

—No, quédese. —Actualicé mi pantalla de nuevo, como si eso fuera a cambiar algo—. Podemos hablar de ello ahora.

—Vale, bueno. Como su mujer y usted fueron todo un éxito en *Good Morning Vegas*, los productores quieren hacer un poco más de promoción para el combate.

—Ella está leyendo mis mensajes e ignorándolos a propósito.

—Vale, ya está. —Cerró la carpeta de golpe—. Voy a llamar al señor Windsor. A lo mejor él puede traerle su cabeza de vuelta a donde debe estar.

—Ya está aquí —dije—. Acabo de escuchar el ascensor.

—Bueno, bien. Esperemos que él pueda meterle en vereda.

—Pasa —anuncié, sin esperar a que llamara a la puerta.

La puerta se abrió y entró Penelope, mirándome furiosa.

Yo puse los ojos en blanco.

—*Lárgate.*

—Si mamá y papá vieran el gilipollas en el que te has convertido, se sentirían muy decepcionados —dijo ella.

—Ahora mismo no tengo tiempo para ti, Corona.

—Pues sácalo. —Cerró la puerta de un portazo—. Ni siquiera sé que voy a decirte, pero deberías haberme contado lo tuyo con Tatiana hace mucho.

—¿Y por qué?

—¡Porque es una mierda! —Se le quebró la voz—. Siempre has sido egoísta, ¿pero anteponer a tu novia, a la mujer con quien tu hermana siempre competía y de quien se quejaba sin parar, antes que a tu propia sangre? ¿Cuando te necesitaba más que nunca?

—Penelope...

—¿Es que no ves lo que me afecta?

—No, la verdad es que no puedo verlo. —Me puse de pie—. Porque nunca quise hacerte daño, y siempre, *siempre*, te di prioridad a ti.

—Sigue mintiéndote a ti mismo. No tienes ni idea de cómo cuidar de nadie más que de ti, y tú...

—Íbamos a perder la puñetera casa un mes después de que murieran mamá y papá —la interrumpí—. Llevaban seis meses sin pagar la hipoteca y no nos lo habían contado, y todo eso de «Vamos a tomarnos unos meses y viajemos en caravana para ahorrar dinero para la carrera de Penelope» no era más que su forma de guardar las apariencias para cuando llegara el momento.

Se quedó pálida.

—Debían un montón de dinero a prestamistas, y estaban pensando en empeñar las medallas de mamá para mantenernos a flote porque no querían que supiéramos lo terribles que eran haciendo cuentas con el dinero.

Me acerqué más a ella, incapaz de ocultar la verdad durante más tiempo.

—Prometí que cuidaría de ti, y me propuse liquidar toda la maldita deuda yo solo, también. Sí, me porté como un gilipollas contigo de vez en cuando, y sí, no pude estar a tu lado como me hubiese gustado, pero no fue porque estuviese ocupado enamorándome de tu enemiga... —Hice una pausa antes de continuar—. Es que también era agradable que alguien cuidara de mí...

Las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas, y nos quedamos mirándonos en silencio.

—¿Por qué no me lo contaste nunca? —preguntó al fin.

—Ya tenías suficiente con lo tuyo —contesté—. No quería que te preocupases.

—Podría haberte ayudado con su deuda.

—¿Con qué dinero, Corona?

—Habría dejado de competir y habría conseguido un trabajo.

—Exacto. —Suspiré, enjugándole la cara con la mano—. No quería eso para ti. Tenías que centrarte en el patinaje.

—De todas formas, nunca conseguí los veintiocho campeonatos. Juro que si lo hubiera sabido...

—Para. —Meneé la cabeza—. No pasa nada. No lo sabías.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—¿Enfadado? No... Estoy jodidamente *furioso* contigo.

—Vale —respondió—. Yo también estoy algo molesta contigo.

—Cuando termine de prepararle a tu culo embarazado la cena y acceda a ser el padrino de Hayden, ¿puedes dejarme en paz para que pueda pensar en cómo arreglar las cosas con mi mujer?

EN LA ACTUALIDAD

(VARIOS DÍAS MÁS TARDE)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Lo único que quería ese día era un tazón de sopa de *miso* recién hecha, una caja de tacos picantes y una maratón ininterrumpida de *Ley y orden*. Era el cuarto día de mi nueva rutina, y solo quería ser constante.

Estaba tan desesperada por que llegara ya la comida que me quedé mirando por la ventana, ansiosa.

Justo cuando estaba a punto de llamar al restaurante para comprobar cómo iba, un coche negro aparcó en un hueco que había al otro lado de la calle. Abrí la puerta con la propina preparada en una mano, pero la mujer que salió del vehículo no era la repartidora.

Era Penelope.

Me quedé congelada mientras caminaba hacia mí, con expresión completamente neutra.

—¿Tienes pensado dejarme pasar? —preguntó—. Tenemos que hablar.

—No tengo ganas de hablar contigo.

—Qué lástima. —Pasó a mi lado—. ¿Qué coño...? —Recorrió mi salón con la mirada y meneó la cabeza—. Nunca has sido de las que dejan por medio los envases de la comida a domicilio y todo hecho un lío. ¿Quién eres tú en realidad?

Como no estaba de humor para aguantar sus opiniones, coloqué una silla junto a la ventana y tomé asiento.

¿Dónde demonios estaba mi comida?

—Aún no me puedo creer lo tuyo con Travis —dijo Penelope, recogiendo un puñado de envases de comida vacíos—. Qué morro, qué descaro, qué caradura.

Me crucé de brazos y pensé en decirle que se marchara, pero sacó una escoba del armario y empezó a limpiar.

—En todo el tiempo que hemos sido amigas, cuando te consolaba por otros chicos, lo que querías era tirarte a mi hermano, ¿a que sí? —despotricó—. Pero ¿sabes qué? Has fingido de puta madre que no lo conocías durante todo el rato. Él es quien te follaba «como ningún otro» y quien servía de muso para tus actuaciones cuando lo hiciste mejor, ¿verdad?

Sabía muy bien que no debía responder a eso.

—Tampoco sirve de ayuda que él también siga en fase de negación. —Ahuecó los cojines—. O sea, no me extraña que tuviera un aspecto tan terrible en la conferencia de prensa de esta mañana. Se merece un poco de dolor, claro, pero aun así... En parte, sigo sin poder creer que lo mantuvierais en secreto durante tanto tiempo, pero, por otro lado, estoy furiosa, porque cree que su excusa de que no quería hacerte daño es creíble.

Yo tampoco quería hacerte daño.

—Independientemente de lo que yo opine... —hizo una pausa—, estoy atrapada con vosotros dos en mi vida. Es que no me puedo creer...

Contuve un suspiro y la escuché divagar entre lágrimas mientras dejaba mi casa inmaculada. Pagó la comida cuando llegó, y fue lo suficientemente amable como para dejarme comer en silencio.

Cuando devoré el último bocado, me tapó con una manta en el sofá. Después, continuó su diatriba sin dejar de limpiar mis cortinas con la máquina de vapor.

—¿Puedo decir una última cosa al respecto? —Se puso delante de mí.

—No te he hecho callar desde que has llegado, Penelope.

—Bien dicho. —Se dejó caer a mi lado y me apartó unos rizos de la frente—. Has sido como una hermana para mí desde que enterramos el hacha de guerra. ¿No estás de acuerdo?

—Sí.

—Y a pesar de la puñalada que me has dado en la espalda con Travis, que está casi a la altura de un asesinato...

—No se acerca *ni de lejos* al asesinato, Penelope.

—Sí, bueno... Aun así, vosotros dos tenéis mucho tiempo para disculparos por vuestra traición el pasado.

Me quedé mirándola, esperando que me dijera que estaba de broma, pero parecía ir muy en serio.

Se parecía a la chiquilla a quien yo odiaba pero que también admiraba en secreto, años atrás.

—Ahora que lo pienso —continuó—, si soy como una hermana para ti, eso significa que Travis es como tu hermano mayor también, y los dos habéis cometido, técnicamente, *incesto*.

Se hizo un silencio.

—Has querido lanzarme ese insulto desde que te enteraste de lo nuestro, ¿verdad? —pregunté.

—Llevo imaginándomelo toda una semana. —Sonrió—. ¿Qué tal lo he disparado?

—Deberías haberlo prolongado un poco más.

—¿Hacía falta otra frase?

—*Dos* más.

—Anotado. —Me dio un abrazo—. Creo que ya he terminado de hablar.

—Nunca creí que Travis y yo acabaríamos juntos otra vez, así que por eso no te lo conté nunca —confesé—. Me negaba a admitir cuánto significa para mí.

—En realidad, me parece bien que te lo guardaras para ti —dijo—. Te habría odiado todavía más. *Aún* te odio, por cierto.

—Ese sentimiento siempre será mutuo. —Sonreí por primera vez en esa semana—. ¿Podemos volver a ser amigas de nuevo, por favor? Tu hermano y yo hemos acabado, de todas formas.

—¿Por mi culpa?

—No, por muchas cosas. —Se me quebró la voz—. Siempre han sido muchas cosas... Principalmente, que piense que el mundo y todo lo que contiene gira en torno a él. Es que es incapaz de ver más allá de sus propias narices.

—Ha sido así desde que nació. —Me enjugó los ojos con las mangas de su jersey—. No puede evitarlo.

—Nuestro «matrimonio» estaba destinado a acabar en algún momento, y yo necesitaba dejar de fingir que teníamos un futuro de verdad, así que... —Reprimí los sollozos y fui incapaz de terminar la frase.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que está enfadado conmigo por cómo he llevado todo esto? —Me frotó la espalda—. ¿Que no quiere volver a verme hasta su combate?

—No. —Tragué saliva—. Para nada.

—Bueno, pues es verdad. Está bastante cabreado.

—Lo superará. —Sonreí—. Yo mataría por tener un hermano mayor que me cuidara de la manera en que él te cuida a ti, y es incapaz de guardar rencor durante mucho tiempo.

Ella me miró a los ojos.

—¿Tienes pensado venir a su combate?

—No. —Sentí que se me hacía un nudo en la garganta—. Tengo que olvidarlo.

—¿Por qué?

—Porque necesito ponerme a mí en primer lugar, al fin, en vez de esperar a que lo haga él...

ACTO DECIMOTERCERO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

MLAMI (FLORIDA)

TRAVIS

Yo: Hola... Te he llamado tres veces hoy. ¿Estás bien?

Yo: Llámame cuando puedas.

Yo: Han pasado días y no me has devuelto la llamada...

Yo: ¿Hay algún motivo por el que ahora me salga directamente tu buzón de voz?

Tati: No, lo siento. Es que he estado muy ocupada.

Yo: ¿Demasiado ocupada como para contestar al teléfono? No hace falta que me respondas a eso. Te llamaré dentro de cinco minutos. Contesta.

Salgo del octógono y me dirijo a la salida.

—¡Espera! ¡Espera! —me llama Ralph, obligándome a darme la vuelta—. ¿Adónde demonios vas? ¿Sabes?, si uno de los requisitos para conservar tus estadísticas de triunfos en la UFC fuese enviar mensajes y llamar a Tatiana cada diez minutos, nunca tendrías que volver a entrenar de nuevo.

—Esa broma ha perdido la gracia hace veinte veces.

—Tu novia puede esperar —dice, colocándome las manos sobre los hombros—. Si vosotros dos estáis destinados a estar juntos, al final funcionará. Confía en un viejo que lo sabe bien.

—¿Crees que ha conocido a alguien y no me lo está contando?

—Travis...

—Es que no se me ocurre nada más. —Aprieto la mandíbula solo de pensar que alguna vez haya estado con otro hombre—. Todo iba bien la última vez que nos vimos, pero ahora ha vuelto a dejar de hablarme, como solía hacer antes. No responde a mis llamadas, y me está costando horrores conseguir que conteste a mis mensajes.

—¿No tiene una competición importante en un par de meses? —Parece exasperado—. A lo mejor se está tomando el entrenamiento mucho más en serio que tú. Podría no tratarse de nada.

—O podría tratarse de *todo*. —Doy un paso atrás—. Volveré dentro de diez minutos.

—Vale. —Levanta las manos al aire—. ¡Tomémonos todos un descanso de media hora!

Salgo al porche y llamo a Tatiana.

Suena el primer tono. Luego el segundo.

—Hola —contesta en voz baja—. ¿Qué ocurre?

—¿*Qué ocurre?* ¿Qué coño te está pasando ultimadamente? —Me es imposible esconder mis sentimientos—. ¿Te he hecho algo malo?

—No, Travis.

—Dime la maldita verdad, Tatiana. —Ya no puedo seguir aguantando este juego—. O mejor aún: dime dónde estás, para que pueda coger un vuelo y hablar contigo en persona sobre nosotros.

—No puedo decírtelo.

—¿Has conocido a otra persona?

—No. —La voz se le quiebra, el primer indicio de emoción que le he escuchado desde hace una eternidad—. Es una larga historia, Travis. Te llamaré y te lo contaré esta noche, ¿vale?

—Vale. Te tomo la palabra. Te quiero.

—Yo siempre te querré, Travis...

NO ME LLAMA. Deja de responder a mis mensajes y a mis llamadas de manera definitiva.

ACTO DECIMOCUARTO

POR AQUEL ENTONCES

(VARIAS SEMANAS DESPUÉS)

CHICAGO (ILLINOIS)

TATIANA

—Estoy a punto de patinar mejor que nunca en la vida —me repito a mí misma—. Mejor que nunca en la vida...

Me quedo mirando mi reflejo en el vestuario, y me aseguro de que cada una de las lentejuelas que cuelga de mi vestido rojo y negro está en su lugar. El corazón me martillea de expectación por el programa de hoy, y sé que puedo ganar si sigo manteniendo la concentración.

Aunque las últimas semanas me han destrozado emocionalmente, he dejado a la señorita Price sin palabras en cada uno de los ensayos.

Me acerco más al espejo y vuelvo a comprobar mi maquillaje. Cuando me estoy retocando la raya del ojo, la puerta se abre y golpea la pared.

¿Qué coño...?

Es Penelope.

Entra furiosa, abriendo todos los compartimentos. Después, cierra la puerta.

—¿Voy a tener que llamar a seguridad? —Me doy la vuelta—. Espero que no estés tan loca como para pelearme conmigo en una competición.

—No quiero patinar contra una Tatiana Brave triste y sensible hoy. —Me fulmina con la mirada—. Necesito que vuelva la zorra perfeccionista que eras antes.

—¿Perdona?

—He hablado alto y claro —dice—. Sí, últimamente estás patinando mejor que nunca, pero no hay fuego. No hay intensidad. Es como si fueras en piloto automático.

—¿Estás colocada, Penelope?

—Me hiciste un cumplido la última vez que nos vimos —continúa, ignorando mi pregunta—, y no me gustan esas cosas viniendo de ti. Eres mi mejor rival, mi enemiga número uno, *para siempre*, y necesito que hoy lo des todo de ti.

—Para que conste... —dejo el delineador—, decirte que «apestas menos de lo normal» *no* es un cumplido.

Sonríe lentamente, pero se recompone de inmediato.

—Me he dado cuenta de que has conseguido hacer un cuádruple durante el calentamiento —afirma—. ¿Forma parte de tu rutina de hoy?

—Eso no es asunto tuyo.

—Me lo tomaré como un sí, así que necesito que te centres y lo hagas lo mejor posible. —Habla como si, por algún extraño motivo, fuese mi entrenadora, como si necesitara sus palabras de ánimo—. Necesito ver el mismo esfuerzo que hiciste en Sochi.

—Te refieres a *mejor aún*, ¿no? Recuerdo haber ganado la plata y haberla cagado en algunas cosas.

—Cometiste un error en toda la rutina. —Me lanza una mirada compasiva—. Ambas sabemos que

habrías ganado el oro si la mía no hubiera sido medio punto más técnica que la tuya.

—No lo sabía.

—Pero *yo* sí.

Se hace un silencio.

—Tampoco es que sea asunto tuyo, pero Travis, mi hermano mayor, ha venido hoy.

—¿Ha *venido*? —Mi corazón me traiciona al darme un vuelco.

—Sí —contesta ella—. Casi nunca viene, y como está aquí y eso podría significar que...

Soy incapaz de escuchar el resto de sus palabras.

Travis está aquí.

Cuando al fin logro centrarme de nuevo, Penelope está ante el espejo alisándose el pelo.

—Necesito que seas una buena competencia —sigue hablando—. Es decir, haz muy difícil que el jurado pueda tomar una decisión.

—Hay como unas doce patinadoras más ahí fuera, Penelope.

—Pero solo hay una que me preocupe —admite, mirándome de nuevo—. Quiero lo mejor de ti, porque siempre has sacado lo mejor de mí.

—Lo vas a conseguir seguro.

—Bien. —Da un paso atrás y empieza a caminar hacia la puerta.

—Espera —le digo cuando veo que coge el picaporte.

—¿Qué?

—Tienes dos horquillas que asoman por la parte de atrás de tu moño —advierto—. La juez Reddick es una maniática de esas tonterías, así que detestaría que ese fuera el motivo por el que pierdas contra mí.

—Yo también. —Sonríe—. Gracias.

Se marcha de la habitación, y la señorita Price entra a toda prisa.

—Ay, ¡menos mal! —Se lleva una mano al pecho—. Pensé que vosotras dos os ibais a tirar del pelo al final, después de tantos años.

—No, solo estábamos teniendo una conversación.

—Espero que se tratara de tu próxima victoria frente a ella en breve.

—Correcto.

UNA HORA DESPUÉS

Penelope hace un triple tirabuzón y desata los aplausos de las miles de personas estupefactas que hay hoy entre el público.

Flota sobre el hielo, girando y saltando de una forma que no hace más que confirmar su apodo: «La Pluma Perfecta».

A continuación se supone que viene un *lutz* doble, pero se desvía y realiza un *salchow* triple y varios *lutz* triples en su lugar.

El estadio prorrumpe en aplausos, y por mucho que quiera ignorar el entusiasmo, yo también termino aplaudiendo.

Completa un giro paralelo, y después su rutina se desarrolla exactamente tal y como la he visto antes.

Pura perfección.

De pronto, de la nada, se desvía de nuevo. En vez de un *lutz* triple intenta un cuádruple, y yo me

preparo para otra ronda de aplausos mientras gira en el aire.

Sin embargo, no cae como debería.

Se cae de cara en el hielo, y la superficie blanca que tiene debajo se cubre de rojo.

Oh, Dios mío...

ACTO DECIMOCUARTO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

CHICAGO (ILLINOIS)

TATIANA

Me abro paso entre el enjambre de reporteros que abarrotan el vestíbulo. Me dirijo directamente al ascensor de servicio, salgo en uno de los pasillos intercomunicados y encuentro la habitación de Penelope.

Abro la puerta y suelto un jadeo al verla en la cama. Tiene la cara vendada, las piernas cubiertas de escayola y los ojos cerrados, de tan hinchados.

Ay, Penelope...

El corazón se me encoge al acercarme a su lado.

—¿Por qué te desviaste así de tu rutina? —Me atraganto con mis propias palabras—. Las dos íbamos a estar en ese podio, y estaba deseando poder echártelo en cara...

El sonido de unos pasos que se acercan me hacen levantar la mirada, y me cuelo en su baño. Me apoyo contra la encimera y observo a dos enfermeras evaluar su estado.

—¿Tiene a algún familiar aquí? —pregunta una de ellas—. ¿Ha llamado alguien a sus padres?

—Sus padres han fallecido.

—¿Y qué hay de otros familiares?

—Su hermano mayor está arriba, hablando con los médicos sobre el tratamiento que va a necesitar durante los próximos años. Dadas las circunstancias, supongo que estará allí toda la mañana.

—Qué final más trágico para una hermosa carrera.

¿«Final» de su carrera?

Espero a que se marchen antes de ir a la tienda de regalos. Cojo globos de color rosa y gris y unas flores y me tomo un tiempo para escribir una nota dentro de una bonita tarjeta titulada *«Recupérate pronto»*.

Cuando vuelvo, dejo los regalos sobre la mesa y ajusto la almohada debajo de la cabeza de Penelope.

—Puede que te odie sobre el hielo —murmuro—, pero en otra vida creo que podríamos ser amigas.

Parece intentar abrir los ojos, aunque solo durante un instante.

Vuelven a cerrarse de inmediato.

—¿Cómo ha entrado aquí, señorita? —me llama una voz grave a mi espalda—. No la he visto registrarse en recepción.

—Lo siento, me he equivocado de habitación. —Salgo antes de que le dé tiempo a llamar a seguridad, y corro por el pasillo hasta el ascensor. Las puertas se abren, pero no entro.

No puedo.

Travis está dentro, solo, con los ojos inyectados en sangre y la camisa y los pantalones arrugados. Está sosteniendo un ramo de flores blancas, y lleva colgada del cuello una identificación de *«Familiar de visita»*.

—¿Tati? —pregunta, al salir—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No demasiado.

—Esperaba encontrarte después de la competición para ver si venías a cenar conmigo, pero...

—Lo sé. —Trago saliva—. Bueno, eeh... He venido a desearle a Penelope que se recupere pronto.

—Gracias —contesta—. He alquilado toda una planta del hotel que hay al otro lado de la calle. ¿Quieres quedarte conmigo esta noche?

Sí, por favor.

—No. Tengo que irme.

—Espera. —Me coge de la mano—. ¿Has escuchado el mensaje que te dejé esta mañana?

—Sí.

—¿Y no piensas darme una respuesta? —pregunta—. Sea lo que sea lo que haya hecho, o lo que haya ocurrido, déjame arreglarlo para poder volver a estar como estábamos.

—Ya no puedo seguir contigo. —Pronuncio las palabras que he estado intentando evitar durante una eternidad, y siento un tremendo dolor en el pecho a cada sílaba—. Es que no puedo.

—Al menos podemos ser amigos. —Me acuna la cara entre sus manos y me da un beso suave en los labios, llevando a mi corazón por unos derroteros que conoce demasiado bien: hasta un callejón sin salida.

—Solo amigos —susurra contra mi boca—. Puedes concederme eso.

—Los amigos no se besan, Travis.

—Nosotros sí, y esta noche deberíamos hablar sobre cómo podremos arreglar las cosas en adelante.

Aunque mi corazón me ruega que deje de hacerle esto a él, *a nosotros*, niego con la cabeza.

—Los amigos no hacen planes a largo plazo, ni tampoco se prometen nada —respondo—. No es así como funciona.

—Entonces tendremos que llamar de otra manera a lo que tenemos entre nosotros. Esta vez finjamos que...

—No. —Le aparto las manos antes de que pueda acabar—. Mi corazón no aguanta más esto.

—¿No aguanta el qué? —Me mira a los ojos—. Si ya no me quieres, o si has encontrado a otra persona, dilo ya de una vez.

—No es eso.

—A mí me parece que sí.

—¡Doctor Fraser, acuda a la sala de operaciones! —anuncia una voz a través de megafonía—. ¡Doctor Fraser, acuda a la sala de operaciones, por favor!

—Mira, Travis. —Las lágrimas amenazan con resbalarme por las mejillas cuando me agarra de la cintura—. Creo que lo mejor es que vayamos cada uno por nuestro propio camino y que finjamos que nunca nos hemos conocido.

La mirada esperanzada de sus ojos se apaga.

—Penelope necesita toda tu atención ahora mismo, y sería una estupidez de tu parte centrarte en nadie más ni un solo segundo. Además, necesito trabajar en mí misma, y ahora no es un buen momento.

—¿Así que vas a poner la excusa de «no eres tú, soy yo»? —inquire.

—No. Deja de actuar como si...

—¿Como si estuviera enamorado de ti? —sisea.

—Como si no supiéramos que esto iba a acabar algún día. —Me atraganto—. Ahora mismo no

podemos estar juntos. No es nuestro momento, pero si estamos destinados a estar juntos...

Me aprieta la cintura con más fuerza y me estrecha contra su cuerpo, como si esperase a que acabe la frase, a que le dé un rayo de esperanza.

Sin embargo, esas palabras nunca llegan.

Dedo a dedo, me va soltando poco a poco.

—Nunca he querido a nadie tanto como te quiero a ti —dice—. Y nunca lo haré.

—Eso no lo sabes todavía.

—Sí que lo sé. —Se aleja sin mediar más palabra, llevándose consigo los pedacitos destrozados de mi alma.

Quiero seguirlo y decirle que estoy cometiendo un gran error, pero no lo hago.

Me marcho del hospital y me obligo a arrancármelo de cuajo del corazón.

No volveré a buscarlo en Google.

No leeré artículos sobre él.

No veré los canales de deportes.

Travis Carter no existe.

Nunca existió.

EN LA ACTUALIDAD

(LA TARDE SIGUIENTE)

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

La frase «¿LOGRARÁ TRAVIS CARTER VENGAR SU DERROTA?» me miraba desde una pantalla gigante dentro de un probador de Tom Ford, pero el combate era lo último que tenía en la cabeza en esos momentos.

No me puedo creer que Tatiana se haya marchado de Las Vegas sin despedirse de mí...

Un sastre me midió las muñecas por enésima vez, mientras que otros hablaban sobre los sucesos del día.

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—He dicho muy claramente que nada de visitas hasta que haya acabado —se quejó el sastre—. He prometido una sesión absolutamente privada.

—Probablemente se trate del mánager del señor Carter —dijo alguien—. Solo él podría pasar por seguridad.

—Bueno, está bien. —Le hizo un ademán al portero—. Déjale pasar, por favor.

Yo miré la puerta esperando ver a Ralph, pero apareció Madeline.

—¿Sí, señorita Dawson? —pregunté.

—*Que te den.*

La sala se quedó en completo silencio.

—Sí, he dicho eso, y lo digo con toda sinceridad. —Se le quebró la voz—. Que te den, Travis.

—Necesito que se marche todo el mundo, salvo la señorita Dawson —ordené—. Ahora mismo.

Los empleados desaparecieron en solo unos segundos, entre crujidos de papeles. El sastre me dejó un alfiler clavado en la piel.

—Supongo que estás teniendo algún tipo de crisis mental —dije, tuteándola también—. Si no, tenemos un problema.

—Me has dado unas referencias horribles. —Empieza a llorar—. Sé que adorné mucho mi currículum, pero ¿tan mal publicista he sido para ti? ¿Le he fallado a tu marca tan terriblemente?

—No, Madeline.

—La primera empresa me dijo, literalmente, que no se sentían cómodos al contratarme por lo que el señor Carter les había dicho. La segunda ni me dio razón alguna, solo dijeron: «Debería hablar con el señor Carter». O sea, que me has jodido bien.

—Esa no era mi intención.

—Ah, claro que no —siseó—. De todas formas, me ibas a dejar marchar después de tu gran combate, así que no entiendo cómo has podido hacerme esto.

—Porque tiendo a ser una persona muy egoísta cuando se trata de ciertas cosas en mi vida.

—Pero esto va *mucho* más allá de ser egoísta, más egoísta de lo que lo fuiste con Tatiana —rezongó

—. Así que, si no te importa, cuando llame mi próximo posible cliente...

—Quiero mantenerte en plantilla y que dirijas también el departamento de Relaciones Públicas del resto de mis empresas —anuncié—. Les he dicho a todos los directores que pidieron referencias tuyas que estaban perdiendo el tiempo, porque estaba dispuesto a duplicar lo que te ofrecieran. No soy de los que comparten nada, y haré lo que haga falta para conservarte.

Ella parpadeó varias veces.

—Ah.

—¿Es que no estás contenta trabajando para mí?

—No, me encanta. —Sonrió—. Pero no sabía que me quisieras tanto.

—Solo me gustas mucho, Madeline. No te quiero.

—No tanto como quieres a tu mujer, pero aquí hay algo de *amor*. —Me dio un abrazo—. Puedo sentirlo.

—Madeline...

—Shhh... —Me abrazó más fuerte—. Deja que esa emoción irradie de nosotros durante un ratito. Solté un suspiro y le devolví el abrazo antes de soltarla.

—Gracias por haber aclarado mis conjeturas —dijo—. Tengo que hacer unas cuantas llamadas sobre tus invitados vip, así que volveré y veré qué necesitas más tarde.

—Espera. —Me coloqué delante de la puerta—. ¿A qué te referías cuando me has dicho que he sido más egoísta de lo que lo fui con Tatiana?

—¿Eh? No recuerdo nada de eso. —Era una actriz horrible—. Seguramente lo he soltado porque estaba enfadada y quería hacerte sentir mal.

—Pues ha funcionado. ¿A qué te referías?

—A nada. Solo lo he dicho por despecho, lo prometo.

—Yo creo que no. —Entrecerré los ojos—. Cuéntamelo.

—Prométeme que no me despedirás primero.

—Acabo de decir hace un momento que quiero que te quedes conmigo.

—Pero podrías cambiar de opinión cuando escuches lo que tengo que decir.

—No lo haré. —Estaba completamente desesperado por recuperar a mi mujer—. Lo prometo.

—Vale, mira... ¿Puedes imaginarte saliendo con una mujer que sea la hermana menor de tu peor rival? No un rival *cualquiera*, sino el tipo que sabe cómo vencerte con exactitud, el que sigue siendo siempre el número uno del mundo por muchas veces que tú te hayas acercado a arrebatarse el título.

—En mi deporte es un poco distinto.

—Pero el conflicto es el mismo. Así que, por muy enamorado que estés de esa persona, por mucho que trates de convencerte a ti mismo de lo contrario, el problema no desaparece. —Se acercó un poco más—. Apuesto a que nunca te contó cómo se sentía al perder contra Penelope cuando salíais juntos, ¿verdad?

No dije nada.

—Seguro que casi no hablaba de su carrera, porque tú apoyabas a Penelope. A ver: antes de que te volvieras tan arrogante y rico, todo lo que hacías, cada uno de tus movimientos, era por Penelope. Tuvieses novia o no.

—No. —Negué con la cabeza—. Dudo que ella...

—No he acabado. —Levantó la mano—. Se guardaba esa parte de su vida porque sabía que siempre iría después de Penelope cuando se trataba de ti también. —Se detuvo antes de continuar—. Te escuché decirlo hace poco, señor Carter. Siempre has antepuesto a Penelope *a todo*, así que Tatiana cree que ella va en segundo lugar.

Se hizo un silencio.

Me sostuve la cabeza entre las manos y respiré hondo una y otra vez.

¿Cómo demonios no lo había comprendido antes?

Madeline pasó a mi lado y abrió la puerta.

—Así que.... Bueno, no estoy despedida, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿puedo ser todavía más sincera contigo?

—No te pases.

—Vale, me lo reservaré para después. —Salió al pasillo—. De nada.

Me quedé en silencio cuando cerró la puerta y, por primera vez desde el día en que conocí a Tatiana, rebusqué entre nuestros recuerdos y comprendí las cosas desde su punto de vista.

ACTO DECIMOQUINTO

POR AQUEL ENTONCES

CHICAGO (ILLINOIS)

TRAVIS

—A su hermana le costará recuperar las funciones motoras y sufrirá pérdidas de memoria constantes durante mucho tiempo —me dice un médico una mañana—. Tendrá que estar a su lado a cada paso de su recuperación.

—Lo estaré —contesto—. ¿Puede dejarme un rato a solas con ella, por favor?

—Claro —responde él—. Volveré por la tarde para revisar la metodología de las siguientes cirugías.

—Espere. ¿Cuándo podrá volver a patinar, exactamente?

—Caballero, yo... —Me lanza una mirada de compasión—. Tendrá suerte si su hermana vuelve a *caminar* de nuevo.

Me niego a creerlo, y me acerco a Penelope. Saco el collar que le había comprado para la celebración de hoy, un medallón con un diamante incrustado que dice «*¡Enhorabuena por conseguir el 28!*», con una foto de ella junto a nuestra madre dentro.

Lo coloco a su lado y presiono la mano contra su frente.

—Lo siento mucho, Corona. Para mí siempre serás la ganadora de veintiocho campeonatos.

En algún momento —estoy demasiado hecho polvo como para darme cuenta de la hora— Hayden entra en la habitación e insiste en que vayamos a dar un paseo. Yo acepto su oferta a regañadientes. Cogemos el ascensor, salimos y vamos hacia el sendero que rodea el hospital. No puedo centrarme en casi nada ahora mismo, y necesito con desesperación hablar con mi otra mejor amiga.

Mi novia.

Saco el móvil y hago una videollamada a Tatiana.

Suena una vez.

Suena dos.

Su preciosa cara aparece en la pantalla segundos más tarde, pero no parece contenta de verme.

Lo que parece es que ha estado llorando durante semanas.

—Hola —saludo—. ¿Qué ocurre?

Ella no dice nada, solo me mira.

—He soñado que rompías conmigo —digo—. ¿No es una locura?

—Sí que he roto contigo, Travis. —Suelta un suspiro—. Te lo dije hace días.

—¿Estuviste aquí? ¿En el hospital? —El cerebro me funciona a base de aperitivos de las máquinas expendedoras y café malo; soy incapaz de pensar con claridad.

—Ve a cuidar de Penelope, Travis —dice, con lágrimas en las mejillas—. Ya hablaremos algún día.

Cuelga, y yo espero unos segundos antes de volver a llamarla.

Sin embargo, no suena ninguna señal.

Responde directamente el buzón de voz.

La llamo una hora, un día, una semana después, y el resultado sigue siendo siempre el mismo.

ACTO DECIMOQUINTO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

(VARIOS MESES DESPUÉS)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TRAVIS

Penelope abre los ojos por primera vez hoy. Tiende a olvidar que la he trasladado a otro lugar para recuperarse y que nunca me he apartado de su lado, así que me aferro a la esperanza de que hoy sí lo recuerde.

—¿Travis? —pregunta, girando la cabeza lentamente para mirarme—. ¿Travis?

—¿Sí, Corona?

—Ya puedes largarte de mi habitación.

—¿Perdona?

—Dame el mando a distancia antes de irte, para poder hablar con la pantalla en vez de contigo.

—Sabes que he estado aquí contigo todos los días, cuidándote, ¿no?

—Hayden también ha estado. —Se encoge de hombros—. Sigo enfadada contigo por haberte perdido mis diez últimas competiciones o así antes de Chicago.

¿Cómo es que puedes recordar toda esa mierda, pero nada más?

—No estuviste a mi lado cuando te necesitaba. —Parpadea varias veces—. Y, antes de eso, me hiciste el vacío y me dejaste con Hayden. Es un putero, ¿sabes?

—Deja de hablar, Corona. —Ahueco la almohada que tiene detrás de la cabeza.

—¿Por qué cambiaste de opinión a última hora sobre venir a los Juegos Olímpicos de Sochi?

Me quedo mirándola, intentando comprobar cuánto recuerda.

—¿A qué te refieres?

—Me niego a creer que fuera porque surgiera un contrato con un patrocinador. —Se esfuerza por sentarse, y yo la ayudo—. No nací ayer, así que supongo que estabas por ahí haciendo alguna otra cosa —continúa—. Ya habías comprado el billete de avión y habíamos hecho un itinerario de cosas que hacer juntos. Después te portaste como si fuese *yo* quien hizo mal al enfadarse.

—Penelope, es complicado.

—¿Lo es? —La expresión de dolor en su mirada me retuerce el corazón.

—A mamá no le parecería bien que cambiases de opinión en último momento —dice—. Papá tampoco lo entendería.

Lo entenderían los dos...

—Siento no haberte acompañado en Rusia. —Le doy un beso en la frente—. Si hubiese habido alguna manera de poder hacerlo, lo habría hecho. Te lo prometo.

—¿Tan *importante* era la otra cosa que tenías que hacer?

—En ese momento sí lo pensaba.

—¿Del nivel de «entre la vida y la muerte»?

—En cierta forma sí. Estaban en juego los sueños de una persona.

—¿Te refieres a los míos?

—No, Corona. —Vuelvo a darle un beso en la frente—. Ya estaba haciendo todo lo posible por asegurarme de que cumplieras los tuyos.

Se hace un silencio.

—Seguiré enfadada contigo por eso durante un buen tiempo. —Me hace un gesto para que coja su libreta de recuerdos—. Pero escribiré una pequeña modificación por tu disculpa.

—No lo hagas —la detengo—. Me merezco tu ira.

Ella suspira y se queda con el bolígrafo en el aire.

—¿Quién estuvo en el primer puesto del podio en Chicago? Quiero saberlo.

—No hicieron una presentación formal —contesto—. La salud y supervivencia de cierta persona eran más importantes.

—Pero estoy segura de que publicaron las posiciones en la página web. Yo fui la última que patinó, así que no veo por qué no hicieron eso al menos. ¿Puedes llamarlos por teléfono?

—Tatiana Brave quedó la primera —digo, porque sé que no lo va a dejar pasar—. Tuvo una puntuación casi perfecta.

—¿Es ahora la número uno del mundo?

—Sí.

—¿Cuántas competiciones ha ganado desde que me estoy recuperando?

—He perdido la cuenta.

—Bueno... —Toma aire con fuerza y después lo suelta—. Eso está bien. Muy bien.

—¿Bien? —Arqueo una ceja—. ¿No será que en realidad te parece fatal?

Ella menea la cabeza y se queda en silencio durante unos instantes.

—¿Puedo contarte un secreto, Travis?

—Siempre.

—Nunca admitiré haber dicho esto, pero Tatiana patinó mejor que yo en varias ocasiones, y nunca me había preocupado perder mi puesto hasta que llegó ella... —Parece melancólica—. Si alguna vez tenía que perder ante *alguien*, ella era la única persona de quien podría aceptarlo, porque siempre ha hecho parecer a mis otras competidoras unas simples aficionadas...

—Eso es muy maduro por tu parte, Corona. Me alegro de que hayas llegado a esa conclusión.

—Gracias. Aunque sigue siendo una zorra de cojones.

Madre mía...

—Penelope...

—Y no es tan guapa. —Cierra los ojos—. Su manera de patinar es mediocre, como mucho. Como mucho. ¿Por qué nunca me dices que estás de acuerdo con eso?

Se sumerge en un sueño profundo, y yo apago las luces.

ACTO DECIMOSEXTO

POR AQUEL ENTONCES

(UN AÑO Y MEDIO DESPUÉS)

RENO (NEVADA)

TRAVIS

Tatiana ha montado una empresa nueva que se llama Brave Beauty Marks.

Lo sé porque abrí y leí todas y cada una de las publicaciones de su cuenta de Instagram anoche, mientras estaba borracho, y me da igual lo patético que pueda sonar.

La echo muchísimo de menos.

Después de contratar a una enfermera que cuidara de Penelope durante medio día, volé a Reno para comprobar si había pasado el tiempo suficiente como para que Tatiana hubiese entrado en razón y cambiado de opinión sobre nosotros.

Aparco el coche delante del edificio donde va a celebrar una «reunión estratégica» dentro de unas horas, y salgo con un ramo de rosas.

A través de las ventanas de la cafetería, la observo durante varios minutos. Y entonces, como no puedo evitarlo, la llamo por teléfono.

Se queda mirando la pantalla del móvil cuando aparece mi nombre, y justo cuando creo que va a dejar que conteste el buzón de voz, se lo lleva al oído.

—¿Diga? —responde.

—¿Cómo estás?

—Travis... —Suelta un suspiro—. Prometiste que no ibas a hacer esto.

—¿Hacer el qué?

—No dejarme marchar. —Traga saliva—. Lo acordamos.

—No hubo un «nosotros» en esa maldita decisión —contesto—. La tomaste tú sola, y lo sabes.

Ella menea la cabeza.

—No he estado bien. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—No creo que eso sea posible —replica—. Tu carrera está en auge.

—Y la tuya también.

Una sonrisa le cruza la cara, pero se apaga.

—No puedo hacer esto, Travis. Tengo que irme.

Cuelga antes de que me dé tiempo a hacerle otra pregunta, y un tipo vestido con un traje gris se sienta delante de ella.

Le coge la mano y se la besa.

¿Qué cojones...?

Sin pensármelo dos veces, entro en la cafetería y me acerco a su mesa.

—Tenemos que hablar. —La miro furioso y trato de mantener firme el tono de voz—. Ahora.

—Ay, no —dice su cita, sonriendo—. ¿Te hemos quitado la mesa?

—¿Qué? —preguntamos Tatiana y yo al unísono.

—Eres Travis Carter. —Sonríe y levanta las manos a modo de fingida rendición—. No voy a hacerme el héroe si este es tu lugar habitual. Veo la UFC y soy un gran fan tuyo.

—¡Ay, Dios mío! —La encargada se acerca corriendo—. ¿Puedo hacerme una foto contigo?

—En un minuto —contesto, sin dejar de mirar a Tatiana—. Tengo que hablar con alguien primero.

—Yo también soy una gran fan tuya —dice ella, sin emoción ninguna—. Siempre me sorprende la manera en que *dejas marchar* un combate al acabar y te centras en el siguiente.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Estoy segura de que al principio parece muy difícil —dice—, pero te aseguro que la otra persona te lo agradece, para poder seguir adelante ella también.

—¿Esas rosas son para tus fans? —pregunta el chico—. ¿Has venido a la ciudad para hacer alguna promoción de San Valentín?

—No, son para alguien que significa un mundo para mí. —Doy un paso atrás—. O al menos lo *significaba*, claro.

—¿Puedo hacerme una foto contigo también, Travis? —Se acerca una rubia corriendo.

—¡Yo también!

—Si no te importa, ¿puedo...?

—¿Por favor?

Los fans me rodean, y yo finjo sonreír durante lo que me parece una eternidad.

Entre todas las veces que piden hacerse fotos conmigo, veo cómo Tatiana me evita y sigue charlando con el otro tipo.

Me entran ganas de interrumpirlos y decir que sigue siendo mía, que *siempre* lo será, pero entonces el chico la besa en los labios.

Ella no se aparta; le devuelve el beso.

Los últimos trozos de mi corazón se rompen dentro de mi pecho, y me obligo a marcharme de la cafetería en mitad de la sesión de fotos. Tiro las rosas rojas a la calle y vuelvo al coche.

Si quiere fingir que nunca nos hemos conocido, le daré lo que ella quiere.

ACTO DECIMOSEXTO Y MEDIO

POR AQUEL ENTONCES

(AÑOS DESPUÉS)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Por favor, que sea este. Por favor, que sea este.

Estoy en el exterior de un precioso edificio de ladrillo rojo deseando con todas mis fuerzas que mi búsqueda de apartamento acabe de una vez por todas. Hasta el momento he visto estudios infestados de ratas, rascacielos que no me puedo permitir y sitios tan pequeños que no podría meter ni dos maletas.

Repito mi oración y llamo al timbre, y la puerta se abre en tan solo unos segundos.

¿Pero qué...? ¿Penelope?

Nos quedamos mirándonos, y yo la observo con incredulidad.

El tiempo ha pasado genial para ella desde su caída; está guapísima, y parece haber sanado bien. A diferencia de los rumores que he escuchado por aquí y por allá, no parece aturdida en absoluto.

¿Se acordará de mí?

—*Puaj.* Eres *tú*. —Me lanza una mirada furiosa, de desdén, con lo que mi pregunta queda respondida.

—*Tú.* —Yo también la miro igual y me cruzo de brazos.

—Si hubiera sabido que este piso era tuyo —digo—, juro que nunca habría respondido al anuncio.

—Está bien que lo hayas hecho —afirma, encogiéndose de hombros—. Puedes echar un buen vistazo a un lugar bonito en donde nunca te vas a quedar.

—Siempre he sabido que eras una bruja con un corazón de hielo.

—Siempre he sabido que tú lo eras más.

—Preferiría *morir* antes que vivir aquí.

—¿Me has visto invitarte a entrar? —Empieza a cerrarme la puerta en la cara—. Buena suerte con tu búsqueda.

—Espera —digo, colocando el pie entre la puerta y el marco—. Odio tener que pedirlo, ¿pero puedo usar tu baño antes de irme?

—Está bien. —Abre la puerta—. Está al final del pasillo, a la izquierda. No te vayas sin echarle un buen vistazo a mi colección de medallas de camino. Fíjate en especial en la de oro de los Juegos Olímpicos de Sochi.

—Una pena que te falte la de oro de Pionyang. —No puedo evitar devolverle la patada, ya que tanto quiere vivir en el pasado—. Me pregunto quién ganó *esa*.

—Tienes dos minutos para hacer lo que sea y largarte cagando leches.

—Tardaré menos. —Encuentro el baño y cierro la puerta.

Al girarme, suelto un gemido. Este baño es más grande que el resto de los que he visto en los otros apartamentos juntos.

Echo un vistazo más de cerca a la bañera con patas de garra y acaricio el grifo plateado.

Compruebo el armario y la ducha, y, antes de darme cuenta, hasta se me ha olvidado el motivo por el que he venido aquí.

Después de lavarme las manos, salgo por el pasillo y encuentro a Penelope echando humo en el salón. Se las ha apañado para ponerse la camiseta rosa de «*Soy la mejor patinadora con vida*» que siempre he odiado.

Con que sigue igual de mezquina de cojones...

—Tu baño es bonito —declaro—. ¿Es ese el único?

—No, hay tres. Dos más que nunca vas a ver.

Me cuelgo el bolso del hombro y la miro directamente a los ojos. Puesto que ha recuperado la memoria y sigue siendo un bicho, tengo que avisarla de algo.

—Si te sirve de algo —comienzo—, no creo que haya odiado nunca a nadie tanto como te odio a ti.

—El sentimiento será siempre mutuo.

Se hace un silencio. Por algún extraño motivo, soy incapaz de marcharme.

Todavía no.

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunto—. Quiero decir, ¿a qué te dedicas?

Ella no contesta.

—He oído que no recuperaste toda la memoria después de la caída. ¿Es verdad eso?

—Algunos días recuerdo trocitos —transige—, pero todavía me falta mucho, y los recuerdos nunca aparecen en orden.

—¿Estás entrenando?

—De vez en cuando —admite—. Tengo algunos clientes privados, pero no merece la pena mencionarlos.

—Deja que adivine: ¿tienen padres ricos que tiran el dinero porque los críos no pueden separarse siquiera de la barandilla?

—Exacto. —Asiente—. También doy discursos inspiradores a compañeros y equipos de deporte. De hecho, tengo uno dentro de unas semanas en California.

—¿Te pagan bien?

—A veces —contesta, antes de hacer una pausa—. Bien para los que no viven en Nueva York. De ahí el tema de la compañera de piso. Dudo que paguen tan bien como te pagan *a ti*.

Arqueo una ceja, y me pregunto por qué Travis no le está pagando el alquiler.

—¿Y cómo sabes lo que estoy haciendo? —inquiero.

—Soy seguidora/*hater* tuya en Instagram desde una cuenta falsa. La que siempre comenta «No eres tan guapa» y «No te lo tengas tan creído».

—Bueno es saberlo. —Sonríe—. Te diría que ha sido un placer verte después de tantos años, pero...

—... no lo es.

—Exacto. —Me dirijo hacia la puerta—. Que tengas mucha suerte y encuentres una compañera de piso que no te odie.

—Gracias. —Salgo, y ella da un portazo a mi espalda.

Me doy la vuelta y miro hacia delante.

Si estuviera cuerda, me alejaría ahora mismo, me olvidaría de este lugar, olvidaría que existe y me largaría por patas. Vivir con una mujer que es hermana del hombre que sigue adueñándose de mi corazón no es buena idea ni de lejos.

Estoy casi a punto de llegar a doce horas al día sin pensar en él.

Muy, muy cerca...

Aunque, claro, no hay ningún otro apartamento en esta ciudad que me haya gustado tanto a primera vista, y conseguimos pasar una noche juntas sin matarnos antes, así que...

La puerta se abre de repente y no puedo evitar hablar sin pensar.

—Necesito de verdad un lugar donde vivir, y puedo pagar los diez primeros meses por adelantado.

Penelope suelta un suspiro y me invita a pasar.

Me hace unas cuantas preguntas, y yo las respondo en piloto automático, demasiado despistada por el enorme cuadro que cuelga encima de su chimenea.

Son ella y Travis en una habitación de hospital. Ella está sujetando unos globos y sonriendo, y sobre ellos hay un cartel colorido que reza: *«HE DEMOSTRADO QUE TODOS LOS MÉDICOS ESTABAN EQUIVOCADOS. VUELVO A CAMINAR, ¡Y PRONTO VOLVERÉ A PATINAR!»*.

—Ese es mi hermano mayor. Travis —dice Penelope—. Es luchador de la UFC. No viene muy a menudo a la ciudad, ahora que estoy mejor, pero cuando tiene un combate en Las Vegas me envía un billete de avión para que vaya a verlo.

—¿Alguna vez me ha mencionado? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda evitarlo.

—¿A *ti*? —Ladea la cabeza—. Hubo un momento en que me prohibió que te mencionara en nuestras conversaciones.

—¿Qué? —Intento no parecer sedienta de una explicación—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Tenía sus motivos. —Hace una pausa—. Yo solía hablar pestes de ti durante todo el tiempo, cuando competíamos, y se cansó. Lo cortó por lo sano antes de que pudiera ni empezar.

No tengo ni idea de cómo reaccionar a eso, y una parte de mí no puede evitar preguntarse si el universo no me estará enviando otra nueva oportunidad, o quizá una broma pesada.

—Qué locura —dice, meneando la cabeza—. Hablar de mis adversarias nunca le había molestado hasta que llegaste tú. A ver: si alguna vez pronunciaba alguna palabra que se pareciera a tu nombre, me lanzaba una mirada furiosa, como si se tratase de algo personal.

Yo asiento, todavía incrédula.

—A lo mejor pensaba que volveríamos a vernos de nuevo y que nos llevaríamos bien.

—Puede.

—¿Quieres un café? —pregunta, y de pronto parece avergonzada—. Hablaba en serio cuando he dicho que no tenía amigos, aparte de Hayden.

—Yo tampoco tengo amigos —contesto—. Me encantaría...

43

EN LA ACTUALIDAD

(SEIS NOCHES ANTES DE LA REVANCHA)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TRAVIS

—Abre la maldita puerta. —Llamé al timbre de Tatiana por enésima vez—. Responde ahora mismo.

Aunque las luces del interior no estaban encendidas, estaba seguro de que estaba en el sofá de su salón, disfrutando al ignorarme mientras la lluvia de Nueva York me empapaba los huesos.

—Solo necesito dos minutos. —Volví a llamar al timbre—. Dame solo dos minutos.

La puerta nunca se abrió.

Las luces nunca se encendieron.

Lo único que cambió fue la forma en que cayó la lluvia.

—¿Qué demonios haces delante de mi casa, chico? —preguntó alguien que tenía la voz ronca a mi espalda.

Me di la vuelta y vi a un hombre mayor que llevaba un bastón. Parecía estar a punto de darme con él en toda la cara.

—Creo que se ha equivocado, señor —dije—. Mi mujer vive aquí.

—No, *yo* vivo ahí. Y si no sales de mi propiedad en los diez próximos segundos, tendré que ocuparme personalmente de ti.

Sacó pecho como si de verdad quisiera pelearse conmigo.

—No me hagas empezar a contar, hijo —insistió—. Me disgustaría tener que zurrarte el culo con este tiempo.

Me habría reído si el corazón no me hubiese estado doliendo tanto.

—Lo siento, señor —contesté—. Si no le importa que le pregunte, ¿desde cuándo vive aquí?

—Desde la semana pasada. —Bajó la guardia un poco—. Una jovencita maravillosa que entrenó una vez a mi nieta me lo ha cedido en alquiler durante el tiempo que yo quiera.

—Entiendo... —Sentí un aguijonazo en el pecho—. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar viviendo esa mujer en estos momentos?

—¿Y no deberías saber *tú* eso? —Arqueó una ceja—. ¿No has dicho que era tu mujer?

—Cierto. —Bajé los escalones y llamé a Madeline.

—¿Sí, señor Carter? —respondió.

—Voy a quedarme en Nueva York unos cuantos días más, hasta que encuentre a Tatiana. Avisa a todos los de mi equipo.

—¿Has perdido la puñetera cabeza? —apareció Ralph de repente al otro lado de la línea.

—Por completo.

—Tu combate es dentro de seis días —gruñó—. Seis. Putos. Días.

—Siempre podemos aplazarlo, si es que no la encuentro antes de entonces.

—Tienes un ritual previo al combate que se ha publicitado a los cuatro vientos y que empieza esta

noche. —Fingió no haber escuchado mis anteriores palabras—. Vas a traer tu culo a Las Vegas esta tarde, y te vas a centrar en pelear contra el hombre que está celebrando en estos momentos una rueda de prensa y echando pestes de ti. Te centrarás, y después de ganar podrás dedicarte a luchar por tu matrimonio.

No dije nada.

—¿Queda la hostia de claro, Travis Carter?

—Queda claro —cedí—. Volaré a eso de las tres.

—Volarás *ahora mismo*.

Por su tono de voz, sabía muy bien que no podía arriesgarme a perderlo justo cuando más lo necesitaba.

Aunque tampoco me puedo permitir perder a Tatiana.

—Solo quiero comprobar unos cuantos lugares más, Ralph —insistí—. Solo tardaré unas horas, y volveré a tiempo.

—Vete al aeropuerto ahora mismo o lo dejo. —Me colgó sin darme la oportunidad de decir nada más.

Joder.

EN LA ACTUALIDAD

(CINCO NOCHES ANTES DE LA REVANCHA)

MANHATTAN (NUEVA YORK)

TATIANA

Travis (no responder): Tatiana, son las cuatro de la madrugada, pero sé que estás despierta. Contesta al teléfono.

Travis (no responder): Necesito hablar contigo, de verdad. Escúchame solo dos minutos.

Travis (no responder): ¿Vas a venir a mi combate?

Travis (no responder): Voy a enviarte un avión privado a Nueva York para que puedas verlo desde la primera fila, como siempre habíamos hablado.

Las lágrimas me resbalaban por las mejillas mientras leía los mensajes que Travis me había enviado esa mañana, y me pregunté si su corazón estaba tan roto como el mío.

Por muchas ganas que tuviera de responder, no podía seguir siendo masoquista.

Borré sus mensajes e hice al fin lo que debía haber hecho años antes, lo que me habría ahorrado un amor que no podía conservar y una tristeza que el tiempo no podría curar: bloqueé su número.

Para siempre.

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

El ritual del Castigador queda oficialmente roto.

Desde que comenzamos a publicar este blog y empezamos a seguir la carrera de Travis Carter, hemos estado obsesionadas con su legendaria rutina previa a cada combate.

Como sabéis, comienza siempre en The Riviera, donde invita a sus amigos más cercanos y a los miembros de su equipo a un almuerzo privado y formal.

Sin embargo, ya no es el caso.

Ayer, mientras que las fans esperaban ansiosas fuera con la esperanza de poder echarle un vistazo, el encargado del restaurante nos informó de que no había aparecido.

Horas más tarde, se le vio en la otra punta de la ciudad, sentado solo en una cafetería.

La otra noche, una de nuestras queridas lectoras nos contó que lo vio deambular sin rumbo por una conferencia de *Sailor Moon* (tenemos fotos que lo confirman).

Si habéis apostado por su victoria este fin de semana, puede que queráis pensároslo dos veces...

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

EN LA ACTUALIDAD

(DOS NOCHES ANTES DE LA REVANCHA)

LAS VEGAS (NEVADA)

TRAVIS

—Voy a apostar cien mil dólares por Christopher Juárez, por siempre y para siempre —dijo el presentador deportivo en la televisión—. Tiene las ansias, el impulso, las ganas de luchar. *Todo*.

—¡Apaga esa mierda, Harry! —le gritó Ralph a mi entrenador desde el otro lado de la habitación.

—No, por favor, déjala encendida. —Flexioné las manos—. Estoy deseando enviarle una tarjeta de «Siento tu pérdida» cuando todo se haya acabado.

—Me alegra ver que tiene ese nivel de confianza, señor. —Harry sonrió—. Juárez ni se va a enterar del golpe.

—Ah, claro que se va a enterar. —Giré las muñecas—. Todo el mundo lo hará.

—¡Está bien, escuchadme todos! —Ralph dio unas palmadas—. Hagamos un descanso para la cena y volvamos a reunirnos después en el ático. Revisaremos el listado final antes de que el señor Carter le dedique sus ocho horas obligatorias al sueño.

Cuando salió la última persona, Ralph cerró la puerta.

—Estoy muy contento con lo que he visto de ti este fin de semana —dijo—. Estás al cien por cien, y me gusta.

—Solo estoy centrado al sesenta por ciento, y lo sabes.

—Es que quería escuchártelo decir a ti primero. —Meneó la cabeza—. Tu mujer no se ha subido al avión privado que le enviaste. Ha llegado vacío.

—¿Y qué hay de mi hermana?

—Ha venido en el avión de tu mejor amigo —contestó—. Sin ánimo de ofender.

—¿Por qué iba a ser eso una ofensa, Ralph?

—Dijo que se sentía incómoda al subirse en tu picadero.

—Podrías haberte guardado esa mierda para ti.

—Lo siento. En fin, en cuanto a tus escoltas de esta noche —comenzó—, ¿quieres dos o tres fuera de tu casa?

—Vuelve a enviar el avión para recoger a la señora Carter, por favor.

—¿Qué? —Meneó la cabeza—. Te acabo de decir que...

—Manda el puto avión —exigí—. Si no, me subiré en diez minutos y la traeré yo mismo.

Se hizo un silencio.

—Travis, vendrá para el combate, de la manera que sea. —Suspiró—. Confía en mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque he hablado con ella —respondió—. No creo que me haya mentido.

—¿Y cuándo tenías pensado contármelo?

—No tenía pensado hacerlo.

—Ya veo. —Me cruzo de brazos—. ¿Qué quieres decir con «de la manera que sea»?

—Pues tal y como suena, supongo. —Evitó mirarme a los ojos, pero me puse delante de él.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa que ha accedido a hacerse algunas fotos falsas para la prensa, ya que seguís casados legalmente, pero que hará todo lo posible por seguir adelante con su vida —informó—. Quiere que tú hagas lo mismo.

—¿A qué hora llegará?

—No, Travis. Céntrate en la pelea, por favor. —Me colocó las manos sobre los hombros—. Tu legado está en juego, y sé que la señora Carter querría que estuvieses al máximo.

No dije nada.

—Si te contara lo guapa que estaba cuando la he visto antes, ¿te ayudaría en algo?

—Empieza a hablar.

EN LA ACTUALIDAD

(NOCHE DEL COMBATE)

MGM GRAND GARDEN ARENA, LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

«COMBATE DE LA UFC NÚMERO 302:
CHRISTOPHER JUÁREZ VS. TRAVIS CARTER».

Sentí un nudo en el estómago al mirar el cartel que había sobre el estadio. El señor Faber estaba fuera del coche privado, con la mano extendida, esperando con paciencia a que yo saliera.

Respira, Tati. Respira.

—Está encantadora esta noche, señora Carter —me halagó—. Espero que no esté haciendo tiempo dentro del coche porque tenga dudas sobre ese impresionante vestido.

—Gracias, señor Faber. —Le sonreí—. Es que estoy nerviosa.

—¿Le importaría si me siento a su lado un momento?

—Adelante.

Cerró mi puerta y caminó hasta el otro lado del coche para sentarse junto a mí.

—No suelo meterme en los asuntos de mi jefe —dijo—, pero quiero que sepa que usted lo es todo para él.

—Bueno, nos hemos *casado*. —Me obligué a sonreír—. Espero que así sea.

—Estoy al tanto de la farsa, señora Carter —añadió—. Al principio no, pero al final terminé por darme cuenta.

—Siento haberle engañado.

—No fue un engaño. —Se sacó un pañuelo de la chaqueta—. Es evidente, para todo el que pase más de cinco minutos junto a ustedes dos, que están hechos el uno para el otro.

Me enjuagué los ojos.

—Hace años, siempre que lo recogía de una de sus noches de borrachera, hablaba de la mujer a quien nunca podía olvidar. —Miró hacia el cartel—. Estoy muy seguro de que esa mujer era usted, y como ya hemos estado aquí fuera durante más de una hora, ¿le importaría si *personifico* a mi jefe con mis próximas palabras?

—Claro que no, señor Faber.

—Bien. —Asintió y luego respiró hondo—. Sal ya del puto coche y entra ahí.

EN LA ACTUALIDAD

(NOCHE DEL COMBATE)

MGM GRAND GARDEN ARENA, LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

—¿Estás segura de que no quieres sentarte conmigo y con Hayden? —preguntó Penelope, acariciándome la mano en la sala vip.

—Estoy segura —respondí—. No quiero volver a gafarle.

—Pues yo sé que en esta ocasión estaría encantado de verte. —Sonrió—. Más que a mí, te lo prometo.

Contuve una carcajada y negué con la cabeza.

—Lo observaré desde la distancia.

—Tú misma. —Se marchó, con Hayden a su lado, y yo cogí un puñado de fresas antes de salir por una puerta lateral.

Seguí los carteles de «SOLO PERSONAL MÉDICO» hasta salir al estadio y colocarme detrás de un grupo de médicos.

El público estaba de pie, lanzando vítores como si el combate ya hubiese comenzado.

—¡Y ahooora! —El presentador estaba en el centro del octógono—. Vamos a cantar el himno nacional...

Solté un suspiro. El corazón me palpitaba como loco, y empecé a cantar el himno para mis adentros para tratar de calmarme un poco.

Solo será durante una hora más o menos, Tati. Solo durante una hora más o menos...

—¡Damas y caballeros! —Volvió a rugir el presentador—. ¡Bienvenidos al combate número trescientos dos del campeonato de la UFC!

Gritos atronadores llenaron el recinto.

—¡El primero en entrar al octógono, con unas medidas de uno con ochenta y ocho y setenta y siete kilos de peso, el anterior campeón de peso welter del muuundo, Travis «el Castigador» Carter!

Las luces se atenuaron, y el túnel de acceso a la derecha se iluminó con un humo rojo y blanco.

A través de los altavoces sonó la canción de entrada de Travis, *Bitch, I'm a Champion*, y yo levanté la mirada hacia la pantalla gigante.

Rodeado de diez miembros de su equipo, Travis se pavoneó con toda confianza, con la cabeza gacha y semioculta con la capucha de un albornoz rojo. Tenía la mandíbula apretada, y parecía totalmente centrado y perdido en el momento.

A cada paso que daba, los rugidos del público se intensificaban, y cuando llegó a la zona del control previo, la música había quedado ensordecida con los gritos.

De repente, dejó de caminar y se quitó la capucha de la cabeza, mostrando su atractiva cara.

La multitud le vitoreó todavía más.

Como si supiera que casi todos los presentes habían venido a verlo ganar, dedicó un buen rato a

saludarlos. Después, se desvió de su camino hacia el octógono y se dirigió a la sección dedicada a sus mejores fans.

Les estrechó la mano de uno en uno mientras lanzaba su perfecta sonrisa, y la gente se volvió loca de nuevo.

Cuando los inspectores deportivos de Nevada comprobaron sus manos y le extendieron vaselina por toda la cara, entró en el octógono acompañado del mayor aplauso de la noche.

Se paseó por la jaula, sonriendo y saludando a los fans, y entonces sus ojos se cruzaron con los míos.

La sonrisa de su cara desapareció lentamente, y dejó de moverse.

Separó los labios al observarme, y mi corazón latió a ese ritmo acelerado que tanto le pertenecía a él.

En vez de dirigirse a su esquina y esperar a que Juárez terminara su paseo, salió de la jaula.

Su entrenador intentó obligarlo a entrar de nuevo, pero Travis era demasiado fuerte para él. Siguió caminando hacia mí.

—¿Qué demonios está haciendo?

—¿Se le ha olvidado algo?

—¿Es otro paso de su ritual de entrada o algo? —especulaban a mis espaldas los presentes.

Con todo el mundo mirando, se colocó directamente delante de mí.

De repente, las luces del estadio parpadearon y luego se atenuaron. Había llegado el momento de que entrara Juárez, pero los gritos ni se acercaron de lejos al volumen de los de él.

—Buena suerte esta noche, Travis. —Tragué saliva—. Estaré apoyándote para que ganes.

—Eso espero —contestó, acortando la distancia entre los dos. Presionó un dedo sobre mi pecho expuesto y dibujó una línea a lo largo del escote en V de mi vestido negro que me puso los nervios a flor de piel—. Te echo de menos —dijo, acariciándome los labios con el dedo—. He estado hecho una mierda sin ti.

—Solo han pasado un par de semanas.

—Pues han sido las putas semanas más largas de mi vida —añadió—. No tendrás pensado marcharte de aquí sin despedirte de nuevo, ¿no?

—¿Acaso importa?

—Pues claro que sí. —Su dedo seguía sobre mis labios—. Pero ¿de verdad crees que no iba a buscarte?

—¿Señor Carter? —Un hombre con traje se aclaró la garganta a su espalda, y me ahorró el tener que responderle—. Señor Carter, tiene que volver al octógono.

Travis lo ignoró y me miró a los ojos.

—¿De verdad has vuelto a bloquear mi número?

—Travis. —Traté de no alzar la voz—. Tu combate...

—A la mierda con el combate —dijo—. Respóndeme.

—Sí —contesté con suavidad—. Bloqueé tu número. Tienes que...

—... pedirte perdón. —Me acunó la cara entre sus manos—. Siento muchísimo no haberme dado cuenta de lo conflictiva y difícil que era nuestra relación para ti.

No dije nada.

—Me equivoqué, y fui un egoísta por decirte que no tenías motivos para romper conmigo. —Hizo una pausa—. Dadas las circunstancias y lo mucho que quiero ganar, yo también habría terminado haciendo lo mismo si hubiese estado en tu lugar.

Me quedé quieta, perpleja y completamente sin habla.

—Y después de decir esto: siempre te he querido, y estoy enamorado hasta las trancas de ti. Los ojos se me llenaron de lágrimas y traté de contenerlas con todas mis fuerzas.

—No quiero perderte otra vez —continuó—. No me lo puedo permitir, y estoy dispuesto a pasarme el resto de la vida compensándotelo, si vuelves a aceptarme. Di que sí o que no. Aceptaré tu respuesta, sea cual sea.

—Señor Carter... —le advirtió el empleado—. Si no entra en el octógono dentro de los sesenta próximos segundos, le sancionarán de inmediato.

—Piénsatelo —dijo, dándome un beso en la frente—. Dame ciento veintiséis segundos.

Volvió corriendo al octógono, murmuró varias cosas a Ralph y a su entrenador y luego se fue al fin a su esquina.

Los guardas de seguridad lo siguieron dentro, y él se colocó el protector sobre los dientes.

De repente, Ryan apareció delante de mí y me agarró del brazo.

—Por aquí, señora Carter —ordenó—. El señor Carter tiene un asiento especial reservado para usted, donde podrá ver mejor el combate.

Le sonreí y dejé que me llevara hasta un asiento junto a Penelope.

Ella me apretó la mano, y yo hice lo mismo con la suya.

—Si queréis chocar los guantes, podéis hacerlo ahora —dijo el árbitro, cuando Travis y Juárez estuvieron cara a cara.

Accedieron a regañadientes, y entonces sonó la campana.

Juárez lanzó el primer golpe, un gancho de derecha, pero falló. Travis empezó a dar saltitos en un juego de piernas.

—¿Seguro que no quieres una puta trilogía?

—Que te jodan. —Juárez lanzó dos patadas contra los muslos de Travis que consiguieron golpearlo y arrancaron gritos de asombro del público.

Travis sonrió sin inmutarse.

—Última oportunidad. —Travis movió los puños al ritmo de sus pies—. Estoy siendo generoso.

Juárez dio otra patada, que también hizo contacto.

—Tú mismo. —De pronto, Travis lanzó un gancho de izquierda contra la cara de Juárez que le hizo tambalearse hacia atrás. Después, le lanzó otro que lo envió directamente contra el suelo, sin darle siquiera la oportunidad de recuperarse. De inmediato se colocó encima y lo castigó con los puños, cada vez con más fuerza, hasta que el público rugió enloquecido.

Juárez intentó escapar de la lluvia de puñetazos, pero fue inútil.

Travis le lanzó un golpe de martillo que le ensangrentó los ojos, y el árbitro acabó al fin con la masacre quitándole a Travis de encima.

La multitud lo vitoreó, y en la pantalla gigante parpadearon las palabras «T. K. O.».

Sin embargo, Travis no correteó por el octógono para celebrar el momento. No cogió el micrófono más cercano ni exigió al presidente que le llevara el cinturón de campeón, como había hecho tantas otras veces.

En su lugar, saltó por encima de la jaula y volvió a mi lado.

—Y ahora, ¿qué te estaba diciendo antes? —preguntó—. Ah, sí... Eres el amor de mi vida —anunció, poniéndose de rodillas y acariciándome la mano—. No me importan los patrocinios ni mi carrera si no puedo compartirlos contigo.

—Travis... —Me sonrojé cuando la gente a nuestro alrededor empezó a babear—. Ve a por tu cinturón de campeón.

—Lo haré dentro de un minuto —respondió, mirándome a los ojos—. Tatiana Carter, ¿quieres

seguir casada conmigo?

—Sí. —Asentí cuando se puso de pie, pero entonces decidí hacerme la difícil—. Puede.

—¿Puede?

—Desde que hemos estado separados, cierto problema ha captado mi atención, y tenemos que resolverlo —dije.

—¡Quiero una puta trilogía! —rugió Juárez de repente desde la jaula—. ¡Una puñetera trilogía!

Travis miró por encima del hombro y luego me miró a mí de nuevo.

—¿Tengo que retirarme para conservarte? Lo haré...

—No, quiero que hagas la trilogía —anuncié—. Cuando vuelvas a hacerle picadillo otra vez, podrás retirarte.

Él sonrió y me agarró las manos.

—¿Era ese el problema del que estabas hablando?

—Anoche caí en la tentación de entrar en la página web de *Odio a Travis Carter*.

—Hay maneras mucho mejores de pasar el tiempo...

—Lo sé. —Sonreí—. Pero en el foro había un hilo, «¿Tiene una novia secreta?», que me llamó la atención.

—Vale... —Parecía confuso.

—Es de la fecha en que tú y yo no nos hablábamos.

—Te aseguro que, sea lo que sea lo que hayan escrito, no es cierto.

—Te cazaron en algunas fotos saliendo de Rizzo's, una tienda que solo hace anillos de compromiso personalizados.

—También hacen ajustes a mi cinturón de campeón cuando se lo pido. —Me dio un beso en la frente—. No veo cuál es el problema.

—Cuando saliste, llevabas una bolsita con un anillo —continué—. Días después, fuiste a un bar con un ramo de rosas rojas tan grande que el guarda de seguridad tuvo que ayudarte a llevarlas.

Él no dijo nada.

—Tienen todas las fotos —dije—. Puedo reenviártelas si quieres.

—Paso.

—Solo quiero saber para quién eran las flores y el anillo. Eso es todo. —Me quedé mirándolo—. ¿Quién era ella?

—Alguien a quien quería mucho.

—¿Y por qué no funcionó?

—Por muchas razones, pero al final, se convirtió en la compañera de piso de mi hermana y enterró por completo nuestra historia.

—¿Qué?

—Cuando compré el anillo, estaba borracho y te echaba de menos —informó—. Aparecí en ese restaurante porque, en mi cerebro, había tenido una larga conversación contigo sobre una cita. Te repito: estaba borracho.

—Estoy comprobando que sigues un patrón: emociones y alcohol.

—Probablemente. —Presionó su frente contra la mía—. Aunque no había ninguna novia. Siempre has sido solo tú.

—¿Todavía tienes el anillo personalizado que compraste por aquel entonces?

—Sí. —Entrelazó los dedos con los de mi mano izquierda y me la levantó, antes de besarme—. Lo has estado llevando puesto...

FIN

UNOS MESES MÁS TARDE

EPÍLOGO (I)

EL DIARIO MORDAZ

EL LÍDER EN COTILLEOS PARA LAS FANS DE LA UFC Y LA MMA

Queridas fans:

Tras años dándolo todo en el octógono y elevando el interés nacional por este deporte a alturas vertiginosas, Travis Carter ha anunciado esta tarde que se retira de la UFC.

En una sala atestada, el Chico Humilde de la Ciudad Esmeralda quiso dar las gracias profusamente a sus millones de fans antes de dirigirse personalmente a su mujer, su familia y sus empleados.

Se invitó a los asistentes a una sesión privada final, en la que se les entregaron réplicas doradas en miniatura del cinturón de campeón del señor Carter.

Fiel a su naturaleza arrogante, en la parte de atrás de cada joya grabó unas palabras de despedida:

«Enhorabuena por haber tenido la suerte de presenciar mi legendaria carrera. No habrá otro campeón como yo».

Se negó a responder a preguntas sobre sus planes futuros, lo que nos deja esperando, egoístamente, a que cambie de opinión más adelante.

Permaneced atentas para más noticias.

El Diario Mordaz.

EPÍLOGO (II)

LAS VEGAS (NEVADA)

TATIANA

Atravesé las puertas dobles de Brave Beauty Marks, sorteando los clavos y tablones torcidos que sobresalían del suelo.

Aunque el edificio de diez plantas seguía en plena fase de obras, no podía evitar visitarlo todos los días. Me paseaba tranquilamente por todas las salas rogando para mis adentros que mi intento de crear una empresa no fallara esta vez.

Al entrar en el espacio destinado a convertirse en mi despacho, acaricié unos cuantos planos. Estaba admirando el diseño del tejado cuando sonaron unos pasos pesados en el pasillo.

Tras unos segundos, Travis dobló la esquina con el cinturón de campeón colgado del hombro.

—¿En serio? —Sonreí—. El cinturón no es un perro, Travis. No hace falta sacarlo a pasear todos los días.

—¿Y si necesita los rayos del sol y la adoración de los turistas?

Intenté pensar en algo sarcástico que responder, pero lo único que pude hacer fue reírme.

Durante los últimos meses, el cinturón había viajado a casi todas partes con nosotros. A pesar de haberse retirado, Travis se aseguraba de que todo el mundo supiera que iba a pasar a la historia como «el mejor luchador que haya habido en ese maldito deporte».

Además, lo habían nominado de manera unánime para el Paseo de la Fama.

—Prometiste que hoy lo colgarías al fin en tu pared de los trofeos —dije.

—Es *nuestra* pared de los trofeos.

—Lo mismo da.

—Bueno, lo iba a hacer hasta que he visto que entrevistaban a mi último contrincante en el hotel que hay al cruzar la calle. —Sonrió—. Pensé en pasearme por el vestíbulo y dejar que lo viera bien desde la distancia.

—Por favor, dime que no lo has hecho de verdad...

—Pues claro que sí. —Sonrió y lo dejó sobre mi escritorio—. Preferiría estar *haciéndome* a la señora Carter en estos momentos, pero se ha marchado de mi cama muy temprano.

—Porque tiene una empresa nueva que dirigir —contesté—. No quería quedarse atrapada follando contigo durante el resto del día.

—Es comprensible, pero espero que sepa que tengo pensado venir a follar con ella de vez en cuando en este despacho.

—No lo sabía en absoluto.

—Pues ahora sí. —Me deslizó un brazo por la cintura—. Las paredes insonorizadas están para algo.

Me besó antes de que pudiera decir nada más, haciendo que me arrepintiera de haberlo dejado alguna vez. Me apretó la cintura con más fuerza y me mordió con suavidad el labio inferior.

—He venido a preguntarte algo —susurró—. ¿Me prometes que me darás una respuesta sincera?

Asentí, muda, porque me faltaba el aire.

—Hace no mucho dijiste que tenías «casi» todo lo que siempre habías querido en la vida. —Me

miró a los ojos—. ¿Qué es lo que te falta?

—Nada. Solo quería decir que soy feliz.

—Me has prometido que serías sincera.

—Y lo soy —afirmé—. Esta vez he vuelto a crear la empresa con asesores financieros, vivo en una ciudad donde sigo encontrando cosas nuevas que hacer todos los días y estoy casada con el hombre a quien quiero más o menos.

—Y tú estás *más o menos* mintiendo —añadió él—. Dime qué te falta.

—Podría vivir así para siempre y ser feliz, Travis. Te lo prometo.

—Solo te lo voy a preguntar una vez más.

—Quiero una familia. —Las palabras me salieron a borbotones, porque era imposible retenerlas durante más tiempo—. A ser posible, una grande, porque siempre he odiado ser hija única y nunca he encajado con la familia de mi madrastra. Pero si tú nunca lo has querido, lo entiendo, puedo adaptarme. Las cosas pueden quedarse así.

—Shhh... —Terminó mi frase con un beso, y me apoyó con ternura contra la pared—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

—No estaba segura de que tú quisieras lo mismo.

—Quiero todo lo que te haga feliz a ti —contestó—. Pero ahora que lo has dejado claro, no pienses en salir de la cama temprano mañana...

FIN (DE NUEVO)

NOTA DE LA AUTORA (II)

Queridísimos lectores:

Cuando escribí el primer libro de la serie, *Te esperaré todas las noches*, ¡lo volví a reescribir tantas veces que pensé que nunca llegaría a publicarlo!

Estaba completamente perdida, y cuando iba por el borrador número veinte, me di cuenta de la razón: había dos personajes secundarios que tenían su propia historia que contar. De hecho, la mayoría de los borradores iniciales del primer libro de la serie están llenos de escenas entre Travis y Tatiana.

Aunque, claro, puede que por eso haya disfrutado tanto escribiendo este libro, de principio a fin.

Espero que os haya gustado ver el lado tierno de Travis (no es *tan* cabrón, ¿verdad?). También espero que os haya gustado cómo ha progresado la amistad entre Penelope y Tatiana.

Os quiero un montón.

Whitney G.

